HUELLAS EN LOS FIORDOS

SATU RÄMÖ



black salamandra

Satu Rämö

HUELLAS EN LOS FIORDOS

Traducción del finlandés de
Laura Pascual

black salamandra

Mamá, en el establo, en el establo
no te aflijas;
yo te prestaré mis trapos
para que puedas bailar,
para que puedas bailar.

Antiguo poema
tradicional islandés

PASADO

1

Verano de 1550, Mosfellsheiði

Sleipnir se lanzó al galope con la crin oscura llameando al viento. Espumeaba y los ojos le brillaban de excitación por la carrera.

Sentado a lomos del fogoso animal, Haraldur inhaló el aire fresco de finales de verano. Llevaba las riendas en la mano derecha y en la izquierda una cuerda atada a los dos caballos de reserva. El cuchillo sujeto a la cintura le golpeaba la pierna al ritmo del galope.

Al exhalar, soltó un «Sooo» largo y grave a través de su espesa barba pelirroja. Si no lo calmaba, *Sleipnir* seguiría hasta la extenuación. Era un buen caballo; sólo trataba de complacer a su jinete. Pero aún les esperaba el ascenso a Mosfellsheiði, y no quería quedarse sin su mejor montura.

Llevaba tres días cabalgando. Había salido de su casa en Fellsströnd, a orillas de Breiðafjörður, al enterarse de que un clan rival planeaba matar a su primo Njáll, uno de los granjeros más influyentes del sur de la isla. Se conocían desde niños, y Haraldur no había dudado en emprender el viaje. Con dinero y tierras, siempre había enemigos al acecho.

El sol de la tarde teñía el paisaje de naranja. La atmósfera era otoñal. Los pájaros ya no trinaban y los prados se habían cubierto de

un manto cobrizo. Poco antes de oscurecer, Haraldur llegó a una *sæluhús* en la meseta de Mosfellsheiði. Descabalgó frente a la choza de turba, dio de beber a los caballos y los llevó a un prado cercado por un muro de piedra.

Al abrir la puerta de la *sæluhús*, se encontró en un pasillo lúgubre de techo bajo. Quería pasar la noche y continuar el viaje por la mañana temprano. Le quedaba medio día de camino hasta la granja de Njáll, a orillas del caudaloso río Ölfusá.

—Tres caballos y un hombre. Una noche. ¿Hay sitio? —gruñó Haraldur. La melena pelirroja le enmarcaba el rostro y le acentuaba la mandíbula prominente.

Una chica con sayal y una lámpara de aceite apareció en el pasillo. La luz tenue acentuaba el verdor de sus ojos.

—Allí al fondo hay sitio para dormir. Se paga por la mañana. Nada de trucos —dijo señalando hacia atrás con un rápido gesto de cabeza.

Úna rondaba la treintena y provenía del sur. En invierno trabajaba como sirvienta en una granja del fiordo vecino, y en verano se hacía cargo de los huéspedes de la *sæluhús* de las tierras del granjero. Todos los que viajaban desde el oeste hacia el sur hacían una parada allí.

Úna observaba al viajero. No solía fijarse en los huéspedes, pero éste era atractivo.

—¿Tienes hambre? Puedo ir a ver qué encuentro en la cocina.

Partieron un trozo de bacalao seco con un poco de pan de algas que arrancaban de una hogaza dura. Haraldur le habló de sus tres caballos, de su granja de ovejas y de Breiðafjörður, donde había tantas islas que nadie había logrado contarlas. Úna dijo que se le daba bien esquilar ovejas.

Ella no solía invitar a los viajeros a su cama, pero ese día hizo una excepción. Haraldur parecía diferente. Le hablaba de igual a igual. Le preguntaba su opinión, la escuchaba sin interrumpir y le contaba cosas de su vida. A la mañana siguiente, él le preguntó si podía pasar a buscarla en el viaje de vuelta. «Si no tardas mucho, quizá me vaya contigo», le dijo ella. Cuando él se marchó, Úna se sentó a hacerse una trenza. El sol entraba por un estrecho ventanuco aquella mañana de verano. El haz de luz parecía dividir la estancia en dos. Úna se levantó y cerró los ojos para disfrutar del calor en la cara.

Haraldur llegó a la ribera del Ölfusá antes que los enemigos de Njáll. Esa noche, los dos celebraron el reencuentro hasta la madrugada, y al día siguiente, Njáll puso a dos de sus hombres de confianza como guardaespaldas. Luego le dio a su amigo una bolsita de cuero llena de *klippings* como agradecimiento.

Dos días más tarde, Haraldur llegaba a la *sæluhús* con sus caballos y las monedas de plata y cobre tintineando en el bolsillo. Úna empaquetó sus pocas pertenencias, subió a lomos de la joven yegua de Haraldur y se marchó con él rumbo al oeste, hacia Breiðafjörður y sus islas incontables.

Úna y Haraldur no tenían por qué haberse conocido, pero sus caminos se cruzaron y acabaron formando una familia numerosa.

2

Noviembre de 1994, Ísafjörður

Desde la ventana del salón se veía la nieve arremolinarse de un lado a otro del patio. Se acercaba una tormenta.

La tripa de *Lóa* era suave y cálida. «Parece papel de seda», pensó Björk. La gata ronroneaba dulcemente con sus delicadas caricias. Una máquina quitanieves despejaba la calzada amontonando la nieve en la parcela vacía de al lado. Las luces de advertencia teñían la estancia de naranja; los golpes y chirridos resonaban por toda la casa. La gata se desperezó, estiró las patas contra el sofá de pana y, con los ojos entornados, miró con satisfacción a su joven cuidadora.

A Björk le daba rabia no poder tener su propio gato. Su madre era alérgica. Tampoco le dejaban adoptar a un perro. Tenían caballos, es cierto, pero con ellos no podía jugar en el sofá del salón.

Por eso les había hecho tanta ilusión que Jón, un viejo amigo de su madre, les preguntara, a ella y a su hermana Rósa, si podían cuidar de su gata. Necesitaba graduarse las gafas y, como en Vestfirðir no había ópticas, tenía que ir a Reikiavik. Seis horas de coche y un par de noches en un hotel barato de las afueras no era un buen plan para la vieja *Lóa*. Su gata no soportaba ir con el

transportín en el asiento trasero y siempre acababa vomitando en el coche.

Björk y Rósa habían ido directas a casa de Jón después del colegio para estar más tiempo con *Lóa*. Tras darle un par de lenguas de bacalao, le habían puesto una medida de bolitas de pienso en el cuenco. Por suerte, gracias a la gatera de la puerta de entrada, *Lóa* podía salir fuera a hacer sus necesidades.

Björk no quería separarse de ella. Su pelo era tan suave y estaba tan calentita...

—En serio, tenemos que marcharnos. Se nos va a escapar el autobús —le dijo Rósa, de ocho años, a su hermana pequeña.

—Déjame que le rasque un poco la barriga. Le encanta: mira cómo me frota con la cabeza. Misi, misi, misi.

Rósa la esperaba en el recibidor con su mochila My Little Pony a la espalda. El autobús escolar que las llevaba cada día a casa, al otro lado de la montaña, saldría en cinco minutos del colegio, y Rósa sabía que el conductor no esperaba a los rezagados. Pero a Björk, que hacía primero de primaria, le daban igual los minutos. Rósa, en cambio, iba a tercero y ya tenía noción del tiempo.

Por suerte Jón vivía justo al lado del colegio. Su madre les había contado que Jón tenía otra casa, una cabaña de veraneo en el campo, donde *Lóa* podía correr por los prados sin riesgo de ser atropellada.

—Bueno, yo me voy. Quédate aquí si no quieres volver a casa —dijo Rósa ya casi en la puerta —. Mamá nos prometió que hoy haría *lummur*, ¿recuerdas?

A Björk le encantaban las *lummur* con sirope y mermelada de ruibarbo. Esas tortitas hechas a la sartén eran su comida preferida.

Su madre las hacía con forma de flor y corazón.

Björk se levantó lentamente del sofá y acarició una última vez a la gata.

—Muy bien. Vámonos. Pero espera un momento, que tengo que ir a hacer pis.

Al marcharse, Rósa cerró la puerta y se aseguró de oír el chasquido. Si no quedaba bien cerrada, podría abrirse con la corriente y entraría nieve dentro.

Las niñas cruzaron el patio dando zancadas sobre los montículos de nieve. Sólo en los dos últimos días se había acumulado medio metro de nieve. Las dos miraban las fascinantes formas que había esculpido el viento mientras hacían planes para bajar en trineo por la colina de detrás de su casa.

Al llegar a la calle, el autobús escolar blanco pasó de largo por delante de ellas. Rósa salió corriendo detrás del vehículo agitando las manos. Pero el conductor no la vio, o no quiso detenerse.

—¿Cómo vamos a volver a casa? ¿Qué vamos a hacer? —Björk estaba enfadada —. Tengo los zapatos llenos de nieve. Mamá dice que me constiparé si voy con los pies mojados —dijo con voz llorosa.

Rósa se quedó pensativa. El colegio había cerrado. Los niños se habían ido andando a sus casas, o alguien los había ido a recoger. El autobús se había marchado. En ese momento su madre debía de estar dando de comer a los caballos, y no entraría en casa hasta una hora después. Su padre había salido con el barco pesquero. No volvería a puerto hasta el fin de semana siguiente.

—Podemos ir a casa de alguien —propuso Björk.

—A mamá no le va a hacer ninguna gracia tener que venir a buscarnos.

—Y si... ¿Y si volvemos andando?

Björk sabía que lo tenían terminantemente prohibido. Era fácil perderse con la tormenta de nieve, y además, el túnel todavía no se había inaugurado. De todas maneras, a los peatones no se les permitía utilizarlo.

Las obras del túnel habían empezado dos años antes. Medía varios kilómetros de largo y conectaría los pueblos a ambos lados de la montaña. Sus habitantes, aparte de ir más rápido, evitarían tener que circular en invierno por una peligrosa carretera llena de curvas.

—Está prohibido caminar por el túnel. Además, aún no está terminado —dijo Rósa, asustada.

—Oí que mamá y papá decían que ya se podía atravesar la montaña. Ya está hecha la carretera —dijo Björk, con la vehemencia de una niña de seis años.

—Bueno... Tenemos que volver a casa como sea. Si el túnel aún no está abierto, tampoco habrá coches.

—Pero a mí me da miedo la oscuridad y los túneles están muy oscuros.

—Iremos cogidas de la mano, muy despacio, una detrás de la otra, por el borde de la carretera. No te soltaré hasta que lleguemos a casa. Piensa en las tortitas de mamá.

Björk se armó de valor y le dio la mano a su hermana.

Las dos echaron a andar por la carretera hacia la boca abierta en la montaña. Volvía a nevar y empezaba a anochecer. En unos minutos reinaría la oscuridad dentro y fuera del túnel.

—Por suerte, allí abajo no nieva. Ven, vamos —dijo Rósa tirando de su hermana.

Rósa y Björk entraron en el túnel cogidas de la mano. Lo último que se vio de ellas fue una mochila roja My Little Pony. Después, desaparecieron.

PRESENTE

1

Octubre de 2019, Ísafjörður

El océano gemía suavemente. El oleaje venía de lejos. La tormenta que había caído sobre Groenlandia días atrás llegaba ahora a la escarpada costa noroccidental de Islandia. Las olas rompían contra las rocas. Los rociones entraban borboteando en las cuevas volcánicas.

Todos necesitamos volver cada cierto tiempo a aquello que nos conecta con nuestra esencia. Para la detective Hildur Rúnarsdóttir, eso era el surf. Nadie podía prever con exactitud los movimientos del mar. El agua ocultaba un fondo oscuro y gélido que las previsiones no mostraban y al que había que prestar atención. A Hildur le fascinaba el peligro. Jugar en ese mundo gélido la hacía sentirse viva.

Hildur se recogió la trenza en un moño bajo y se ajustó la capucha de neopreno a la cabeza.

El agua debía de estar a unos cinco o seis grados. Llevaba un traje de neopreno de cuerpo entero. Era el modelo más grueso, con un

par de milímetros menos en las extremidades para facilitar el movimiento de manos y pies. También llevaba guantes y escarpines para surfear en aguas frías. El traje le sentaba como una segunda piel. Si le quedase flojo, dejaría pasar agua y se enfriaría, y si le fuera demasiado ceñido, no podría moverse con agilidad.

La luz grisácea de finales de octubre se filtraba entre las nubes deshilachadas. El pueblo no veía el sol en invierno. Las montañas lo tapaban de noviembre a febrero, así que ésos eran sus últimos días antes de desaparecer hasta primavera.

Hildur cogió su tabla de surf verde y entró con cautela en el agua. A pesar de la gruesa suela de goma, notaba las afiladas rocas volcánicas. Se tendió sobre la tabla y se alejó remando con sus brazos musculosos. Los movía rítmicamente, con la respiración agitada.

Uno se adentra en el mar tanto como le deja la mente. Ese día Hildur quería alejarse de la costa todo lo posible. Las olas no tenían altura, pero eran largas, como siempre después de una tormenta en Groenlandia. Le gustaba remar a contracorriente, aunque fuera agotador: donde el cuerpo se exige, la mente se aclara.

La tabla se adentraba en mar abierto. Su respiración era cada vez más agitada. Un cuervo negro la sobrevolaba desde hacía rato. Al volverse para mirarlo, el mar la embistió y se tragó un tromba de agua. Superado el ataque de tos, remó varios metros y se quedó esperando la siguiente ola. Ésa sería su ola. La playa estaba vacía. En aquel pequeño pueblo de dos mil habitantes no había muchos aficionados al surf. Ese día, tenía el mar sólo para ella.

Una hora larga más tarde, Hildur se encaminaba con la tabla bajo el brazo hacia su coche. Lo tenía aparcado en la península de

Arnarnes. Le había sentado bien desconectar un rato. Esa mañana se había despertado con mucha ansiedad. La angustia había desaparecido, pero seguía con un mal presentimiento, con la sensación de que iban a darle una mala noticia.

Hildur trabajaba para la policía nacional de Islandia: ocupaba el cargo de jefa de la unidad de niños desaparecidos en las regiones poco pobladas y detective en la comisaría de policía de Ísafjörður. Era la única detective de Vestfirðir.

A punto de llegar al coche, oyó que le sonaba el teléfono. Se quitó los guantes de surf, abrió la puerta y cogió el móvil del asiento delantero.

—Al habla Hildur —dijo con voz jadeante mientras se secaba la frente y se bajaba la capucha de neopreno.

Era su jefa, Elísabet Baldursdóttir, Beta. Llamaba por un asunto urgente. «Para variar», pensó Hildur.

—Voy para allá. Estoy de camino. Sólo tengo que pasar un momento por casa para cambiarme.

A la gente le tranquilizaba pensar que lo bueno siempre estaba por llegar. Hildur no lo entendía. Para ella, la felicidad consistía en no esperar nada. Sólo había que dejar que las cosas siguieran su curso natural. En cuanto asomaban las expectativas, todo se torcía.

No siempre había sido así. De pequeña, ella también esperaba con ilusión la llegada de la Navidad, los cumpleaños de sus compañeros de clase, las largas excursiones a caballo de los fines de semana y las primeras nieves de finales del otoño. Pero el día que todo cambió, dejó de esperar cosas buenas.

Hildur tiró la toalla en el asiento del copiloto y se puso al volante. Con un rechinar de neumáticos, salió rumbo al centro de Ísafjörður,

donde vivía y trabajaba.

2

Notaba la tela a cuadros del sillón muy áspera. El suelo era un laminado gris sucio, y al mover las suelas de goma de las Vans se oyó un chirrido desagradable. Pétur se ajustó el gorro negro de lana y trató de relajarse mirando la estantería negra de Ikea de delante.

En los estantes había un batiburrillo de objetos. Rollos de papel de cocina, folletos publicitarios y cajas de pizza vacías. Vacas decorativas de porcelana y un ejemplar de *Salka Valka*, la novela de Halldór Laxness. Una fina película de polvo cubría la vieja capa de pegajosa suciedad.

En los últimos dos días sólo había comido un yogur de fresa que había robado en una estación de servicio. Tenía hambre, pero ahora no podía pensar en comida. Estaba demasiado nervioso.

Había tenido suerte de que aquel joven médico polaco se hubiera parado al verlo en la cuneta y lo hubiera acercado a Ísafjörður. Llevaba poco tiempo en el país y no hablaba islandés, pero a Pétur no le había importado. Se defendía bien en inglés, aunque no lo había aprendido en el colegio (ni siquiera había terminado la primaria), sino gracias a YouTube y los foros de internet. Por eso había podido charlar con el médico tanto rato. ¡Qué suerte toparse con un extranjero! Eso reducía las posibilidades de que lo hubiera

reconocido. Los islandeses tenían primos y tíos en cada maldito fiordo, así que hacer autostop siempre conllevaba un riesgo.

Pétur se revolvió en el sillón y miró con timidez hacia la mesa del centro del salón. Jón, sentado de perfil, con la barriga embutida en una camisa de franela roja, había llenado de marihuana la cazoleta de una cachimba. Con sus gafas de leer rotas, examinaba su obra. La concentración le acentuaba la cicatriz de la frente.

—Ya era hora. Llevo todo el día esperando. ¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó mientras fijaba la cazoleta al mástil —. Me has decepcionado. —Dejó la cachimba y el mechero en la mesa baja del salón, delante de Pétur, que lo miraba con expresión ausente —. Pero no te preocupes. Eres un buen chaval. Seguro que se nos ocurre algo que me ponga de mejor humor.

Jón volvió a sentarse a la mesa y, reclinado con las manos en la nuca, observaba al adolescente. Parecía disfrutar con la situación.

—Sí, claro. Fue difícil de cojones salir de la residencia. Esos celadores son más listos que el hambre —dijo el chico, presionado por su mirada punzante.

—Por suerte, nosotros lo somos más, ¿o no? —dijo Jón, que sonrió señalando la pipa.

Pétur cogió la cachimba. Con manos expertas, prendió la cazoleta y aspiró con ansia. La estancia se llenó con el borboteo y la respiración profunda de Jón. «Por fin», pensó Pétur. El vapor le inundó los pulmones y su cuerpo se relajó por completo. Los brazos dejaron de picarle.

—Fuma tranquilo, chico, no hay prisa. Te sentará bien. ¿O no?

Sin dejar de mirar al adolescente, que seguía dando caladas, Jón se desabrochó el cinturón con lentitud teatral.

3

Hildur estacionó el Škoda Octavia delante de la comisaría. Se quedó dentro dando golpecitos al volante y mirando por la ventanilla. Desde allí se veía el aparcamiento del restaurante de la esquina. Un hombre con una americana fina y el pelo engominado hacia atrás subía a un Range Rover negro con pinta de caro. Tenía llantas especiales y la placa de la matrícula customizada. Ella no conocía el modelo, pero estaba segura de que con ese dinero podría comprarse dos pisos en el pueblo y aún le sobraría para un par de viajes al extranjero. El Range Rover se fundió con el paisaje gris y el hombre trajeado se difuminó al volante hasta desaparecer.

Puso en marcha los limpiaparabrisas. Se deslizaban perezosamente, con segundos de intervalo. Había empezado a llover. El viento del sur siempre traía precipitaciones. Los días fríos y despejados aún se harían esperar. El otoño era largo y oscuro en aquella parte del mundo.

Hildur encendió la radio mientras aguardaba a Elísabet. Era la primera jefa que le caía bien. Beta sólo llevaba unos años en Ísafjörður. La familia de su marido, Óliver, programador informático, era de la región. Desde el nacimiento de sus mellizos, fantaseaban con dejar Vestfirðir y mudarse a un pueblo tranquilo. Cuando se abrieron las candidaturas para comisario de policía, se presentó y

consiguió el puesto. Óliver teletrabajaba para una empresa de Reikiavik y los niños iban a la guardería local.

Beta era muy seria con el trabajo, pero era agradable y tenía los pies en la tierra. Nada de broncas innecesarias, nada de relaciones demasiado estrechas con los políticos locales. Ni siquiera asistía a las reuniones semanales de los masones, aunque la habían invitado varias veces. Al empezar su nuevo cargo, Beta les había dejado claro que sólo ambicionaba ser comisaria de policía de su pequeña circunscripción y no tenía ningún interés en competir por un puesto en la jefatura del Departamento de Policía de la capital. Había venido a Ísafjörður para estar más cerca de la gente y trabajar a pie de calle, con honestidad, al margen de su rango.

Hildur, en cambio, no había elegido su puesto, sino que el puesto la había elegido a ella. Ella había nacido en aquella región remota.

Los montañosos fiordos de Vestfirðir se encuentran en la parte noroccidental de Islandia, muy lejos de las ciudades, los semáforos, las boleras y los aeropuertos internacionales. Una vieja leyenda cuenta que una noche dos troles colosales intentaron separar Vestfirðir del resto de Islandia, pero amaneció antes de que la hubieran arrancado e, incapaces de soportar los rayos del sol, quedaron petrificados. Por eso Vestfirðir está unida a la isla por una franja de tierra de unos siete kilómetros.

En las dos escarpadas y serpenteantes carreteras de montaña que conectan Vestfirðir con la isla, casi no hay tráfico. Esta región comprende una quinta parte de la superficie del país, pero apenas el dos por ciento de sus habitantes vive al otro lado de la estrecha carretera. En total son unos siete mil niños y adultos. Pescadores,

profesores, camioneros, trabajadores del sector turístico y varios agentes de policía.

Hildur miró a su alrededor y suspiró. El repiqueteo de la lluvia en la ventana se había acelerado. En Vestfirðir, cuando llovía, llovía en serio; y si soplaba el viento, sus azotes y gemidos se oían por todos los fiordos y rincones del territorio. Islandia estaba lejos de todo, a miles de kilómetros de Europa y de Estados Unidos. Era una pequeña isla solitaria, cubierta de lava y glaciares, en medio de las gélidas aguas del océano. Y aquí, en la región más remota, alguien fundó un asentamiento. ¿A quién se le ocurriría instalarse en un lugar tan remoto?

Hildur golpeteaba el volante con los dedos tratando de recordar la historia. Si la memoria no le fallaba, el primer habitante se llamaba Helgi. Llegó a la costa islandesa desde Noruega hacía unos mil años buscando un territorio donde vivir con su familia. Se instaló en aquel fiordo y, como había encontrado un arpón para cazar focas en la orilla, lo bautizó como Skutulsfjörður, Fiordo del Arpón. Más tarde, también a orillas del mismo fiordo, se construyó una iglesia y se estableció un mercado que recibió el nombre de Ísafjörður.

La leyenda de Helgi se le había quedado grabada durante una clase de historia sobre la colonización de Islandia. El pasado y las vidas de la gente siempre la habían fascinado. El primer libro largo que había leído de niña contaba la leyenda de Fjalla-Eyvindur, «Eyvindur de las Montañas», un forajido que vivió en las regiones salvajes de Islandia durante el siglo XVIII. Había encontrado el libro en la estantería de sus padres y lo había devorado de principio a fin. Todavía hoy podía pasarse horas leyendo biografías o viejos artículos de prensa sobre personajes de la historia.

En verano, cuando viajaba por Islandia, solía parar en todos los museos regionales y bombardear al personal con sus rebuscadas preguntas. Para ella, el pasado era un muro sólido en el que apoyarse.

De ahí que Hildur decidiera estudiar Historia en la Universidad de Islandia. Ella había nacido y vivido con sus padres y hermanas en Vestfirðir, pero después de la tragedia se había mudado a casa de su tía, que vivía en la misma región. Al terminar la secundaria, alquiló un piso de estudiante para ella sola en el centro de Reikiavik. Hoy en día, los precios habían subido tanto que ya no podría vivir en ese barrio, uno de los más caros de la ciudad, con su sueldo de policía.

Al principio Hildur disfrutaba de la carrera, pero una vez licenciada no quiso seguir en el mundo académico, a pesar de que le encantaba analizar los avances sociales y los grandes acontecimientos de la historia. En realidad, anhelaba un poco más de acción. Prefería sudar en el gimnasio y surfear olas gélidas que encerrarse en un aula de la universidad.

Había descubierto el surf gracias a su novio de entonces. Se había dejado llevar, literalmente, por las olas. Le obsesionaba la idea de cabalgarlas; de dominar el océano por un instante. Hacía surf al salir de clase, los fines de semana y todos los días libres. Poco a poco, fue dejando los estudios de lado. Cuando empezó a saltarse clases para entrenar, comprendió que se había equivocado de camino.

Un verano solicitó una plaza en la academia de policía. El primer día de clase supo que estaba en el lugar correcto. Le gustaba el compañerismo que se respiraba y la dureza física de los entrenamientos.

Cuando terminó su formación, Hildur trabajó varios años en la comisaría de policía de Reikiavik, donde colaboró estrechamente con los servicios de protección al menor. Si se producía algún delito relacionado con niños o jóvenes, Hildur hacía de intermediaria entre la policía, los servicios de protección y los psicólogos infantiles. Sentía que estaba haciendo algo importante cuando ayudaba a los niños. Quizá creía que así compensaba lo sucedido en el pasado. O que si no hacía al menos eso, todo sería aún más difícil.

La unidad de menores desaparecidos, con sede en Reikiavik, había recibido financiación adicional y el modelo se había exportado a las regiones rurales. Cuando la comisaría de policía de Ísafjörður abrió una convocatoria para encontrar a un agente que dedicaría parte de su jornada laboral a esta unidad, Hildur supo que había llegado su oportunidad. Presentó su solicitud, obtuvo la plaza y regresó a la tierra de su niñez con la tabla de surf en la baca del coche. Casi habían pasado diez años desde entonces. Hildur estaba encantada con la apacible rutina de la vida de pueblo y, sobre todo, con sus magníficas condiciones para el surf.

La puerta del lado del pasajero se abrió de golpe y sacó a Hildur de su ensimismamiento. Beta, pequeña y vivaracha, subió al coche, cerró con fuerza y suspiró. La lluvia le había aplastado los rizos, aunque a Beta eso no le importaba lo más mínimo.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Hildur.

Beta se abrochó el cinturón.

—Vamos a Fjallavegur. Las dos patrullas de turno están a casi una hora de distancia, así que nos encargaremos nosotras.

Hildur asintió y esperó más información.

—Han llamado de un centro de acogida para jóvenes en el sur: un tal Pétur, que seguía un tratamiento de desintoxicación, se ha fugado durante la noche. Sospechan que ha venido a Ísafjörður para conseguir drogas.

—¿Por qué aquí, precisamente? —le preguntó Hildur mientras arrancaba el coche.

Ísafjörður no estaba de camino a ninguna parte, así que nadie había ido a parar allí por casualidad. Quien llegaba al fiordo, lo hacía con un propósito. Se tardaba varias horas en coche desde la capital.

—Pétur está sin teléfono. Se lo habían confiscado los del centro por una pequeña infracción. Por lo visto lo ha llamado varias veces un hombre mayor que vive en Ísafjörður. Los de desintoxicación supieron enseguida de quién se trataba.

—No me jodas. ¿Se ha ido a casa de aquel viejo asqueroso? —dijo Hildur.

Salió del patio de la comisaría dando un acelerón y cogió la carretera principal que rodeaba el pueblo. Llovía con fuerza. Hildur aumentó la velocidad del limpiaparabrisas para ver por dónde iba.

Todos los que hubieran pasado algún tiempo en Ísafjörður conocían al anciano solitario y de dudosa reputación que vivía al final de Fjallavegur. Jón Jónsson, de unos setenta años, había recibido varias sentencias por posesión de drogas y comportamiento inapropiado en las dos últimas décadas, pero sólo había pasado un año en la cárcel, a principios de los 2000, cuando le pillaron con medio kilo de hachís en casa. Después de aquello, en su historial

sólo había multas, aunque todo el mundo sabía que se aprovechaba de jóvenes en situación de vulnerabilidad. Les prometía drogas gratis a cambio de que lo miraran mientras se masturbaba.

Hildur no podía comprender aquellas condenas tan leves. ¿Por qué los delitos económicos conllevaban años de prisión e indemnizaciones descomunales, mientras que los delitos que atentan contra la integridad de otras personas se solventaban con los malditos servicios a la comunidad?

—Ya estuvimos allí el verano pasado por el mismo motivo. ¿No se puede hacer nada con ese cerdo? —dijo Hildur agarrando el volante con rabia.

—Me temo que no. Los chicos acuden a su casa por voluntad propia porque el viejo les da droga. No admiten el acoso, y si lo hacen es imposible demostrarlo. Como mucho, a Jón podríamos llevarlo a juicio por posesión de marihuana o algo así —explicó Beta, consciente de que Hildur lo sabía perfectamente.

El Škoda salió de la rotonda por la carretera que llevaba al hospital y a la biblioteca en dirección a la urbanización de la falda de la montaña. Fjallavegur era la calle más larga de aquella tranquila zona residencial. Las casas blancas adosadas eran de los sesenta. Las casas de madera más antiguas de la calle se habían construido antes de que Islandia proclamara su independencia durante la Segunda Guerra Mundial.

Hildur miraba a su alrededor sin sobrepasar los treinta kilómetros por hora. Los habitantes apreciaban su privacidad: todas las ventanas que daban a la calle tenían las cortinas corridas. Algunas estaban decoradas con unos cuadritos de la tienda del pueblo que repetían tonterías como AQUÍ VIVE LA FELICIDAD, EL HOGAR ESTÁ DONDE ESTÁ

LA FAMILIA o LA FELICIDAD ES EL MEJOR HOGAR. En la mayoría de los patios se veían enormes barbacoas de gas. Sus residentes podían alardear de su felicidad de clase media asando chuletas de cordero a la vista de todos los vecinos cada fin de semana. Los más pudientes tenían sus propios jacuzzis exteriores.

La calle de la felicidad se extendía a lo largo de un par de kilómetros más con el mismo nombre. Después de las casas de madera y las adosadas, empezaba una zona de cabañas dispersas. Con el transcurso de las décadas, la ladera de la montaña se había ido llenando de cabañas de veraneo. Algunas eran pequeñas casetas con huertos comunitarios, pero otras tenían grandes jardines y terrazas cubiertas. Debido a la cercanía de las montañas y a las copiosas nevadas, sólo podían habitarse de mayo a principios de noviembre. Era peligroso pasar allí el invierno. Las avalanchas, por pequeñas que sean, pueden destrozar una casa.

Hildur y Beta ya habían ido a su casa muchas veces. Jón siempre seguía la misma táctica: a través de internet trababa amistad con chicos con problemas de adicción y les prometía drogas gratis y alojamiento. A cambio los magreaba y se masturbaba delante de ellos. Muchos chicos acudían no sólo en busca de drogas, sino porque no tenían a nadie más.

Hildur aparcó el coche patrulla delante de una pequeña cabaña verde en la misma calle Fjallavegur. La pintura estaba desconchada y el agua de los aleros medio caídos goteaba por toda la fachada. Esos aleros no se limpiaban desde hacía años.

Hildur abrió el portón oxidado y subió con Beta los peldaños de la entrada. Beta llamó a la puerta con los nudillos, pero nadie abrió. Llamó otra vez más fuerte. Tampoco hubo respuesta.

—La luz de la cocina está encendida y el viejo Suzuki de Jón está ahí aparcado. Este hombre no va andando a ninguna parte. Tiene que estar en casa —dijo Hildur.

Se dio cuenta de que una de las ventanas del piso inferior estaba abierta y se asomó.

—¡Abre la puerta! Somos de la policía. Sabemos que estás ahí y que no estás solo. Si no abres ahora mismo, nos llevaremos tu Suzuki a la comisaría. No has pasado la revisión anual —gritó golpeando el cristal.

A veces Hildur parecía una pastora gritando para que no se le desperdigaran las ovejas; no se daba cuenta de que con las personas se requería un poco más de delicadeza. Había solicitado el puesto de detective de policía porque no le gustaba tener que interactuar constantemente con otras personas, y los turnos de patrulla obligatorios de sus primeros años de servicio habían sido una tortura para ella. No soportaba tener que hacer controles de alcoholemia, interrogatorios y detenciones a decenas de personas cada día.

Se oyó un ruido dentro y la puerta se entreabrió con un chirrido. Un anciano desaliñado, medio calvo y con cara de susto se asomó por la rendija. Tenía una enorme cicatriz en la frente. Se rumoreaba que de niño se había empotrado contra el escaparate de una panadería. Su camisa roja parecía no haber pasado nunca por la lavadora. Llevaba los vaqueros desabrochados. Un hedor pestilente a aire viciado salía del interior.

—*Jæjja*, Jón —saludó Hildur. «*Jæjja*» era una expresión que variaba según el contexto; aquí significaba «basta de tonterías; vamos al grano»—. Tenemos motivos para sospechar que un tal Pétur, que se ha dado a la fuga en Reikiavik, se encuentra ahora mismo en tu casa —dijo Hildur, que intentaba ver algo de la oscura vivienda por encima de los hombros de Jón —. Nos veremos obligadas a llamar a la grúa —añadió señalando el Suzuki con la cabeza.

Luego miró a Jón con severidad.

El anciano se frotó la calva sudorosa. Una gota de sudor se deslizó por la cicatriz. Miró con desconcierto hacia el patio, como para asegurarse de que su coche seguía allí, y soltó un resoplido de resignación.

—El chico está ahí, en el salón. Pero no es mi prisionero: ha venido por su propio pie y no ha querido marcharse.

—Como todos los demás —dijo Hildur, apartando a Jón a un lado —. ¿Hay más chicos en la casa?

—No, no. ¿No os llevaréis mi coche, verdad?

Beta se quedó con Jón junto a la puerta principal mientras Hildur entraba en aquel lugar infecto. El pasillo tenía un pequeño dormitorio a la izquierda y el salón a la derecha. La puerta del salón estaba entreabierta. Un chico de unos quince años roncaba apoltronado en un sillón desvencijado. Su aspecto coincidía con la descripción del centro de menores: delgado, pelo negro, ropa negra, gafas y un piercing en la nariz. Hildur le sacudió levemente los hombros.

—Despierta. ¿Puedes levantarte?

El chico murmuró algo incomprensible. Parecía muy dormido.

—Tienes que despertarte —le indicó Hildur subiendo la voz.

Le dio un ligero cachete en la mejilla.

El chico abrió los ojos.

—¡Qué diablos! —gritó asustado.

—No, no soy el diablo. Soy Hildur Rúnarsdóttir, de la policía de Ísafjörður. Mi colega y yo hemos venido a buscarte. Nos han llamado de protección de menores. ¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho algo?

Por su mirada perdida y un inconfundible olor dulzón, Hildur supo que Pétur estaba colocado. Se lo confirmó la cachimba con la cazoleta vacía de la mesa.

—Sólo estaba descansando un poco —murmuró el chico.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Hildur.

—No, no. Ya te he dicho que sólo estaba descansando un poco.

Hildur observó a Pétur. A simple vista, el chico parecía estar bien. No tenía signos de violencia y llevaba la ropa puesta. Hildur lo acompañó fuera y se dirigieron al coche. Beta, detrás de ellos, había confiscado una bolsita de hachís verde oscuro de la desordenada mesa del salón.

—¡No os llevéis el coche! —gritó Jón desde la puerta.

—Por esta vez, no lo haremos, pero vete a hacer la revisión de inmediato. —Hildur no pudo contenerse —: ¡Si vuelves a engañar a otro chico, te destrozaré el Suzuki con mis propias manos y lanzaré las piezas al fondo del fiordo!

Hizo pasar a Pétur al asiento trasero y, dando la vuelta al vehículo, se sentó al volante. Jón murmuró algo desde la puerta, pero Hildur ya no lo escuchaba.

—¿Sabes qué, Beta? A veces no sé si trabajamos en la policía o en gestión de residuos —dijo abrochándose el cinturón —. No hacemos

más que reciclar la misma mierda una y otra vez. Crees que ya has cerrado un caso, pero, oh, sorpresa, te vuelve a caer encima en el siguiente turno.

Beta asintió.

—Dudo que sea nuestra última visita a esta casa. ¿Adónde crees que se mudará en noviembre, cuando echen el pestillo a la zona?

—La verdad es que ahora mismo ésa es la última de mis preocupaciones —dijo Hildur, ya de camino al centro del pueblo.

Jón recibiría una citación para ser interrogado por posesión de drogas, pero seguramente sólo le caería una multa.

—Puedes hacerte cargo del interrogatorio de Jón con el finlandés. Llegará mañana por la tarde —dijo Beta.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? —preguntó Hildur.

—Jakob. Me dio la impresión de que era un tipo bastante competente. De todos modos, tengo que admitir que no comprendo por qué alguien querría usar el programa de intercambio de la policía para venir aquí cuando podría ir a Oslo o a Copenhague y adquirir mucha más experiencia. —Beta miró por el espejo el asiento trasero —: Y a ti, jovencito, te llevaremos primero a hacer los test de drogas y luego de vuelta al centro de desintoxicación. Protección de menores se hará cargo de tu traslado al sur cuando hayamos terminado —le dijo con una amplia sonrisa.

Pétur la miró con indiferencia y le hizo un corte de mangas.

Según las estadísticas, el consumo de drogas entre los adolescentes había disminuido en las últimas dos décadas en Islandia. Sin embargo, los que consumían jugaban en otra liga: mezclaban varias sustancias a la vez y podían comprar cualquier cosa por internet. Eso multiplicaba los problemas. Además, debido a

los recortes, habían disminuido de forma alarmante las plazas para jóvenes en los centros de desintoxicación. Por otro lado, los que conseguían plaza tampoco eran capaces de comprometerse con el tratamiento, pero los centros no contaban con suficiente personal para supervisar los movimientos de todos los internos las veinticuatro horas del día.

—Sería fantástico que te quedaras en el centro. Pondrías tu vida en orden. Si sigues por este camino, no te espera un futuro demasiado prometedor —le dijo Beta.

—Me la sopla.

Beta suspiró y tocó la ventana del coche.

Fuera, seguía lloviendo.

4

Al salir del trabajo, Hildur se puso el casco y sacó la bici del trastero. En Ísafjörður, nunca las dejaban aparcadas fuera, pero no por miedo a los robos: si alguien se atreviera a robar una bicicleta, lo pillarían al día siguiente. Además, las llaves del coche se dejaban puestas, y la puerta de casa ni siquiera se cerraba con pestillo. La gente del pueblo no creía que pudiera pasar nada malo. Todos se conocían y estaban al tanto de los asuntos de los demás. Lo peligroso no eran sus vecinos, sino los vientos que llegaban del mar.

Por eso se guardaban las bicicletas en el trastero. A finales de otoño, las lluvias eran muy abundantes y los temporales cada vez más violentos. El viento del norte procedente del Atlántico era capaz de derribar la bicicleta de montaña más robusta y causar destrozos más graves que una rotura de luz delantera. A medida que se acercaba el verano, las tormentas disminuían. Hacia finales de mayo, la nieve y el hielo se fundían y los vientos amainaban. Era entonces cuando algunos vecinos de Ísafjörður rescataban las bicicletas y los patinetes de los sótanos y se animaban a dejarlos en el patio durante la noche.

Hildur tenía un espacioso piso de dos habitaciones con balcón en una casa de madera dividida en dos viviendas en pleno casco

antiguo, cerca de la comisaría de policía. En el otro piso vivía Freysi Gunnarsson.

Freysi tenía treinta años y estaba soltero. Trabajaba en el colegio del pueblo como profesor de gimnasia. Podía correr una maratón en menos de cuatro horas y fumaba como un carretero. Se había mudado hacía un par de años, y pronto se hicieron amigos íntimos. Al principio, salían a correr juntos de vez en cuando. Después vinieron las sesiones de estiramientos en sus respectivos salones, y de ahí no tardaron en pasar al dormitorio. Se veían casi a diario, pero no podría decirse que fueran pareja.

Después de la primera noche juntos, Hildur había sentido alivio cuando Freysi le dijo que no estaba interesado en una relación de pareja. Eso era exactamente lo que ella buscaba: una relación sin ataduras, sin cuentas bancarias comunes y sin tener que dar explicaciones. En fin, alguien con quien verse de vez en cuando. Era muy práctico que Freysi viviera a unos pocos pasos de su puerta. De hecho, sólo se veían en casa, pero los dos sabían que su romance estaba en boca de todo pueblo.

«Que digan lo que quieran», pensó Hildur mientras salía con la bici. Freysi estaba fumando en el patio. Lo saludó con la mano.

—Hola, ¿cómo va la cosa? —preguntó Freysi, que apagó el cigarrillo y tiró la colilla a la papelera del patio.

—Ha sido un día duro. Voy a comer a casa de mi tía, a ver si me despejo.

—Te iba a preguntar si querías salir a correr; no había caído en que hoy es lunes —dijo Freysi con una sonrisa cómplice que le marcó los hoyuelos.

—Sí, los lunes toca ir a comer las salchichas de mi tía. Pero podemos hacer algo divertido a finales de semana —dijo Hildur montando en la bici.

Freysi silbó a su espalda.

Hildur le sonrió y pedaleó con más fuerza. Tomó el sinuoso carril bici que bordeaba el fiordo. A unos dos kilómetros del centro del pueblo, al fondo del fiordo, se encontraba la flamante urbanización de Ísafjörður, donde su tía se había construido una casa enorme con un hermoso jardín.

Pero a ella aquel barrio de casas nuevas no la impresionaba. Prefería vivir cerca de su lugar de trabajo. Las casas de madera del casco antiguo eran más pequeñas y los patios más estrechos, pero le encantaba la familiaridad del pueblo y tener todos los servicios cerca.

Hildur señaló a la derecha con la mano y giró hacia la urbanización. Su tía, Tinna Atladóttir, había sido profesora de canto, pero desde que se había jubilado su vida transcurría entre manualidades y audiolibros. Hildur sabía que su tía era feliz allí, lejos del centro y rodeada de jardines.

Como siempre, entró sin llamar. Tinna, que la había oído llegar y la esperaba en el recibidor, corrió a darle un abrazo.

—¡Me alegro de verte! Siento haber llegado tarde; el trabajo se ha alargado más de la cuenta.

—Aquí no tienes que fichar —dijo Tinna dándole dos besos en la mejilla.

Los islandeses saludan a los seres queridos con un ligero beso. Tinna daba dos en lugar de uno, y tampoco se conformaba con un

leve roce, sino que te plantaba dos besos húmedos y ruidosos en la mejilla.

Hildur entró detrás de ella en la inmensa y luminosa cocina y se sentó a la isla central. Su tía removió la salsa que borboteaba en el fogón y un delicioso olor inundó la estancia. Hildur cerró los ojos, dejándose llevar por la agradable languidez que se apoderó de sus brazos y piernas, y por un momento se sintió feliz. Adoraba esas visitas semanales a casa de su tía.

Cuando murieron sus padres, Hildur todavía era menor de edad. Se instaló allí, en casa de Tinna, su tía materna. Su madre tenía otra hermana, pero vivía en las Islas Feroe y casi nunca se veían. Con su tía Tinna, en cambio, tenía una relación muy cercana. Durante sus estudios en Reikiavik, se llamaban al menos una vez al día. Y desde que había regresado al fiordo hacía diez años, su vínculo se había fortalecido aún más.

Su tía le había preparado su comida preferida: *slátur*, salchicha de entraña de cordero frita con mantequilla. Como siempre, Tinna llevó las ollas a la mesa y le pidió a Hildur que sirviera un trozo grande de salchicha y patatas cocidas en cada plato, con una buena cucharada de salsa blanca por encima.

Hildur mordió la salchicha y se deleitó con su sabor salado. La grasa le resbalaba por la barbilla. Se limpió con una servilleta de papel.

—Está delicioso —dijo con la boca llena.

Esa salchicha de piel crujiente tenía el sabor de su infancia. El *slátur* entonces era una comida de lo más normal y corriente. En casa, siempre cenaban a las siete. Cuando oían que empezaban las noticias de la tarde en la radio, Hildur y sus hermanas entraban

corriendo con las mejillas arreboladas y el pelo revuelto y se sentaban a la mesa, en el banco de madera de la cocina. Su madre ponía la olla y el pan de centeno en medio de la mesa y se sentaba delante de ellas, al lado de su padre. El mejor *slátur* era en otoño, después de la matanza, cuando su padre hacía las salchichas en casa. Ahora ya nadie comía salchichas caseras; todo el mundo las compraba envasadas al vacío en la charcutería del supermercado.

—Cariño, pareces cansada. ¿Cómo te van las cosas?

—Nah, como siempre. Ha sido un día un poco duro en el trabajo.

—Ya. ¿Y lo demás? Sé que estos días siempre son difíciles para ti. —Tinna hizo una pausa antes de continuar —: Hace casi veinticinco años que las niñas desaparecieron.

Hildur se estremeció. Su tía tenía razón: finales de otoño siempre era una época difícil. Le recordaba la desaparición de sus hermanas pequeñas, pero no quería pensar en eso ahora. No quería hablar de las llamadas angustiadas a los vecinos, los *lummur* enfriándose en la bandeja marrón y los policías plantados en casa sin decir nada.

—No tengo ganas de hablar de eso —dijo Hildur.

Sabía por experiencia que hacerlo no la ayudaría. Hacía días que no se lo quitaba de la cabeza. Tenía las emociones a flor de piel, y si ahora sacaban el tema, volverían a recordar todos los detalles, y sería aún más doloroso. Además, tampoco ayudaría a esclarecer lo ocurrido; sólo empeoraría su ansiedad.

Hildur había empezado a sufrirla de pequeña. De hecho, no recordaba vivir sin ansiedad. A menudo tenía la sensación de estar en el lugar o el momento equivocado; de saber mucho, pero no lo suficiente; o de estar en todas partes, pero nunca del todo presente.

Por una u otra razón, siempre sentía que había algo en ella que no encajaba, y eso la desequilibraba profundamente.

La mañana del día de la desaparición de sus hermanas, Hildur se había despertado con mucha ansiedad. No se vio con fuerzas para subir al autobús escolar con la mochila. Se quedó en la cama y sus hermanas se fueron al colegio. Si hubiera ido con ellas, las niñas quizá no hubieran desaparecido. Se dio cuenta de esa posibilidad con doce años, y desde entonces vivía con esa carga. Entre octubre y noviembre, aquel peso se volvía aún más intenso y asfixiante.

Hildur engulló el último trozo de salchicha. Dio un trago de cerveza casera mirando por la ventana. Estaba muy oscuro ahí fuera; si no, habría visto las barreras antiavalanchas instaladas en la falda de la montaña para proteger al pueblo, en un ingenuo intento humano por tratar de controlar lo incontrolable.

Tinna le cogió la mano.

—El legado de Hrafntinna es una carga complicada. Te ha tocado llevarla a ti, aunque tú no lo hayas elegido.

Hildur no soportaba que le sacara este tema. Su tía lo hacía con buena intención, pero sus palabras sólo añadían más lastre. En ese momento no se sentía con fuerzas para escuchar un sermón sobre el legado familiar.

—Sí, bueno. La verdad es que ahora no me apetece hablar de eso.

Tinna le dio unas palmaditas en la mano y le ofreció otro trozo de salchicha.

Hrafntinna, la *amma* o abuela materna de Tinna, fue en su día la vidente más famosa de Islandia. Lo veía todo: hablaba con la naturaleza y la naturaleza le hablaba. Muchos islandeses viajaban hasta el Álftafjörður, el Fiordo de los Cisnes, para pedirle consejo y

hacerle consultas. En aquellos tiempos era normal comunicarse con el pueblo oculto; hoy en día sería considerado una enfermedad mental. Ahora consultamos los pronósticos para el año próximo a expertos analistas de traje oscuro, pero éstos no viven en Álftafjörður, sino en mansiones frente al mar en la costa de Reikiavik.

Según la tradición, el don de la clarividencia era hereditario, pero no se transmitía a todos los miembros de la familia. La tía Tinna creía que el don de Hrafntinna se había saltado dos generaciones hasta llegar a Hildur y se había debilitado por el camino.

Por eso Hildur no podía adivinar el futuro con precisión. Poco antes de una tragedia, presentía que algo terrible iba a pasar, aunque no podía concretar ni qué, ni cuándo ni dónde. Sufría ataques de pánico y ansiedad, pero no sabía qué los provocaba. Esa angustia había sido excepcionalmente intensa aquella mañana de invierno de veinticinco años atrás. Cuando se hizo mayor, Tinna le contó que esos ataques eran la manifestación del don de Hrafntinna. Hildur no tenía claro si creía en la clarividencia. Lo que sí podía asegurar es que no creía en la inmaculada concepción ni en el sometimiento de la mujer, así que abandonó la Iglesia nada más cumplir la mayoría de edad.

Hildur seguía mirando la oscuridad por la ventana. Un programa de interiorismo retumbaba en la televisión. Tinna recogía los platos. Le dio un abrazo al pasar por su lado.

—Se te marcan los huesos de los hombros. Si te descuidas, pronto parecerás un oso polar hambriento. Espero que te acuerdes de comer todos los días y no sólo los lunes, ¿eh?

Tinna puso el postre en la mesa: macedonia de frutas con nata agria y yogur cremoso.

—Me alimento bien, tía querida. Es que entreno mucho. —Hildur cambió de tema —: A partir de mañana tendré un nuevo compañero, un policía finlandés. Llega en el vuelo de la tarde. Nos falta tanto personal en la comisaría que lo esperamos con los brazos abiertos. Será mi pareja de patrulla.

—No te olvides de contarle que los gnomos te anuncian el porvenir. A los extranjeros les encantan esas cosas —dijo Tinna con una mueca burlona.

—Sí, que hablo con gnomos se lo digo seguro. También le daré a probar tiburón podrido. No puede perderse nuestro exquisito plato nacional —dijo Hildur riendo a carcajadas.

En la puerta, Tinna la abrazó fuerte y le dio un táper azul.

—Aquí tienes el resto de las salchichas. Puedes calentarlas en el micro para desayunar. Ah, y prométeme que saldrás por ahí de vez en cuando. ¿Por qué no visitas más a menudo a tu vecino? —le dijo dándole un suave pellizco en la mejilla.

—Así que ya te has enterado, ¿eh?

—Todo el mundo sabe que Freysi y tú estáis liados. La vecina me ha contado que en la sala de profesores siempre le preguntan cuándo te va a pedir matrimonio. ¡Eres un buen partido!

—¡Tinna! Si ni siquiera estamos saliendo. Sólo... bueno, nos vemos de vez en cuando.

—Sí... ya lo sé. Ahora os toca pasarlo bien. No hagáis ni caso de lo que digan los demás —dijo Tinna, y le dio otro abrazo.

Se había hecho de noche. Hildur encendió la luz delantera de su bici, se puso el casco y ató con un pulpo el táper al transportín. Gracias al viento favorable del sur, hizo el trayecto en menos de diez minutos. Las ruedas le salpicaban de agua los bajos del pantalón. A punto de llegar al centro, caía aguanieve.

Su casa estaba entre el parque de bomberos y la comisaría. «No podría haber encontrado un lugar más seguro para vivir», pensó. El hospital también estaba a apenas un kilómetro, así como el único bar del pueblo.

Reparó en un cuervo apostado en el tejado de la torre iluminada del parque de bomberos. No era nada extraordinario; Ísafjörður tenía una enorme población de cuervos. Pero aquel espécimen era excepcionalmente grande y parecía observarla desde arriba. En la mitología nórdica, los cuervos eran observadores y mensajeros de los dioses. Sabían qué guerreros sobrevivirían, cuáles morirían y, de entre ellos, los que irían al paraíso, a los luminosos salones del Valhalla.

El cuervo graznó tres veces. Eso significaba la muerte.

5

—No se preocupe, señor, esto es completamente normal.

La azafata trataba de tranquilizarlo, pero Jakob tenía los nudillos blancos de aferrarse a los reposabrazos. Su cara también estaba lívida como la nieve.

El avión de hélices perdió un par de metros de altitud. Para Jakob fue como un puñetazo en el estómago y dejó escapar un gemido.

—¡Dios mío! ¿Estamos cayendo en picado? —dijo mirando a la azafata, en el asiento del personal de vuelo.

Jakob Johanson ocupaba un asiento del pasillo, pero su hilera estaba vacía y veía el paisaje por la ventana ovalada. Detrás de un velo de nubes, se divisaba una inmensa extensión deshabitada y estrechas franjas de mar entre las montañas. El paisaje de los fiordos resultaba extraño desde las alturas. Las cimas eran tan planas que parecían cortadas a cuchillo.

Pero Jakob no podía disfrutar de las vistas. El avión volvió a dar una sacudida y se agarró a los reposabrazos. La azafata le sonrió cerrando un instante los ojos. El típico gesto para transmitir calma y seguridad: «Esto ya lo he vivido antes. Confía en mí.»

—No vamos a caer. Estas turbulencias son normales. Se producen cada vez que el avión pierde altitud mientras sobrevuela las montañas y vira hacia el fiordo.

«¿Ha dicho "cada vez"? ¿Siempre hay estas turbulencias espantosas?», pensó Jakob, alarmado.

Sabía que ese avión de hélices volaba entre Reikiavik e Ísafjörður dos veces al día durante todo el año. Y le habían advertido que los cambios de horario y las cancelaciones eran habituales en ese trayecto, debido a la mala visibilidad o a los fuertes vientos.

La azafata inhaló profundamente y le explicó que las condiciones de vuelo eran excepcionales ese día. Jakob había observado aquella curiosa costumbre de los locales en el aerobús: antes de decir algo que les parecía importante, hacían una gran inhalación. Posiblemente fuera para dar énfasis a sus palabras, pero a Jakob le daba la impresión de que su interlocutor estaba agonizando.

Él también se sentía así ahora. El avión volvió a vibrar y se inclinó con brusquedad. Había llegado de Finlandia esa misma mañana y, en el mismo aeropuerto, había decidido tomar un vuelo nacional a Ísafjörður. Si hubiera ido en coche, habría tardado más de seis horas. Y no se había visto con ánimo de lidiar con un vehículo de alquiler, sobre todo en aquella época del año en la que anochecía tan temprano.

—Aterrizaremos en diez minutos. Puedes seguir disfrutando del paisaje —le dijo la azafata con voz suave y señalando la ventana con la cabeza.

—No creo que pueda. Me limitaré a esperar a que esto pase cuanto antes.

Jakob trató de sonreír, pero sólo pudo hacer una mueca.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en Ísafjörður? —le preguntó la azafata para distraerlo.

—Por lo menos seis meses. He venido a trabajar.

—¡Vaya, todo el invierno! Tendrás que hacer este trayecto cada vez que necesites ir a Reikiavik.

—La próxima vez iré en bici.

Jakob vio que se aguantaba la risa. «¡Menudo ridículo!», pensó. La miró con detenimiento por primera vez. Debía de tener su misma edad. Melena rubia, ojos oscuros y una amplia sonrisa, de esas con hoyuelos. Irradiaba seguridad y experiencia, también cierta dureza. Quizá se debía a su postura erguida: más que el asiento del personal parecía un trono.

El avión llevaba un rato sin dar sacudidas y Jakob estaba más relajado.

—¿Dónde vas a trabajar?

—Soy policía. He estudiado en Finlandia. Vengo de intercambio laboral.

—¿A Ísafjörður? Ni siquiera los islandeses son capaces de señalarlo en el mapa. ¿Cómo has venido a parar aquí?

Jakob no sabía qué responder. Faltaban pocos minutos para el aterrizaje y no tendría tiempo de contárselo todo. Tampoco le apetecía hacerlo. El divorcio, su ex mujer noruega, Lena, que no le dejaba ver a su hijo y hablaba mal de él a todo el mundo. Desde entonces tenía insomnio, estaba deprimido y lleno de rabia. Había cambiado de profesión y se había ido del país para no volverse loco.

Antes de estudiar para ser policía, Jakob trabajaba de profesor de Biología. Le quedaban muy pocos créditos para obtener la diplomatura. Gracias a sus compañeros se enteró de la posibilidad de acceder al Nordcop, un programa de intercambio entre países nórdicos para estudiantes y profesorado, y escogió Islandia sin dudarlo. Había visto un documental sobre Vestfirðir, la zona más

occidental del país, y se había enamorado de sus paisajes, su naturaleza y su silencio. Necesitaba un poco de paz, navegar en aguas más tranquilas. No habría ido a una ciudad grande, como Copenhague o Estocolmo, aunque le doblaran el sueldo. Después de tanto sufrimiento, sólo buscaba espacio y calma a su alrededor. Escribió a la comisaría de Ísafjörður, el pueblo más grande de Vestfirðir, para hacer allí las prácticas. Para su sorpresa, lo aceptaron de inmediato.

Jakob respiró profundamente y se cruzó de brazos, enfundado en un mullido jersey de lana. Quizá fuera mejor contarle una versión más liviana de la historia. No quería mentir, pero podía contarle la verdad a medias. Sólo cambiaría el punto de vista.

En los momentos más difíciles, después del divorcio y durante la batalla por la custodia, Jakob había descubierto una afición. Un conocido neurocientífico y psicólogo afirmaba en una entrevista que hacer manualidades contribuía a relajar la mente, ralentizar la frecuencia cardíaca y reducir la presión arterial. Jakob había probado todo tipo de cosas hasta entonces: ansiolíticos para el insomnio, ejercicio, meditar, sesiones de terapia y grupos de apoyo para víctimas de narcisistas. Llegados a este punto, tejer no podía hacerle ningún mal. Para poder cursar sus estudios en la Escuela de Formación Profesional Policial, se había instalado en Tampere. En la primera mercería que encontró en la calle Ilmarinkatu, pidió lana, agujas y un patrón para tejer un jersey. Era consciente de que un barbudo con cuerpo de gimnasio no encajaba con la clientela habitual, pero lo atendieron de maravilla. La vendedora lo ayudó a elegir la lana y las agujas, le explicó cómo descifrar patrones y le

recomendó varios grupos de Facebook. Desde entonces, Jakob compraba allí el material.

Le gustaban sobre todo los jerséis islandeses. Era un reto tejer las complicadas cenefas de sus canesús. Además la lana islandesa, la Lopi, era muy suave, y eso hacía más agradable la tarea. Tricotar le ayudaba a controlar el estrés y a sobrellevar las decepciones. Si perdía un punto o cometía un error de patronaje, tenía que deshacer esa parte y volver a empezar. Era una forma de aprender a transformar la frustración en éxito.

Por otro lado, tejer era como la vida misma: impredecible, e incluso un poco caótico. Aunque manejaras con destreza las agujas y mantuvieras los hilos bajo control, nunca estabas seguro del resultado. Siempre podía suceder algo inesperado. A veces era mejor seguir el patrón, aunque no siempre. Nunca sabías si un jersey había quedado bien hasta terminarlo. Igual que no sabes si serás capaz de hacer algo hasta que no lo pruebas.

Reflexionaba mientras tejía, y así iba recuperando la confianza en sí mismo. No podía saber lo detestable que era Lena sin conocerla. Y si no se hubieran conocido, no tendría a Matias. Su hijo era lo más importante de su vida, a pesar del poco tiempo que pasaban juntos. Eso le resultaba doloroso, pero no lo convertía en un fracasado.

Jakob apoyó la cabeza contra el respaldo y se dispuso a hablar de los jerséis de lana.

—Tenía ganas de aventura. Me encanta tejer jerséis islandeses, pero nunca había venido hasta aquí. Así que, cuando surgió la

posibilidad de combinar trabajo y placer, no me lo pensé.

Jakob se dio cuenta de que la azafata le estaba mirando el jersey. Era obra suya. Cualquier principiante reconocería el patrón: un Riddari, uno de los jerséis islandeses más conocidos en todo el mundo. Lo había tejido hacía unos años. Ahora ya diseñaba él mismo sus propios patrones. Eso lo hacía todo más difícil pero más divertido.

La azafata se rascó la coronilla y se atusó el cabello de la raíz a las puntas.

—El misterioso finlandés del jersey de lana —dijo, y se inclinó hacia Jakob bajando la voz —: Si echas de menos la sauna, en la piscina municipal tenemos una estupenda. Hay turnos para hombres varias veces por semana.

¿Le había guiñado el ojo? ¿Estaba coqueteando con él? No podía asegurarlo. La azafata le gustaba, pero hacía años que no flirteaba con nadie. Ni siquiera creía que todavía fuera posible. Después de todo, quizá no estaba tan acabado...

—¿Y no hay turnos mixtos en esa sauna? —preguntó Jakob con una sonrisa picarona.

—Esos turnos van aparte.

La azafata le devolvió la sonrisa y lo miró de arriba abajo.

El avión volaba a apenas unos cientos de metros de altitud. Viró hacia el fondo del fiordo, hizo un brusco giro por encima de una urbanización y puso rumbo a la estrecha pista de aterrizaje, junto a la falda de la montaña.

Le dio la impresión de que el avión se ladeaba demasiado hacia la izquierda. Por la ventana sólo se veía el mar. El pánico volvió a apoderarse de Jakob.

—Al final hay que hacer un giro completo. Debido a la dirección del viento, es necesario aterrizar mirando hacia el norte, a mar abierto. Estos giros hacen que resulte imposible aterrizar aquí cuando no hay buena visibilidad, por la cercanía de las montañas, pero ahora la visibilidad es excelente —le explicó la azafata.

Las ruedas golpearon la pista de aterrizaje y el avión frenó violentamente. Jakob salió disparado hacia delante y sus rodillas rozaron las piernas de la azafata.

—Excelente —repitió él con regocijo.

Había sobrevivido a treinta y cinco minutos de turbulencias.

—Bienvenidos a Ísafjörður. Por favor, permanezcan sentados en sus asientos con el cinturón de seguridad abrochado hasta que se haya apagado la señal luminosa —dijo la azafata por el micrófono, primero en islandés, después en inglés.

Luego abrió la puerta, en la parte delantera del avión, y una escalerita descendió hasta tocar el frío asfalto del aeropuerto. El viento se coló en la cabina. Los pasajeros, con abrigos, gorros y guantes, fueron saliendo uno por uno. Jakob, sentado en primera fila, había dejado el abrigo y la mochila en el compartimento superior del equipaje. No pudo abrir el maletero hasta que el pasillo quedó vacío.

—¡Nos vemos! —le dijo la azafata antes de salir.

Jakob se habría jugado los ovillos de su jersey a que lo estaba mirando mientras bajaba del avión. Notaba una agradable sensación de calidez en la espalda. Luego anduvo los cien metros que separaban el avión del edificio de la terminal, recubierto de chapa corrugada.

Los veinte pasajeros se agruparon en torno a la cinta de las maletas esperando a que saliera el equipaje de la bodega. Finalmente, se abrió la escotilla de la pared y un empleado del aeropuerto fue colocando las maletas sobre la cinta. Jakob cogió su mochila gris. Tenía esa mochila con ruedas desde el Interrail por Europa. Allí había conocido a Lena, en el puesto de información turística de la caótica estación de ferrocarril de Budapest. Lena también viajaba sola, en su caso desde Noruega, y decidieron hacerse compañía. Pasaron una semana romántica en Budapest. Tras caminar por la orilla del Danubio, bañarse en aguas termales y visitar las antiguas bodegas de la parte de Pest, se dieron cuenta de que estaban enamorados. Fue como en la película *Antes del amanecer*, pero sin estar en Viena ni separarse el último día del viaje. Se fueron a vivir juntos a Noruega, y más tarde se mudaron a Finlandia por el trabajo de Jakob.

Jakob echó un vistazo a aquella miniatura de aeropuerto. Sentada en un sofá de cuero de la sala de espera, había una mujer de pelo negro con un abrigo largo hasta los tobillos. Tenía más o menos su edad, expresión severa y un papel en la mano con el nombre de «Jacob».

Jakob se acercó, le tendió la mano y se presentó en inglés.

—Supongo que has venido a recogerme. Soy Jakob, con ka.

Jakob había nacido y vivido unos años en Alemania por cuestiones de trabajo de sus padres. Quizá por eso le pusieron un nombre internacional.

La fuerza de la mujer lo cogió desprevenido: le había apretado la mano como si fuera una barra de halterofilia.

—Yo soy Hildur, con hache. Encantada de conocerte. ¿Qué tal ha ido el vuelo?

—Ha sido horrible, pero he salido indemne.

Hildur miró hacia la puerta de salida, estrujó el papel y lo tiró a una papelera.

—Hoy te llevaré a tu casa de alquiler y te enseñaré dónde está la comisaría. Empezarás a trabajar mañana por la mañana.

«Directa al grano, sin florituras», pensó Jakob, que asintió con la cabeza. Hildur le quitó la mochila y echó a andar arrastrándola.

—Hoy eres el invitado. A partir de mañana, ya podrás cargar tu equipaje.

Las puertas de cristal daban paso a un ventoso aparcamiento rodeado de enormes montañas con la cima plana. Jakob miraba la cordillera pensando en que acababa de sobrevolarla a bordo de un avión de hélices.

Hildur lanzó la mochila dentro del maletero del Škoda y lo cerró de golpe. Jakob se sentó en el lado del pasajero.

—Gracias por venir a buscarme. Supongo que no habrá taxis en un pueblo tan pequeño.

—Por supuesto que hay, al menos dos, pero me apetecía venir a buscarte. Vamos a ser compañeros de trabajo, y quería ver a quién nos habían mandado —dijo Hildur poniendo el coche en marcha.

Se oyó un bocinazo a su lado y Jakob dio un respingo. La azafata, al volante de un enorme Toyota Land Cruiser rojo, lo saludó con una sonrisa. Jakob apenas había alzado la mano cuando ella pisó el acelerador y salió del aparcamiento a toda velocidad. Era Guðrún Davíðsdóttir, la reina de los cielos.

Hildur miró a Jakob con curiosidad.

—Nos hemos conocido en el avión. Ha hecho lo posible por aliviar mi angustia en los momentos más críticos a bordo.

Hildur sonrió.

—¡Es su especialidad! La conozco bien; fuimos compañeras de colegio. En invierno trabaja de azafata y como sustituta en la guardería. Y en verano hace de guía, acompañando a turistas, e incluso consigue que los yanquis hagan fila de forma ordenada.

—¡Cuántos empleos!

—Así es la vida en la isla. Todos hacen un poco de todo. —Hildur puso el intermitente —. Guðrún es bastante... atrevida. Pero también tiene su lado sensible: ha montado una tienda de lanas en el pueblo.

«¡Qué casualidad!», pensó Jakob apoyando la cabeza en el respaldo del coche. Empezaba a anochecer. Miró el paisaje a su alrededor. El pueblo estaba frente a ellos; parecía pequeño y con poco tráfico. La cálida luz naranja de las farolas de la carretera se reflejaba sobre la oscura superficie del mar. Era una imagen reconfortante. Jakob sintió que había llegado, si no a casa, al menos a una especie de parada intermedia.

6

Según la palabra de Dios, el perezoso no ara a causa del invierno; pedirá, pues, en la siega, y no hallará.

Hoy ha empezado el otoño y he arado. He arado tanto que me duelen las manos. Me siento en una roca a la orilla del mar y descanso un poco mirando el paisaje. Estoy cansado, pero con la mente clara y llena de energía.

Por fin estoy aquí. Al fin ha llegado el momento de llevar a cabo el plan que he trazado desde que lo perdí todo. El plan que me ha mantenido a flote en las épocas más difíciles.

Salomón tardó siete años en construir su templo. Yo he tardado siete años en trazar mi plan. Los siete años que han transcurrido desde que se marcharon.

Hoy he visto una manada de orcas. Es extraño verlas tan cerca de la orilla a estas alturas del otoño. Ésta ha sido la señal de que ha llegado el momento de hacer realidad la primera fase de mi plan.

Me fumé un cigarro tranquilamente mientras observaba la danza de las orcas. De color blanco y negro, tienen un aire apacible, como las adorables acróbatas de los acuarios, pero las apariencias engañan. Las orcas son torpedos que cazan en grupo. Son depredadores a los que les gusta jugar con sus víctimas. A veces, cuando atacan a una ballena, se divierten martirizándola durante

mucho tiempo. Cuanto mayor es el mamífero, más tarda en llegarle la muerte.

La víctima de hoy era grande pero murió rápido. A ver, yo no soy un depredador y no cazo en grupo.

Mis buenas acciones me indican que voy por el camino correcto.

7

Noviembre de 2019, Ísafjörður

Beta abrió la nevera de la sala de descanso de la comisaría. Recordaba que había una pizza margarita Dr. Oetker en el congelador y quería calentársela para comer. Pero se llevó un chasco. Tras mirar unos segundos el contenido, o, mejor dicho, lo poco que quedaba, cerró la puerta de golpe.

Fue al despacho y cogió el teléfono de su mesa con rabia. En ese pequeño pueblo, la jefa de policía, además de llevar investigaciones y hacer trabajos de administración, tenía que encargarse de todas las tareas rutinarias que nadie podía asumir por falta de tiempo. El presupuesto no llegaba para contratar a un ayudante. Ni siquiera podían permitirse un guardia de prisiones. Cuando algún camorrista pasaba la noche en el calabozo, alguien tenía que quedarse a hacer horas extra.

Beta llamó a Júlíus. Después de dos tonos de llamada, una sosegada voz de hombre respondió al teléfono. Beta se presentó, aunque sabía que Júlíus reconocería su número.

—Tenemos un pequeño problema. El congelador está lleno de hielo. Por lo menos hay una pizza atrapada. Hace días que la nevera hace un zumbido fuerte. Habría que echarle un vistazo.

Beta gruñó un par de veces y colgó el teléfono satisfecha. Júlíus Arason, el encargado de mantenimiento del municipio, estaba en el pueblo de al lado purgando los radiadores del centro de negocios. A finales de semana iría a cambiar la nevera de la comisaría.

Había un restaurante bastante decente al lado de la comisaría. El olor a salchichas grasientas llegaba hasta allí. Beta estaba muerta de hambre, así que decidió bajar a buscar un par de perritos calientes con todos los complementos. Sería más fácil aguantar el largo turno de trabajo con el estómago lleno.

En la puerta, se topó con Hildur y un hombre que le seguía los pasos.

—Elísabet, éste es Jakob, el finlandés. Llegó hace un par de días. Jakob, ella es Elísabet Baldursdóttir, nuestra jefa.

En Islandia nadie usa los apellidos, todos se presentan con el nombre de pila y se tutean.

—Un placer —dijo Jakob tendiéndole la mano.

Elísabet se la estrechó y saludó a su nuevo subordinado. Le gustó desde el primer momento. Le causó la misma impresión en persona que por videoconferencia: tranquilo, curioso y no tan joven.

—Puedes llamarme Beta, si quieres. Todo el mundo me llama así.

Se ofreció a comprarles algo para comer, pero ellos no tenían hambre.

—Ahora hablamos —dijo Beta, y salió apresurada.

Hildur y Jakob entraron en la comisaría. Una escalera llevaba al segundo piso, donde había un vestíbulo amueblado con dos pequeños sofás y una mesa con un montón de revistas viejas apiladas. Una foto del presidente de Islandia y un mapa enmarcado decoraban las paredes, de un tono gris claro.

—Las investigaciones las llevamos Beta y yo, y a partir de ahora también tú. De los turnos de patrulla se encargan siete compañeros un poco más jóvenes. Magnús y Ari han salido este año de la academia, Sigga lleva ya unos años sobre el terreno, y Tómas se graduará la próxima primavera. Después están Elin, Atli y Svenni, que no tienen formación, pero qué le vamos a hacer.

—¿No tienen formación?

Jakob quiso asegurarse de que había oído bien.

—Exacto. No hay manera de atraer a agentes con formación policial a estos parajes, así que no nos queda otra que jugar las cartas que nos han tocado. En las parejas de trabajo, al menos uno debe tener formación oficial como policía, pero el otro puede ser un conductor de carretillas elevadoras al que han despedido de la fábrica de conservas.

—Pero ¿cómo es posible?

Jakob no podía disimular su desconcierto.

—Bueno, de alguna forma, funciona —dijo Hildur con un encogimiento de hombros.

Se detuvieron ante el enorme mapa. Los límites de Vestfirðir estaban marcados en rojo.

—Básicamente, hay valles y montañas —dijo Jakob, que observaba el mapa y se mesaba la barba.

Sabía que no había ido a ningún núcleo urbano. Vestfirðir era la región menos habitada de Islandia y las distancias eran largas. Entre sus pueblos podía haber una distancia de cientos de kilómetros.

—¿Quieres decir que diez policías se encargan de todo lo que suceda en esta región, incluyendo el tráfico?

Hildur tocó dos pueblos marcados con alfileres amarillos.

—Estos pueblos tienen una pequeña comisaría. En cada una hay cuatro agentes de policía. Si alguien cae enfermo, nos prestamos el personal de un pueblo a otro.

Jakob miró los nombres llenos de consonantes en los extremos de varios fiordos y pensó que tardaría en aprender a pronunciarlos bien.

Del vestíbulo del piso superior salía un estrecho pasillo sin ventanas en el que había tres puertas. La primera era el despacho de Beta; la segunda, la sala de descanso, y la tercera, una pequeña sala de reuniones. Al final del pasillo había un espacio de trabajo diáfano y una ventana orientada al sur, con vistas al fiordo y a las montañas.

Hildur encendió las luces del techo.

—Éste es nuestro despacho. Puedes sentarte ahí, frente a mí. Si quieres un biombo, puedo ir a buscarlo al almacén del primer piso.

Al lado de la mesa de madera había una cajonera con ruedas y una maltrecha silla de oficina revestida de tela.

—Los baños, las duchas y los vestuarios están en el piso de abajo, al igual que las celdas. En la cocina hay una nevera que apesta y un horno. Aquí al lado hay un pequeño restaurante que sirve comida de ocho de la mañana a once de la noche.

—Estupendo —dijo Jakob, y se sentó en la que iba a ser su silla.

Beta apareció en la puerta con dos perritos calientes.

—Veo que ya habéis entrado en calor. ¿Nos quedamos aquí mejor? Mi despacho es un caos absoluto y si nos metemos tres se acaba el oxígeno.

Beta se sentó en un taburete junto a la pared. El olor a salchichas llenó la estancia.

—Vamos a hacernos un café primero, así te enseño cómo funciona la máquina. Bueno, tomas café, ¿no? —preguntó Hildur.

—Por supuesto. Sin leche y con azúcar, si hay.

Hildur preparó dos tazas con la cafetera de cápsulas. Puso una cucharadita de azúcar en una, miró a Jakob, añadió una segunda, y volvió a mirarlo con cara de interrogación.

—Una más. Es mi único vicio —dijo el finlandés con una sonrisa.

Hildur negó con la cabeza con incredulidad.

—Aquí tienes tu azúcar con café. Te ha tocado la taza roja de la Alianza Socialdemócrata, *Samfylkingin*. En ese armario tenemos tazas de todos los partidos políticos y todos los equipos de fútbol.

De vuelta en el espacio de oficina, Beta repasó las cuestiones prácticas.

—Hildur será tu pareja de trabajo durante el periodo de intercambio. Me han dicho que tienes especial interés en las actividades de la unidad de menores desaparecidos. Colaborarás con ellos y además ayudarás en las investigaciones criminales. Vosotros os comunicaréis en inglés, pero Hildur será la encargada de hablar sobre el terreno.

—Comprendido.

Jakob no sabía islandés, pero hablaba noruego de forma fluida y confiaba en que lo ayudaría a aprender islandés.

—Islandia siempre ha tenido una relación estrecha con Estados Unidos. Aquí casi todo el mundo sabe inglés. Sin embargo, no todos se atreven a hablarlo, así que debemos ser comprensivos. Si tienes alguna duda, puedes preguntarnos a Hildur o a mí. Somos una comisaría muy pequeña, pero responsable de un área muy grande.

Aquí no hay allanamientos de morada ni robos de vehículos y los homicidios son contados.

—Parece el valle de los Mumin —dijo Jakob.

Las dos mujeres sonrieron. Los Mumin, los entrañables personajes de la literatura finlandesa, eran muy conocidos en Islandia.

—Se produce una media de un asesinato al año. Pero tenemos otros problemas que nos ocupan a diario —se apresuró a aclarar Hildur, refiriéndose a los conductores borrachos o sin carnet, a la violencia doméstica y a los delitos relacionados con las drogas. Los delitos sexuales también habían aumentado en los últimos años.

—En Finlandia pasa lo mismo.

Jakob explicó que en realidad lo que se reflejaba en las estadísticas era que habían aumentado las denuncias.

Hildur y Beta reconocían el patrón. Las víctimas cada vez se atrevían más a hablar y denunciar su caso. En muchos sentidos, Islandia era un modelo de igualdad. Fue el primer país que tuvo una presidenta elegida democráticamente, hacía años que existía una ley de igualdad salarial y su modelo de permiso de paternidad animaba a los padres a quedarse en casa con sus bebés desde hacía un par de décadas. Sin embargo, las agresiones sexuales, sobre todo cuando las víctimas eran mujeres, a menudo quedaban ocultas, en especial si se producían en el ámbito familiar. Y cuanto más influyente o conocido era el agresor, mayores eran las probabilidades de que no se presentara denuncia. Se pactaban acuerdos y se compraba el silencio de la víctima. El movimiento «Me Too» había contribuido a visibilizar esta realidad.

—Ahora la mierda sale a la superficie con más facilidad —dijo Hildur antes de acabarse el café de un solo trago.

Beta miró el reloj. Tenía una reunión por videoconferencia en unos minutos. Necesitaba terminar rápido.

—Te proporcionamos el uniforme y todo el equipamiento. Esposas, porra extensible y espray de pimienta. Puedes ir con Hildur al almacén del primer piso y recoger todo lo que necesites.

—¿Y el arma reglamentaria? —inquirió Jakob.

—Los agentes de policía islandeses no llevan armas de fuego. Están guardadas bajo llave en una caja dentro de los coches patrulla. Para usarlas, necesitan el permiso específico del jefe. Como no tienes autoridad policial en Islandia, no puedes utilizar un arma —le explicó Beta.

—Entendido.

A Jakob no le extrañó esta normativa; a fin de cuentas, la policía noruega tampoco llevaba armas de fuego. Sin embargo, este asunto de las armas reglamentarias de la policía era polémico, pero todavía no se habían producido cambios en la legislación. Los islandeses no eran contrarios a las armas. Muchos de ellos practicaban la caza, por lo que había una gran cantidad de armas repartidas por todo el país.

Beta no las echaba de menos. Según su experiencia, un agente de policía islandés normal y corriente rara vez necesitaba un arma en Vestfirðir.

—Si nos enfrentamos a una situación peligrosa, avisamos a la unidad especial de policía armada de Reikiavik. En los últimos diez años, hemos recurrido a ellos una sola vez.

Jakob asintió, abrió su bandolera de cuero y sacó un trozo de jersey de lana gris perla. Se dispuso a organizar los hilos. Hildur y Beta lo observaban en silencio.

—¿Os molesta que teja mientras hablamos?

—Ni mucho menos. Sólo me ha sorprendido tu rapidez. Apenas llevas veinticuatro horas en Islandia y ya has tejido medio jersey —dijo Beta, sorprendida de los buenos acabados de la pieza. «Dudo que esta sea su primera labor», pensó. Lamentó no haber sacado tiempo para tejer en los últimos años.

Jakob la miró y cogió las agujas.

—En Finlandia no se considera una afición muy masculina que digamos, así que estoy acostumbrado a las miradas. Tejer me ayuda a organizar mis pensamientos. Me da paz para afrontar el día a día.

Hildur observaba fascinada su destreza con el hilo de lana.

—Beta, igual tú y yo también deberíamos empezar a tejer.

—Habla por ti, que yo soy muy zen. Tejería si tuviera tiempo, pero últimamente los niños no paran de caer enfermos y mi marido siempre está viajando por trabajo —explicó Beta estirando los brazos —. Tengo una videoconferencia con Reikiavik en breve. Algo de planificación administrativa, creo. Ventajas de ser la jefa... —añadió de camino a su despacho.

Hildur y Jakob se quedaron solos. Hildur miraba a su nuevo compañero. Le gustaba lo que veía. Jakob parecía ser un tío decente con el que sería fácil llevarse bien. Ni demasiado estirado ni un auténtico cretino. Quizá fuera un poco parco en palabras, aunque eso podría deberse a la barrera lingüística.

Después de charlar un rato sobre las academias de policía en Finlandia y en Islandia, Jakob se puso a leer un folleto informativo sobre la policía islandesa y Hildur se enfrascó en sus tareas administrativas. La oficina se llenó con el sonido del teclado y el tintineo de las agujas de tejer.

Al cabo de un rato, Jakob rompió el silencio.

—¿Ésas son tus hijas?

Se refería a una fotografía tamaño postal de dos niñas con coletas y monos de nieve. Hildur había colgado la foto en un panel de corcho cerca de la mesa.

—No.

Hildur siguió con los papeles rezando para que Jakob diese por terminado el interrogatorio. Era una de las pocas fotografías de sus hermanas que había encontrado entre las pertenencias de sus padres. En realidad, era posible que fuera la única. Como pasaba más tiempo en el trabajo que en casa, había colgado la foto en la pared de la oficina. Había olvidado esconderla en el cajón antes de que llegara su nuevo compañero. «Maldita sea», pensó. No tenía ningunas ganas de hablar de ello.

—Es que se parecen mucho a ti —dijo Jakob mientras cambiaba de hilo.

—Son mis hermanas —respondió Hildur en voz baja —. Bueno, eran.

Siguió mirando fijamente los papeles que tenía delante para darle a entender a Jakob que no quería seguir hablando del tema.

—Lo siento, no era mi intención ser entrometido.

El semblante de Jakob había cambiado de repente: seguía tejiendo, pero con la cara tensa y la mirada baja. Hildur sintió un leve remordimiento. Puede que hubiera sido demasiado brusca. Jakob no había preguntado con mala intención. Sólo trataba de conocerla y la foto de las niñas era una excusa para preguntar. Una foto en la pared era una invitación a hablar sobre ella; era ella quien la había dejado ahí olvidada.

Respiró hondo un par de veces. No sabía qué decir. Si dependiera sólo de ella, no diría nada en absoluto. Pero tarde o temprano Jakob acabaría enterándose de todo y algunas de las historias que circulaban sobre sus hermanas eran completamente inventadas. Quizá lo mejor fuera contárselo ella misma; así, se evitaría tener que corregir los chismes. Además, ahora eran pareja de trabajo, y deberían poder confiar el uno en el otro.

—No quería ser borde. Es que es un tema un poco complicado.

Jakob dejó de tejer y no dijo nada. Le dio el espacio para hablar sin presionarla.

—Son mis hermanas pequeñas, Björk y Rósa.

Hildur le contó que habían desaparecido hacía veinticinco años. Un día no volvieron a casa después del colegio.

—Tenían seis y ocho años cuando desaparecieron. Esa foto fue tomada el mismo invierno que...

—Qué horror. Lo siento muchísimo —dijo Jakob, y parecía totalmente sincero. Su expresión se había relajado y su mirada volvía a expresar franqueza.

Hildur se frotó las sienes.

—La gente hace muchas conjeturas, aunque nadie sabe lo que pasó. Habían ido al colegio, pero no subieron al autobús de vuelta por la tarde.

Lo más duro seguía siendo la incertidumbre. Nadie parecía saber nada. Nadie vio a sus hermanas después de la escuela. Sus padres las buscaron desesperadamente. Los vecinos y la policía removieron cielo y tierra. Incluso se movilizó un equipo voluntario de rescate, pero todo fue en vano. No se encontró ni rastro de las niñas.

—Fue como si de pronto hubieran desaparecido de este mundo —dijo Hildur, e hizo un sonido de globo deshinchándose —. Se esfumaron. En un abrir y cerrar de ojos.

Muchos pensaron que las niñas se habían ahogado en el mar o perdido en la montaña durante la tormenta de nieve. Pero nunca se encontró ningún indicio.

—Mis padres jamás llegaron a recuperarse. Murieron poco después de la desaparición.

Los días posteriores a la desaparición, la madre de Hildur se pasaba horas y horas delante del espejo cepillándose furiosamente el pelo. Hildur recordaba su cuero cabelludo en carne viva y sangrando. No hubo manera de que su madre dejara de cepillarse. Finalmente, se cortó el pelo al rape y empezó a usar pañuelos.

—Planeaban vender la casa y mudarse a la capital, lejos del fiordo. No creo que hubieran sido felices allí, pero quedarse aquí no era una opción para ellos.

—Ya. A veces es mejor marcharse y cambiar de aires para poder seguir respirando —dijo Jakob sin dejar de avanzar con su labor.

Hildur se miró las manos e hizo una breve pausa antes de continuar.

—En cualquier caso, nunca llegaron a mudarse. Murieron en un accidente de tráfico un año después de la desaparición de mis hermanas. Y ahora yo me dedico a investigar accidentes de tráfico y dirijo la unidad de menores desaparecidos en la Islandia rural. Qué ironía, ¿no te parece? ¿Tienes hijos?

—Sí, un niño de cinco años, Matias, pero ahora vive en Noruega.

—¿En Noruega?

—Es una larga historia. Otro día te la cuento, si te parece bien.

Hildur comprendió que no merecía la pena seguir preguntando.

Hablaron un buen rato sobre las rutinas diarias en la comisaría y luego Hildur aprovechó para repasar los dos casos más urgentes. Los propietarios de una planta local de procesamiento de pescado parecían estar utilizando mano de obra ilegal. Habría que llevar a cabo un registro y hablar con los supervisores y los trabajadores. También tenían que preparar el interrogatorio de Jón, de Fjallavegur, y una presentación para la reunión de la Federación de Hogares de Acogida.

Al final de la jornada, Hildur le explicó dónde estaba la piscina climatizada del pueblo, le mostró en el mapa algunas rutas para salir a correr y le recordó que el supermercado cerraba a las siete de la tarde.

Hildur fue la última en salir de la oficina, después de desenchufar la cafetera y apagar las luces. La oscuridad ya era total a las cinco de la tarde. Pasó por el restaurante para comprar unas pizzas de pepperoni. Mientras esperaba, envió un mensaje a Freysi, que la invitó a su casa.

Al llegar a su edificio, no subió por la escalera de la fachada, sino que fue por el patio trasero, donde estaba la entrada de Freysi. Abrió la puerta y entró en el recibidor. El suelo crujió de forma acogedora, como hacían los viejos edificios de madera. Freysi la esperaba con una fina camiseta blanca y unos pantalones de deporte muy ceñidos. Cogió las pizzas con una sonrisa mientras Hildur se quitaba la parka de capucha peluda y buscaba un hueco en el perchero.

—La esperada visita sorpresa de la detective. Acabo de llegar de correr, así que hoy ya no tengo que volver a salir.

Las casas viejas tenían recibidores pequeños. Freysi vivía solo, pero su perchero estaba a rebosar de abrigos. Hildur colocó su parka encima y el mueble crujió de forma amenazante. Los estantes del pasillo, de una conocida tienda de muebles sueca, estaban repletos de guantes, gorros y ropa de correr. Cuando pareció que la parka iba a quedarse en su sitio, Hildur se alejó con cuidado del perchero.

—Quizá deba hacer un registro exhaustivo de la propiedad —le advirtió apretándole el brazo.

—Sólo si puedo registrar primero a la señorita inspectora.

Freysi le besó la nuca.

—Bueno, primero vamos a comernos esas pizzas —dijo Hildur entrando en el cuarto de estar y cerrando la puerta.

Esa noche cayó una fortísima nevada. A la mañana siguiente, había llegado el invierno.

8

Julio de 2019, Hornstrandir

El sol brillaba en el cielo despejado. El mar en calma relucía como una falda de lentejuelas. No se oían las olas, ni el viento, sólo el trinar de pájaros. Era temprano, pero la temperatura ya había alcanzado los quince grados. Lísa decidió tomarse un descanso. Se sacó el cortavientos y lo sujetó con las cinchas a un lado de la mochila. Llenó la cantimplora en un arroyo y dio un buen trago. El agua helada se deslizó lentamente por su garganta.

Hacía un tiempo magnífico. El aire olía a heno y los pajaritos cantaban. Los islandeses lo llamaban «*rjómablíða*», de suavidad cremosa. Era demasiado bueno para ser verdad. Aquél iba a ser el mejor verano de su vida.

La semana anterior le habían comunicado que su nota de selectividad era suficiente para entrar en la Facultad de Medicina de la Universidad de Islandia. ¡Iba a ser doctora! Si todo iba bien y se aplicaba en los estudios, podría ser cardiocirujana. Sonreía sólo de pensarlo. Había leído la carta de aceptación tantas veces que se la sabía de memoria.

Podía llegar a ser como los demás. Podía aspirar a lo mismo que la gente de su edad. Un buen trabajo, su propio hogar, quizá hijos. Y,

lo más importante, podía ser una buena persona, como todos.

Llegar hasta allí no había sido fácil, ni mucho menos. Hasta los dieciséis años había vivido con una familia de acogida en una granja del noroeste de Islandia. Nunca había llegado a reencontrarse con sus progenitores. Sus tutores eran sus únicos padres. Se ocupaban de ella desde que era una recién nacida.

Lísa había crecido en un hogar estable junto con otros dos niños. Sus padres la habían querido igual que a sus hijos biológicos, pero a veces no podía evitar sentirse como una extraña. Ese sentimiento se había ido reforzando con los años. No la tenían en cuenta para escoger el programa de televisión por la noche o los planes de las vacaciones de Pascua. Siempre era bienvenida a participar en las actividades familiares, pero a nadie le interesaba su opinión. Poco a poco, fue distanciándose de ellos. Tenía un carácter diferente y le gustaban otras cosas. Lísa no quería seguir viviendo en el campo cuidando vacas y caballos; deseaba otra vida.

Cuando terminó la primaria, quiso continuar los estudios en Reikiavik. El instituto del centro de la capital era uno de los mejores del país y muchos estudiantes del itinerario de Ciencias Naturales lograban entrar en Medicina. Eso era lo que ella deseaba estudiar. Sus padres la ayudaron a encontrar y amueblar una habitación de alquiler, e incluso le dieron dos millones de coronas para que no tuviera que pedir un préstamo de estudios.

A pesar de la generosidad de sus padres, Lísa siempre pensó que parecían aliviados con su marcha. Durante su primer año de

instituto, fue a casa en Navidad y Pascua, pero luego las visitas se fueron espaciando. Hasta los dieciocho años, le habían seguido ingresando dinero en la cuenta, y a veces aún le preguntaban por sus estudios. Ella los había llamado por última vez las Navidades pasadas, y no había sabido nada de ellos desde entonces. Lísa no era capaz de explicar por qué las cosas habían acabado así. Su relación se había enfriado poco a poco hasta romperse por completo.

Pero ese día Lísa no quería pensar en cosas tristes. Al fin y al cabo, había conseguido su sueño: una plaza en la Facultad de Medicina. Además, tenía una relación muy cercana con Pétur y Margrét, el cariñoso matrimonio de jubilados que le alquilaba la habitación en Reikiavik. Eran como una familia para ella. Margrét, ex profesora, la había ayudado a preparar los exámenes de química y matemáticas, y Pétur siempre la animaba a cultivar aficiones al aire libre. Esta excursión la había organizado Pétur: le había comprado los billetes de autobús y barco a la reserva natural, se había encargado de reservarle los albergues y se había asegurado de que llevara ropa y provisiones suficientes para una excursión de tres días.

Hacía mucho tiempo que Lísa quería visitar la península de Hornstrandir. Sus compañeros del club de senderismo publicaban constantemente fotos de la reserva natural en las redes sociales. Acantilados de vértigo cayendo en el mar, zorros árticos vagando por la costa, extensiones de prados interminables.

Había decidido que si entraba en Medicina lo celebraría en aquellos parajes. Sacó del bolsillo de los pantalones una bolsa de siluro deshidratado y arrancó un trozo. Saciante y rico en proteínas, era un manjar para las excursiones.

Ese día había salido de la playa de arena de Aðalvík, seguido por el valle de Reyðardalur a través de la meseta y de allí había llegado a Hesteyri. Era una ruta técnicamente sencilla, con sólo unos trescientos metros de pendiente, aunque Lísa había rodeado las montañas más altas. Eso había añadido kilómetros al trayecto, pero también lo había hecho más seguro. Cuando una caminaba en solitario, debía reducir los riesgos al mínimo. Eso le había enseñado Pétur.

Tras cinco horas de caminata y un par de breves descansos para reponer fuerzas, Lísa vio un albergue como el que le había descrito Pétur. Se trataba de una pequeña cabaña de verano pintada de negro que ofrecía plazas de alojamiento a senderistas.

Antes de entrar, Lísa se quitó las botas y dejó las plantillas aireándose en el patio. A las botas también les vendría bien airearse un poco. Abrió de un tirón agarrando el pomo de madera.

—¡Hola, buenos días!

Nadie contestó. En el pequeño recibidor de la entrada, vio una nota escrita a mano en un taburete amarillo de madera: «He salido, estoy cogiendo hierbas aromáticas en el prado. Las literas están al fondo del pasillo, puerta de la derecha. Estáis en vuestra casa. Volveré antes de anochecer. Pago en efectivo. Hay sopa de pescado en la olla.»

Lísa fue al dormitorio. Cogió el saco de dormir y lo desplegó sobre la litera inferior de la izquierda. Para su sorpresa, las camas tenían

sábanas y almohadas. No era muy habitual en este tipo de alojamiento. Intentó que sus cosas ocuparan poco sitio; seguramente llegarían más excursionistas por la noche. En esta zona casi no había albergues.

El suelo crujía agradablemente a cada paso. Se le hizo la boca agua con el delicioso aroma a sopa de pescado que salía de la diminuta cocina. Los tazones y las cucharas estaban ya dispuestos en la encimera junto al hornillo.

Lísa se sentó a la mesa de la cocina con su cuenco humeante. Se echó un poco de pimienta de un recipiente blanco con forma de delfín. Una mosca aleteaba furiosa en la ventana. Se levantó para abrir: le reconfortó verla en libertad. Se quedó un momento maravillada ante el paisaje. Las olas rompían suavemente en la arena negra de la playa. La cima plana de las montañas se perfilaba contra el cielo azul.

Se notaba cansada por la caminata, pero tenía la mente clara y despejada, además de un hambre atroz. Le apetecía muchísimo la sopa. El cocinero no había escatimado con los ingredientes. Los trozos de pescado eran grandes. La zanahoria y la cebolla estaban en su punto; no se hacían puré, tenían una textura firme y agradable. Llevaba tomate, hojas de laurel y sal. Debía acordarse de darle las gracias al cocinero. Era la sopa más deliciosa que había comido en su vida.

Fue su última comida.

9

Dos bacalaos de tamaño medio dan coletazos en el suelo de la barca. Levanto el remo y golpeo al más grande en la cabeza. Me quedo mirando al pequeño. El pobre sigue moviendo las branquias, como si tratara de mantenerse con vida. Lo golpeo con fuerza en el cuello. No hay que dejar que un pez agonice demasiado rato. El sufrimiento afecta a la calidad de la carne. Se debe al ácido láctico.

Llevo la barca de vuelta a la orilla. Me siento eufórico. Ha sido un éxito. Dos bacalaos. Son fáciles de limpiar y podré hacer un buen guiso. O quizá prepare una sopa.

Apago el motor y lo saco del agua. Las olas mecen la barca hacia la orilla. Por suerte, hay marea alta, así que no tengo que caminar mucho por el agua.

Arrastro la barca hasta la arena. Amarro la soga. Corto las cabezas y las agalla de los peces, y observo cómo se desangran.

Un pescador se convierte en depredador cuando lleva comida a casa.

La sopa de pescado borbotea en el fogón. Me sirvo un cuenco y lo llevo a la mesa, con un cucharón y una rebanada de pan. Me siento. Me centro en mi comida.

Sé que estoy haciendo lo correcto. Recibí la confirmación final cuando el sol llegó a lo más alto. Llevaba todo el otoño

preparándome para llevar a cabo mi plan. Todo tenía que suceder ahora, siete años después de su muerte, pero una fuerza superior intervino en el juego y llevó una captura a mi red, totalmente inesperada. Era una niña encantadora. Pero no podía hacer una excepción. De ningún modo.

El pescado más delicioso es el que uno mata con sus propias manos. Ahora tengo tiempo para centrarme y comer a mi ritmo. En la casa del tejado rojo, los demás me daban órdenes. No volveré allí jamás.

Según la palabra de Dios, la mano de los diligentes señoreará, mas la negligencia será tributaria.

A mí nadie me dará órdenes. Ya no.

10

Noviembre de 2019, Ísafjörður

Hildur se despertó a las seis de la mañana con una opresión en el pecho. Era una sensación familiar, como una colcha muy pesada de la que no puedes destaparte. Aunque seguía cansada, ya no podría volver a dormirse. Tenía la cabeza embotada y un sabor metálico en la boca. Sabía por experiencia que la única forma de salvar el día era levantarse y hacer ejercicio.

Se hizo un moño rápido para entrenar en la alfombra del salón. Primero, cinco minutos de estiramientos suaves y breves, y luego, cuatro veces la misma serie: veinte flexiones, veinte sentadillas, veinte abdominales y veinte dominadas. Freysi había instalado una barra en el marco de la puerta. Al terminar, se tumbó para calmar la respiración y bajar las pulsaciones. Había conseguido sacarse de encima aquella colcha, al menos por un rato.

Tras sacudirse brazos y piernas, fue a la cocina y encendió la radio del alféizar. Radio Nacional de Islandia emitía el parte del Instituto Nacional de Meteorología. Escuchar las predicciones de viento, lluvia y frío en la voz tranquila y neutral del locutor le daba una cierta ilusión de control. Como si aquel hombre le marcara los límites del día.

«Parece que ha llegado el invierno», pensó Hildur al descorrer las cortinas. Los cristales estaban cubiertos de escarcha y apenas se veía el exterior. Se acercó al vidrio y miró a través de la capa de hielo. Esa noche la tormenta había dejado medio metro de nieve sobre los coches del aparcamiento.

Sabía que sería una mañana ajetreada en la comisaría. Todos los inviernos pasaba lo mismo: esos primeros días la gente olvidaba adaptar su conducción y se multiplicaban los accidentes. La única rotonda del pueblo, donde los que llegaban tarde al trabajo seguían conduciendo como en verano, era uno de los puntos con más colisiones, junto con las plazas de parking estrechas.

Hildur puso café en el filtro, llenó el depósito del agua y encendió la cafetera. Oyó ruido en el dormitorio. Poco después, Freysi entró en la cocina con la bata de rayas blancas y negras que ella le había regalado por su cumpleaños.

«Le ha gustado», pensó Hildur mientras servía dos tazas de café.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

Hildur le dio una taza y se limpió con la mano el sudor de la ceja.

—Me desperté temprano. Me ha dado tiempo a hacer de todo.

Ella no hablaba con nadie de su insomnio ni de su ansiedad. Se sentía a gusto con Freysi, pero no quería explicarle sus problemas. Hablar de ellos no iba a hacer que desaparecieran. Por eso la terapia no había funcionado. Aquella mujer de la chaqueta de punto la obligó a hurgar en su infancia, pero eso sólo aumentó su ansiedad. Al final de la primera sesión, le recetó ansiolíticos y le recomendó que visitara a un endocrino para tratar su obsesión con el deporte. Hildur se levantó y dio por terminada la terapia. Con ese dinero se compró dos tablas de surf.

Freysi salió con su taza de café a fumar el cigarro del día. Hildur no comprendía cómo podía ser tan deportista y tener hábitos tan poco saludables. Fumaba como una chimenea, pero era capaz de correr decenas de kilómetros con una frecuencia cardíaca insólitamente baja. Freysi era raro; no como ella, pero raro al fin y al cabo. Su rareza le resultaba familiar: él tampoco encajaba en ningún molde.

Tras coger el azúcar moreno y el muesli de chocolate del armario, y la leche agria y una botella de aceite de hígado de pescado de la nevera, Hildur se sentó a desayunar a la mesa de la cocina. Se comió el muesli con leche agria y un poco de azúcar, y luego una cucharada de aquel aceite. Se tomaba en casi todos los hogares del país, sobre todo en invierno, cuando apenas veían el sol durante varios meses, por la vitamina D y los ácidos grasos. «Me sabe mejor ahora que de niña», pensó. Por aquel entonces, la dosis diaria le daba arcadas.

Hildur apartó una pila de papeles de la encimera. Debían de ser rutinas de entrenamiento de Freysi. Le picó la curiosidad y les echó un vistazo, pero no entendía nada. Estaba lleno de palabras extrañas y de anotaciones a boli en los márgenes. Los examinó con más detenimiento tratando de descifrar la apretada letra de Freysi.

Al notar un soplido en el pelo y una mano en el hombro, se sobresaltó y tiró el tazón al suelo de un manotazo.

—¡Joder!

Oyó una risa a su espalda.

—Mi intención era asustarte y parece que lo he conseguido.

Freysi había sido extremadamente sigiloso al entrar en la cocina.

—Te he visto ahí, con el trasero en pompa, tan enfrascada en los papeles que no he podido resistirme.

Hildur hizo un puchero y fingió estar ofendida, pero no tenía dotes de actriz.

—Un día me vas a provocar un infarto.

Recogió el tazón del suelo, que milagrosamente no se había roto, mientras Freysi limpiaba las salpicaduras de leche con una bayeta húmeda. Luego, enjuagó la bayeta bajo el grifo, la dobló y la depositó en el borde del fregadero.

—Tenía que contarte una cosa sobre esos papeles.

Hildur, que estaba llenando el lavavajillas, gruñó para indicarle que continuara.

—Últimamente me he dedicado a investigar mi árbol genealógico, y me gustaría comentar contigo algunas de las cosas que he encontrado.

Hildur se quedó congelada con una cuchara en la mano. Un estudio genealógico era algo muy personal. Su relación con Freysi no había llegado al nivel de hablar de sus amigos o de sus padres, mucho menos de parientes lejanos.

—Investigar el árbol genealógico es una clara señal de la llegada a la mediana edad. Creo que todavía no estoy en ese punto.

—Pero esto que te quiero explicar es muy interesante.

Freysi se apoyó en el fregadero con los brazos cruzados. Parecía totalmente dispuesto a seguir hablando del tema.

En ese momento se oyó el móvil de trabajo de Hildur. Lo cogió del bolsillo de su jersey, colgado de la silla. Al otro lado, la voz de Beta sonaba muy alterada. Hildur no daba crédito a sus palabras, pero mantuvo la calma. Había aprendido a poner la cara de póker de

policía. Mientras hablaba por teléfono, se ató los zapatos en el recibidor.

—Nos vemos en la comisaría dentro de diez minutos. Adiós.

Él la miró con gesto inquisitivo.

—Tengo que marcharme. Es urgente. Luego nos vemos.

Freysi enjuagó la cafetera y la dejó sobre un paño de cocina en la encimera. Hildur, ya con el abrigo y la capucha puestos, se despidió con la mano. Desapareció antes de que él pudiera responder.

11

Hildur aceleró para salir de la única rotonda del pueblo por la carretera principal. Los locales la llamaban «autopista» porque, serpenteando a lo largo de la costa, llegaba hasta Reikiavik, pero no era más que una carretera de mala muerte. En zona urbana no se podía circular a más de cincuenta kilómetros por hora, y en carretera, a noventa kilómetros por hora, aunque en los tramos sin controles de velocidad todos se saltaban las restricciones. El cuentakilómetros de Hildur marcaba ya ciento diez. Puso en marcha la sirena y las luces de emergencia.

Le encantaba conducir con mal tiempo; se imaginaba que iba sobre la tabla de surf. Frente a una ola o una curva, lo más importante era la velocidad de reacción. Si vacilabas, podías caerte de la tabla o tener un accidente fatal.

—¿Puedes contarme qué pasa? —preguntó Jakob, con el codo en la ventana del copiloto —. He llegado a la comisaría a mi hora, pero aún no me había quitado el abrigo y ya estaba sentado en el coche. Sólo sé que vamos a un lugar que empieza por u.

Jakob miraba los montones de nieve apilada a los lados de la carretera. Llevaba un grueso abrigo de plumas y un gorro de lana a rayas blanco y marrón hasta las cejas.

Hildur pensaba que parecía un turista de camino a un glaciar más que un agente de policía en prácticas. Le gustaba su falta de presunción. Jakob había aceptado el cambio de planes con curiosidad y sin desconcierto. No cuestionaba las costumbres locales ni criticaba su nuevo entorno. Tampoco sufría el síndrome del turista; es decir, no la torturaba con interesantes observaciones sobre Islandia. Unos años atrás, Hildur tuvo de pareja a un policía danés en prácticas que la sacaba de quicio: nunca dejaba de maravillarse por lo pequeño que era Ísafjörður, ni de extrañarse por lo largos que eran los trayectos, y para colmo se pasó el invierno quejándose de que no había beaujolais nouveau en la licorería del pueblo. Jakob no tenía nada que ver con aquel tipo. Había llegado a Ísafjörður con su bolsa de labores dispuesto a trabajar duro. Transmitía confianza en sí mismo.

Hildur lo miró de reojo y sonrió.

—No empieza por u. Vamos a Súðavík. —Jakob no dijo nada —. Es un pueblo de unos doscientos habitantes que está en el siguiente fiordo, como a un cuarto de hora de aquí. A diez minutos, para ser exactos.

Hildur pisó el acelerador. La carretera era recta y las máquinas quitanieves acababan de despejarla.

—Esta mañana hemos recibido una llamada de la policía de Akureyri, una ciudad del norte de Islandia. Una disputa sobre la custodia de un menor.

Hildur le resumió los detalles del caso. En Akureyri vivían los padres de un niño de cinco años. Estaban divorciados desde hacía varios años y la madre tenía la custodia. Se había acordado un régimen de visitas con el padre, Örn, pero no había funcionado bien.

Örn no respetaba las horas de recogida y entrega de la madre, y la había amenazado muchas veces con que no le devolvería al pequeño.

Finalmente, Örn había cumplido su amenaza. Tenía el móvil apagado y nadie los había visto desde hacía varios días. La madre estaba desesperada.

—Qué horror —dijo Jakob.

Apagó el calentador del asiento. Hacía calor dentro del coche.

Esa mañana la policía de Akureyri había recibido una llamada de la tía de Örn. La anciana vivía sola en una gran casa de madera en Súðavík. Esa madrugada la había despertado el ruido de un coche. Al levantarse para ver quién había entrado en el patio, se encontró con su sobrino Örn en la puerta. Llevaba el niño dormido en brazos y envuelto en una colcha. Le contó que estaba de vacaciones con su hijo y le pidió si podían quedarse hasta que pasara la tormenta de nieve y pudieran continuar el viaje.

La tía, conocedora de las miserias y los problemas de su sobrino, le preparó la cama en el cuarto de estar y ofreció té sin hacer preguntas. Cuando Örn se quedó dormido, la anciana bajó al piso de abajo para telefonear a su hermana, que le confirmó sus sospechas: Örn se había llevado al niño sin el permiso de la madre.

La madre de Örn había llamado a la policía para informarles del paradero del menor y de su padre.

—¿Vamos a ir los dos solos allí? —preguntó Jakob.

—Sí. Al menos al principio. La policía móvil suele acompañarnos en este tipo de casos, pero han estado investigando una colisión frontal al otro lado del fiordo y no pueden venir tan rápido. Cuando lleguemos, entraremos en la casa.

En las comisarías de las zonas rurales, todos hacían un poco de todo. Hildur investigaba delitos, conducía interrogatorios y analizaba pruebas. A veces también se hacía cargo de casos urgentes, especialmente si había menores implicados. En Reikiavik había trabajado en estrecha colaboración con los servicios de protección de menores, por lo que tenía más recursos que la mayoría de sus colegas.

Islandia era un país pequeño y tranquilo que había prosperado enormemente tras la Segunda Guerra Mundial. Hoy en día, la renta per cápita de sus habitantes era muy alta. Los viajes al sur, los todoterrenos y los equipos de *home cinema* eran normales para la mayoría de los islandeses. Sin embargo, si se escarbaba un poco, emergía todo tipo de escoria. Cada vez había más divorcios y, si había hijos de por medio, conflictos con las custodias compartidas. Las leyes no actuaban aún con la suficiente firmeza contra la violencia doméstica. Las agresiones a menores a menudo se daban en contextos de alcoholismo, lo que sucedía independientemente del nivel de ingresos. Los ejecutivos combatían el estrés con carísimas botellas de vino francés, y los que no trabajaban ahogaban sus penas con la botella de *aquavit* más barata de la licorería. Las consecuencias de esta vorágine casi siempre las pagaban los hijos.

—¿Cómo es ese tal Örn?

Esa mañana Hildur había consultado el LÖKE, la base de datos de la policía de Islandia. Örn tenía varias sentencias por delitos de violencia y venta de narcóticos.

—Es posible que se ponga violento, así que lo ideal sería que llegáramos antes de que se despierte. Las disputas por la custodia pueden desembocar en situaciones horribles.

—Por desgracia, eso no es nada nuevo para mí —dijo Jakob, y se quitó el gorro de lana. La calefacción del Škoda era realmente potente.

Hildur giró a la derecha y salió de la serpenteante carretera principal que rodeaba el fiordo para dirigirse al centro del pueblo, a los pies de la montaña cubierta de nieve. Las montañas islandesas eran pequeñas para quienes estaban acostumbrados a los paisajes alpinos. La forma chata de sus cimas se debía a las pesadas masas de hielo bajo las que habían surgido hacía miles de años. A los pies de una de esas montañas se encontraba aquel pueblo.

—Qué planificación urbana tan extraña. ¿Por qué las casas están colocadas de ese modo? —preguntó Jakob mirando la fila de farolas, de casi dos kilómetros de largo, que alumbraba las fachadas.

Las casas estaban esparcidas por el fiordo una detrás de otra a lo largo de la costa. En mitad de la fila, se divisaba un enorme hueco.

—Un alud se llevó algunas casas por delante.

Hildur le explicó que ese pequeño pueblo de pescadores, incrustado entre la montaña y el mar, había sufrido una colosal avalancha en la década de 1990. Hubo una veintena de víctimas mortales y decenas de casas destruidas. Nunca se había vuelto a construir nada en ese lugar y aquel espacio vacío dividía el pueblo en dos partes: la nueva y la vieja. La tía de Örn vivía en la parte norte del pueblo, detrás de un parque infantil llamado Raggagarður.

—Una madre del pueblo hizo construir ese parque infantil hace unos veinte años. —Hildur lo señaló por la ventana —. Fue en memoria de su hijo, que murió en un accidente de tráfico a los diecisiete años. Acababa de sacarse el carnet.

Jakob miró el parque. Las barras, columpios y carruseles estaban cubiertos por una gruesa capa de nieve.

Hildur giró detrás de Raggagarður y apagó el motor del coche cerca de una casa. La máquina quitanieves aún no había pasado por aquella parte del pueblo y no podían llegar con el coche hasta la puerta. Tendrían que andar el último tramo.

Hildur bajó del coche y echó un vistazo a su alrededor. Örn debía de haber dejado su coche un poco más abajo, a un lado de la carretera, aunque sus huellas ya se habían borrado. Aquel lugar blanco e inmaculado parecía un confín olvidado de la tierra. Casi todas las casas del pueblo seguían a oscuras, y por la parte vieja se veía cómo se movían los intermitentes naranjas de la máquina quitanieves.

El vaho de la respiración desaparecía en el frío aire invernal. Hildur y Jakob avanzaban a duras penas por la nieve.

—Vienes conmigo como refuerzo, pero no digas nada. La patrulla debería estar aquí en un cuarto de hora —dijo Hildur.

—Entendido. Seré el agente que no sabe hablar ni escribir —dijo Jakob.

Hildur lo miró con perplejidad.

—Es de un *sketch* finlandés sobre la policía; ya te lo explicaré.

Se acercaron a la gran casa de madera recubierta de chapa corrugada verde. La chapa protegía las construcciones antiguas de las inclemencias del tiempo. La tía de Örn vivía en la ladera, desde donde el paisaje se abría en todas direcciones. La suya era la última casa del pueblo, por lo que el viento azotaba sus cuatro fachadas por igual. Delante se erguía una estatua gris de un metro de altura que representaba la cabeza de un león asomando entre la nieve.

—Qué ornamento tan curioso —dijo Hildur al pasar por delante.

Llamó a la puerta golpeteando el panel de cristal con el índice. La tía de Örn debía de estar esperando al otro lado porque se abrió enseguida. Una anciana de aspecto cansado ataviada con una bata de flores amarillas hizo pasar a los policías y les señaló el piso de arriba.

—Están durmiendo en el salón; es la puerta de la izquierda.

Hildur asintió.

—No me entra en la cabeza que Örn se haya vuelto una persona tan difícil —murmuró la tía, y se metió las manos en los bolsillos de la bata.

A la mujer le habría gustado seguir hablando, pero Hildur la interrumpió.

—¿Hay más personas en la casa?

—No. Sólo yo y *Markús*, mi gato, pero duerme en el suelo radiante del cuarto de baño hasta mediodía.

—Quédese aquí esperando. Métase en el cuarto de baño y cierre el pestillo. Mi compañero y yo iremos al piso de arriba. La avisaremos cuando pueda salir —le indicó Hildur —. Muchas gracias de nuevo por avisarnos de la llegada de Örn —añadió antes de marchar a grandes zancadas escaleras arriba.

Con el radioteléfono, Hildur comunicó a la patrulla en camino que habían entrado en la casa y que el sospechoso y el niño se encontraban en el segundo piso.

La moqueta de la escalera estaba llena de pelotillas y agujeros. La escalera llevaba a un recibidor en el que había tres puertas. Hildur echó un rápido vistazo a las estancias. La primera puerta daba a la cocina, que estaba amueblada en tonos marrones y tenía un hornillo

eléctrico bastante anticuado. Sobre la mesa de la cocina había una bolsa de mandarinas. Tras la segunda puerta había un despacho. La puerta de la izquierda llevaba a un amplio salón. Había dos cómodas butacas de cuero frente a un televisor de pantalla plana; un acuario cubría la pared más larga.

Al fondo del salón, dos figuras dormían en un sofá cama desplegado. La figura más grande estaba tumbada de espaldas y completamente vestida. Örn tenía el pelo rubio y revuelto. Entre la barba descuidada asomaban unos labios agrietados que se movían al compás de sus ronquidos. La figura más pequeña estaba envuelta en una manta marrón claro y dormía hecha un ovillo junto a la pared.

Hildur calculó que el sofá cama estaba a varias zancadas de distancia y trató de determinar si conseguiría coger al niño en brazos sin que Örn se despertara. La patrulla de refuerzo llegaría en cualquier momento.

Se disponía a dar un paso hacia el sofá cama cuando los ronquidos cesaron como cortados por un cuchillo y Örn se levantó de un salto.

—Policía. Soy Hildur Rúnarsdóttir, de la policía de Ísafjörður. Éste es mi colega Jakob Johanson —informó con tranquilidad, tratando de establecer contacto visual con Örn —. Estamos aquí porque tu hijo debería volver a casa. Su madre está preocupada.

Örn, que había sido sorprendido en mitad del sueño, miró asustado a su alrededor por unos instantes, pero logró recomponerse de inmediato. Parecía comprender lo que había sucedido: su tía había alertado a la policía.

—¡Lilja! Somos familia. Vengo con mi hijo a visitarte y tú, maldita zorra, vas y llamas a la policía.

Los ojos de Örn ardían de odio. Se apoyó hacia delante, como para tomar impulso. Echando espumarajos, continuó lanzándole improperios a su tía, que estaba agazapada en el cuarto de baño del piso inferior. Örn tenía el cabello enmarañado, la ropa arrugada y apestaba a sudor.

—¡Y vosotros dos os podéis ir a tomar por culo! —gritó mientras gesticulaba en dirección a Hildur.

Se había producido un giro desagradable en los acontecimientos. Hildur trató de entablar conversación con el hombre. Jakob permanecía de pie en silencio detrás de ella, como refuerzo, tal como habían acordado.

De entre la manta asomó la cabecita de un niño pequeño con cara de asustado. El flequillo rubio se le había aplastado contra el cojín durante la noche y ahora parecía que tenía una cresta de avefría. El niño miró con reticencia a su padre y después a Hildur, y luego se hizo un ovillo junto a la pared, tratando de encogerse todo lo posible.

—Örn, tranquilízate. La madre del chico está preocupada por su hijo porque no le has dicho adónde ibas. Vamos a llevar al niño de vuelta a casa. Nosotros te acompañaremos.

—No te voy a entregar a mi hijo.

—Örn, ¿podrías echarte a un lado y sentarte en ese sillón? —Hildur señaló la silla de cuero negro con la cabeza. De forma instintiva, rozó con la mano el espray de pimienta que llevaba en el cinturón.

—Ni de coña. Mi hijo no va a ir a ninguna parte. Ahora está conmigo porque estamos de vacaciones y las vacaciones no se dejan a medias. —Örn cogió al niño de un tirón y lo apretó con fuerza en su regazo —. ¡No pienso renunciar a mi hijo jamás! —gritó, y retrocedió hacia la pared del cuarto de estar sin soltarlo.

El florero de la mesa baja cayó al suelo de madera y se rompió en pedazos. El agua del jarrón cayó sobre un periódico doblado al lado del sofá. El niño empezó a llorar.

—Suelta al niño —dijo Hildur elevando la voz.

Örn negó con la cabeza y apretó a su hijo con más fuerza. El llanto del chico había dado paso a hipidos de pánico.

—Suelta al niño si quieres evitar meterte en más problemas —indicó Hildur, y dio un paso hacia el hombre.

—No. Si das un paso más, saltaré por la ventana con el niño en brazos. No me provoques, joder.

Hildur retrocedió unos pasos.

—Si yo no puedo estar con mi hijo, nadie más podrá —murmuró Örn entre dientes. Se había quedado sin aliento y miraba hacia los ventanales.

Se estaban adentrando en terreno peligroso. Hildur sabía que podía derribarlo, aunque ignoraba si iba armado. Pero lo más importante era proteger al niño. No entendía la tardanza de la patrulla. Necesitaban refuerzos ya.

Jakob, de pie detrás de Hildur, carraspeó.

—Disculpa, ¿puedo decirte algo? —preguntó en inglés dirigiéndose a Örn.

—Y este extranjero atontado ¿de dónde ha salido? ¿Es que ya no nos podemos permitir policías islandeses o qué? —dijo Örn soltando

una carcajada que más bien parecía un relincho.

—Lo cierto es que aún no soy policía de verdad. Estoy aquí de prácticas. Sólo quería decir que entiendo muy bien lo que se siente al estar en tu lugar —explicó Jakob lentamente sin dejar de mirarlo.

—Vaya, no me digas.

—Tengo un hijo de la misma edad, cinco años. Le gusta jugar a los bomberos y atrapar Pokémons. Hace mucho que no me dejan verlo porque su madre me lo ha arrebatado. He venido a Islandia porque no soportaba estar en casa.

Örn se quedó callado unos instantes.

—¡Estás mintiendo!

—Ojalá. Ojalá todo esto no fuera verdad. Pero lo es. Ella me quitó al niño. ¿Acaso crees que he venido a trabajar a un lugar como éste por placer?

—Así son esas zorras. Primero te hacen creer que son muy cariñosas y que están muy enamoradas. Te preparan el café por la mañana y te dejan la comida lista en la nevera. Entonces, desaparecen y se llevan al niño —dijo Örn, pensativo y con voz ronca.

—Exacto. Te amenazan y te llevan a juicio —añadió Jakob.

Hildur escuchaba en silencio la conversación sin perder de vista al niño que Örn apretaba en su regazo. Se dio cuenta de que el hombre había relajado un poco los brazos.

—Entonces, le dicen a la directora de la guardería que no pueden entregarme al niño y que deben llamar a la policía si me acerco al patio —continuó Örn.

Jakob asentía lentamente como muestra de aprobación ante las palabras del otro.

—Mi ex mujer se llevó al niño en mitad de un partido de fútbol.

Hildur comprendió que Jakob estaba tratando de prolongar la conversación. Lo estaba consiguiendo. Y ahora la atención de Örn estaba puesta en Jakob y no en el niño que sollozaba en su regazo.

—Se largaron de casa y no he podido ver a mi hijo desde entonces.

—Todavía tengo en el móvil un vídeo de cuando la policía vino a buscarme, aunque yo sólo había ido a recoger a mi hijo de la guardería —dijo Örn.

Empezó a buscar el móvil en los bolsillos de la sudadera y, por un momento, olvidó que tenía al niño en brazos. El pequeño cayó de pie al suelo y corrió asustado a refugiarse en la butaca más próxima, donde se acurrucó en posición fetal. Jakob se apresuró a protegerlo.

Örn se abalanzó detrás de su hijo, pero Hildur fue más rápida. Sacó el espray de pimienta del cinturón y le disparó a la cara. La espuma de capsaicina se extendió con un débil silbido. Örn cayó al suelo gritando y sujetándose la cabeza. Le ardían los ojos.

Hildur sabía que Örn tardaría al menos diez minutos en recuperar la visión y aprovechó para ponerle las esposas.

—Esto te va a doler un poco, cabrón —le susurró.

Los demás no la oyeron. Se sentó con todo su peso encima de la pierna de Örn, que aullaba de dolor tirado en el suelo.

—Lo siento muchísimo. Trata de no moverte para que no se nos enreden las piernas —dijo en voz alta.

Hildur buscó a Jakob. Lo vio sentado en un sillón con el niño en brazos. Le dijo «Gracias» sólo con los labios.

Luego levantó a Örn del suelo con una gran sensación de alivio. Las cosas podrían haberse descontrolado peligrosamente. Jakob

parecía tener don de gentes, una virtud fabulosa en un policía. Hildur recordaba que su querido instructor de trabajo de campo en la academia de policía siempre hablaba de la importancia de las habilidades sociales. «La policía islandesa no puede llevar armas de mano; tiene que engatusar a los villanos con sus cantos de sirena», decía medio en broma.

Pero Jakob había controlado la situación de forma excelente. Hildur estaba segura de que ella no habría sido capaz de hacerlo de un modo tan espontáneo y, por si fuera poco, en una lengua extranjera. No podía dejar de pensar en la historia que había contado Jakob. ¿Qué tipo de vida llevaba en realidad aquel hombre en Finlandia?

Se oyó un vehículo de emergencias entrando en el patio.

—El sospechoso ha sido detenido. Estamos en el piso de arriba. Podéis subir y llevároslo a comisaría —informó Hildur por el radioteléfono.

Cuando sus colegas se llevaron a Örn, Hildur se agachó junto al niño, que seguía en el regazo de Jakob. Se sacó del bolsillo una bolsa con tiras de mango deshidratado. Lo llevaba para picotear durante los turnos que se alargaban demasiado. El niño cogió un trozo y se lo metió en la boca.

—Pronto estarás con tu madre. Tiene muchísimas ganas de verte. Primero iremos a la comisaría para que puedas hablar con ella enseguida. ¿De acuerdo? Si quieres, puedo encender las luces azules por el camino.

El niño asintió y sonrió. Luego, se acurrucó aún más en el regazo de Jakob.

En la comisaría reinaba la calma. La nieve amortiguaba el ruido del escaso tráfico del exterior y ni siquiera se oían los azotes del viento. La tormenta había amainado. En el programa de necrológicas también se había aludido a aquella tranquilidad. En el canal principal de la radio nacional de Islandia, cada día se leían los obituarios y los anuncios de actos conmemorativos que enviaban los familiares de los difuntos: de lunes a viernes por la tarde y por la noche, y también las tardes de los fines de semana y días festivos. La voz profunda del locutor se mantenía uniforme durante toda la lectura. A Hildur le gustaba mucho el programa. La vida de una persona se resumía en unas pocas frases.

«Ingibjörg Atladóttir, ama de casa y profesora de manualidades, falleció en su hogar de Vík el pasado 12 de octubre. Sus hijos, nietos y bisnietos lamentan su pérdida. El funeral se celebrará el sábado 2 de noviembre en la iglesia de Vík. La familia ruega que se eviten los arreglos florales.»

«Eírikur Hermansson, psicólogo y licenciado en Administración de Empresas en Reikiavik, ha fallecido en el hospital rodeado de sus seres queridos tras una breve enfermedad. La fecha del funeral se notificará más adelante. Su esposa, hijos y familiares.»

Hildur le dio a Jakob una taza de café y se sentó ante su mesa de trabajo. Tenía delante un plato con un trozo de *slátur* que se había calentado en el microondas.

—¿Quieres probarla? Hay suficiente para los dos.

Jakob sacudió la a barrita a medio comer que tenía en la mano y rechazó la oferta.

—Huele muy raro.

—Es cuestión de acostumbrarse —dijo Hildur, que clavó el tenedor en la carne y le dio un buen mordisco.

Beta apareció en el vano de la puerta. Parecía satisfecha. Les dio las gracias a ambos por haber controlado tan bien la situación. Örn se encontraba en la celda de la comisaría esperando a que llegara la patrulla policial de Akureyri para llevárselo. Lo más probable era que se lo juzgara por un delito de privación de libertad.

—¿Se hace cargo del caso la policía de Akureyri porque el secuestro se produjo allí? —preguntó Jakob.

Beta asintió.

—Ellos tienen más recursos que nosotros. Vigilantes de prisiones y todo eso.

—¿Y el niño? —preguntó Hildur.

Se imaginaba que Jakob querría saber cómo estaba el pequeño, pero parecía una persona muy prudente, así que lo preguntó ella.

—Los servicios locales de protección de menores se harán cargo de él hasta que llegue su madre. Hildur, podrías hablar con los trabajadores sociales y comprobar si todavía necesitan algo de nosotros. Si termináis hoy todo el papeleo, mañana podríais hacer una ronda para que Jakob vaya conociendo la zona.

Hildur se limpió con la manga de la camisa y asintió. Se puso el abrigo y la capucha y salió a la calle. Por suerte, no necesitaba ir muy lejos. El departamento de servicios sociales se encontraba en el edificio contiguo a la comisaría, que también albergaba la sucursal de una compañía de seguros y el banco.

La mañana había sido dura, aunque no tan inusual. Hildur tenía que lidiar a menudo con altercados por los regímenes de visitas. En esas regiones remotas, era bastante habitual que uno de los

progenitores se mudara a la capital tras el divorcio y los niños se vieran obligados a recorrer largas distancias para estar con uno u otro. La mayor parte de los conflictos que llegaban a la policía se debían a que uno de los padres no había devuelto al niño a tiempo después de la visita.

Otro asunto que daba mucho trabajo a la policía y a los servicios de protección de menores era el consumo de drogas entre los jóvenes. Los chavales con problemas de adicción solían escaparse de su casa, de la casa de la familia de acogida o del centro de desintoxicación. Casi siempre conseguían encontrarlos y ponerlos a salvo. Hildur se lo tomaba como una victoria profesional y personal.

Los casos más duros eran aquellos en los que nadie echaba de menos al menor desaparecido. Por suerte, se daban de forma ocasional. Si el padre y la madre eran alcohólicos, nadie llevaba las riendas de la casa y los niños tenían que espabilarse solos desde muy pequeños. A menudo los problemas salían a la luz cuando el colegio se ponía en contacto con la familia. Los profesores eran los primeros en darse cuenta de quién iba continuamente al colegio sin abrigo o se ausentaba a menudo o mostraba huellas de malos tratos. En algunas familias, el hermano mayor, apenas un adolescente, se hacía cargo de los asuntos de sus hermanos pequeños y no tenía tiempo para centrarse en sus propios estudios.

Hildur miraba los nevados edificios del vecindario mientras pensaba en esos dos mundos paralelos que coexistían en el mismo pueblo. En uno tenías todo lo que pudieras imaginar y en otro no tenías absolutamente nada.

12

La alegre melodía del móvil despertó a Jakob a las siete y media de la mañana. Por la ventana del pequeño dormitorio no entraba ni un ápice de luz. Estaba tan cansado que le latían las sienes. Deslizó el icono verde de la pantalla y se llevó el móvil a la oreja.

—Jakob, ¿qué estás haciendo?

Era Hildur. Sonaba muy enérgica, teniendo en cuenta que no eran ni las ocho y tenían la mañana libre.

—Estaba durmiendo. Creía que no habíamos quedado hasta mediodía.

—Sí, bueno, ése era el plan de ayer. —Hildur parecía realmente entusiasmada; de fondo se oía el borboteo de una cafetera —. ¿Te vienes a hacer surf?

«¿A hacer surf? —Jakob se sentó en la cama y buscó a tientas el interruptor de la lamparilla de noche —. ¿Qué demonios pretende esta mujer? ¿Meterse en el mar a chapotear? Es invierno, ahí fuera está más oscuro que el ojete de un trol y estamos a bajo cero.»

—¿No teníamos que ir a dar una vuelta por la zona? ¿Me estás cambiando la visita turística por una sesión de deporte extremo?

—Exacto. Eso es precisamente lo que te propongo. El invierno es la mejor época para el surf y hoy hace buen tiempo.

«Buen tiempo, dice.» Jakob soltó una carcajada. Estaba claro que acabaría haciendo surf. Hildur no iba a renunciar a su excursión marítima invernal y a él no le apetecía pasarse la mañana solo en casa.

Hildur continuó con sus argumentos y no le dejó ni replicar.

—El viento sopla en la dirección adecuada y, aunque las olas no tienen más de un metro de altura, la distancia entre las crestas es superior a diez segundos. ¡Estas condiciones no se dan todos los días! Además, tengo una tabla extra, una blandita para principiantes, y un traje de neopreno grande para dejarte.

Jakob apartó el edredón y se sentó en la cama. Hildur no se daría por vencida.

—Voy contigo. Tenía pensado pasarme por la tienda de lanas de Guðrún, pero puedo ir más tarde.

—¿Qué tal llevas el jersey, por cierto?

Jakob oía que Hildur estaba comiendo. Por alguna extraña razón, en lugar de molestarle, le resultaba agradablemente familiar.

—Ayer uní las mangas al cuerpo. Voy a tener que retocar un poco el patrón original porque es un poco asimétrico.

—No entiendo nada de lo que dices, pero gracias por contármelo.

Jakob se echó a reír. «Un finlandés enseñándole a una islandesa los secretos de los jerséis de lana islandeses.» En ese instante tuvo una idea genial: se lo regalaría a Hildur. Seguro que nunca sobraba un jersey de lana en el armario de un islandés, o eso se imaginaba. Jakob había reconocido enseguida el patrón de la chaqueta de Hildur: era una Fleygur, una prenda larga hasta los tobillos tejida con lana Álafosslopi y diseñada por la fábrica textil islandesa Ístex. Jakob

estaba tejiendo un jersey de lana tradicional con lana Léttlopi, más ligera. Cuando lo tuviera terminado, se quedaría en su Islandia natal.

—Te prometo que volveremos antes de que cierren las tiendas. Voy a tomar el segundo desayuno y en una hora me paso a buscarte con Brenda —le dijo Hildur antes de colgar.

Una hora más tarde, Jakob la esperaba en el patio de su casa de alquiler enfundado en un grueso abrigo de plumas, guantes de piel y unas botas altas de invierno. Miró las brillantes laderas de las empinadas montañas que rodeaban el pueblo. Le gustaba que todo estuviera cubierto de nieve. Si no hubiera sido por eso, se encontrarían sumidos en la oscuridad. La oscuridad tampoco le molestaba. Y la sensación de estar entre esas altas montañas y el mar gélido le daba paz. Se sentía agradablemente encerrado y no necesitaba pensar en lo que pasaba en el exterior. Estaba en el momento y el lugar adecuados.

Un Toyota Land Cruiser gris no tardó en asomar a la vuelta de la esquina. Era un todoterreno impresionante, aunque había conocido tiempos mejores. Tenía manchas de óxido en el capó y un par de abolladuras bajo las luces traseras. Jakob abrió la puerta y entró sin agacharse a pesar de sus casi dos metros de altura. «Menudo carro», pensó al abrocharse el cinturón. Debía de tener más de trescientos mil kilómetros, y sin duda una estabilidad insuperable con nieve en la carretera. En lo alto del asiento, el paisaje se veía desde una perspectiva muy diferente a un turismo. Se imaginó conduciendo un vehículo así por Finlandia.

—No me ha dado motivos para renovarla —dijo Hildur, como si le estuviera leyendo el pensamiento —. No me ha dejado tirada ni una

sola vez. —Y en el acto añadió, dando unos golpecitos a la consola central —: Siete, nueve, trece.

Jakob la miró con extrañeza y se bajó la cremallera del abrigo.

—Siete, nueve, trece. Tienes que golpear cuando dices «siete, nueve, trece». Es para no tentar a la mala suerte.

Jakob asintió. En Finlandia tenían la costumbre de «tocar madera». Quizá aquí se hacía lo de los números porque los árboles escaseaban.

A la altura del supermercado, tomaron la carretera de montaña que llevaba al siguiente fiordo.

—¿No teníamos que recoger a una tal Brenda?

Hildur se echó a reír.

—Ésta es *Brenda* —dijo golpeando el volante —. *Brenda* es mi coche.

Ahora fue Jakob quien se echó a reír.

—¿Por qué *Brenda*? ¿Aquí también daban la serie *Sensación de vivir* en los noventa?

—Sí, aunque yo no la veía. Un autoestopista me dejó este regalito como muestra de agradecimiento. —Señaló una muñeca de paja con falda amarilla que colgaba encima del salpicadero —. Ya entonces se llamaba *Brenda*.

La muñequita sacudía la cabeza zarandeada por los baches de la carretera. Se dirigían hacia un agujero en la pared de la montaña. Entraron en el túnel y Hildur cerró las rejillas de ventilación del salpicadero. Una señal anunciaba que medía seis kilómetros de longitud.

Al cabo de un par de kilómetros, el túnel se dividía en dos. Un ramal llevaba a un pueblo de pescadores en el oeste y el otro iba

hacia el sur. Pasada la intersección, la carretera era de un solo carril y el túnel se estrechaba.

—Los que van al sur tienen que ceder el paso. Si ves las luces de un coche en dirección contraria, debes acercarte ahí y esperar.

Hildur señaló un ensanchamiento de la vía a mano derecha.

En invierno había poco tráfico, pero, en verano, con los autocares de los cruceros haciendo la excursión del día, el túnel se quedaba pequeño. Las paredes negras se alzaban pegadas al carril. Los focos naranjas del techo, a varios metros de altura, eran la única iluminación. Sin ellas sería como circular por la boca del lobo.

Un poco más adelante vieron dos puntos de luz que se acercaban a lo lejos. Hildur dio la vuelta y paró en el anterior ensanchamiento. El bramido se fue aproximando hasta que los potentes focos del vehículo llenaron el túnel. Un enorme camión de Eimskip, la empresa islandesa de transporte, pasó de largo haciendo temblar el suelo bajo sus ruedas. Cuando el camión desapareció, volvió la oscuridad. Hildur se incorporó a la vía y continuaron su camino.

Jakob trató de calcular la anchura del túnel. A veces los espacios pequeños daban sensación de seguridad, pero ese túnel estrecho y oscuro resultaba terrorífico. El coche atravesaba la montaña entre paredes de piedra negras como el carbón. Jakob se preguntó si aquél sería el túnel que Hildur había mencionado días atrás. El túnel en el que habían desaparecido sus hermanas. ¿Debía preguntárselo? Hildur tenía pinta de valorar la franqueza y no andarse con rodeos. Si no le gustaba su pregunta, simplemente se negaría a responder.

Además, Jakob no acostumbraba a preocuparse por lo que pensarían los demás. Su franqueza ahuyentaba a los que no le aportaban nada.

—¿Es éste el túnel en el que...?

A Hildur se le endureció la expresión y cerró los ojos un instante.

—Sí, es éste.

Hildur dio el tema por zanjado.

Minutos después, *Brenda* salía por el otro lado de la montaña como una bola de lotería. El fiordo estaba orientado al este y al oeste y el frente de montañas costeras era más bajo. El sol apenas despuntaba, pero el paisaje nevado resplandecía bajo sus rayos invernales. Jakob bajó la visera del parabrisas y entornó los ojos.

—Qué bonito —dijo mirando el valle.

De la oscuridad total a la claridad absoluta. El contraste era brutal.

—Pronto será mucho más espectacular —dijo Hildur, girando por una carretera secundaria.

A varios cientos de metros de la orilla, dos bultos negros flotaban a merced del mar gélido. Mecidos por el vaivén del agua, esperaban tumbados sobre la tabla. Cuando llegara una de las grandes, uno de los bultos despegaría y saldría a surfear la ola.

—¡Ahí viene! Túmbate bocabajo y rema con las manos —gritó Hildur.

Jakob flotaba agarrado a la tabla de surf con la mano derecha. Se tumbó encima y empezó a remar con las dos manos para avanzar hacia la orilla. Empujada por la ola, la tabla se movía con gran

rapidez. Cuando se encontraba casi en la cresta, trató de ponerse en pie sobre la tabla, tal como Hildur le había enseñado antes en la orilla. Logró apoyarse con la rodilla derecha, pero una ola se lo llevó por delante. Cayó al agua y el mar lo engulló. Con varias brazadas vigorosas, salió a la superficie y se agarró a la tabla, que flotaba a su lado. Luego buscó a Hildur.

Ella había tomado la siguiente ola y estaba bastante lejos. Se deslizaba paralela a la costa, acercándose lentamente a la orilla.

—¡¿Cómo vas?! —le gritó Hildur.

—Sigo vivo. Pero esto no tiene nada que ver con el snowboard.

—Ven, vamos otra vez.

Se adentró en el agua con la tabla y se dirigió hacia Jakob.

—Vamos a remar un poco más. Yo te avisaré cuando debas subir a la tabla. No intentes levantarte; ponte de rodillas y trata de avanzar así. Ya te irás familiarizando con los movimientos del agua.

Cuatro horas y un tentempié más tarde, Hildur y Jakob ya estaban con *Brenda* y trataban de entrar en calor. Habían dejado los trajes de neopreno en el maletero; Hildur los pondría a secar en la ducha cuando llegara a casa. Tenían tazas térmicas con café caliente en las manos y una bolsa abierta de grasientos *kleina* sobre el salpicadero.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo surf? —preguntó él, cogiendo uno de aquellos buñuelos islandeses.

—Desde mi época universitaria. Me encanta el surf. Cuando estoy en el mar, no puedo pensar en nada más. En ese momento tengo que concentrarme por completo para mantenerme sobre la tabla.

Jakob comprendía muy bien lo que Hildur quería decir. Escapismo. Algunos veían películas, otros chapoteaban en el agua helada. En los

últimos años, él se había dedicado a tejer jerséis de lana para mantener a raya sus pensamientos.

—¿Qué haces cuando no puedes salir al mar?

—Voy al gimnasio o salgo a correr.

Hildur cogió el termo del asiento trasero y sirvió más café en las dos tazas.

—¿Cómo te sientes después de tu primer día de trabajo?

Jakob presentía que Hildur estaba preparando el terreno para hablar de la llamada de emergencia del día anterior.

Se quedó mirando por la ventana. Había empezado a nevar. El mar y el cielo se fundían y ya no se distinguía el horizonte. El vehículo gris se fusionaba con el paisaje a medida que desaparecían los contornos del mundo.

—Me gustaría hablar de lo que pasó ayer en casa de la anciana. Salió todo bastante bien. ¿Te parece bien que hablemos de ello?

—¿Que hablemos de qué?

Sabía que Hildur no se daría por vencida. Continuaría preguntando hasta recibir una respuesta satisfactoria. También sabía que Hildur era consciente de que él sólo estaba tratando de ganar tiempo.

—De tu hijo. ¿O acaso te inventaste toda la historia?

Jakob suspiró y miró por la ventana, aunque ahí fuera no había nada que ver. Un manto gris los había cubierto por completo.

—Ojalá me la hubiera inventado.

—Ya. Las cosas más horribles suelen ser verdad.

Jakob titubeó. No estaba seguro de si quería hablar con ella de su vida personal. Era prácticamente una desconocida. Por otro lado, al no saber nada de él, lo escucharía sin compadecerlo. Jakob no soportaba la compasión; le resultaba hiriente. Pero Hildur parecía

una persona normal, en el buen sentido de la palabra, y además eran compañeros. En la academia de policía le habían insistido mucho en lo importante que era la confianza entre las parejas de trabajo. Además, Hildur también le había hablado de sus hermanas, aunque era un tema delicado.

—Conocí a Lena hace siete años en un viaje de mochileo por Budapest. Era de esas personas... A las que ves y ya no puedes mirar hacia otro lado.

—De esas que ocupan todo el espacio y te dejan sin oxígeno.

Jakob la miró agradecido y asintió. Hildur lo había comprendido enseguida.

Se lo contó todo sobre Lena. Cuando se mudaron a Noruega, cayó rendido ante sus dotes para la pesca y su sopa de pescado. Se fueron a vivir juntos a un barrio de las afueras de Oslo. Jakob empezó su tesis sobre Biología y trabajaba como profesor por horas en la Universidad de Oslo. Lena tenía un puesto de responsabilidad en una compañía de seguros. Los primeros años fueron bastante bien. Jakob aprendió noruego y se hizo su grupo de amigos.

Un año después del nacimiento de Matias, Lena empezó a cambiar. Siempre había sido un poco celosa, aunque Jakob lo achacaba a su necesidad de control y a su carácter pasional. Pero, poco a poco, empezó a reclamarlo cada vez más. Planificaba el tiempo libre a su antojo, lo criticaba como padre, quería saber dónde se encontraba en cada momento. También le repetía constantemente que sus opiniones eran muy extrañas y sus ideas muy infantiles.

—A veces Lena me sacaba de mis casillas. Una vez se tiró más de una hora criticándonos a mí y a mi familia, hasta que acabé

cogiendo una manzana a medio comer de la mesa y se la lancé. Lena grabó la escena con el móvil y usó el vídeo en el juicio.

Hildur resopló; parecía horrorizada.

—¡Es evidente que lo tenía planeado! A ver, si no, cómo habría grabado una reacción tan espontánea.

—En efecto. Pero yo lo comprendí demasiado tarde.

Después del episodio de la manzana, los tres fueron de vacaciones a Finlandia. Sin embargo, Lena se empeñó en volver con Matias a Noruega una semana antes de lo previsto.

—No parábamos de discutir. Lena me sugirió que me quedara unos días con mis amigos en Finlandia mientras ella ultimaba los preparativos para que Matias empezara la guardería en Oslo.

Hildur ya se imaginaba lo que había ocurrido, pero quería saber los detalles.

—¿Qué pasó después?

—Volví a Oslo, a nuestra casa, pero estaba vacía. Lena y Matias se habían marchado y yo no tenía la menor idea de adónde podían haber ido. Lena me había dejado el sofá y una lámpara de pie medio rota. Cinco días después, me envió un correo electrónico para decirme que tenía un abogado y que Matias se quedaba con ella.

Jakob seguía mirando fijamente la cada vez más profunda oscuridad.

—Es horrible. Lo siento muchísimo —dijo Hildur poniéndole la mano en el hombro.

Era un torpe intento de consolación, pero no sabía hacerlo mejor. Jakob miró a Hildur y asintió. Se quedaron un rato en silencio. No hacían falta las palabras.

—Entré en pánico. Mi cuerpo no pudo soportarlo y colapsé. Las piernas me flaquearon y me desmayé en la escalera.

Jakob se sobrecogió. Le acababa de contar a una persona casi desconocida cosas que nunca había explicado a nadie. Al ver su turbación, Hildur llevó la conversación a un terreno más práctico. Por otra parte, estaba expectante: ¿cómo había salido de semejante embrollo?

—¿Contrataste a un abogado?

—Sí, pero, como te puedes imaginar, no son baratos. Cogí todas las horas de clase que me ofrecieron y empecé a trabajar como barista los fines de semana. Aun así, las facturas me ahogaban.

—Joder.

Debido a su trabajo, Hildur había oído hablar de muchos casos similares. Para conseguir ayuda legal gratuita, tenías que declararte insolvente; y para poder pagarla de tu propio bolsillo, debías tener mucho dinero. Las aseguradoras rara vez cubrían los costes judiciales en los casos de custodia. Y si alguno de los progenitores era extranjero, había que sumar los gastos de traducción de los documentos y contratar a un experto en legislación internacional.

Jakob se apoyó en el reposacabezas y miró el revestimiento de tela del coche.

—Lo más injusto de todo es que Lena usó mi trabajo de noche en mi contra durante el juicio.

Lena había declarado que Jakob no podía hacerse cargo de su hijo porque trabajaba incluso los fines de semana. Los de protección de menores se tragaron la historia del violento marido finlandés. Jakob perdió la custodia y, desde entonces, veía a su hijo en contadas ocasiones y siempre bajo supervisión.

No era la primera vez que Hildur cuestionaba la lógica de las sentencias de los tribunales de primera instancia. Hubo un caso durante sus años en Reikiavik que todavía le hervía la sangre al recordarlo. Había investigado un presunto caso de violación, había llevado a cabo los interrogatorios y había conseguido pruebas. El sospechoso acabó frente al tribunal y fue declarado culpable. Sin embargo, la sentencia del tribunal de primera instancia fue especialmente leve. Se utilizó el argumento de que el hombre tenía un trabajo fijo, estaba casado y tenía hijos menores de edad. Lo irónico es que dos años después fue detenido por un delito similar.

—Habrás apelado la resolución, ¿no?

Jakob negó con la cabeza.

—No tenía dinero para continuar con la batalla legal.

Hildur y Jakob se quedaron en silencio mirando los grandes copos de nieve. A pesar de la oscuridad de la tarde, se podía seguir claramente su lenta caída hasta el suelo. Los que terminaban su viaje en el parabrisas del coche se derretían y se deslizaban en forma de agua por el capó.

—Muchos conocidos me reprochan haber abandonado a mi hijo. Pero no podía continuar soportando esa situación, así que me marché. Regresé a Finlandia y me busqué otra profesión. Así fue como acabé ingresando en la academia de policía. Cada vez que me tocaba ver a Matias viajaba a Noruega, pero Lena casi siempre se inventaba algo para impedir la visita.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace casi un año. El día de Navidad del año pasado. Intento mantener el contacto con él por videollamada. La semana pasada hablamos un poco por Skype. Lo que pasa es que Matias todavía es

muy pequeño. Temo que poco a poco acabe olvidándose de mí —murmuró Jakob con la voz quebrada.

Hildur estaba rabiosa. Era una situación terriblemente injusta para Jakob. No acostumbraba a contenerse y no iba a empezar a hacerlo ahora.

—¡Maldita zorra! —dijo dando un puñetazo al volante.

Jakob la miró. Hildur tenía la mirada dura. Expresaba frustración y, quizá, un poco de odio, pero ni un ápice de compasión. Era una mirada que lo hacía sentir bien.

—¿Sabes? Es algo muy extraño, pero el parque infantil ese por el que pasamos ayer me dejó una sensación muy agradable. Me parece hermoso que una madre que ha perdido a su hijo construya un parque para los niños de la zona —continuó Jakob después de la pausa.

—A mí también. Algunos padres esconden a sus hijos y otros hacen lo posible para que nadie los olvide.

Estuvieron un rato en silencio, bebiendo café y viendo el atardecer. Dos desconocidos compartiendo el mismo espacio, la misma visión y los mismos pensamientos por unos instantes.

El teléfono móvil empezó a sonar en la guantera. Hildur se estiró para cogerlo. En la pantalla brillaba el número de Beta.

—Hildur, ¿dónde estás?

—Estoy en Önundarfjörður, haciendo surf.

—Creí que estabas enseñándole el pueblo a Jakob.

—Jakob está aquí conmigo. Estábamos bebiendo café y hablando de cosas profundas.

—Tenéis que volver ahora mismo. Me imagino que aún no te habrás enterado.

Un peso frío recorrió las extremidades de Hildur. Llevaba todo el día con malestar. Esa opresión que tan bien conocía se le había instalado en el pecho por la mañana y se había ido acentuando a lo largo del día. Lo había achacado a la melancolía del final de otoño, otra vieja conocida. Sin embargo, el tono cortante de su jefa le indicaba que no era eso lo que iba mal.

—Ha habido una avalancha en Seljalandshlíð. Las cabañas de verano han quedado sepultadas bajo la nieve y tenemos la sospecha de que hay una persona atrapada en una de ellas.

Hildur puso el vehículo en marcha sin dar crédito a la noticia. La primera nevada apenas había caído hacía unos días.

Al parecer el equipo de rescate ya se encontraba allí. Habían empezado las excavaciones, pero necesitarían mucha más ayuda. Hildur calculó que llegarían en una media hora.

—Llevaré los monos y el equipo al lugar del accidente —dijo Beta.

Hildur sabía lo que podía significar una avalancha en el peor de los casos. Se había apagado el último resquicio de luz de la tarde.

Las luces largas deslizándose por la serpenteante carretera eran como espadas láser tratando de perforar la oscuridad. De camino a la zona de la avalancha, la nevada se transformó en ventisca.

13

La fila de farolas de luz amarillenta cubre todo el pueblo como una red de pescador. En las afueras, las luces se van espaciando hasta desaparecer por completo. Allí donde la luz y la oscuridad se encuentran, laten los corazones azules de los vehículos de emergencia.

Vine en cuanto me enteré de la avalancha. Primero llegaron dos personas en un coche. Poco después llegó el siguiente coche, y otro más.

Un rebaño de personas se mueve por la escena rodeado de grandes montones de nieve. Allí van correteando, de un lado a otro, como corderos que han perdido a su madre. Se soplan las manos, ¡como si sirviera de algo! Deben de tener mucha prisa por empezar a escarbar.

Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio. Eso es lo que dice el Antiguo Testamento.

Mi obra aún no está terminada, pero, hasta aquí, todo ha seguido su curso. Aunque la avalancha ha adelantado mis planes, no me quejo. Así son las cosas cuando estás a merced de la naturaleza. Yo continuaré con mi tarea.

Exhalo la última bocanada de humo y observo cómo se va disipando en la nevada.

Todo avanza en la dirección correcta. Estoy contento y casi me dan ganas de entonar alguna cancioncilla popular. Piso el acelerador, marco el ritmo contra el volante de cuero y empiezo a cantar:

¡Hey, hey, hey! El zorro corre por la hierba
quiere mojar de sangre el hocico
la extraña voz grave de un hombre llora en algún lugar
los forajidos de Ódáðahraun se estarán llevando furtivamente las ovejas de las montañas.

Yo también me marcho furtivamente. En silencio y sin llamar la atención. No me llevo todo el rebaño, sólo un ejemplar. Cuando uno se aparta un momento del resto del grupo, aprovecho la ocasión.

14

Noviembre de 2019, Ísafjörður

El móvil de Hildur no había dejado de sonar en todo el trayecto. Mensajes de amigos, llamadas de vecinos... Miró con el rabillo del ojo la pantalla, que estaba en su soporte, y vio que la siguiente llamada era de Tinna. Hildur siempre tenía tiempo para hablar con su tía.

Tinna parecía nerviosa.

—¡Madre mía! ¿Te has enterado de la avalancha?

—Me dirijo ahora mismo hacia allí con mi compañero.

—¡No me lo puedo creer! La semana pasada apenas había unas motas de nieve en las montañas y ahora esto.

—Ha habido muchas ráfagas de nieve en los últimos días. Por suerte, la avalancha se ha producido en una zona de cabañas vacías.

—¿Vacías? Ya he oído decir a varias personas que una de las casas estaba habitada.

«¿Cómo ha podido enterarse tan rápido la gente del pueblo de que hay personas sepultadas?», pensó Hildur. Tenía que cortar la llamada enseguida.

Una larga fila de coches aparcados llenaba los bordes de la carretera. Hildur continuó avanzando a paso de tortuga hasta que se

dio cuenta de que la carretera por la que iba el coche no tardaría en desaparecer. La avalancha se había tragado el extremo de Fjallavegur a su paso. Las balizas a ambos lados de la carretera debían de haber desaparecido con la fuerza de la nieve, pues no se veían por ninguna parte.

Hildur retrocedió hasta el final de la fila de coches y aparcó a *Brenda* con las luces apuntando hacia la zona de la avalancha. Aunque el reloj aún no marcaba las cinco, la oscuridad era absoluta. La nieve que se había precipitado montaña abajo había destrozado algunas farolas y había provocado un corte de electricidad. Se necesitaban los faros de los coches para iluminar el lugar del accidente.

Hildur estacionó a un par de metros de distancia del todoterreno de los equipos de rescate para permitirles maniobrar rápidamente cuando fuera necesario. Aquel cacharro de neumáticos gigantes era un auténtico monstruo de la montaña con el que incluso se podía circular por los glaciares. Si hubieran desinflado un poco los neumáticos, habrían podido avanzar por la nieve y acercarse aún más, pero no lo habían hecho porque necesitaban mantener despejada la zona de excavación.

Cuando Jakob y Hildur bajaron del coche, se abrió la puerta del todoterreno y se asomó Beta.

—Venid a poneros el equipo. Jónas, el director de la unidad de rescate, está organizando la búsqueda. Ayudaremos allí donde nos necesiten.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Hildur, y subió al vehículo detrás de Jakob.

Se pusieron los monos de seguridad amarillos. Hildur le aconsejó a Jakob que se colocara la insignia de policía que le colgaba del cuello por dentro del mono. Le resultaría más fácil cavar sin objetos colgantes que entorpecieran la tarea.

Beta les contó lo que sabía: la avalancha se había producido hacía poco más de una hora. Cinco cabañas de verano y varios almacenes habían quedado sepultados bajo la masa de nieve. Los expertos del instituto meteorológico ya se encontraban en el lugar del accidente y estaban haciendo predicciones sobre posibles avalanchas secundarias.

Hildur miró por la ventanilla. Los montones de nieve, iluminados por los faros de los vehículos, parecían antinaturalmente grandes. Hacía un momento allí había edificios; ahora sólo quedaban enormes montículos de nieve de varios metros de altura y pilas de escombros.

Cuando Hildur terminó de ajustarse las correas de las perneras del mono, estuvieron listos para bajar del coche. Los tres policías avanzaron dando zancadas hacia la zona del accidente. A su alrededor se oían las ruidosas conversaciones del personal de rescate encargado de las labores de desescombro.

Alguien llamó a Hildur a gritos a su espalda.

Era Hlín, reportera de Radio Nacional de Islandia en Vestfirðir. Hlín era una gran aficionada a los caballos islandeses y tenía sus propios ejemplares en un establo situado al fondo del fiordo. En invierno los entrenaba en el picadero cubierto; en verano hacía largas excursiones por las mesetas. Hildur y Hlín salían juntas a cabalgar en verano. Ísafjörður era un pueblo pequeño, por lo que también se encontraban con frecuencia en horario laboral. Hlín era la única reportera de la región y escribía todos los artículos del periódico,

desde accidentes a operaciones de rescate de ovejas perdidas o inauguraciones de empresas.

—Ya he hablado con el equipo de rescate. Parece ser que había personas en una de las casas. ¿Qué tiene que decir la policía al respecto?

—¿Ya has hablado con Beta?

Por lo general, era su jefa quien se encargaba de hablar con los periodistas. Hlín miró a Hildur con reticencia.

—Venga, ya conoces a Beta. En estas situaciones, no suelta prenda.

«Bueno, yo tampoco voy a soltar nada», pensó Hildur. No tenía intención de confirmar ningún rumor, pero tampoco quería desmentir las sospechas, porque entonces estaría mintiendo y ella no quería mentir. Además, Hlín tampoco era ninguna desconocida.

—Está prohibido habitar esas cabañas durante el invierno debido al riesgo de avalanchas. Todavía no hemos podido calcular los daños materiales ni confirmar si alguna persona ha podido quedar sepultada bajo la nieve.

Hlín hizo una mueca.

—Una respuesta muy diplomática.

—Lamento no poder darte más detalles en este momento. Te informaré en cuanto haya algo de lo que informar. Te lo prometo —dijo Hildur mientras se ponía la capucha del mono protector.

Hlín pareció darse por satisfecha con la respuesta y se fue en busca de otros posibles sujetos a los que entrevistar para su artículo.

Beta retomó sus explicaciones. Señaló con la cabeza hacia unos doscientos metros más allá, donde se veía a miembros del equipo de rescate excavando a la luz de los frontales.

—La casa en la que se sospecha que había alguien era una pequeña cabaña verde.

Hildur lo comprendió al instante.

—La casa de Jón.

Beta asintió. Ella vivía un poco más abajo, en la misma calle, por lo que conocía la zona como la palma de su mano y sabía quién era el propietario de cada cabaña. Hacía pocos días que Beta y Hildur habían estado en casa de Jón, porque éste no se había presentado a un interrogatorio. Hildur había planeado ir a buscarlo a su casa el día anterior, pero había tenido que darle preferencia al secuestro infantil de Súðavík.

Jakob avanzaba por la nieve con gran habilidad. En medio de la zona siniestrada, trató de determinar la ubicación de la casa de Jón.

—¿Por qué creéis que ese tipo se encontraba dentro de la cabaña?

Hildur apartó a Jakob a un lado y señaló varias decenas de metros más allá. Entre la gran montaña de nieve se distinguía todo tipo de chatarra que la avalancha había arrastrado consigo. Medio enterrado en la nieve podía verse el parachoques de un viejo Suzuki.

—Jón no iba a ninguna parte sin su coche.

Sólo se veía la parte trasera, pero no había lugar a dudas: se trataba del vehículo de Jón.

A su alrededor, reinaba el caos. Era como si el mundo se hubiera retorcido hasta quedar desencajado. Algunas construcciones sólo habían quedado parcialmente enterradas, había ventanas hechas añicos y algunas paredes se habían derrumbado. En una zona de unos cien metros cuadrados, no quedaban más que montones de nieve entre los que sobresalían maderas rotas, trozos de farolas y chapas retorcidas de los tejados.

Las montañas tenían una inclinación de unos treinta metros. Hacía tiempo que aquella zona estaba clasificada de riesgo según los cálculos de avalanchas. Por ese motivo, sólo se permitía hacer uso de las cabañas en verano y se ponían multas considerables a quienes se saltaban las normas. Las grandes avalanchas solían ocurrir, precisamente, en ese tipo de laderas. En Vestfirðir se formaban ventiscas en invierno y el terreno contaba con muchas laderas que aunaban las condiciones propicias para las avalanchas.

—Nunca había visto nada semejante. Parece una zona de combate —dijo Jakob con asombro.

Avanzaron a zancadas hacia la casa de Jón, donde las tareas de excavación estaban en su máximo apogeo. Se había abierto un camino de medio metro de ancho en la nieve para que los voluntarios y los equipos de búsqueda pudieran acceder al lugar del accidente.

Jónas, el director del equipo de rescate local, se encontraba donde antes había estado la entrada a la cabaña de Jón. Era un hombre corpulento con una voz potente.

—El perro ha marcado justo ese punto. Era una señal muy débil, así que es posible que la persona a la que buscamos ya haya fallecido. Tenemos la fuerte sospecha de que en esa zona se encontraban los dormitorios del edificio destruido —dijo Jónas señalando en diagonal hacia la ladera.

En su voz se reflejaba la seguridad que aporta la experiencia. Jónas había colaborado en muchos casos de catástrofes naturales. Cuando el volcán Eyjafjallajökull había entrado en erupción, diez años atrás, Jónas había alquilado todos los camiones libres de la

región y había viajado a la costa sur de Islandia para ayudar a evacuar el ganado.

—Se han iniciado las excavaciones junto al lado este de la casa, la zona en la que se ha acumulado menos cantidad de nieve. Iremos avanzando desde allí con cuidado. Vamos a centrar todas las excavaciones en esta casa y mañana ampliaremos el perímetro aprovechando la luz del día. Estamos prácticamente seguros de que el resto de las construcciones dañadas estaban vacías, pero nos aseguraremos mediante una ronda de llamadas a todos los propietarios.

Hildur le tradujo a Jakob las palabras de Jónas. Los dos cogieron las palas y empezaron a cavar en el lugar que les había señalado el director del equipo de rescate. Por suerte, la nevada había remitido un poco, al menos temporalmente. Una nevada intensa habría entorpecido la visibilidad.

Hildur recordaba las avalanchas de su infancia. Habían transcurrido casi veinticinco años desde la última que se cobró víctimas mortales. En 1995 hubo dos avalanchas graves en Vestfirðir. En ambos casos, había sucedido por la noche, cuando la gente estaba durmiendo. Habían muerto cerca de cuarenta personas.

La familia de Hildur había salido indemne, pero en una región tan poco poblada era inevitable conocer a víctimas de las avalanchas y a sus familiares. Aun así, Hildur apenas las recordaba. En aquella época, su familia seguía bajo la fuerte conmoción causada por la desaparición de sus hermanas. Las niñas habían desaparecido un año antes, y aquel dolor lo ocupaba todo. El impacto de una tragedia siempre era personal.

Jakob hizo una mueca mientras luchaba con la pala para retirar la nieve.

—Parece cemento.

—La nieve se apelmaza así cuando desciende a gran velocidad por la ladera —le explicó Hildur con un resoplido.

La velocidad de descenso de la masa de nieve provocaba primero una onda expansiva, que destrozaba ventanas y hacía saltar puertas, y luego iba seguida de la nieve, que se condensaba formando un pesado manto.

Hildur reparó en un perro negro con motas claras que correteaba por la nieve. Era *Molli*, la perra de búsqueda y rescate del pueblo. Estaba entrenada sobre todo para buscar a los supervivientes que hubieran quedado atrapados bajo la nieve, pero también podía oler a las personas fallecidas. Últimamente Hildur se encontraba a menudo con *Molli* y su adiestrador cuando salía a correr por las afueras del pueblo.

Molli se guiaba por el olor. Una avalancha podía arrastrar a una persona a una gran distancia de su casa, pero ella daba más rápido que nadie con el lugar en el que había que excavar. Si no fuera por ella, era posible que no encontraran a las personas a tiempo. Por eso prácticamente todos los pueblos de las montañas de Islandia contaban con al menos un perro adiestrado en labores de búsqueda.

Hildur recordaba que también habían usado un perro de búsqueda en el caso de sus hermanas. El perro había encontrado rastros de olor. Su madre había hablado de ello con aquellos policías sentados con aspecto muy serio a la mesa de la cocina. Hildur se había escondido en la habitación de al lado y seguía la conversación de los adultos por la puerta entreabierta. Al parecer, el perro se había

dirigido con determinación desde el centro del pueblo hacia la abertura del túnel que atravesaba la montaña. Sin embargo, al llegar al túnel el perro se había quedado desconcertado: el rastro desaparecía de golpe. Hildur aún recordaba aquel momento a oscuras en la habitación bajo el edredón con la funda de Blancanieves. Era una gran amante de los animales y siempre había sentido una especial debilidad por los perros. Pero en aquel momento su mente dio un giro de ciento ochenta grados, y durante un tiempo había temido e incluso odiado a los perros. Sobre todo a ese perro que no había encontrado a sus hermanas.

—Qué duro que de pronto pueda suceder algo así —dijo Jakob.

Hildur salió de su ensimismamiento y miró a su colega, que trabajaba afanosamente con la pala.

—Pues sí. No podemos controlar esta tierra; da igual los artilugios técnicos y las paredes protectoras que tengamos.

Llevaban casi tres cuartos de hora dando paladas sin cesar y sólo habían encontrado nieve, recipientes y prendas de ropa. A Hildur empezaba a dolerle el costado derecho, así que volvió a cambiar la pala de mano para variar el sentido de rotación del cuerpo.

No paraban de llegar personas dispuestas a ayudar. El equipo de rescate del fiordo vecino se presentó con otro perro de búsqueda. Incluso desde Reikiavik se habían ofrecido a enviar ayuda. La red de equipos de rescate de la organización de voluntarios de Islandia contaba con más de tres mil voluntarios que realizaban duros entrenamientos. Sin su rápida organización, las inmensas tareas de excavación no habrían sido posibles.

La cabaña de Jón empezaba a quedar al descubierto poco a poco. Primero un alero de la entrada, luego un trozo de tejado. Hildur,

Jakob y un nutrido grupo de voluntarios apartaban a palazos la nieve que los servicios de rescate estaban sacando de la fosa de excavación. Parte de la fachada se había desplomado y la casa estaba medio derrumbada.

—La pared del lado oeste está intacta y se ve la ventana del dormitorio. Vamos a entrar por ahí —se oyó decir a alguien.

Se respiraba la tensión en el ambiente. Pronto, un primer rescatador pudo acceder al dormitorio. Continuó excavando. Paladas de nieve densa y pesada salían sin cesar por la ventana de la habitación. Poco a poco se hizo más espacio y pudo entrar una segunda persona. Luego una tercera. Ahora ya se podía estar de pie en aquella habitación en ruinas y colmada de nieve. Los tres hombres sudaban y resollaban ruidosamente. Cada segundo contaba. Si la víctima estuviera atrapada en una bolsa de aire, todavía podrían encontrarla con vida. De su rapidez en sacar la nieve dependían sus probabilidades de sobrevivir.

Jakob y Hildur se acercaron a la ventana medio desenterrada para observar a los rescatadores. El más robusto de los tres hurgaba en la nieve con una sonda, una varilla larga que permitía localizar cuerpos, para que se excavara en el punto exacto. Hildur se fijó en su gorro de lana roja, con borla y el escudo del equipo femenino de patinaje de Reikiavik, tan poco acorde con su ropa técnica.

—Noto algo a un metro o así de profundidad. Puede que sea un colchón... o una persona.

Los otros dos apenas podían moverse en el espacio liberado, pero empezaron a sacar nieve en el punto que les había indicado el hombre del gorrito. Primero con la pala, después con las manos.

Dos calcetines de lana gris asomaron entre la nieve.

—¡Rápido, la cara! ¡La cara!

Sacaban nieve a toda velocidad. La persona sepultada no se movía. Estaba muerta o inconsciente.

Hildur, que seguía la escena desde la ventana, llamó a gritos a los paramédicos para que se acercaran con una camilla.

El hombre del gorro limpió los últimos restos de nieve de la cara de la víctima y se agachó para buscarle el pulso. Al quitarse el guante para tocarle la arteria, dio un respingo y se quedó petrificado.

Un grito de angustia llenó la habitación.

Todo el mundo se quedó en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Hildur.

El hombre balbució algo incomprensible.

—¿Qué pasa? —repitió Hildur entrando por la ventana de la habitación.

Miró el cuerpo que yacía sobre la nieve y ahogó un grito de sorpresa. La cicatriz de la frente confirmaba que era Jón.

—No parece que vaya a necesitar reanimación —dijo Hildur.

Le habían rajado el cuello de oreja a oreja.

15

Con el descubrimiento del cadáver, la atmósfera en la zona de la avalancha había cambiado por completo. La actividad y la adrenalina se habían transformado en parálisis y conmoción. El lugar del accidente ahora era la escena de un crimen.

Los rescatadores ya se habían ido a casa. *Molli* seguía hurgando en la nieve con su entrenador. Le habían dado quince minutos como premio por el trabajo bien hecho.

Beta había llamado al médico forense, que había acudido a certificar la muerte de Jón. Hildur había examinado el cadáver con mucho cuidado para no alterar ninguna prueba. No había visto signos de *livor mortis* en el cuerpo. Todos los presentes habían coincidido en atribuirlo a la hemorragia, aunque no hubiera huellas de sangre. La nieve debía de haberlas borrado, al desplazarse con la fuerza de una explosión. Sin embargo, en la ropa y las sábanas había muchas manchas de sangre, y eso sin duda se debía al corte de la yugular.

Jakob no se había separado de Hildur. Al verla palpar las extremidades del cadáver, se había acordado de sus clases en la academia de policía. El *rigor mortis* podía ayudar a determinar la hora de la muerte. Jón no presentaba signos de *rigor mortis*, pero

tampoco de descomposición, así que Hildur había estimado que llevaba unos tres días muerto.

Todo apuntaba a que Jón se había desangrado y a que alguien lo había matado. Él no habría podido infligirse una herida semejante. No obstante, sin los resultados de la autopsia era imposible establecer la causa de la muerte.

En Islandia, las autopsias se practicaban en Reikiavik. La policía de Vestfirðir no contaba con investigadores forenses.

Hildur y Beta habían vuelto a la comisaría para poner en marcha la investigación. Hildur quería llamar a Hlín y contarle que habían encontrado el cadáver de un hombre enterrado en la nieve, pero sin hacer público que se trataba de un homicidio. Ese dato lo darían un poco más adelante.

Como el cadáver tenía que estar custodiado hasta que llegaran los técnicos forenses, Jakob se había quedado vigilando la escena del crimen, acordonada con una cinta de plástico.

Se apoyó contra la única pared de la fachada que había quedado en pie, desde donde tenía visión directa del cadáver en la cama. La herida del cuello era repugnante. El asesino había manejado el cuchillo con nervios de acero. ¿Cuál había sido su *modus operandi*? Le intrigaba la postura del cadáver. Transmitía demasiada tranquilidad: de espaldas, con las piernas rectas, los brazos relajados, como si hubiera muerto mientras dormía. Pero eso era imposible. El tajo del cuello era grande y había mucha sangre. Un ataque así de violento implicaba algo de forcejeo, y Jón no era pequeño precisamente. El asesino debía de ser muy fuerte.

«Seguro que la autopsia y la investigación forense aclararán muchas dudas», pensó Jakob, y apartó la mirada.

No hacía tanto estaba dando clases de biología en Noruega y ahora se encontraba vigilando un cadáver en los remotos fiordos de Islandia. La vida era una caja de sorpresas.

Los voluntarios del equipo de rescate le habían dejado una manta termoplástica. Jakob les estaba muy agradecido; aislaba muy bien del frío y era cómoda para sentarse. Estaba quieto, a ocho grados bajo cero y con viento del norte, y no tenía frío.

Jakob miró a su alrededor. La zona seguía sin electricidad, así que le habían prestado un par de focos portátiles. Pero no quería encenderlos. Prefería la oscuridad a esa potente luz artificial.

Le sorprendió la intensidad de la luz de las estrellas. Su belleza solía pasar desapercibida por culpa de la contaminación lumínica. Jakob reconoció la Estrella Polar, la Osa Mayor y el cinturón de Orión. Tres brillantes estrellas perfectamente alineadas: Mintaka, Alnilam y Alnitak. En realidad, siempre le habían interesado las estrellas. De niño se sabía de memoria los nombres de decenas de estrellas. Los había escrito en un enorme cuaderno de tapas azules al que había llamado «Mapa del tesoro estelar». El recuerdo lo hizo sonreír.

Durante su primer año en Noruega, Lena y él habían salido mucho de acampada. En la primera excursión, después de cenar en la playa, Lena se había tumbado de espaldas. Jakob se había tumbado a su lado. Lena le dijo que si miraba el cielo el tiempo suficiente vería estrellas fugaces. Jakob se quedó mirando el vasto firmamento negro plagado de brillantes puntos blancos. Entonces lo vio: un punto blanco que se movía entre las constelaciones. Para él había sido un avistamiento revolucionario. ¡Era increíble ver algo por primera vez! Algo que siempre había estado ahí, pero que

desconocía hasta que Lena se lo mostró. «Una maravillosa estrella fugaz», dijo con un suspiro. Lena se echó a reír y le explicó que eran satélites. Él se sintió un poco simple por unos instantes. ¿Cómo no se le había ocurrido que en el cielo también había satélites? En ese momento, Lena se había tumbado encima de él y los satélites habían quedado relegados a un segundo plano.

Jakob sacudió los brazos y miró al cielo en busca de satélites.

De pronto, se acordó. Sacó el móvil del bolsillo del mono y miró la hora: faltaban unos minutos para las ocho. Había acordado con Lena que ese día podría hablar con Matias a las ocho.

Por resolución judicial, se habían fijado visitas en persona, que se efectuarían en presencia de un trabajador de protección de menores, y varias llamadas semanales por Skype. Todas las semanas, a la misma hora, Jakob intentaba llamar. La última vez Matias se había mostrado tan retraído que la conversación no había prosperado. Jakob no sabía el motivo. ¿Realmente intimidaba a su hijo, o todo había sido culpa de Lena?

Jakob abrió Skype y seleccionó el nombre de Lena. La helada se había intensificado; arreciaba el viento y hacía más frío. Mientras sonaba la llamada, volvió a ponerse los guantes y encendió uno de los focos de trabajo. Lo apoyó de manera que la luz le iluminase la cara sin deslumbrarlo.

Lena contestó la llamada. Parecía que estaba en el salón de su casa. Jakob nunca había estado allí, pero reconocía el fondo con el cuadro de Ikea de otras videollamadas.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo él.

Lena le devolvió el saludo. No sonrió, pero su actitud parecía cooperativa. Jakob tuvo un buen presentimiento. Quizá esta llamada

fuera mejor que la anterior.

—Cansada. A finales de año siempre hay mucho jaleo en el trabajo y Matias ha estado un poco enfermito. Por lo demás, muy bien.

—Vaya, lo siento. ¿Cómo está Matias?

—Te acabo de decir que está enfermo —dijo Lena con voz más tensa.

Él decidió tomárselo con tranquilidad. No iba a caer en sus provocaciones; se limitaría a ignorarlas, como un adulto maduro. Hizo una respiración lenta y continuó del modo más convencional posible.

—Seguro que es la típica gripe de otoño. ¿O tú qué opinas?

—Qué opinas, qué opinas —repitió Lena de forma irónica.

Jakob empezó a sentir la rabia de siempre. La conversación se estaba torciendo de nuevo. Trató de mantener la compostura, pero Lena había decidido sacar el taladro. Jakob se puso tenso; aun así, decidió mantener la calma. Era consciente de que su ex mujer pretendía hacerle perder los nervios y así tener una excusa para colgar el teléfono.

—Los niños siempre se resfrían en otoño. Sólo me preguntaba si sería eso o si se trata de algo más grave.

—No eres ningún experto en cuidados infantiles, así que tus diagnósticos no sirven para nada.

Jakob hizo una pausa. Sabía hacia dónde se estaba dirigiendo la conversación, así que decidió ir directo al grano, tratando de mantener un tono de voz lo más amistoso posible.

—¿Puedo hablar con Matias?

—Pero ¿no te acabo de decir que está enfermo?

—¿Podría verlo, al menos?

—¡Está enfermo! No es posible —dijo Lena con irritación. Había subido el volumen de voz un par de tonos.

Luego se retiró un poco hacia un lado y Jakob pudo ver a su hijo. Matias estaba sentado en el sofá con un amigo de su edad viendo la televisión. Parecía bastante enérgico. Algo los hizo reír y su hijo señaló el televisor con el dedo. Tenía el pelo revuelto y al reír se le formó un gran hoyuelo en la mejilla izquierda, igual que cuando era bebé. Era increíble que pudiera marcarse de ese modo.

Jakob recordó la sonrisa de felicidad con que se lanzaba sobre su cama para despertarlos. Echaba de menos su olor de buena mañana y su risa contagiosa. Jakob extrañaba mucho a su hijo. La añoranza le dolía en el pecho y los brazos; era un dolor físico.

—¿Tenéis visita? Pero, entonces, ¿está enfermo o no? —preguntó Jakob, y consiguió que su voz tensa se mantuviera uniforme.

—¿Me estás llamando «mentirosa»? ¡Deberíamos enseñarle a nuestro hijo lo que es la confianza, pero tú no haces más que sembrar sospechas y acusar a su madre!

Lena arrancaba con uno de sus sermones.

—Yo no he dicho eso —replicó Jakob, consciente de que era inútil tratar de razonar con ella.

—¿Dónde estás, a todo esto? ¿Esquiando?

Era repulsivo que Lena ni siquiera recordara dónde estaba. Le había contado sus planes de trasladarse a Islandia mucho antes de su marcha. Bueno, quizá lo recordara pero prefería fingir lo contrario. Quería demostrarle el lugar tan insignificante que ocupaba en su vida.

—Estoy trabajando. Estoy de intercambio laboral en Islandia. Te dije antes de venir que estaría aquí los próximos meses.

Puso cara de suficiencia. Su malicia se volvió aún más punzante.

—¿Te has dado cuenta? Lo has vuelto a hacer. Me acusas de tener mala memoria. Siempre te las apañas para culparme de todo. Ese comportamiento no es bueno para el niño; eres un mal modelo masculino para Matias. Eres una persona tóxica. Extremadamente tóxica —dijo con voz melosa, como quien envuelve un mensaje cruel en un tierno paquete.

Tras pronunciar su última frase, Lena esbozó una tierna e irritante sonrisa y cortó la conexión.

Jakob se quedó con el teléfono en la mano, en medio de aquel páramo de nieve, mirando la pantalla. ¿Qué diablos podía hacer? Nada de lo que pudiera decir serviría de nada. Las conversaciones con su ex mujer casi siempre terminaban así. Daba igual lo que dijera: Lena siempre lo tergiversaba todo. Jakob había intentado hablar poco, hablar mucho, con voz tranquila, a gritos. El resultado era casi siempre el mismo: Lena lo acababa acusando de algo y alegaba que sus intentos de comunicación eran una mala influencia para Matias.

Jakob volvió junto a la casa, se colocó sobre el aislante y apoyó la espalda contra la pared. Estaba desesperado. Se sentía tan impotente como aquel hombre muerto bajo las ruinas de su casa.

16

Noviembre de 2019, Reikiavik

Heiðar se apartó un mechón de la frente y miró el reloj de pulsera. ¡Cómo le gustaba su Rolex! Poca gente podía permitirse aquel modelo de oro. Costaba lo mismo que seis meses de sueldo de una enfermera. Heiðar Arason sonrió de satisfacción y entró en el ascensor.

Había triunfado. Ya no tenía que soportar en el trabajo el sudor de las axilas de los enfermos. Al contrario, ahora era él quien provocaba sudores fríos en los demás.

«Es ya la una y media de la madrugada, pero no importa», pensó. Por la mañana se metería una rayita para despejarse y así podría afrontar una nueva y exitosa jornada en el bufete. Cinco horas de sueño serían suficientes.

Si su mujer se despertaba y le preguntaba por qué llegaba a esas horas, siempre podía alegar que se había quedado haciendo horas extra para algún cliente importante. Heiðar se guiaba por un principio: quien tiene el dinero, manda. Y como él llevaba el dinero a casa, él decidía a qué hora llegaba a casa.

Negó con la cabeza al pensar en su mujer. Kolfinna se pasaba el día en casa, junto al mar, sin hacer nada útil. De vez en cuando

pintaba horribles cuadros al óleo y trataba de venderlos en las galerías de su círculo de amistades. Kolfinna había conseguido vender dos bodegones de flores el último año y ahora se hacía llamar «artista». A Heiðar le parecía una estupidez, pero no quería burlarse ni agitar las aguas. Cada cierto tiempo, elogiaba alguna de sus pinturas y, en general, trataba de mantenerla satisfecha con regalos y muestras de atención.

Era necesario que Kolfinna estuviera de buen humor y presentable para poder acompañarle en los actos sociales importantes. Su padre dirigía uno de los negocios de pesca más relevantes del país, y algún día pasaría a ser de su propiedad. También de la de Heiðar. Por eso, el divorcio no era una opción.

Además Kolfinna se parecía a Penélope Cruz. O, al menos, se había parecido en su día. Hacía veinte años, Heiðar y Kolfinna fueron juntos al estreno de *Todo sobre mi madre*, la película de Almodóvar. Entonces, la semejanza entre la actriz y su cita era un hecho. Hoy en día, Kolfinna ya pasaba de los cuarenta. «Sigue estando buena, pero tiene culo de cuarentona. No hay nada como una veinteañera», pensó Heiðar con una sonrisa extasiada.

La abogada en prácticas que había empezado a trabajar en el bufete ese verano era el sueño de cualquier hombre. Pelo rubio ondulado, ojos grandes y unas tetas firmes que botaban suavemente siempre que caminaba por los pasillos del despacho con falda de tubo y zapatos de tacón. Cuando el pasado verano se convocó una entrevista en el bufete de abogados de Heiðar y aquella estudiante de Derecho de veinticinco años cruzó la puerta, todos los socios supieron al instante que contratarían a Lára.

Los hombres habían hecho una apuesta: el primero que consiguiera llevársela a la cama recibiría un bonus de productividad del cinco por ciento al final del trimestre. La única socia del bufete no había sido incluida en el correo electrónico que contenía el documento del bonus, pero había dado el visto bueno a la contratación ante la opinión unánime de los demás.

Heiðar había ganado la apuesta. Por supuesto. Y es que él siempre lograba todo lo que se proponía. Había preparado el terreno de forma minuciosa, había escondido su alianza en el cajón de su escritorio y había restringido los ajustes de privacidad de su perfil de Facebook. En el directorio público no constaba su dirección y tampoco tenía fotos de su mujer en ningún lugar visible del despacho. Nunca permitía que le hicieran fotos en los eventos sociales. Podía presentarse perfectamente como soltero, con la tranquilidad de que una búsqueda en internet no revelaría nada sobre él.

Primero, había llevado a Lára a tomar un café durante su hora de la comida para preguntarle por sus planes profesionales y aconsejarla en la elección del tema de su tesina. Lo habían pasado bien.

La semana siguiente, habían ido un par de veces a comer y habían salido a tomar una copa después de un fructífero día de trabajo. Heiðar había flirteado con Lára y ella había respondido con entusiasmo. Para la joven estudiante de Derecho, estar con uno de los abogados corporativos de más renombre y, sobre todo, más ricos de la ciudad debía de ser todo un privilegio.

Heiðar no podía aparecer con Lára en lugares públicos, por lo que tenía que conquistarla en horas de trabajo. Añadía un par de

emoticonos a sus mensajes de correo electrónico y le preguntaba por sus planes para esa noche. En cierta ocasión, fueron juntos al estreno de una obra de teatro porque, supuestamente, la acompañante de Heiðar había cancelado su asistencia en el último momento.

Heiðar se había inventado la historia para que Lára fuera con él al palco pagado por la empresa que usaban para agasajar a los clientes. En la oscuridad del teatro, la había colmado a gin-tonics y había elogiado su trabajo. Finalmente, le prometió un puesto en el bufete cuando acabara la tesina. Después de aquello, se rompieron todas las barreras. Al terminar la obra, la fiesta continuó en el despacho, que se encontraba a un par de manzanas del Teatro Nacional.

Habían follado en el lavabo del bufete nada más llegar. Lára se sentó sobre la encimera y abrió las piernas, tal como él le había ordenado. Heiðar se bajó los pantalones, la penetró y luego hizo una foto al espejo. En la imagen, Heiðar aparecía guiñando el ojo. Lára ni siquiera se había enterado de que él había tomado la foto y mucho menos de que la había enviado al grupo de WhatsApp que tenía con sus socios. El grupo se llenó inmediatamente de pulgares hacia arriba, guiños de ojo, trofeos y fajos de billetes.

Heiðar salió de su ensimismamiento. La señal acústica del ascensor le indicó que había llegado al sótano. Se dirigió al garaje del edificio y fue a buscar su coche.

Ese día también había sido especialmente bueno. Había machacado en los tribunales a un emprendedor cincuentón del sector metalúrgico que se había declarado en quiebra. Aquel pobre desgraciado tenía un abogado tan malo que a Heiðar le había costado aguantarse la risa. Le había metido una buena goleada a ese letrado de barriga cervecera. Pronto podría enviarle una gruesa factura al ex empresario.

Los días de juicio exitosos siempre lo ponían muy cachondo. Apenas terminado el juicio, le había enviado a Lára un mensaje para quedar desde el patio de los juzgados. Ella había prometido acudir. Por supuesto. Lára siempre iba cuando él se lo pedía.

Habían cenado en la suite de un hotel cercano. Heiðar había pedido el vino tinto más caro de la bodega del restaurante. Después de la cena, se pusieron manos a la obra. Tras meterse sendas rayas en la mesa de cristal, Lára se desnudó. Heiðar se sentó en un sillón de cuero y tiró de ella para ponérsela encima. Le pidió que diera saltitos. Todavía flaqueaba al pensar en el temblor de aquellas tetas en la cabeza. Luego, la penetró por detrás en la inmensa cama de la suite, porque él siempre conseguía lo que quería.

Después de varias horas de diversión, Lára se quedó dormida en la cama, así que Heiðar había decidido volver a casa.

Heiðar se dirigió hacia el Range Rover blanco que resplandecía en la esquina más alejada del aparcamiento. Se sentía satisfecho. Le dolían los huevos y la cabeza después de la juerga que se habían pegado, pero no se arrepentía de nada. Por supuesto que no se

arrepentía de nada. «Los perdedores se arrepienten, los ganadores se divierten», pensó mientras buscaba las llaves del coche en el bolsillo de su abrigo de lana Hugo Boss.

Al mismo tiempo, se sentía un poco triste. Antes de verano, tendría que poner fin al romance con Lára. Le había prometido que la contrataría cuando se graduase, pero Heiðar no tenía ninguna intención de hacer tal cosa. Cuando ella se fuera, contrataría a un nuevo estudiante de prácticas por el salario mínimo. Además, sabía por experiencia que, cuanto más lejos llegara la relación, más exigente se volvería la mujer.

«¿Dónde coño están las llaves?», farfulló Heiðar buscando en el otro bolsillo del abrigo. Las llaves del coche tampoco estaban allí. «Igual me las he dejado en el hotel», pensó. Se disponía a volver al ascensor cuando se dio cuenta de que su coche estaba arrancando. Las luces del Range Rover se encendieron y el motor emitió un gruñido familiar.

Heiðar no daba crédito. Las ruedas empezaron a rodar.

¿Se habría dejado las llaves puestas? ¿Qué cojones había pasado? ¿Alguien estaba conduciendo su coche, o estaba teniendo alucinaciones? Cerró los ojos un instante y sacudió la cabeza. Cuando los volvió a abrir, el coche avanzaba hacia él, cada vez más rápido. Los potentes faros lo cegaron y le invadió un terror frío.

Con el primer golpe, Heiðar cayó con un rugido de dolor. El coche le había pasado por encima de la pierna. Un fuerte dolor pulsante le atravesaba la pantorrilla. En el suelo, se miró la pierna, que había quedado retorcida en una posición antinatural. Se le habían roto los pantalones y el hueso le sobresalía. Heiðar trató de incorporarse.

Había conseguido apoyarse sobre la otra rodilla cuando volvió a oír el tenue sonido del coche. Al mirar hacia atrás, vio cómo el coche retrocedía, giraba ágilmente y avanzaba directo hacia él. Gracias a sus excelentes amortiguadores, el coche se deslizaba como la seda por encima de las bandas reductoras de velocidad negras y amarillas.

Heiðar se arrastró para esconderse detrás de una columna, pero no fue lo suficientemente rápido.

Intentó gritar, pero de su boca no salió más que un lastimoso estertor. Luego, todo se volvió negro.

17

Noviembre de 2019, Ísafjörður

Detrás de la puerta roja se oían unos ladridos agudos y penetrantes. A través del cristal, Hildur vio un perro pequeño de color castaño dorado. «Seguro que es un terrier australiano. Más ladrador que mordedor», pensó. Hildur llamó una segunda vez con el puño. Gracias al perro, su llegada no pasaría desapercibida.

Poco después, un hombre que rondaba la edad de jubilación apareció en el recibidor con una bolsa de basura en la mano. La puerta se abrió.

—Vaya, buenos días —dijo el hombre con parsimonia, mirándola de forma inquisitiva.

—Soy Hildur Rúnarsdóttir, de la policía de Vestfirðir. —Le mostró la placa identificativa antes de continuar —. Estamos investigando la muerte de Jón Jónsson, que vivía en la zona residencial de Fjallavegur. Encontramos su cuerpo ayer en una casa que había quedado destrozada por la avalancha y tenemos motivos para sospechar que ha sido víctima de un homicidio. ¿Ha visto a Jón durante la última semana? ¿O a alguien merodeando por su casa?

Las palabras le salieron automáticamente. Hildur había visitado decenas de casas cercanas a la zona de la avalancha y había hecho

las mismas preguntas. Casi todos los vecinos que decían conocer a Jón habían respondido lo mismo: no lo habían visto desde hacía varias semanas. Muchos habían señalado que era un hombre solitario. En eso llevaban razón: Jón no tenía amigos. Sorprendentemente, una gran parte de los vecinos ni siquiera había reconocido su nombre. Varios afirmaban haber visto un coche de policía con dos agentes frente a la casa de Jón: la fecha coincidía con el día en que Hildur y Beta habían ido a buscar a Pétur, que se había escapado del centro juvenil.

Hildur había seguido preguntando. Esperaba encontrar a alguien que hubiera visto a Jón o que pudiera saber algo de él. La más insignificante observación podría resultar útil para la policía. Aún no habían recibido los resultados del análisis forense y la autopsia todavía tardaría un poco más.

No era una apasionada del trabajo de la policía científica. Por supuesto, comprendía que era una parte importante de la investigación policial contemporánea. Ella fotografiaba las escenas del crimen, tomaba huellas dactilares, recogía pruebas y hacía los dibujos relacionados con el lugar del crimen, pero los análisis más exigentes siempre se realizaban en los laboratorios forenses de Reikiavik. Con las huellas dactilares, las fibras y las muestras de ADN, podían obtener pruebas casi indiscutibles para la investigación. Gracias a sus avanzadas técnicas, conseguían resultados de muestras cada vez más pequeñas.

Hildur no negaba la importancia de los análisis forenses; los consideraba fundamentales para el trabajo policial. Era pura ciencia. Convencional, irrefutable. Pero lo convencionalmente irrefutable no le daba sentido a su trabajo. Lo que la apasionaba era investigar las

vidas de aquellas personas. Descubrir su móvil, conocer su pasado, entender sus circunstancias. Llegar a comprender por qué alguien acababa siendo un maltratador, un defraudador o un usurero. Le interesaban, sobre todo, sus historias. Una muestra de ADN podía revelar al autor de un crimen, pero no el motivo que lo había empujado a cometerlo. Las pruebas que se obtenían de un análisis forense podían decantar una sentencia, pero, si no se aclaraba el motivo, el delito quedaba parcialmente sin resolver. Para Hildur, lo más importante era «el porqué». Algunas veces, aunque muy raras, se trataba de simple mala suerte. Pero detrás de la mayoría de los delitos había un móvil. Sus compañeros de trabajo no entendían su forma de pensar. Para ellos, Hildur era un bicho raro. Por eso no hablaba de estas cosas con nadie de la comisaría. Cumplía con todas sus tareas del modo más profesional, pero con lo que realmente disfrutaba era indagando en las vidas de la gente.

El hombre miraba a Hildur con la bolsa de basura en la mano.

—Bueno, ¿qué me dice? —preguntó Hildur pasando el peso de una pierna a otra.

—Gracias por darme la noticia —dijo el hombre, sin soltar la bolsa de basura —. Me alegro de que haya muerto.

La bolsa apestaba a pescado podrido. Hildur respiraba por la boca.

—¿Lo había visto últimamente?

—No sé nada de ese asqueroso pedófilo. No he visto nada, no he oído nada, y no sabes cuánto me alegro de no saber nada de él.

—Llámeme si recuerda cualquier cosa, lo que sea —dijo ella, y le tendió su tarjeta de visita.

El hombre miró la tarjeta con recelo, pero la cogió y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón.

—Te llamaré. ¿Podrías hacerme el favor de tirar la basura?

En la visita anterior, la anciana señora de la casa en lugar de una bolsa de basura le había dado una bolsa de *ástarpungar*. Por lo visto, se había compadecido de aquella agente de policía solitaria y había querido alegrarle la gélida jornada laboral con unos deliciosos buñuelos caseros. A Hildur le enterneció el cariñoso gesto de la anciana. Antes de dejar la bolsa en el asiento del copiloto, ya se había zampado dos de esos pequeños buñuelos.

—Estoy muy mal de las piernas. Hay hielo bajo la nieve y, si me caigo, me espera una larga temporada en el hospital.

Hildur cogió la bolsa y se despidió del anciano. El contenedor de residuos mixtos estaba al otro lado de la valla del patio de la casa.

Eran las dos y media de la tarde. Le daría tiempo a terminar la ronda de visitas antes del anochecer. Las declaraciones de los vecinos de la zona serían muy útiles; por ahora, no tenían nada más a lo que aferrarse. Finalmente, el equipo forense había salido de Reikiavik la noche anterior. Los técnicos examinaron la escena del crimen, pero no obtuvieron apenas resultados, porque la tormenta de nieve había borrado la mayor parte de las huellas.

La única huella que había quedado en el cadáver era aquella enorme incisión limpia. Probablemente, la habían hecho con un cuchillo afiladísimo. Uno de los técnicos forenses sugirió que fue con un cuchillo de filetear. En cualquier caso, el arma homicida no se había encontrado. O el asesino se la había llevado, o la avalancha la había arrastrado lejos de la casa.

Ya entrada la noche, los forenses se habían llevado el cadáver y lo habían trasladado a Reikiavik, a la espera de la autopsia.

Hildur avanzaba por la carretera nevada hacia la siguiente casa. No dejaba de darle vueltas a la postura en la que habían encontrado el cadáver. Jón estaba en su cama, con aspecto tranquilo. ¿Y si el asesino lo había matado en otro lugar y lo había colocado luego en la cama?

El registro de llamadas del teléfono de Jón no llegaría hasta el día siguiente. Con suerte, obtendrían alguna información reveladora.

Hildur llamó a la puerta de la siguiente casa. Abrió una mujer de unos treinta años, sólo un poco más joven que ella.

—Soy Hildur Rúnarsdóttir, de la policía de Vestfirðir.

La mujer puso cara de pánico.

—¿Le ha ocurrido algo a mi madre? ¡Me imaginaba que pasaría algo así! Hace tiempo que quiero que ingrese en una residencia en lugar de vivir sola en esa enorme casa vieja, pero es tan testaruda... —dijo con la voz quebrada.

Hildur le aclaró que el caso que la ocupaba no tenía ninguna relación con su madre. Le habló de Jón y de la avalancha y le preguntó si había observado algo.

A la mujer le cambió la cara de inmediato; algo terrible había sucedido, pero no había sido a ella. Respiró hondo y se apoyó en el quicio de la puerta, visiblemente aliviada.

—Así son las cosas cuando los padres empiezan a envejecer. No puedes evitar vivir con esa preocupación constante.

Hildur asintió.

—¿Recuerdas haber visto a Jón o alguna cosa rara relacionada con él estas últimas semanas? A pesar de las normativas de invierno, seguía viviendo en su cabaña, que está justo ahí al lado.

Hildur señaló con la cabeza la zona de las cabañas.

—Bueno, ahora que lo dices, la verdad es que hubo una cosa...

Hildur se puso alerta.

—La semana pasada nevó bastante. Tuve que salir todas las tardes a quitar la nieve de delante de casa.

Hildur observó que el patio estaba despejado: la nieve estaba apilada de manera uniforme en el borde orientado al este.

La mujer se puso un mechón detrás de la oreja y miró hacia la carretera.

—El repartidor de pizzas pasó por aquí el lunes de la semana pasada, poco antes de las siete de la tarde. Yo acababa de llegar del entrenamiento de fútbol y recuerdo que salí a retirar la nieve antes de las noticias de las siete.

—¿El repartidor de pizzas?

—Sí. Me extrañó ver que se dirigía a la zona de las cabañas, en las que nadie debería estar viviendo en invierno.

La mujer continuó hablando de manera informal. Explicó que le había llamado la atención porque en invierno raramente pasaban coches por allí. Su casa era la penúltima de la calle y por allí sólo se podía llegar a la zona de las cabañas. Hildur se despidió de la mujer y le deseó un buen día.

Era gracioso que la pizzería de un pueblo tan pequeño tuviera puertas automáticas. Hildur siempre tenía la impresión de entrar en el centro comercial de una gran ciudad. El local estaba tranquilo. Dos hombres tomaban café en una mesa. Hildur los saludó con la mano y fue hacia la caja, donde un chaval de unos dieciséis años

con uniforme rojo llenaba el depósito de la cafetera automática. Un par de puñados de granos de café le cayó al suelo.

—Joder.

El chico cogió el cepillo y el recogedor y se lanzó a pescar los granos desperdigados.

Hildur sonrió al ver su rápida reacción. Apoyada en el mostrador, tosió para indicarle que no estaba solo.

—¿Qué te pongo?

El chico tenía una voz extremadamente pausada. Después de tirar a la basura los granos de café del suelo, guardó el cepillo y el recogedor en el armario.

Hildur no tenía intención de comer, pero el olor a grasa le despertó el hambre. En realidad, se dio cuenta de que estaba famélica. Había andado mucho aquella tarde, y además se había saltado la comida. En fin, nada que no pudieran resolver dos porciones de pizza y medio litro de refresco de naranja.

—Sólo tengo lista la pizza de pepperoni —dijo el chico señalando la vitrina.

Se lavó las manos en el fregadero de la encimera y se las secó con cuidado con una servilleta de papel. Luego, con mucha parsimonia, envolvió dos trozos de pizza en sendos recipientes de cartón. Finalmente, metió los paquetes en una bolsa de papel decorada con el logotipo de la pizzería.

No había más clientes, aparte de los dos borrachos, y estaban tan alejados que no podrían oír su conversación. Hildur pensó que podía hacerle las preguntas allí mismo. Tras presentarse, le contó que había habido una avalancha y que habían encontrado a un hombre muerto.

Hildur vio que el chico se ponía tenso al mencionarle la cabaña sepultada en la nieve.

—¿Sabes quién conducía el coche de reparto el lunes de la semana pasada? Me gustaría hablar con él.

El chico empezó a toquetearse las gafas y a pasar el peso de una pierna a otra. Le salieron dos ronchas de rosácea en el cuello.

—Yo siempre llevo las pizzas al principio de la semana.

Cerró la caja con tanta fuerza que hizo tintinear la campanilla. Dejó la cuenta en el mostrador, delante de Hildur.

—¿Y tu nombre es...?

—Siggi. Sigurður Pétursson.

—Mira, Siggi. Estoy investigando la muerte de Jón Jónsson, que vivía en Fjallavegur. Es su cadáver el que hemos encontrado sepultado por la avalancha.

El tono informal de Hildur no logró que Siggi se relajara. Eso tampoco tenía nada de extraordinario: la gente suele ponerse nerviosa cuando la policía hace preguntas. Pero Hildur notaba algo fuera de lo normal en su conducta. No era timidez; más bien, tensión. Suspicacia.

Siggi la miraba con los ojos entornados y la boca abierta. No era capaz de disimular. Hildur estaba convencida de que Siggi conocía a Jón, igual que casi todos los vecinos. La mayoría de los habitantes del pueblo se conocían al menos por el nombre, y los que destacaban por algún motivo eran los más fáciles de recordar. Si llevabas varios años en el pueblo, sabías quién era Jón Jónsson.

—El lunes Jón recibió una entrega a domicilio de esta pizzería.

Al chico le temblaba la comisura del labio. Para mantener las manos ocupadas, se puso a apilar unas papeletas de un sorteo que

vendía a cien coronas la unidad.

Hildur se mostró paciente. Sin decir nada, se limitó a esperar la respuesta del chico. La pizzería estaba prácticamente en silencio. Sólo llegaba el ruido de cacharros de la cocina. El rechinar de la vitrina giratoria de pizza se mezclaba con el débil zumbido del sistema de refrigeración de la máquina de helados. Cuando terminó de organizar las papeletas, Siggi se enderezó como si cogiera fuerzas antes de hablar.

—Ese hombre pedía una pizza a domicilio todos los lunes. El lunes tenemos una oferta: una pizza con tres ingredientes por mil coronas. Él solía llamar sobre las seis para hacer su pedido y pagaba con tarjeta por teléfono. Pedía siempre lo mismo: gambas, pollo y piña.

Hildur se estremeció ante la idea de poner pollo y gambas en la misma pizza. No era raro que el chico recordase perfectamente sus ingredientes aunque vendiera cientos de pizzas los lunes: era una combinación inolvidable. Muchos vecinos del pueblo cenaban pizza los lunes. Pasaban a buscarla después del trabajo; Hildur también lo hacía.

Quería saber qué impresión le había causado Jón el lunes por la noche.

—Al darle la pizza, ¿viste por casualidad si tenía visita?

El chico negó con la cabeza y volvió a toquetear las papeletas.

—Bueno, en realidad, no sucedió así exactamente —balbució.

La rosácea le estaba subiendo a la cara. Hildur volvió a preguntarle si había sido él quien había entregado la pizza. Siggi asintió, pero sus gestos decían lo contrario. Cruzó los brazos sobre el pecho y cerró un instante los ojos; luego dijo, subiendo un poco la voz:

—Odiaba llevarle esos pedidos. Era un pervertido asqueroso. Cada vez que le llevaba una pizza me pedía que entrara.

A Hildur no le costaba imaginarse a Jón tratando de engatusar a Siggi para que entrara en su casa.

—Nunca entré —se apresuró a decir el chico, y añadió con preocupación —: ¿Es necesario que le cuentes esto a mi jefe? Se supone que tenemos que entregar los envíos a domicilio en persona.

Hildur sonrió levemente para animar a Siggi a que continuara su relato. Sabía que no serviría de nada meterle prisa y no pensaba hacerlo.

El chaval apoyó las manos en el mostrador y se inclinó hacia ella.

—Pasó una cosa extraña cuando estaba en el patio de Jón. Un tipo raro se acercó al coche —dijo bajando la voz.

Hildur se puso en alerta.

Siggi no lo conocía. Le contó que, en cuanto bajó del coche de reparto, ese tipo se había acercado y le había dicho que él mismo le entregaría la pizza a Jón, ya que justamente iba a su casa para hacerle una visita.

—Saqué la caja de pizza del contenedor de transporte, se la di al hombre y volví al coche para hacer la siguiente entrega.

¿Para hacerle una visita? Jón no tenía amigos. No tenía un grupo de colegas con los que salir; casi siempre estaba solo. Hildur le pidió a Siggi que le describiera físicamente al visitante.

—¿Era hombre, mujer, joven, viejo? ¿Grande o pequeño? ¿Cómo era su cara?

—No lo pude ver bien. Llevaba puesta una bufanda gruesa que le cubría la cara. Era bastante grandote. Tenía una voz rara, ronca, como si estuviera resfriado.

—¿Recuerdas su coche? Jón tenía un viejo Suzuki que siempre estaba aparcado delante de su casa. Aparte de ése, ¿viste otro coche?

El chico pensó unos instantes, pero negó con la cabeza.

—Sé que debería haberle llevado el pedido hasta la puerta, pero fue un alivio no tener que acercarme a ese hombre tan odioso. —El chico había bajado aún más la voz. Casi resultaba difícil entender su murmullo —. Nunca entré en esa casa —repitió mirando al suelo.

Hildur le dejó la tarjeta al lado de la caja registradora y le pidió que la llamara si recordaba algo más en relación con el caso. Lo que fuera. Con la bolsa de la pizzería en la mano, Hildur cruzó las puertas del establecimiento y salió a la oscuridad de la tarde. Siggi le había parecido un chico tranquilo y meticuloso; sin embargo, tenía el presentimiento de que le estaba ocultando algo.

18

Hildur llenó el vaso con agua fría del grifo mientras tecleaba un mensaje de texto en la penumbra de la cocina.

«¿Una carrera rápida antes de ir a trabajar?»

La respuesta de Freysi no se hizo esperar:

«¡Vale! Dame un cuarto de hora. Te espero fuera.»

Faltaban dos minutos para las siete. Hildur había acertado: Freysi no entraba a trabajar hasta las nueve ese día.

El agua estaba fría y deliciosa. Se tomó su dosis de vitaminas de cada mañana y medio plátano. Estaba lista. Abrió las ventanas de la cocina y el dormitorio para que la casa se ventilara durante ese rato que salía a correr.

Se ajustó los crampones antideslizantes de las zapatillas. Se puso el frontal encima del gorro y las tiras reflectantes en el brazo y la pierna derechos. Al abrir la puerta, la golpeó una oleada de aire fresco invernal. El cielo volvía a estar despejado y apenas soplaba una suave brisa.

Hildur hizo unos estiramientos rápidos delante de la casa para desentumecer los músculos. Diez segundos de estiramientos de los cuádriceps y otro tanto con los isquiotibiales y las pantorrillas. Movimientos circulares con los brazos hacia atrás y hacia delante para activar los hombros. Los corredores solían olvidarse de calentar

el tronco superior antes de la carrera. Si se hacía circular la sangre por todo el cuerpo, se corría mejor.

La luz de la cocina de Freysi estaba encendida. Hildur hizo una bola de nieve y apuntó a la ventana. Se abrió la puerta y apareció él, con gorro y mallas de correr.

—No puedes quitarles el ojo a mis mallas nuevas, ¿eh?

Hildur dejó de mirar. Freysi estaba realmente fornido.

—Soy mucho más que un trasero escultural.

—Tampoco tengo queja de la parte delantera —dijo Hildur, y encendió el frontal.

Le gustaban estos intercambios ingeniosos con Freysi. No eran más que un tonteo inocente, pero la ponían de buen humor. Lo cierto era que Hildur no comprendía cómo Freysi podía estar en tan buena forma, ¡si fumaba y tomaba cerveza en lugar de batido de proteína después de los entrenos!

Decidieron hacer su recorrido habitual de una hora a trote. El itinerario empezaba rodeando el puerto y el terraplén hacia el sur, que con los años se había convertido en el vertedero improvisado. Después de dejar atrás pilas de viejas redes de pesca, montones de neumáticos y tanques de petróleo vacíos, el trayecto continuaba a lo largo de la costa del fiordo hasta un pequeño bosque, y seguía por el sendero que recorría las laderas de la montaña por encima del pueblo.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Freysi.

—Pues con mucho lío. La avalancha ha sido un caos.

—Uno de los profesores tiene una cabaña ahí. Bueno, tenía. Está esperando a que los dejen ir a buscar sus pertenencias.

—Hoy hace buen tiempo. Podrán seguir despejando la zona.

Continuaron un rato en silencio. La nieve crujía bajo sus pies y, a cada tanto, se oía un pequeño chirrido cuando los crampones de las zapatillas golpeaban una piedra. El sendero construido sobre las barreras de contención de avalanchas serpenteaba por la cuesta. Había mucha nieve, resultaba durísimo incluso yendo a un ritmo lento.

Freysi se limpió con el guante el sudor cristalizado del labio superior y miró con temor hacia lo alto de la ladera.

—Vaya, igual hay demasiada nieve. Mejor vamos por la ruta de abajo —propuso Hildur —. Ya subiremos en otra ocasión.

—Ayer leí en internet una noticia sobre un homicidio en Reikiavik. Encontraron a un hombre muerto en un parking subterráneo. ¿Qué demonios ha pasado?

Le habían contado el caso sus colegas de la policía de Reikiavik, con los que había trabajado varios años. Hablaba con ellos casi todas las semanas. Como los asesinatos eran tan poco frecuentes en Islandia, siempre causaban un enorme revuelo. En cuanto vio la noticia de la muerte en el parking, llamó a uno de sus antiguos compañeros para preguntarle extraoficialmente sobre el caso.

Todo el asunto le había resultado bastante extraño. Nunca antes, al menos que ella recordara, había sucedido nada semejante en Islandia. Todos los años moría gente en accidentes de tráfico, pero ese hombre no había sufrido un atropello accidental por exceso de velocidad. Había sido atropellado varias veces con su propio coche, a juzgar por el estado en que se encontraba el cadáver. Un final espeluznante. Como esta información aún no se había hecho pública, tampoco podía compartir los detalles con Freysi.

Hildur jadeó por el esfuerzo y miró su reloj deportivo: ya rondaba las ciento sesenta y cinco pulsaciones por minuto. Correr por la nieve era durísimo. Apenas podía articular una frase entre resuello y resuello.

—No sé mucho más. El caso parece bastante peculiar.

Por suerte, la parte final del recorrido era cuesta abajo e iba directo hasta el centro del pueblo. A Hildur se le estabilizó la respiración y notó las piernas más ligeras. Los dos trotaban uno junto al otro de buen humor, como un viejo matrimonio. El vapor de su respiración se mezclaba y subía hacia el cielo azul oscuro como una señal de humo hasta desaparecer.

Cuando llegaron al restaurante, Freysi se detuvo y miró a Hildur.

—¿Te vienes a tomar un café?

—Me gustaría, pero no tengo tiempo. Voy directa al trabajo; me cambiaré allí de ropa.

—Vale, cariño. Nos tomaremos ese café más tarde —dijo Freysi, y le dio un beso rápido que apenas le rozó los labios.

Hildur se quedó unos segundos mirando la espalda de Freysi alejarse. Entonces dio media vuelta y continuó su camino hacia la comisaría, cargada de energía después de la carrera.

Al otro lado de la calle, en la ventana de la peluquería mixta, había un papel tipo folio que ofrecía productos de tratamiento para el cuero cabelludo a mitad de precio. El anuncio, escrito a mano, tenía un aspecto barato, pero, al fin y al cabo, la oferta también era barata. La edad de oro de aquel viejo edificio hacía tiempo que había quedado atrás. Una marquesina protegía la entrada de la peluquería de la lluvia y el viento. Ese tipo de marquesinas era algo habitual en los edificios más viejos del pueblo.

Una persona con ropa oscura los observaba bajo la marquesina, al abrigo de las miradas. Cuando los corredores se fueron cada uno por su lado, la figura salió de su escondrijo y, con pasos ligeros, continuó su camino en la dirección opuesta. Nadie había reparado en aquella silueta que se movía entre las sombras.

19

El cielo estaba despejado y ya no soplaba viento. Hildur y Jakob habían estacionado en la parte baja de Fjallavegur y se encaminaban hacia la zona de la avalancha. Las excavadoras habían recuperado la mayoría de los objetos sepultados. Algunos estaban destrozados; otros, al menos a simple vista, parecían casi intactos. Había muchas pilas y tendrían que revisarlas todas, lo que implicaba separar las cosas rotas y agrupar las partes similares. Buscaban cualquier cosa que pudiera darles una pista sobre lo sucedido. Algo que hablara de la vida de Jón y, sobre todo, de su muerte.

Para pasar el día trabajando a la intemperie se habían equipado con monos de invierno, zapatos cálidos y gorros con orejeras. Jakob llevaba guantes gruesos y se preparaba para las tareas más físicas haciendo estiramientos con el cuello.

—Dime por dónde debo empezar y me pondré a dar paladas.

Jakob había pasado los dos últimos días con tareas de oficina. Como no sabía islandés, no había podido participar en las entrevistas con los vecinos ni en la búsqueda de testigos oculares. Mientras tanto, para sentirse útil, había organizado los archivos de la comisaría y hecho labores de mantenimiento en las impresoras. Tenía muchas ganas de hacer trabajos más físicos.

Hildur examinó la zona.

—Desde la casa de Jón, iremos primero hacia abajo y después hacia los lados. Pero antes revisaremos esos chismes que han sacado de la nieve.

En ese instante, Jakob comprendió la ingente tarea que tenían por delante.

—Esto nos va a llevar varios días —dijo con un resoplido, y miró con incredulidad las pilas de trastos que se levantaban a su alrededor.

—Poco a poco. No desesperemos antes de comenzar.

—Aquí habría trabajo para diez tiarrones —aseguró Jakob.

Jakob se enfrentó a la tarea como si fuera una competición deportiva. Si encontraban algo, genial, y si no, también. Al fin y al cabo, los investigadores forenses de Reikiavik tampoco habían encontrado pistas, a pesar de que habían peinado la zona durante horas y examinado todos sus hallazgos en el laboratorio. Habían buscado por todos los rincones de la habitación el arma del crimen o alguna pista del asesino, pero todo había sido en vano. No había ni rastro. Ni huellas dactilares, ni fibras, nada.

Antes de la avalancha, la cama de Jón estaba pegada a una pared sólida, por eso el cadáver se había conservado prácticamente intacto, a pesar de que la casa estaba casi toda destrozada. Sin embargo, había tal revoltijo de cosas en el dormitorio medio derrumbado que los forenses no habían podido obtener muestras de fibras, huellas de pisadas ni huellas dactilares. Los efectos personales habían salido volando lejos de la casa. La naturaleza se había colado por la pared y lo había arrasado todo a su paso. Si el asesino había dejado alguna pista en el escenario del crimen, la avalancha la había borrado.

El lunes Jón seguía con vida y había pedido pizza. Luego, se produjo la avalancha. En algún momento, entre el alud y la pizza de gambas con pollo, Jón había muerto.

Quizá dieran con algún objeto que arrojara un poco de luz sobre la vida y la muerte de Jón. «¿Y si encontramos el arma homicida?», pensó Jakob. Inhaló una bocanada de gélido aire fresco y se puso manos a la obra.

Empezó con la primera pila de objetos. Dos ollas sin asa, una caja de viejas cucharillas y varios trozos de madera que parecían del bastidor de una ventana. Bufandas con pegotes de nieve y un montón de restos de plástico sin una función evidente. Entonces tocó algo blando que chirrió y Jakob dio un respingo. Se acercó al sonido chirriante y se puso a retirar la nieve de encima con las manos enguantadas. El chirrido se oía cada vez más fuerte. Sacó un trozo de plato de camping y vio unos grandes ojos que lo miraban fijamente desde el montón de nieve.

Era un juguete de baño amarillo y cabezón que emitía una alegre tonadilla infantil. Lo había activado mientras hurgaba en la pila de trastos. Jakob puso el muñeco a un lado y siguió escarbando.

Al cabo de un par de horas, se sentaron a descansar. Hildur sirvió café del termo en dos vasos de plástico y sacó del bolsillo del mono una bolsita con terrones de azúcar.

«Es una buena tía», pensó Jakob al ver que no se había olvidado del azúcar. Después del esfuerzo, el café les supo a gloria, pero los dos estaban un poco desanimados. Los trabajos de búsqueda de la mañana no habían sido demasiado fructíferos.

—Jón tenía un buzón rojo delante de casa. No he encontrado ni el buzón ni el correo —dijo Hildur mientras dibujaba figuras en el cristal

empañado del coche.

La correspondencia habría podido proporcionarles información.

—Pero continuaremos hasta que oscurezca, ¿o no? —dijo él impaciente, y se acabó el café de un trago.

Dejaron las tazas de café en una bolsa de tela en el suelo del coche. Antes de salir, Jakob se metió la bolsita de terrones de azúcar en el bolsillo del mono.

La helada se había intensificado. No hacía viento y el mar parecía de terciopelo. Bajo la luz azul del invierno, el paisaje montañoso transmitía serenidad. Era un día excepcionalmente hermoso. Por lo general, el paso del otoño al invierno era una época tormentosa. El viento del sur traía mucha lluvia y el viento del norte lo congelaba todo. A veces soplaba también viento del noroeste. Ése era el peor, ya que entraba directamente desde el mar hasta el fondo del fiordo. Los días claros escaseaban a principios de invierno y había que aprovecharlos.

Jakob se puso a cavar y a revisar objetos al lado de la casa de Jón. La excavadora había apilado los restos de la pared del vestíbulo y entre la nieve asomaban cajas y trozos de estantes. Hildur se encontraba un poco más lejos, ocupada con una estantería.

Jakob sacó varias zapatillas de correr desparejadas de una caja llena de nieve. No había nada interesante entre aquel montón de zapatos viejos. Abrigos viejos, un calzador retorcido, la alfombra de la entrada, un montón de tarros de yogur vacíos.

—¡Ven aquí! Creo que he encontrado algo —gritó Hildur.

Jakob se dirigió de inmediato hacia la parte sur de la casa. En lugar de ir por el sendero abierto con la pala, se metió campo a través para atajar. Pero se hundió en la nieve hasta los muslos. Le

costaba horrores avanzar y, con esfuerzo, logró volver a la senda despejada. Desde allí vio a Hildur, en la esquina de la cabaña derruida, agachada sobre una estantería de libros medio desplomada. Tenía una cajita de metal en la mano.

—Mira esto.

Le dio un montón de fotografías Polaroid que había sacado de la caja. Jakob las fue pasando rápido. No quería ver los detalles. Salían chicos con poca ropa y diferentes posturas. La mayoría de las fotos parecían haberse tomado en el mismo lugar. Sólo cambiaban los chicos.

—El álbum de fotos de Jón. Casi todas han sido tomadas en su cuarto de estar. Recuerdo ese sofá —dijo Hildur señalando el sofá en las fotos.

«Menudo enfermo», pensó Jakob, y le devolvió las fotos a Hildur.

—¿Sabes quiénes son esos chicos?

—Así, de buenas a primeras, no los reconozco a todos. Pero a éste sí. Es el chico de la pizzería.

20

Beta hacía girar entre las manos la taza de café del Partido de Centro. El caballo en tonos pastel le parecía espantoso. La puso en la máquina de café y pulsó el icono de la taza. Tras un ruido áspero, empezó a caer el líquido marrón oscuro.

Un caballo en tonos pastel era un logotipo curioso para un partido político, aunque el partido en sí también era extraño. Su secretario general antes dirigía otro partido y había sido primer ministro de Islandia. Pero su nombre había aparecido en los papeles de Panamá y las sospechas de evasión fiscal no habían dejado de perseguirle. Al final, renunció al cargo de primer ministro y fundó un nuevo partido, Miðflokkurinn, el Partido de Centro.

Beta consideraba que algunos miembros del partido usaban un lenguaje poco respetuoso. Recientemente, varios cargos importantes del partido se habían dedicado a contar chistes sobre mujeres, personas con discapacidad y gente sin recursos durante una velada llena de alcohol en un bar cercano a la casa del Parlamento. Un reportero había oído la conversación y había escrito un artículo para el periódico. El partido parecía salir de una crisis para meterse en otra, pero seguía manteniendo su porcentaje de apoyo. Aunque la mayoría de los islandeses no soportaba aquella formación política, tenía una pequeña y fiel comunidad de simpatizantes.

A Beta no le interesaba la política de partidos, a pesar de que tanto sus padres como su pareja eran simpatizantes del Partido de la Independencia. Este partido, de ideas conservadoras, se había fundado en la década de 1920 y había impulsado la independencia de Islandia con Dinamarca. En todas las reuniones familiares, siempre se acababa hablando de política. En ese momento, Beta solía irse a lavar los platos o a jugar al fútbol con los niños. La política le parecía un simple juego de poder del que quería mantenerse apartada. Por eso, nunca había apoyado públicamente a ningún candidato, no compartía su opinión sobre los candidatos en las redes sociales y tampoco asistía a ninguna reunión del club de caballeros, a pesar de haber sido invitada como oradora en varias ocasiones en su calidad de jefa de policía. Ella se limitaba a hacer bien su trabajo, y eso debería ser suficiente.

Beta dio un sorbo de café y volvió a mirar el móvil. El equipo forense ya había terminado la autopsia y estaba esperando sus conclusiones. Axlar-Hákon, el patólogo que trabajaba en Reikiavik, había prometido que la llamaría a lo largo del día.

Axlar-Hákon era un ex novio de Beta de la época de la Facultad de Derecho. Habían salido un par de años; él era el primero de la clase. El apodo de Axlar le venía por haber interpretado el personaje de Axlar-Björn, el asesino en serie más famoso de la historia de Islandia, en la obra de teatro de primavera de la facultad. Su actuación, con su sangre falsa y todo, fue memorable.

Al terminar la carrera de Derecho, Beta había solicitado plaza en la academia de policía y Hákon había continuado en el ámbito de la medicina. En la actualidad, Axlar-Hákon era el único patólogo de Islandia y trabajaba en el Hospital Universitario Nacional.

Mientras esperaba su llamada, Beta abrió el portal de noticias y cogió un par de galletas de avena de chocolate del cajón del escritorio. Siempre tenía una pequeña reserva. Le quedaba menos de la mitad del paquete; tenía que acordarse de comprar más al día siguiente.

La galleta estaba deliciosa. Un titular anunciaba que el príncipe Harry y su esposa, Meghan, no pasarían la Navidad con la Corte británica. Eso a Beta no le interesaba lo más mínimo, a diferencia de la receta de pastel de chocolate sin gluten que envió a la impresora. Justo empezaba a salir el papel cuando sonó el teléfono. Era el número de Hákon.

Lo primero que hicieron fue ponerse al día. Beta y Hákon habían acabado su relación de forma amistosa y seguían llevándose bien; no eran amigos del alma, pero nunca habían perdido el contacto. El defecto de Hákon era su adicción al trabajo, aunque por otro lado no le quedaba más remedio. Era el único patólogo de toda Islandia, ni más ni menos. Hákon vivía con su familia en una enorme casa junto al mar en Reikiavik. Durante sus estudios de Medicina, se había enamorado perdidamente de su profesora. Hákon y la catedrática de Ciencias de la Salud Pública se habían casado de forma apresurada y él se convirtió en padrastro de los hijos de su esposa, que en aquella época estaban en edad escolar. Ahora esos niños ya debían de estar en la veintena.

—Mi mujer está en una conferencia en Dinamarca y los chavales están estudiando en Londres. He podido hacer largas jornadas de trabajo sin remordimientos de conciencia. ¿Qué tal va todo en el lejano Oeste?

—La familia está bien, el invierno ha llegado antes de lo previsto y hemos encontrado a un hombre degollado en una avalancha. No me importaría en absoluto que las vacaciones de Navidad empezaran un poco antes este año.

Hákon se quedó en silencio unos instantes.

—*Jæjja.* —Ese «Ajá» pronunciado lentamente indicaba que estaba a punto de entrar en materia —. Acabo de terminar el paquete. Os enviaré todo el informe por correo electrónico, pero quería llamarte porque esto tengo que contártelo por teléfono.

Beta sintió un escalofrío. Siempre que estaba a punto de suceder algo malo, sentía ese calambrazo helado en la parte baja de la espalda.

Lo instó a continuar.

—En primer lugar, sobre este tipo, Jón. Es bastante evidente que ha muerto por ese corte en el cuello. Pero la cosa no es tan sencilla.

Beta estaba impaciente, pero mantuvo la boca cerrada y dejó que explicara las cosas a su ritmo. Hákon era un hombre meticuloso y algo pedante al que no le gustaban las interrupciones.

—Ha salido un dato interesante en los análisis de sangre más precisos. En la sangre de la víctima había una cantidad significativa de benzodiazepinas.

Beta supo al instante de qué se trataba: somníferos.

—Había tomado tantas pastillas que debía de estar inconsciente.

Hákon hizo una pausa. Beta conocía bien a su ex y sabía que ése era el momento adecuado para preguntar.

—¿Podrías confirmar si murió de sobredosis?

—No ha sido una muerte por sobredosis. Todos los indicios apuntan a que su corazón seguía latiendo cuando le hicieron el corte

en el cuello. Además, estas benzodiazepinas tienen la ventaja de que son bastante seguras en caso de sobredosis. Producen pérdida del conocimiento, pero rara vez la muerte.

Beta se quedó pensando unos instantes. Esa mañana había estado hablando con Hildur sobre la figura misteriosa a la que, al parecer, el repartidor de pizzas había visto delante de la casa de Jón el lunes de la semana anterior a la avalancha. ¿Habían podido acabar los somníferos en el organismo de Jón con los ingredientes de la pizza? Sonaba extraño, pero quizá era posible.

—Los somníferos explicarían su apacible postura en la cama. No se despertó cuando le cortaron el cuello —reflexionó Beta en voz alta.

—Lo considero bastante probable.

—¿Estás seguro de que había cantidad como para tratarse de una sobredosis?

Beta se arrepintió al instante de sus palabras. Hákon jamás decía nada de lo que no estuviera absolutamente seguro. Beta recordaba una ocasión, en su época de jóvenes estudiantes universitarios, en la que habían ido juntos al cine. Ella le había preguntado de qué iba la película, y él le había soltado con cara de extrañeza que no podía saberlo porque todavía no había visto la película. Ese viejo recuerdo la hizo sonreír.

Jón tenía tanta benzodiazepina en sangre que no podía tratarse de la ingestión de un par de comprimidos. Además, Hákon había comprobado que a Jón nunca le habían recetado benzodiazepinas, así que alguien había tenido que dárselas. «Primero, el veneno, y después, el cuchillo. Ahí fuera hay alguien que realmente quería deshacerse de él», pensó Beta.

—Pero esto no es todo —continuó Hákon, enigmático —. Los investigadores forenses no han encontrado fibras ajenas a la víctima en la escena del crimen.

Beta confirmó que la información era correcta. La avalancha había destruido todas las huellas.

—Bueno, pues yo sí he encontrado algo —dijo Hákon triunfal.

Beta reconocía a ese Hákon. Cuando hacía un hallazgo interesante o resolvía algún problema, el rígido experto se convertía en un hombre apasionado. En esos casos, incluso podía llegar a usar un lenguaje de lo más vulgar.

—Como ya sabes, los patólogos forenses hurgamos en todos los agujeros del cadáver. Mis ojos de miope operado detectaron una cosa increíble en su boca.

«¿En su boca?» Beta giraba la taza de café en las manos mientras escuchaba a Hákon.

—Debajo de su lengua vi que había unos pelos rubios y finos.

—¿Has encontrado pelos debajo de su lengua?

Beta no estaba segura de haberlo oído bien.

Hákon gruñó a modo de afirmación.

—Un mechoncito de pelos rubios. Estaban perfectamente cortados. Es imposible decir aún nada con exactitud, pero diría que es cabello de niño, o de un adulto con el pelo muy fino.

Beta se quedó callada. El caso había empezado a cobrar visos muy extraños. Se terminó el café de un trago y se arrepintió al instante. El líquido negro ya no era más que un amargo brebaje tibio.

—Pero, espera, que aún hay más. Pronto comprenderás por qué quería llamarte. ¿Recuerdas el asesinato del parking de hace un par de días?

Beta murmuró que lo recordaba. Había estado hablando del caso con Hildur hacía un rato. La víctima no era un sintecho ni un colgado lleno de anfetas, sino uno de los abogados más conocidos de Reikiavik.

—Me encargué también de su autopsia. Adivina lo que encontré en su boca.

—Pelos rubios.

—Exacto. Hemos comparado los pelos de ambos casos y parece que proceden de la misma cabeza. Es una lástima que estén cortados y no arrancados de raíz.

—Eso complica el análisis de ADN.

Beta no era experta en química, pero le interesaban mucho los procedimientos del laboratorio forense. Secuenciar el ADN con cabellos cortados era muy laborioso, y a veces resultaba imposible. De todos modos, si consiguieran aislar el ADN, deberían tener en cuenta que ese mechón podía ser tanto de la persona que lo había cortado como de su propietario.

—En breve te envío todo el informe por correo electrónico. ¡Hasta pronto!

Hákon colgó y Beta se quedó cavilando con la taza de café vacía en la mano. «El mechón de pelo conecta los asesinatos de Jón y del abogado. ¿Qué podían tener en común esos dos hombres?»

21

Le dolían los hombros y los brazos, pero era una sensación placentera. Estaba relajada. La barra le había dejado las palmas de las manos llenas de rozaduras. Hildur se tomaba un batido de recuperación con sabor a chocolate sentada en un banco reclinable. En realidad le habría gustado ir a hacer surf, pero sólo tenía una hora y se había adaptado. Gimnasio y rutina corta del tronco superior. Estaba satisfecha: había hecho sus dominadas con quince kilos de peso adicional.

Media hora más tarde, entraba con el coche de policía en el patio de un pequeño bloque de viviendas en las afueras del pueblo. Era una residencia de estudiantes construida una década atrás, después de la puesta en marcha del campus de Ciencias Marinas de la Universidad de Akureyri en Ísafjörður. Cada año se instalaban en el pueblo estudiantes de intercambio y jóvenes islandeses interesados en la industria pesquera, los cupos de pesca, los recursos marinos y las nuevas tecnologías del sector. Además de los universitarios, también se alojaban estudiantes de bachillerato de zonas rurales que preferían vivir cerca del instituto municipal durante la semana.

Siggi tenía diecisiete años y estudiaba en el instituto. Hildur lo había llamado nada más encontrar las fotografías, y el chico había prometido que estaría en casa después de las tres.

Hildur aparcó el coche delante del edificio y buscó la escalera correcta. En la entrada había un telefonillo, aunque era un poco absurdo, porque la puerta de la calle siempre estaba abierta. Esa escalera del pequeño bloque de pisos había sido testigo de infinidad de mudanzas. Las paredes estaban llenas de arañazos y manchas debido al tránsito de muebles. Las hendiduras de algunas puertas sólo podían ser marcas de patadas.

A pesar de que no estaba permitido guardar bicicletas en el portal, al menos se veían cinco medios de transporte diferentes apoyados contra la pared. ¿Dónde guardarían si no sus bicis los estudiantes? El edificio no parecía tener sótano ni cobertizo anexo para bicicletas.

Hildur subió andando al segundo piso. Al encontrar la puerta que buscaba, llamó con los nudillos. Fue obvio que la estaban esperando, porque la puerta se abrió al instante. La recibió un chico de aspecto pálido con pantalones de chándal y una camiseta de Metallica.

Era un pequeño estudio. En el recibidor había un perchero con pinta inestable y un espejo. A la izquierda, estaba la cocina; a la derecha, el salón y el dormitorio, en una misma estancia escasamente amueblada. La cama estaba sin hacer. Un batiburrillo de mandos a distancia, monedas y útiles para liar tabaco se amontonaba en la caja de cartón que hacía de mesita de centro. El aire olía a rancio. Aquella sala no se había ventilado en años.

Hildur le propuso hablar en el salón. Siggi se sentó con resignación en un desvencijado sofá y se quedó mirando al vacío. No había más sitios donde sentarse, por lo que Hildur se instaló a su lado, en la otra esquina del sofá.

—Tengo que hacerte algunas preguntas sobre Jón.

Siggi se sobrecogió al oír aquel nombre. Giró los hombros hacia dentro y hundió la cabeza. Hildur quería saber cómo había conocido a Jón.

—Ya te lo he contado. Yo solía hacer el reparto de pizzas los lunes.

—Pero ¿hasta qué punto os conocíais?

Hildur se masajeó las manos. Las ampollas de las dominadas empezaban a parecer callos.

Siggi no contestó enseguida. Se quedó inmóvil mirando el suelo de la habitación.

—No nos conocíamos —murmuró.

—Me has contado que Jón te pedía a veces que entraras en su casa. ¿Llegaste a entrar?

—Yo sólo le llevaba las pizzas.

Hildur suspiró. Le sabía mal por el chico, pero tenía que presionarlo para que hablara.

—Escúchame. Sé que esto muy difícil. También sé que Jón era un auténtico cabrón.

A Siggi le sobresaltó su brusquedad. Hildur le explicó que aquél era un asunto muy serio: se investigaba un posible caso de homicidio. A día de hoy, él no era sospechoso, pero, si no le contaba todo lo que sabía, las cosas podían cambiar radicalmente. Alguien había matado a Jón y todo apuntaba a que él había sido una de las últimas personas en verlo con vida.

El chico seguía sin decir palabra. Sacó una bolsa de tabaco del bolsillo de los pantalones y, con el aparato de liar de encima de la caja, empezó a liarse un cigarrillo con manos temblorosas. Hildur observaba la operación. Tenía que lograr que la conversación avanzase como fuera.

—Siggi, he visto esas fotos. Por eso he venido.

El radiador del cuarto de estar glugluteó débilmente. Necesitaba una purga. El silencio se había vuelto tan pesado y opresivo que podía cortarse con un cuchillo. El chico no tardaría en derrumbarse.

Siggi gimió, se tapó la cara con las manos y se dobló por la mitad, haciendo que el cigarro recién liado cayera al suelo. Hildur se sintió culpable por presionar a un chico en una situación tan vulnerable, pero necesitaba ver su reacción ante la siguiente pregunta.

—¿Lo mataste por las fotos?

Siggi, que estaba acurrucado, se irguió hasta establecer contacto visual con Hildur. Tenía la cara llena de manchas rojas por el llanto. La miró a los ojos. Era la viva imagen del miedo y la impotencia. En ese momento, Hildur supo lo que ya se había imaginado al ver las fotos por primera vez.

—No. Yo no lo he matado —dijo entre sollozos, apoyando la cabeza en las manos —. No tengo nada. Nunca he tenido dinero.

Le explicó que con lo que ganaba con los turnos de la pizzería no le daba para vivir. Tampoco podía aceptar más turnos porque tenía que ir a clase, o no aprobaría el curso.

Hildur se compadeció de él. Era muy joven.

—¿No te pueden ayudar tus padres?

El chico levantó la cabeza y soltó una risa burlona.

—¡Mis padres! Ellos nunca tienen dinero. Son unos lameconchas.

Hildur nunca había oído a nadie tan joven usar una expresión tan arcaica. Antiguamente, se pasaba tanta hambre que, a falta de otro alimento, la gente más pobre lamía las conchas que recogía en la playa.

—Ese cabrón me daba dinero por las fotos. La primera vez fue hace un par de años. —Siggi había ido subiendo la voz —. Me pagó cien mil coronas por una foto y me prometió que nunca se las enseñaría a nadie —dijo casi gritando.

«Eso es mucho dinero», pensó Hildur. El taco de fotos era muy grueso: si Jón había podido pagar unas cien mil coronas por foto, estaba claro que tenía bastante dinero. Le dijo a Siggi que había encontrado las fotos en casa de Jón.

—Las tomaba con una cámara analógica, con la que no se podían subir las fotos a la red. ¿Quién tiene ahora las fotos? ¿Las ha visto alguien más?

Siggi buscó a tientas el cigarro de liar en el suelo y lo encendió con inseguridad. Su nerviosismo era comprensible. Si las imágenes se llegaran a difundir, se encontraría en una situación horrible.

Hildur le aseguró que las fotografías se encontraban a salvo en la comisaría. La policía las necesitaba para investigar la muerte de Jón y nadie más podría verlas.

Durante unos instantes, se quedaron sentados en silencio, uno al lado del otro. Se oía la lavadora del vecino y a unos niños haciendo una guerra de bolas de nieve. La atmósfera entre aquellas paredes se había vuelto asfixiante, pero la gente parecía seguir con sus vidas con normalidad. Cuando Siggi terminó de fumar, Hildur rompió el silencio.

—¿Te quedaste mucho tiempo en su casa la tarde del lunes?

—No. Un tipejo se empeñó en coger la pizza y entregársela. No entré en su casa aquella tarde.

—¿Hay alguien que pueda demostrarlo?

Siggi pensó un instante y sacudió ligeramente la cabeza.

—No lo sé. Ese tipo que estaba ahí delante de la casa. Pero no sé quién era.

La mirada de Siggi le decía que el chico no había matado a Jón.

—¿Qué pasó después de que llevaras la pizza?

—Tenía otra entrega a domicilio. Fui por la carretera del fiordo a la siguiente dirección.

Hildur disimuló su alivio y se limitó a asentir. Esa parte de la historia la había comprobado en la pizzería. Siggi había ido de casa de Jón al otro extremo del pueblo en diez minutos y luego había vuelto enseguida al restaurante para recoger las pizzas de las siguientes entregas. El chico había estado desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche conduciendo de un lado a otro del pueblo.

—¿Fuiste a casa de Jón después del lunes?

Siggi se quedó unos segundos paralizado y con los ojos vidriosos, como si por primera vez tomara conciencia de que podría ser considerado sospechoso del asesinato de Jón. Pero se recompuso con sorprendente rapidez.

—Desde luego que no. No quería ni acercarme a esa casa. Paso las tardes en el trabajo y durante el día estoy en clase. Llevo haciendo esto desde que me mudé aquí y empecé el instituto —dijo sin el más leve temblor en la voz.

A pesar de su corta edad, el chico se había enfrentado a situaciones muy complicadas. En un par de años había tenido que luchar para conseguir cosas que muchos estudiantes de instituto daban por sentadas. Él solo había conseguido un lugar donde vivir, comida caliente y los libros de texto. No lo había tenido nada fácil. Se había visto abocado a recurrir a medios atroces. Nadie debería

tener que vender su cuerpo para poder estudiar en el instituto. En momentos así, Hildur se avergonzaba de la sociedad islandesa, que demasiado a menudo se mostraba incapaz de ayudar a las personas.

El salón dormitorio era una estancia pequeña. Sobre la ventana se veía una barra para cortinas torcida, pero no había cortinas. Delante de la puerta del balcón había varios sacos de plástico transparentes. Parecían contener botellas vacías y latas aplastadas.

El chico recogía botellas. Con toda probabilidad, el cobertizo de las basuras de la residencia de estudiantes estaría lleno de latas de cerveza después del fin de semana. En Islandia no se podían retornar las botellas vacías a la tienda, sino que había que llevarlas a un centro de reciclaje para que te devolvieran el dinero de los envases. Hildur miró las bolsas de plástico apiladas delante de la puerta.

—Me imagino que hay un buen trayecto hasta el centro de reciclaje, ¿no?

Siggi asintió.

—No he podido ir últimamente. Siempre estoy en el trabajo o en clase durante el horario de apertura.

Hildur se sacó del bolsillo un billete de cinco mil coronas; lo estiró y lo puso bajo el paquete de papeles de liar de la mesa.

—Yo puedo llevar esas botellas. Coge el dinero.

Hildur sabía que había más del doble de lo que correspondería, pero quería ayudar a Siggi de algún modo y no se le ocurría nada mejor. Por el precio de dos entradas de cine el chico no llegaría muy lejos, pero al menos no pasaría varias horas clasificando latas para llevarlas luego en autobús al centro de reciclaje.

Hildur se levantó del sofá. Le dio unos golpecitos en el hombro y le pidió que la llamara si se acordaba de cualquier otra cosa.

Mientras apretujaba las seis enormes bolsas de botellas en el maletero del coche, Hildur pensó que sin duda el asesino de Jón podía ser una de sus víctimas. Pero no aquel chico, de eso estaba segura. Lo había visto en su cara y en sus gestos. Además, había un argumento muy pragmático en favor de su defensa. Sin embargo, nunca podría exponer en público estas conclusiones.

Jón había cometido un delito. Probablemente varios, ya que Siggi no era el único chico al que Jón había engatusado para hacerle fotos a cambio de dinero. Pero, al menos según Siggi, Jón nunca lo había tocado. En las imágenes, sólo se veía a Siggi. No mostraban violencia y, desde la perspectiva de un investigador criminal, su contenido no podía considerarse especialmente grave. Cien mil coronas por una foto en calzoncillos era tanto dinero para un chaval de dieciséis años que Siggi no habría querido cerrar ese grifo. Por supuesto, Hildur no había podido compartir estos pensamientos con el chico, para que no pareciera que restaba importancia a los abusos de Jón, que consideraba repugnantes.

Hildur giró por el patio del bloque de pisos hacia la carretera que llevaba al centro de reciclaje. Llevaría las botellas vacías directamente. Al menos conseguiría terminar una tarea ese día.

22

Hildur llevó las botellas al centro de reciclaje antes de regresar a la comisaría. Beta había programado una reunión para las cuatro y media.

Hildur se quitó el abrigo y se sentó a la mesa de reuniones. Jakob llegó a la sala con tres tazas de café y dos paquetes de galletas de chocolate bajo el brazo. Lo dejó todo sobre la mesa.

—Eran éstas las buenas, ¿no?

Beta, visiblemente complacida, eligió el paquete de las de triple capa de chocolate.

—¿Me has leído el pensamiento? Casi se habían acabado las galletas de la oficina.

Jakob tomó asiento y sacó la labor de su bolso. Después de estar todo el día hurgando entre las ruinas de la casa de Jón, había pasado por la tienda de lanas en el camino de vuelta.

—Como becario, debo intentar seros de alguna utilidad, puesto que de la casa de Jón no tengo nada que reportar.

Jakob había revisado todas las pilas de objetos rescatados de entre la nieve, pero no había encontrado ninguna pista. El objeto más interesante había sido una taza roja descascarillada de los Mumin. Mamá Mumin con un delantal recogiendo bayas, para ser exactos. Le sorprendió; no sabía que los islandeses también

coleccionaran tazas de los Mumin, como los finlandeses. Era posible que fuera de Jón, pero quizá se había colado en aquel montón y era de otra cabaña.

Beta, sin embargo, tenía mucho que contar sobre los resultados de la autopsia. Mientras la escuchaba, Hildur pescaba las migas de galletas de la mesa con el dedo índice. Los acontecimientos de los últimos días le parecían irreales. Era algo bastante insólito que se hubieran producido dos asesinatos relacionados entre sí presumiblemente cometidos por la misma persona. No recordaba que en Islandia hubiera sucedido nunca nada similar. No después de que Axlar-Björn ahogara y matara a hachazos a casi una veintena de islandeses en el siglo XVI.

Al mismo tiempo, Hildur se sentía aliviada. Era bastante improbable que Siggi tuviera nada que ver con la muerte de Jón. Hildur habló de las fotografías que Jakob y ella habían hallado y de su reciente encuentro con el joven pizzero.

—Pero, si la muerte del jurista adinerado de Reikiavik y la muerte de Jón están relacionadas, la teoría de la víctima de Jón ya no me parece demasiado probable. A menos que este abogado asesinado en el parking haya defendido en alguna ocasión a Jón ante los tribunales y algún tipo furioso haya decidido cargarse a los dos.

—Heiðar no llevaba este tipo de casos. Se movía más en los círculos de la jurídica de empresas —dijo Beta, y explicó que había hablado con el inspector que investigaba el asesinato del abogado.

Los mechones de pelo encontrados en la boca de las víctimas indicaban que se trataba del mismo autor. A pesar de eso, habían decidido investigar los casos de forma individual, al menos al

principio. El asesinato de Jón se investigaría en Ísafjörður, mientras que del asesinato de Heiðar se encargaría la policía de Reikiavik.

—Sin embargo, hemos acordado que trabajaremos en estrecha colaboración y nos mantendremos al día de ambas investigaciones. Si existe una conexión entre las víctimas, la encontraremos.

—¿Quién se encarga de la investigación del caso en Reikiavik? —preguntó Hildur.

—Jónas Ingimarsson.

—¿Ese capullo? Estás de broma, ¿no?

Por desgracia, Jónas era un viejo conocido de Hildur. Tras graduarse en la academia de policía, Hildur había trabajado durante algún tiempo en el mismo departamento que Jónas. Ya en su primer día de trabajo se había dado cuenta de que no podía soportar las tonterías de ese chovinista vigoréxico. Jónas se comportaba de forma condescendiente con las mujeres y daba constantemente su opinión.

El odio de Hildur hacia su colega había aumentado tras oír las historias de otros trabajadores del cuerpo. En la policía todos sabían que se habían recibido varias alertas por violencia doméstica en la casa de Jónas. La violencia había sido imposible de demostrar porque la mujer de Jónas nunca le había mencionado a nadie una sola palabra sobre malos tratos, sino que siempre repetía la misma historia: las contusiones en la cara se debían a una caída por la montaña o a que había tropezado en la escalera. El ruido que habían oído los vecinos siempre procedía de la televisión.

—Jónas es uno de los detectives con más experiencia de Reikiavik, pero en su tiempo libre se dedica a golpear a su mujer —dijo Hildur,

que respondió a Jakob antes de que éste tuviera tiempo de preguntar nada.

Beta la miró con reticencia, como diciéndole que no era un tema que debieran tratar en ese momento. Hildur levantó ligeramente la barbilla en señal de protesta, sin embargo accedió a retomar el asunto que tenían entre manos.

—Tengo los datos del teléfono y de la cuenta bancaria de Jón. Las llamadas y los mensajes de texto no revelan nada que no supiéramos ya. Es cierto que pedía una pizza todos los lunes. Sin embargo, los datos bancarios han sido tan contundentes como una tormenta del norte. Ese tipo nadaba en la abundancia.

Beta se hizo un moño rápido, pero se le abrió al poner las dos manos sobre la mesa. Le resultaba sorprendente la manifiesta riqueza de aquel hombre con pinta de vagabundo.

—¿De qué cantidades estamos hablando?

—En el momento de su muerte, el tipo tenía en el banco veinte millones de coronas. Las tenía desde hacía varios años. Dos veces al mes retiraba grandes cantidades de efectivo.

La lana se deslizaba ágilmente entre los fibrosos dedos de Jakob, que trasladaba los puntos de la manga a las agujas auxiliares. Hasta ese instante, se había limitado a escuchar la conversación.

—El efectivo no deja rastro. Usaba el dinero para comprar marihuana y para las fotos.

—Tenemos que analizar con más detalle el origen de los fondos. Quizá eso nos dé alguna respuesta —dijo Hildur, y compartió la escasa información que había obtenido en su ronda por el vecindario. Las señas distintivas que le había dado Siggi sobre el visitante misterioso tampoco eran de mucha ayuda.

—En invierno todos los islandeses se corresponden con esa descripción —dijo Jakob.

Hildur opinaba lo mismo. No tenían suficientes rasgos distintivos para identificar a aquel desconocido. Pero sí una hipótesis: el tipo había mezclado los somníferos en la pizza y, una vez que Jón murió, había rematado la tarea con un cuchillo.

—Quien haya matado a Jón sabía que pedía pizza todos los lunes. Era alguien que conocía sus costumbres.

23

Noviembre de 2019, Reikiavik

Lian tenía en la mano un cuchillo de hoja corta pero extremadamente afilado. Lo clavó en la parte más tensa y abultada. El cuchillo se deslizó con suavidad por la superficie. Hizo un corte limpio y liso. Pasó el cuchillo por agua y lo dejó secando sobre un paño de cocina. Sacó un plato blanco del armario y vertió el contenido del paquete.

Con un tenedor, aplastó la mezcla de pescado con patatas hasta lograr una textura uniforme. Metió el plato en el microondas para calentarlo. Dos minutos a máxima potencia deberían ser suficientes. Lian miró el reloj. Estaba cansada. Ese día no había podido echarse su larga siesta antes del turno de noche. A su marido, informático, le había salido una urgencia, algo relacionado con seguridad de datos, y saldría más tarde del trabajo. Lian había llevado a sus hijas a gimnasia.

Las niñas entrenaban en horarios consecutivos en la otra punta de la ciudad. Como no había autobús directo desde el colegio, eran los padres quienes las llevaban. «En su caso, básicamente la madre», pensó Lian masajeándose el cuello. Demasiada tensión acumulada, demasiadas responsabilidades. Sonrió al pensar en sus hijas. Tenían

un don para la gimnasia, en especial la pequeña, y siempre iban contentas a los entrenamientos. No sólo hacían gimnasia, también estaban apuntadas a una extraescolar de fútbol. Pero, por suerte, no había que ir hasta allí. Un autobús del equipo las llevaba del colegio al campo de fútbol.

Lian había pasado la tarde en las gradas del gimnasio. Se había tomado una Pepsi Max para tratar de mantenerse despierta durante esas dos largas horas. Al llegar a casa, había preparado la cena y, tras una cabezadita de quince minutos en el sofá, se había dado cuenta de que ya era la hora de irse a trabajar. Había cogido del congelador un paquete de *plokkfiskur*, un estofado de pescado precocinado, de la marca Grímur. Comería un poco antes de empezar el turno y otro poco antes de la media noche, cuando era probable (o, al menos, eso esperaba) que los pacientes ya estuvieran durmiendo.

Las noches en el hospital psiquiátrico eran siempre diferentes. A veces eran tranquilas, pero otras todo lo contrario. Como enfermera especializada en salud mental, Lian veía un espectro de la vida humana desconocido para la mayoría de la gente. Tampoco era necesario que lo vieran. Lian estaba contenta con su trabajo. Le gustaba ayudar a los demás y proporcionar el tratamiento adecuado a cada paciente. Hacía unos diez años que trabajaba en el hospital psiquiátrico de Kleppur; casi los mismos de su llegada a Islandia, el país de su marido, adonde había viajado desde su Filipinas natal. Aparte de dos breves bajas por maternidad, había trabajado prácticamente siempre en ese mismo hospital. Se encontraba a gusto trabajando allí. Había un ambiente amistoso, los supervisores eran agradables y, aunque se trataba de un puesto exigente,

también era interesante. A diferencia del personal de los hospitales y las residencias de ancianos, ellos no sufrían una carga excesiva de trabajo. El hospital psiquiátrico contaba con recursos, al menos por el momento.

La alarma del microondas sonó escandalosamente. El estofado de pescado estaba listo. Lian llevó el plato a la mesa de la sala de descanso del personal. Lo sazonó con pimienta negra y añadió un par de cucharaditas de mantequilla batida. Lo probó: estaba delicioso. Nada podía superar la comida hecha por otra persona.

Comía con una mano y con la otra organizaba la pila de periódicos esparcidos sobre la mesa. Al final, abrió el del día anterior. La tasa de desempleo había pasado de 0,3 a 3,8 por ciento. Lian sonrió. Eso era prácticamente nada. En Islandia era fácil encontrar trabajo. Incluso una extranjera como ella, sin ningún conocimiento del idioma, había conseguido un empleo enseguida. Ahora ya hablaba islandés de forma fluida y también le habían subido el sueldo, al haber asumido tareas de más responsabilidad. Al principio, se había dedicado a limpiar hospitales y residencias de ancianos en Reikiavik. Cuando aprendió suficiente islandés, estudió para ser enfermera psiquiátrica.

Los titulares de la portada hablaban de las sospechas de corrupción de una gran compañía pesquera islandesa en Namibia. Lian soltó un bufido. No se molestó ni en empezar a leer el artículo, ya sabía cómo solían evolucionar esas cosas. Peces gordos de grandes empresas a los que pillaban cometiendo fraudes; el director ejecutivo era apartado temporalmente de su cargo; se iniciaba una campaña de difamación contra quienes habían destapado las irregularidades; el público se cansaba de seguir el caso; el director

ejecutivo retomaba su tarea habitual, y el caso se quedaba acumulando polvo en las mesas del fiscal y de los abogados. Lian consideraba que en todas partes había corrupción. La había habido en Filipinas y la había también en Islandia.

Al pasar página y toparse con la sección de noticias nacionales, se atragantó con un trozo de pescado. Empezó a toser de forma violenta. Con la cuarta tos intensa, consiguió que el trozo de pescado le volviera a la boca. Una noticia breve la había sobresaltado y había hecho que se olvidara de masticar. Lian volvió a intentarlo. Esa vez masticó con más cuidado y enjuagó la comida con un trago de agua. Finalmente, volvió a leer la noticia. Lian hablaba islandés con fluidez, pero comprender el lenguaje periodístico oficial le resultaba difícil y le llevaba su tiempo. Tuvo que leer varias veces algunas palabras para comprender la noticia.

> El abogado Heiðar Arason, de cuarenta y cinco años, murió en Reikiavik la semana pasada. La policía sospecha que se trata de un homicidio, pero, debido a que la investigación está en curso, todavía no se han hecho públicos los detalles sobre la causa de la muerte.

Heiðar, Heiðar, Heiðar. De pronto, tenía mucho frío. Llevaba todo el día con escalofríos de cansancio, pero esto era distinto. Era un frío pesado y glacial, como si le hubiera caído encima un bloque de hielo y hubiera empezado a derretirse.

Lian tuvo que comprobarlo. Sacó el periódico que había puesto debajo de la pila y lo abrió encima de la mesa. Lo había visto en la sección de noticias nacionales, igual que la del asesinato de Heiðar.

Era una noticia breve y no recordaba de qué hablaba exactamente, pero sabía que había visto un nombre conocido.

Una avalancha había destrozado varias cabañas de verano en el pueblo de Ísafjörður. Lian siguió leyendo... Ahí estaba. La memoria no le había fallado.

> La avalancha se ha cobrado una víctima, Jón Jansson, de 68 años, que se encontraba en su casa, contraviniendo las normas, y quedó atrapado en la nieve. Fue encontrado muerto y los intentos de reanimación resultaron en vano. La policía, que no ha hecho declaraciones, agradece a todos los voluntarios su participación en las tareas de búsqueda y desescombro.

¿Encontrado muerto? ¿Por qué la noticia decía que había sido encontrado muerto y no que había muerto en la avalancha? ¿Estaría omitiendo algún detalle, la policía?

«Jón. Y luego Heiðar. Esto no puede ser casualidad», pensó. Tenía que llamar a la policía en cuanto acabase su turno. No. Tenía que llamar a la policía de inmediato.

En ese momento, se asomó por la puerta su compañera Klaudia, que hacía el turno con ella ese día. Klaudia parecía tener mucha prisa.

—En la habitación 5 hay algún problema. Preferiría no tener que ir sola.

Lian apiló rápidamente los periódicos y siguió a su compañera. El paciente de la 5, que había llegado la semana anterior, se

comportaba de forma agresiva por las tardes. Se había acordado que siempre entrarían dos enfermeros en su habitación.

Aunque el paciente de la 5 había pasado a tener prioridad sobre cualquier otro tema, Lian no podía olvidar las dos noticias que había leído en la prensa. Heiðar y Jón. Llamaría a la policía por la mañana, en cuanto terminase su turno.

24

Noviembre de 2019, Ísafjörður

Jakob asió el picaporte metálico y presionó hacia abajo, pero la puerta de madera de la tienda de lanas estaba cerrada. Comprobó los horarios de apertura en el papel pegado en la puerta y miró el reloj deportivo negro que llevaba en la muñeca. Después de la reunión, había salido corriendo para ir a la tienda, que debería cerrar en un cuarto de hora. Vio que las luces estaban encendidas. En ese momento, una mujer apareció en la trastienda cargando una enorme caja de cartón. Le sonaba su cara.

Guðrún reparó en Jakob, que estaba forcejeando con la puerta.

—¡Empuja con fuerza! —gritó, para que su voz llegara al exterior.

Jakob volvió a presionar el picaporte hacia abajo mientras empujaba fuertemente con el hombro derecho. La puerta se abrió con un ruido sordo.

—En invierno siempre se hincha y se queda atascada. Debería cambiarla —dijo Guðrún, y puso la enorme caja de cartón sobre una silla junto a la pared.

En el lateral de la caja, con grandes letras negras, ponía «Ístex», que Jakob reconoció como la mayor y más antigua fábrica de lanas de Islandia. La fábrica, propiedad de granjeros ovinos, compraba la

mayor parte de la lana procedente de ovejas islandesas y hacía ovillos de distinta calidad con la lana esquilada en otoño y en primavera. Los hilos de lana islandesa habían adquirido una enorme popularidad entre los círculos de tejedores de todo el mundo, y los colores más populares eran difíciles de conseguir fuera de Islandia. Quizá allí encontraría lo que buscaba.

Jakob echó un vistazo al establecimiento. Metros de estantería con decenas de lanas Léttlopi de distintos colores y tonos. La lana Álafosslopi, un poco más gruesa, sólo llenaba la pared trasera. La lana fina Einband y la lana sin hilar Plötulopi estaban disponibles en varios colores. En los percheros de ropa, además de jerséis y gorros de lana con patrones de frailecillos, había abrigos de lana para perros. Un reloj redondo emitía su tictac desde la pared.

Jakob quedó sorprendido ante lo bien surtida que estaba la tienda siendo un pueblo tan pequeño. Estaba tan sumido en sus pensamientos que no había oído la pregunta.

—Te preguntaba si puedo ayudarte en algo, amigo —repitió Guðrún alegremente mientras se metía detrás de la oreja un mechón que se le había soltado del moño.

Jakob carraspeó tratando de elegir bien sus palabras.

—Bueno, nos conocimos en el avión hace unos días. Tú estabas trabajando —empezó.

La dependienta se irguió y se llevó las manos a la cadera.

—¡Por supuesto que te recuerdo! Eres el tejedor misterioso de Finlandia. ¿Ya te has recuperado del viaje?

Jakob soltó un bufido. Aún le daban escalofríos cuando recordaba los zarandeos de aquel vuelo terrorífico.

—Necesito un poco más de lana. No he conseguido encontrar esta *rujbrún* en ninguna parte. Necesitaría un ovillo.

Guðrún apretó los labios.

—*Ruj*... ¿qué?

Jakob se sacó el móvil del bolsillo, activó la pantalla con el reconocimiento facial y buscó entre sus anotaciones el código de color correcto. 9427. Era la lana que necesitaba para terminar el jersey que tenía a medias.

A Guðrún se le iluminó la cara.

—¡Ah, *Ryðbrúnn*! Haber empezado por ahí. Es un marrón óxido.

Jakob comprendió que Guðrún se burlaba de su mala pronunciación. Levantó las manos en señal de rendición.

—Has venido en el momento oportuno. Acaba de llegarme un nuevo envío de la fábrica. Ven a verlo —dijo Guðrún con una sonrisa socarrona. Le hizo señas con el dedo para que la acompañara.

Aquel flirteo tan directo pilló a Jakob por sorpresa. Guðrún cogió el cúter y cortó la cinta adhesiva que cerraba la caja de cartón. Volvió a meterse el cúter en el bolsillo de la bata de trabajo y fue levantando las solapas dobladas. Luego sacó varios paquetes de ovillos y se los tendió a Jakob.

—Éstos son tonos profundos y sencillos... —explicó Guðrún, que volvió a meter la mano en la caja de cartón.

Una exagerada expresión de asombro se reflejaba en su rostro mientras sacaba ovillos de lana de colores naranja y amarillo brillante.

—Y, como colofón, tenemos algunos tonos brillantes. Algo sorprendente en plena oscuridad invernal —murmuró con admiración, y miró a Jakob a los ojos —. ¿Te gusta lo que ves?

Con esa melena rubia enrollada en un moño alto, los hombros anchos y la amplia sonrisa, Guðrún parecía una guerrera de una película de acción, o una modelo de un cartel turístico de Islandia. O ambas cosas al mismo tiempo. Sin embargo, lo que más fascinaba a Jakob eran sus insinuaciones directas y candorosas. Guðrún no era agresiva, pero tampoco daba margen a las suposiciones. La cosa era bastante sencilla: o lo tomas, o lo dejas.

A Jakob le resultaba a la vez extraño y agradable. Esa mujer realmente conseguía desconcentrarlo.

—Estoy segura de que aquí encontrarás lo que has venido a buscar.

Guðrún se agachó junto a una estantería, sacó con el pulgar y el índice un ovillo de lana de color marrón óxido y se lo lanzó.

Jakob lo atrapó al vuelo y lo miró con aprobación. Era justo el tono que estaba buscando.

—Sin lugar a dudas. Vamos a ver si entre esos nuevos paquetes encuentro algo que me guste. Podría comprar las lanas para el próximo jersey. Aquí tengo tiempo para tejer.

—¡Por supuesto! También he recibido las últimas novedades en libros de patrones. Recibí una copia anticipada de una diseñadora la semana pasada y ya he podido echarles un ojo. Hay un patrón que podría ser muy apropiado para ti, con fondo azul oscuro y tonos claros en el diseño —dijo Guðrún, y empezó a quitar el plástico de los libros que habían llegado con el envío de lanas.

Guðrún echó un vistazo al primer libro del montón. Cuando encontró las instrucciones que buscaba, lo abrió del todo y se deslizó al lado de Jakob. Se acercó tanto que le rozó la barba con el moño y un par de pelillos quedaron enganchados. Guðrún le dirigió una

mirada de disculpa, le quitó los pelos enganchados de la barba y se los colocó detrás de la oreja. Jakob estaba seguro de que lo había hecho a propósito. Entonces, reparó en su perfume. Tenía un toque de canela.

Jakob llevaba mucho tiempo sin salir con nadie y no estaba del todo seguro de cómo debía comportarse. Quizá debería simplemente dejarse llevar.

Guðrún le acercó aún más el patrón para que pudiera verlo mejor y aprovechó para apretar ligeramente su cuerpo contra el de Jakob. No le quedaba otra opción que participar en el juego. Él, al menos, no tenía nada que perder. Hacía tanto tiempo de la última vez que apenas podía recordarla. Tomó aliento, se inclinó sobre el patrón y, como de pasada, rozó el brazo de Guðrún antes de poner el dedo sobre las instrucciones del jersey.

—Tienes razón, éste me gustaría probarlo.

Guðrún lo miró de reojo y sonrió misteriosa.

—Lo que pasa es que las instrucciones están en islandés, pero yo podría ayudarte a traducirlas.

—Me parece una idea estupenda. Me llevo todo lo necesario para este diseño.

—¿Incluido el servicio de traducción? —preguntó Guðrún, y empezó a meter ovillos de lana en una bolsa de papel.

—Sobre todo el servicio de traducción.

Jakob pagó las compras y siguió los movimientos de Guðrún tras la caja registradora. Ella tecleaba rápidamente sobre el terminal de

pago con sus uñas de color verde claro. Tras completar el pago, el terminal escupió un estrecho recibo que Guðrún metió en la bolsa junto con las lanas. Se mordió el labio inferior, le tendió la bolsa a Jakob, que se encontraba al otro lado del mostrador, y le propuso marcharse inmediatamente. Jakob aceptó.

Guðrún colgó la bata en el respaldo de la silla de detrás del mostrador, cerró la caja registradora y apagó las luces de la tienda. Cerró la puerta y se cogió del brazo de Jakob.

La nieve crujía bajo sus pies y la bolsa de papel crujía contra sus pantalones. Estaba exultante. Se sentía alegre y seguro de sí mismo, casi embravecido. Aún podía ser feliz, al menos por un momento.

25

Inhalo el aire invernal. Me gusta el olor a gasolina; huele a acción. La manguera negra vibra con el flujo del combustible. Le doy la espalda al viento del norte y echo la cabeza hacia atrás para que el aire no se me cuele por el cuello del abrigo. El viento no murmura, grita.

Dentro de poco, todos mis planes habrán llegado a puerto. Pronto todo estará listo y esto habrá terminado.

Arranco el coche. Con las luces apagadas, me alejo de la remota estación de autoservicio conduciendo con cautela. Creo que nadie me ha visto. Aunque, si alguien lo hubiera hecho, tampoco tendría demasiada importancia.

Me rodea la oscuridad. Desde la oscuridad, conduzco hacia la luz. La palabra es luz. Recibo mi fuerza de la luz... y de la palabra. Pablo escribió a su colega, el apóstol Timoteo, y le dijo que quien no mira por los suyos, especialmente por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que los infieles.

Yo me he ocupado de los míos. ¡Todo lo que he hecho ha sido ocuparme de los míos! Hasta ahora, todo ha sido justo.

He eliminado el mal y le he hecho hueco al bien. He sacado la basura cuando todos los demás no habían sido capaces de hacerlo.

La siguiente tarea es bastante desagradable, pero es necesaria. La hago por los míos. Debo pensar en el conjunto.

Lo siento, Hildur. Preferiría no hacerte esto; ya has tenido que soportar demasiado. Perdóname. No me queda otro remedio. Tengo que hacerlo.

26

Noviembre de 2019, Ísafjörður

El sonido rítmico y silbante de la fina cuerda de saltar resonaba en la sala del gimnasio. A pesar de la oscuridad, no habían encendido las luces.

Después del calentamiento, Hildur se soltó el moño y la coleta le golpeó la espalda. Agarró la barra y empezó a hacer series de peso muerto. Piernas rectas, pies juntos, piernas separadas, agarre supino, agarre prono, agarre mixto. Al final de cada serie se oía el ruido sordo de la barra cayendo sobre la alfombra de goma.

Con cada levantamiento, se le aceleraba la respiración y aumentaban los latidos. Puso más peso en la barra. Metió las manos en un cubo de metal y se las frotó con magnesio. Los rayos de sol que se colaban por la ventana iluminaban una pequeña nube de polvo que flotaba en el aire.

Hildur volvió a la sombra y agarró de nuevo la barra. Se concentró. La espalda recta, los músculos tensos y el abdomen duro como una roca. Primer levantamiento, segundo levantamiento, una mueca. La barra pesaba demasiado, pero tenía que levantarla. De lo contrario, sólo sentiría esa angustia que volvía a apoderarse de ella. La maldita ansiedad había vuelto de forma especialmente intensa.

Hildur añadió dos discos de cinco kilos a la barra. Cuando los ciento veinte kilos de peso golpearon el suelo tras la quinta repetición, retumbaron con fuerza en las paredes del gimnasio vacío. La barra era pesada. Ella debería sentirse ligera, pero no era así.

Un poco más tarde, ya por la noche, Hildur se enroscó la banda reflectante en el brazo derecho, aplastando la manga del ligero anorak amarillo de plumas bajo la tira de plástico. Se puso el gorro y el frontal, colocó los crampones antideslizantes sobre los zapatos, cerró la puerta y echó a andar.

Era lunes, el día en que iba a cenar a casa de su tía Tinna. Sólo faltaba a su encuentro semanal si estaba enferma o de viaje. Tras la sesión de entrenamiento de la mañana se encontraba de mejor humor que al despertar, pero seguía con esa sensación de malestar. Aun así, quería ir a casa de su tía. Quizá el paseo la ayudaría a relajarse y a aclarar las ideas.

Desde su jubilación, la tía Tinna se sentía un poco sola. Sin embargo, aquellas visitas no eran obligadas: a Hildur le encantaba estar con su tía. No sólo era su único familiar cercano que seguía con vida, sino que tenían una relación muy estrecha y se llevaban muy bien.

Hildur se llenó de aire fresco los pulmones y sacudió los hombros al exhalar. Confiaba en que esa sensación de angustia desapareciera. Había decidido ir andando, así que llegaría a casa de su tía en menos de media hora. Giró hacia la izquierda en el cruce de su calle y se dirigió hacia el carril bici-peatón, que serpenteaba paralelo a la

orilla del fiordo. Saltó un par de montones de nieve para llegar al camino peatonal, que por suerte habían despejado de nieve.

No se veía a otros viandantes. Lo cierto era que ir caminando a los sitios era una costumbre muy poco islandesa. Especialmente en zonas tan poco pobladas, la gente cogía el coche para cualquier trayecto, aunque fueran unos pocos cientos de metros. En Ísafjörður a veces incluso dejaban los vehículos en marcha mientras bajaban a hacer algún recado. Hildur nunca había comprendido la relación de sus compatriotas con los coches. Ir en coche era la norma; los ciclistas eran pobres, jipis o tipos raros.

El aire frío en los pulmones le sentó de maravilla. A ella le encantaba hacer ejercicio: consumir energía hacía que se sintiera más enérgica. Un ejercicio tranquilo y de movimientos repetitivos era la mejor medicina para purgar sus pensamientos.

Aceleró el paso y su mente se centró en la investigación que tenían entre manos.

Ese día había estado hablando por teléfono con Jónas, que investigaba el homicidio del parking de Reikiavik. Jónas había sido tan arrogante y desagradable como Hildur lo recordaba, pero al menos había compartido con ella muchos datos interesantes sobre la investigación.

Heiðar, que había sido atropellado con su propio coche, tenía muchos enemigos. La verdad era que nadie había dicho nada positivo sobre él. Lo habían descrito como un hombre arrogante, egocéntrico e incluso mentiroso. Era curioso que su viuda no hubiera mostrado la más leve consternación al enterarse de la noticia de la muerte de su marido. Eso había llamado la atención de los detectives, ya que normalmente los culpables de homicidio se

encuentran entre los círculos cercanos de la víctima. Pero la viuda tenía una coartada para la noche del asesinato: había pasado la noche en casa y, en el momento de la muerte de Heiðar, se encontraba en una conversación de WhatsApp de dos horas con una amiga que vivía en Estados Unidos.

Las cámaras de seguridad del parking del centro de Reikiavik no habían estado en funcionamiento aquella noche. En el coche de Heiðar habían encontrado fibras de lana oscuras que no pertenecían al abogado, pero en todos los jerséis y bufandas de lana negros podían hallarse fibras similares. Aproximadamente la mitad de los islandeses usaban ese tipo de prendas durante el invierno. Tampoco se había encontrado ninguna huella dactilar en el vehículo. El asesino de Heiðar había sido especialmente cuidadoso.

La policía de Reikiavik estaba entrevistando a los antiguos clientes de Heiðar, a sus adversarios y a sus colegas de la judicatura. Quizá así consiguieran algo. Jónas le había prometido a Hildur que la mantendría al tanto de la investigación. Ella, por su parte, había prometido contarle los nuevos giros en la investigación del homicidio de Jón. También le había contado su teoría de que el asesino había aderezado la pizza de Jón con somníferos y le había rebanado el cuello una vez dormido en la cama. A Jónas le había hecho gracia la teoría del ladrón de pizzas y había elogiado las habilidades de Hildur como cuentacuentos. Sin embargo, recuperó la seriedad al oír que tenían una declaración de un testimonio con una descripción del posible asesino: un hombre alto, vestido con ropa oscura y una bufanda.

Los dos casos podían ser fruto de un arrebato sin ninguna lógica u homicidios muy bien planificados.

No estaban a más de un par de grados bajo cero, pero el viento del norte hacía aumentar la sensación de frío. Hildur apresuró el paso. A la altura de la antigua fábrica de redes de pesca, un angosto camino de tierra subía hacia la zona de esquí de fondo en las montañas. Ya había caído tanta nieve que pronto podrían trazar las pistas. Freysi iba a dar un curso de técnica de esquí de varios días durante las vacaciones de Navidad, e Hildur se había apuntado rápidamente.

Lo cierto era que el atajo que atravesaba el patio de la fábrica no acortaba el trayecto en absoluto. Además, la capa de nieve del patio le llegaba hasta la rodilla. Pero en ese momento le apetecía vadear la nieve. ¿Para qué hacer las cosas de forma sencilla, pudiendo hacerlas con sudor y lágrimas? Era una pregunta para la que Hildur no tenía respuesta.

El patio nevado estaba delimitado por una profunda zanja, por lo que al final no le quedó más remedio que subir al carril bici-peatón despejado y caminar los últimos cientos de metros como una persona, digamos, normal. Ya se veían las luces de la casa de su tía.

Le agobiaba no haber averiguado nada sobre el asesinato de Jón desde la charla con Siggi. Había estado en contacto con el centro de rehabilitación juvenil del que se había escapado Pétur, el chico que habían encontrado en casa de Jón. Un trabajador del centro le había dicho que, desde su regreso, Pétur había respetado las normas y no había abandonado las instalaciones sin permiso ni una sola vez.

Hildur había hablado con varios trabajadores de protección de menores. El nombre de Jón era tristemente conocido en esos círculos. Todos sabían quién era, que vivía en Vestfirðir y que engatusaba a jóvenes en situación de vulnerabilidad para que fueran

a su casa. Hildur también había contactado con la directora de los servicios de protección de menores de Akureyri, quien le había contado el caso de dos mellizos que habían ido a comprar hachís a casa de Jón y se habían quedado allí más de una semana. La directora estaba segura de que algo había sucedido en la vivienda, pero los chicos lo habían negado todo. En esos momentos, ambos vivían en Suecia con su madre.

Hildur también había llamado al *Barnahús* de Reikiavik. Los psicólogos de la casa de los niños ayudaban a la policía a investigar delitos cuyas víctimas, testigos o culpables fueran menores de dieciocho años. El nombre de Jón no había aparecido en ninguna investigación durante los últimos dos años.

Jón parecía ser como la materia gris: todos conocían su existencia, pero apenas tenían información relevante. Jón había vivido como una rata en su propia red de alcantarillado subterránea.

Hildur inhaló y exhaló profundamente un par de veces antes de abrir la puerta. Desconectaría del trabajo. Iba a pasar la tarde con su tía.

Como de costumbre, en casa de la tía Tinna se respiraba un ambiente tranquilo y acogedor. El tictac del reloj de pared resonaba por todas las estancias. El reflejo de la luz de la televisión de la sala de estar llegaba hasta la cocina. Hildur se sentó en su sitio de siempre, delante de un humeante plato de sopa de carne grasienta. Tinna se sentó al otro lado de la mesa de la cocina y le pidió a su sobrina que sirviera zumo de piña en los vasos.

—Es sopa de cordero de Súgandafjörður —dijo Tinna señalando la olla de tres litros de sopa —. Los hice cantar a todos durante la fiesta para separar las ovejas en septiembre. Hörður, el vecino, me trajo varios kilos de carne de cordero para sopa, como agradecimiento.

La tía Tinna preparaba la sopa de carne tradicional, con trozos grandes de carne sin limpiar; es decir, con los huesos y la grasa. Hildur sopló la humeante cuchara antes de probarla. Estaba deliciosa. El caldo se había cocido a fuego lento durante horas. De ese modo, se extraía todo el sabor de los huesos y la carne quedaba blanda y exquisita.

Comieron en silencio. La tonadilla de las noticias de la televisión llegaba hasta la cocina. Pronto oirían cómo iban las cosas en el mundo. Cuando el reportero pasó de las noticias internacionales a los deportes, Hildur rompió el silencio.

—Cuéntame todo lo que recuerdes de la desaparición de mis hermanas.

Tinna se quedó inmóvil con la cuchara en la mano y miró a Hildur. Parecía confusa. Desconcertada, más bien.

—No creo que haya nada que no te haya contado ya.

—Vuelve a contármelo. Quiero oírlo todo de nuevo.

Hildur había pensado mucho en sus hermanas en los últimos días. Hablar con Siggi, tan listo como desafortunado, le había despertado los recuerdos. Dejó la cuchara en el plato y cruzó los dedos por debajo de la barbilla. Cerró los ojos unos segundos y trató de poner en palabras sus embrollados pensamientos.

Viento del oeste a una velocidad de quince metros por segundo. Lluvias en el sur que se volverán aguanieve a medida que avancen hacia el norte. Alerta meteorológica amarilla en el sur y en el este. Las rachas de viento se intensificarán por la tarde. Se recomienda evitar la conducción de vehículos articulados.

La voz monótona del hombre del tiempo la relajaba. Apretó los párpados y enroscó los dedos de los pies bajo la mesa. Eso la ayudó a concentrarse.

—Tengo... Tengo la desagradable sensación de que no sé todo lo que debería saber. Entonces yo era muy pequeña, pero algo recuerdo. Recuerdo momentos y palabras sueltas, gente sentada a la mesa de la cocina con la cabeza gacha. Sé que hay algo que no logro recordar.

Ahora fue Tinna la que cerró los ojos. Respiró profundamente un par de veces antes de comenzar.

—Dos conductores vieron a dos niñas que caminaban juntas bajo la tormenta de nieve, pero, por algún motivo, los dos pasaron de largo.

Hildur recordaba todo aquello. Lo había leído en los comunicados de la policía.

—Se buscó a las niñas durante muchos días, pero no se encontró ni rastro de ellas. Ni objetos, ni ropa, nada. Muchos creían que habían muerto por la tormenta de nieve en las montañas —continuó Tinna.

—Esa idea es absurda. —Hildur lo soltó de pronto con tanta rabia que se sobresaltó ella misma —. ¿Por qué diablos habrían echado a

caminar montaña arriba con aquel tiempo infernal? Estoy segura de que entraron en el túnel, aunque aún no estuviera abierto al público. Todo el mundo sabía que ya lo habían terminado.

La apertura del túnel se había celebrado en el pueblo por todo lo alto el verano anterior. En la plaza del mercado se instaló un puesto de perritos calientes y una banda tocó música tradicional islandesa. Se repartieron globos y palomitas a todos los niños.

Tinna se negó con de hombros con cara de impotencia.

—Ya. Estuvieron buscando por allí con los perros, pero el rastro de las niñas desaparecía justo en la entrada del túnel.

Hildur miró a su tía. Los años le habían pasado factura: se le habían hundido los ojos y su barbilla se había suavizado. La vejez no tenía piedad con nadie.

—En la entrada del túnel. Eso era lo que todos repetían. La entrada del túnel.

Tinna negó con la cabeza con expresión compungida. Se le humedecieron los ojos. Hildur sintió pena por ella, y también por sí misma. No iba a su casa para hablar de cosas tristes, sino a pasar una tarde agradable y comer bien. Pero ese día necesitaba hablar; últimamente estaba preocupada.

—La policía tampoco sabía nada. Al menos, no he encontrado nada de interés entre los viejos informes —dijo Hildur.

Llevaba años dándoles vueltas a los mismos detalles. Siempre la misma historia, contada de forma idéntica. Eso la atormentaba, pero no la llevaba a ninguna parte. Era como si cada noche la despertara la misma pesadilla. Las niñas habían desaparecido sin dejar rastro. Los vecinos del pueblo sospechaban que se habían perdido por la tormenta y habían muerto en las montañas. Sin embargo, el perro

no había detectado ningún rastro de olor que llevara hacia las montañas.

Hildur miró de reojo el plato de huesos de la mesa. Era del tamaño de un plato de postre y sus bordes dorados contrastaba con el montón de huesos medio roídos. Los miró más detenidamente; eran pequeños y delicados. Huesos de niño. Los corderos tenían unos seis meses cuando se sacrificaban. Hildur dejó de mirar y cogió el vaso de zumo de piña.

—Recuerdo al perro rastreador: una perra de ojos caídos llamada *Lísa*. Salía una foto suya en un artículo en la prensa sobre la búsqueda. Todos la elogiaban por ser una perra apacible y diligente —explicó Tinna.

Hildur se acordó de la perra *Molli*, que había participado en las labores de búsqueda de la avalancha de Fjallavegur.

—¿Quién era el adiestrador de *Lísa*? —le preguntó Hildur.

—Era un tal Magnús, un tipo calvo y lampiño. En los entrenamientos de rescate conoció a una mujer de Reikiavik y se mudó a la capital antes del cambio de siglo.

Un repentino interés azotó a Hildur como una descarga eléctrica. Estaba prácticamente segura de que el adiestrador del perro de rescate que había visto en la zona de la avalancha la semana anterior se llamaba Magnús. Y no tenía barba. ¿Acaso Magnús había regresado al fiordo? Hildur se quedó sumida en sus pensamientos. Al día siguiente, interrogaría a fondo al adiestrador de perros, quien probablemente no podría contarle nada nuevo sobre un caso tan antiguo. Pero Hildur iba a comprobarlo, por supuesto.

—¿Quieres postre? He hecho peras al horno —preguntó Tinna, aunque sabía que Hildur siempre tomaba postre cuando se lo

ofrecían.

Mientras su tía llevaba las peras calientes a la mesa, sonó un mensaje en el móvil de Hildur.

«Hola, tesoro. ¿Te vienes a correr esta tarde? Cinco kilómetros de nada y quizá unos estiramientos... ;)»

Hildur lo leyó y esbozó una sonrisilla. Ya había entrenado, pero una segunda sesión no le haría ningún daño.

—¿Es ese simpático profesor de gimnasia? —preguntó Tinna.

Sacó las peras del horno y puso un enorme cuenco de nata montada sobre la mesa.

Hildur gruñó y siguió tecleando.

«Vale. Estoy en casa de mi tía. He venido andando. En ropa de deporte. ¿Nos vemos en la esquina de la fábrica de redes dentro de una hora?»

La respuesta no se hizo esperar.

«Allí nos vemos. Beso. F.»

Hildur bajó el teléfono y miró hacia la ventana de la cocina. Afuera estaba oscuro. Entonces, volvió esa pesadumbre: la misma sensación de angustia de siempre, como si la cubriera poco a poco una pesada manta negra. Mientras miraba fijamente esa oscuridad atravesada por la luz de las farolas, tuvo un fuerte presentimiento. Supo que iba a pasar algo malo, pero no era capaz de señalarlo en un mapa ni en el calendario. Algo no iba bien. Quizá salir a correr fuera lo más adecuado para acabar el día. Se quedaría sin aliento y luego respiraría mejor.

27

Diez segundos a buen ritmo, acelerando hacia el final. Treinta segundos de trote tranquilo. Quince segundos a ritmo rápido, acelerando hacia el final. Treinta segundos de trote. Treinta segundos a ritmo rápido. Treinta segundos de trote. Ya sentía el ardor en los pulmones. Con los ejercicios de intervalos por el camino nevado, le aumentaban las pulsaciones y la transpiración.

Seguía las pisadas de los vecinos que sacaban a pasear al perro por la ruta de senderismo que discurría por encima de la zona de casas adosadas. Fuera de la ruta, la nieve le habría llegado por encima de las rodillas, pero allí las pisadas la habían apelmazado formando una base sólida. Aun así, correr por esa zona era muy duro. Con cada pisada se le hundía el pie varios centímetros. Se detuvo unos segundos para tomar aliento y sacarse los trozos de nieve de entre los crampones antideslizantes de las suelas.

Miró montaña abajo, hacia el pueblo cubierto de nieve que resplandecía bajo la luz de las farolas. Algunos vecinos ya habían colgado las luces de Navidad en las ventanas y los canalones. En las ventanas de la residencia de ancianos se veían unas sencillas estrellas blancas. Un Papá Noel relleno de bombillas rojas escalaba la pared de una casa. Estas decoraciones luminosas de colores actuaban como armas contra la oscuridad: los vecinos de Ísafjörður

envolvían sus casas con ellas a principios de noviembre, y los muñecos de nieve seguían saludando desde las ventanas hasta que volvía el sol, momento en que daban paso a la decoración de Semana Santa.

Salir a correr era terapéutico. Hacía un tiempo que Freysi estaba algo decaído, pero, por suerte, el ejercicio le ayudaba. Lástima que no hubieran podido correr juntos por culpa del trabajo. No podían hacer nada al respecto. Los dos daban mucha importancia al trabajo y se esforzaban por desempeñarlo lo mejor posible. Era difícil separar vida y trabajo, porque en ambos casos estaba en juego el bienestar de las personas. A veces, los estudiantes llamaban por la noche pidiendo consejo; a veces, protección de menores necesitaba ayuda para hacer una visita urgente a domicilio. El trato con personas era duro y gratificante al mismo tiempo. En algunas ocasiones era posible ayudarlas, en otras no. Pero con que fuera posible algunas veces ya era suficiente.

Pensó en ellos dos con más detenimiento. Había decidido contárselo; ya no podía seguir posponiéndolo. Había tenido la intención de sacar el tema ese mismo día. La conversación habría sido mucho más fácil mientras los dos iban a la carrera. Corriendo resultaba sencillo hablar de cosas difíciles porque no era necesario mirarse a los ojos. En cualquier caso, ahora deberían tener esa conversación cara a cara. ¿Qué podía salir mal? Era capaz de hacerlo.

Durante el siguiente kilómetro mantuvo una velocidad lenta y uniforme. Hizo varios movimientos circulares con los brazos y sacudió los hombros.

Decidió hacer otro ejercicio de intervalos antes de emprender el tranquilo trote de vuelta a casa. Llegó al camino que subía por la barrera antiavalanchas. La última vez que habían salido a correr los dos juntos habían pasado por allí. En aquella ocasión, el camino estaba cubierto de nieve, por lo que habían decidido rodear la barrera y continuar por terreno llano. Ahora alguien había recorrido ese trayecto y había abierto el camino. Sentía la exaltación del ejercicio, como pequeñas descargas eléctricas por todo su cuerpo. El acelerón cuesta arriba sería el colofón a la carrera. Las luces del pueblo no llegaban a lo alto de la gran barrera antiavalanchas, pero tenía el frontal y los crampones antideslizantes y no le dio mayor importancia.

Empezó a subir la cuesta. Derecha, izquierda. Derecha, izquierda. Conseguía ahorrar fuerzas dando pasos breves y entrecortados. Ya sentía arder los muslos. Diez metros más y llegaría a la planicie de la cima, donde podría acelerar el ritmo varios cientos de metros antes de tomar la cuesta abajo de regreso al pueblo.

Miró el terreno con satisfacción. El viento había limpiado la nieve sobrante del camino, que ahora era una pista por la que resultaba agradable correr. Observó que tenía compañía. La noche invernal había atraído a otros aficionados al aire libre.

Allí arriba estaba tan oscuro que no podía ver al paseante con mucha precisión. El excursionista no llevaba ropa convencional para correr ni parecía estar paseando a ningún perro. Salía a correr con frecuencia y reconocía a la mayoría de los vecinos por la ropa de deporte o por el perro atado a la correa. Continuó con sus ejercicios sin darle más vueltas.

Las barreras antiavalanchas más recientes se habían instalado para proteger al pueblo hacía más de diez años. Construidas con piedrecitas y tierra, tenían varias decenas de metros de altura en su punto más alto. El borde del lado este bajaba en una pendiente suave hacia el pueblo. En verano crecían lupinos y heno en la ladera. Ahora estaba cubierta de nieve. Había nevado tanto que los niños ya podían bajar por ella con sus trineos.

Por el contrario, el borde del lado oeste era bastante escarpado. La pared vertical se mantenía sujeta por una estructura de red metálica que la cubría por completo. El propósito de aquella pared de varios cientos de metros de largo por varias decenas de metros de alto era retener la nieve que bajaba rodando montaña abajo para evitar que arrasara con el pueblo a su paso. En el abrupto borde de la parte oeste había una valla protectora de más de un metro de altura.

O debería haberla. Observó que faltaban al menos unos veinte metros de valla, lo que le pareció muy extraño. ¿Acaso el departamento técnico del pueblo había estado acondicionando la valla y el trabajo había quedado a medias? Algún incompetente había olvidado colocar una señal al principio de la cuesta advirtiendo de que faltaba una valla.

Se estaba acercando lentamente a aquella figura del abrigo largo. El individuo no parecía tener ninguna intención de dejarle sitio en el camino, así que tuvo que reducir el ritmo y tener cuidado para no pasar demasiado cerca del borde escarpado de la barrera antiavalanchas. Le irritaba profundamente la gente maleducada. Por muy estrecho que fuera el camino, siempre había que ceder el paso a los demás.

Llamaría al ayuntamiento por la mañana en cuanto llegara al trabajo y les cantaría las cuarenta a los del departamento técnico. Tendrían que ir de inmediato a arreglar la valla, o al menos a colocar las advertencias pertinentes.

Entonces, con un gesto tan rápido que ni siquiera lo vio llegar, la figura dio un giro brusco e impactó violentamente contra él.

Si hubiera podido prepararse, habría tensado el cuerpo y ofrecido resistencia ante la masa que se le echaba encima, quizá incluso habría podido esquivarla. Pero no le dio tiempo a reaccionar.

No pudo hacer nada. Por primera vez en su vida, sintió que perdía por completo el control de su cuerpo. Era como un potrillo recién nacido de patas enclenques que se tambaleaba al intentar ponerse en pie. Tanteó el aire con las manos y los pies, pero no encontró nada a lo que aferrarse. La tierra había desaparecido bajo sus pies.

«Llamaré mañana a primera hora. A primera hora al ayuntamiento. A primera hora.»

Fue su último pensamiento antes de estrellarse contra el suelo.

La luz del frontal siguió perforando la oscuridad.

28

El teléfono empezó a vibrar y a sonar insistentemente sobre la mesa de la cocina e hizo tintinear la cuchara contra el recipiente de cristal. Hildur reconoció el número enseguida. Se trataba de Tumi Jónasson, de la unidad de niños desaparecidos de la policía de Reikiavik. Hildur estaba terminando la cena que había preparado la tía Tinna. Se llevó el último trozo de postre a la boca. Las peras en conserva horneadas y cubiertas con bombones de menta After Eight habían sido un postre muy popular en Islandia allá por la década de los ochenta. Hildur no conocía a nadie aparte de su tía que siguiera haciéndolo.

—Hildur al habla.

—Lo sé. Te estoy llamando. ¿Todo bien?

Hildur le preguntó si llamaba por algo urgente. Al fin y al cabo, habían hablado esa misma mañana.

—Urgente es. De lo contrario, no llamaría en plena hora de la cena —declaró él jovialmente, alargando las vocales.

Tumi era el policía favorito de Hildur en Reikiavik. No, era probable que fuera su policía favorito del mundo. Se habían conocido hacía años, cuando Hildur trabajaba en Reikiavik y los dos se ocupaban de los casos de protección de menores. Había sido precisamente Tumi quien la persuadió para que participara en la unidad de menores desaparecidos. Después de recibir financiación para continuar con el

proyecto piloto, Hildur había asumido la responsabilidad de los casos relacionados con protección de menores en la Islandia rural. Tumi se encargaba en solitario de todo Reikiavik. En una ocasión había calculado, a partir de las estadísticas, que, en determinados períodos, una media de diecinueve menores se escapaban de casa o de la supervisión de las autoridades. Él los conocía a todos por su nombre.

Tumi había hecho un trabajo pionero con los menores en Reikiavik. Conducía un viejo coche civil y no llevaba el uniforme de policía. Recorría las calles de la capital, buscaba a adolescentes que se habían escapado de casa o del centro de rehabilitación y trataba de ayudarlos y mantener el contacto con ellos por todos los medios. Tumi nunca había traicionado la confianza de un menor.

Hildur recordó un caso que habían llevado juntos. En un narcopiso habían encontrado a un adolescente desaparecido que era sospechoso de haber robado un coche. Al ver a los policías, el chico había huido al balcón del piso y había amenazado con saltar si se lo llevaban a rehabilitación. Tumi no había querido engañarlo. Con expresión neutral, le había dicho que primero lo llevarían a comisaría y, desde allí, al centro de rehabilitación. Hildur recordó que el chico, finalmente, se había rendido y había decidido ir con ellos. No lo había olvidado. Años atrás lo había visto en el aeropuerto de Keflavík. Era conductor de autobús.

Gracias a su trabajo perseverante e implacable, era probable que Tumi, por sí mismo, hubiera evitado más criminalidad juvenil que todas las unidades de policía de la capital juntas.

Tumi la llamaba por un caso. Estaba vigilando a dos chicas de casi dieciocho años. Unos días atrás, el colegio había informado de que no se las veía por el centro desde hacía semanas.

—Fui a casa de las chicas, pero allí nadie había reparado siquiera en su ausencia.

«La misma historia de siempre», pensó Hildur. Los padres debían de tener problemas con las drogas y no sabían en qué día vivían ni si era de día o de noche. La igualdad de oportunidades a la que aspiraba el sistema de bienestar estaba muy lejos de la realidad.

—El pasillo estaba lleno de bolsas de basura y cacas de perro. Me llevé el perro a la protectora, pero no pude encontrar a las niñas. Estuve preguntando un poco entre mis contactos y localicé a las chicas en un narcopiso cerca de la estación de autobús de Mjódd. Las encontré, aunque ellas no estaban de humor para hablar. Se limitaron a decir: «Que te follen, *boomer.*»

Tumi había seguido observando los movimientos de las chicas. De vez en cuando, conseguía contactar con ellas por teléfono, pero las respuestas siempre eran escuetas. No podía detenerlas porque tampoco le daban motivos para ello. Las chicas no se encontraban en peligro inminente ni eran sospechosas de ningún delito.

—Y no es que tengamos sitio para retener a nadie por el simple hecho de estar borracho o faltar a clase.

A Hildur le agradaba conversar con Tumi, pero habría preferido salir a correr y aparcar las cuestiones de trabajo durante un rato.

Tumi le explicó que las chicas habían conseguido hacerse con un coche y habían abandonado la ciudad. Ninguna de las dos tenía carnet de conducir, por lo que suponían un peligro para la circulación.

—Les perdí el rastro a la altura de la gasolinera de Staðarskáli. Desde allí sólo se puede ir hacia el norte o en dirección a Vestfirðir.

Hildur negó con la cabeza. Tumi había seguido a las chicas durante unos doscientos kilómetros y la llamaba desde una gasolinera en mitad de la nada por la que pasaban dos de las principales carreteras de la isla. Una iba de Reikiavik hacia el norte; la otra, de Reikiavik a Vestfirðir.

—¿Podrías consultar en las cámaras de la Administración de Carreteras si puedes ver una furgoneta blanca Subaru? En caso contrario, continuaré desde aquí hacia el norte.

Por supuesto que Hildur iba a ayudar a su colega. Seguir a las jóvenes por las carreteras de la Islandia rural parecía una tarea descabellada, pero lo cierto era que no tenían otras opciones. En aquellas regiones escasamente pobladas había muy pocos policías y Tumi conocía el trasfondo del caso. Quería ayudar a las chicas antes de que pudiera suceder algo peor.

Hildur oía música de fondo y era capaz de distinguir la letra. Se trataba de la pieza más conocida de Hljómar, una banda de rock de los sesenta: «Þú og ég.» Tú y yo. Hildur sabía que Tumi siempre escuchaba clásicos pop islandeses cuando iba conduciendo.

—Voy ahora mismo a comprobarlo. Ahora te llamo. Aprovecha para tomarte un café en la estación de servicio.

—¿En la estación de servicio? Mejor no. Tengo mi propio termo. El café de la gasolinera es un veneno que te deja el estómago revuelto durante varios días.

Antes de meterse el móvil en el bolsillo, Hildur le escribió un mensaje a Freysi.

«Me ha salido una urgencia; no puedo salir a correr. No creo que me lleve mucho tiempo. Nos vemos por la noche. Me paso por tu casa. H.»

29

La elasticidad y la fuerza habían desaparecido por completo. Era como si le hubieran cortado todas las líneas de suministro del cuerpo de un hachazo. Hildur intentó correr más rápido, pero sus piernas se negaban a obedecer. Eran como dos gruesas columnas que no se doblaban como deberían. Se decía que, ante un trauma repentino, a la gente de pronto le pesaban las piernas.

Ella no había experimentado algo así, al menos, no desde la desaparición de sus hermanas. Entonces se había sentido completamente sin fuerzas. Pero en aquel momento no era más que una niña, y tampoco habría podido hacer nada; no habría podido participar en las labores de búsqueda ni ayudar de ningún modo. Ahora era adulta.

Sentía como si estuviera protagonizando una película a cámara lenta. Le ardían los pulmones a medida que se acercaba al aparcamiento de delante del único bloque de pisos de la calle Urðarvegur.

Urðarvegur era una calle corta en las afueras del pueblo, al borde de la montaña. Era la última calle antes de las barreras antiavalanchas que se habían construido para proteger las viviendas. Se componía, principalmente, de casas de un solo piso y adosados de dos pisos; al final de la calle había un bloque de viviendas que

eran propiedad del municipio. Los habitantes de los pisos en alquiler cambiaban constantemente, puesto que la mayoría eran estudiantes o trabajadores de los barcos pesqueros que se alojaban en el pueblo de forma temporal. Hildur conocía el edificio. Había hecho numerosas visitas a esas viviendas, ya que las ruidosas fiestas caseras y las peleas violentas daban bastante trabajo a la policía. En las casas también volaban los puños, pero allí no tenían vecinos pared con pared que pudieran ser testigos auditivos de la violencia.

Cuando llegó al aparcamiento, vio la primera señal de que lo que acababa de oír por teléfono era verdad. El corazón le latía con fuerza; las luces de emergencia de los vehículos parados de la policía penetraban la oscura noche invernal con la misma violenta rapidez que sus latidos. Sin televisión ni interrupciones publicitarias, la vibrante luz azul hacía que todo resultara demasiado real.

Hildur rodeó el edificio hasta llegar al otro lado, pues desde el patio trasero salía el camino más corto hacia la barrera antiavalanchas.

Hacía sólo un momento estaba sentada en la cocina de Freysi leyendo revistas antiguas de atletismo. Después de haber pasado una hora esperando, había empezado a preocuparse. Por lo general, las carreras nocturnas de Freysi no eran tan largas. Lo había llamado varias veces. Cuando finalmente sonó el teléfono de Hildur, el mensaje fue breve y brusco. Freysi había muerto y ella tenía que acudir de inmediato.

Su amigo había muerto. Hacía tan sólo dos días habían salido a correr por esa zona. Acababan de hablar por mensaje. Y ahora él ya no estaba. A Hildur le resultaba incomprensible. Como una broma de mal gusto de la que poco después todos se reirían a carcajadas.

Pero no era una broma. Por el tono de voz de Beta, Hildur había comprendido al instante que su jefa hablaba en serio.

Había salido disparada. Limpiar la nieve del coche le habría llevado demasiado tiempo, por lo que había hecho todo el trayecto corriendo.

Se sacó el frontal del bolsillo y pasó por debajo de la cinta policial que delimitaba el lugar del crimen. Mientras se aproximaba a la barrera antiavalanchas, pudo ver lo que acababa de oír por teléfono.

A varias decenas de metros de ella yacía un fardo que recordaba a una foca muerta con el vientre hinchado varada en la orilla. La figura, retorcida en una posición antinatural, aún llevaba el frontal encendido sujeto con una cinta a la cabeza. El haz de luz de la linterna penetraba en la oscuridad.

Una Beta con expresión seria caminó hacia ella negando lentamente con la cabeza. Levantó las manos para indicarle a Hildur que no se acercara más.

Ésta miró a su jefa: primero, a los ojos; después, a la cara. Observó que se le había corrido el rímel por el párpado inferior. Eso la hacía parecer más triste. Luego se fijó en la bufanda de Beta. Estaba mal doblada y se había retorcido en un gurruño bajo la capucha del abrigo. Hildur recorrió con la mirada los pliegues de la bufanda, centímetro a centímetro.

Fijó su atención en el rímel y en los pliegues de la bufanda porque eso era todo lo que era capaz de soportar en aquel momento.

—Voy a abrazarte —anunció Beta mientras daba un paso hacia ella.

Hildur apoyó la cabeza en su jefa, de menor estatura, y respiró. Inhalación, exhalación; inhalación, exhalación. Estuvieron en

completo silencio unos instantes. Copos de nieve caían del cielo a su alrededor. Algunos se quedaban en sus cabellos.

—¿Está...? —susurró Hildur.

—Sí. Lo siento mucho. Freysi está muerto. Lo he visto.

Hildur retrocedió un paso y trato de enfocar la visión detrás de Beta.

—Ahora vendrá el médico y, después, los forenses. No te acerques más.

—¿Crees que aún lo podríamos reanimar? Si recibiera más oxígeno, ¿eso no ayudaría?

Hildur era consciente de la irracionalidad de sus preguntas, pero había algo que la forzaba a decirlas en voz alta. Como si se estuviera observando a sí misma, a Beta y toda la escena desde la distancia. Podía verlo y oírlo todo, pero no formaba parte de la escena.

Beta negó con la cabeza. En ese momento llegó el golpe. Hildur trató de respirar, pero ese esfuerzo también parecía inútil. Sus pulmones emitieron el mismo sonido estertóreo que aquella vez en la que, siendo niña, se había caído del caballo en el camino de tierra que llevaba a las montañas. El dolor había sido tan fuerte que ni siquiera había conseguido gritar.

Entre estertores, Hildur cayó de rodillas y sintió que empezaba a temblar. Beta se agachó a su lado y la abrazó.

Hildur apretó los puños dentro de los guantes y se clavó las uñas lo más profundamente que pudo en la palma. El dolor localizado en un punto concreto era una pequeña ayuda. Desviaba su atención por unos instantes.

Sin dejar de tiritar, Hildur se puso en pie. Su respiración empezó a estabilizarse poco a poco y separó las uñas de la piel de las manos.

Miró el estrellado cielo nocturno, en el que se reflejaban las luces de emergencia del coche policial que seguían destelleando allí abajo.

—Siento muchísimo haberte hecho venir. Cuando comprendí a quién habían encontrado, no quería llamarte. Pero tenía que hacerlo. No podía marcharme sin... —le dijo Beta con voz serena.

—Lo sé, ya lo sé... —respondió Hildur, desviando la mirada por unos instantes. Esperaba que llegaran las lágrimas, pero no llegaron. Al menos, no por el momento —. No hay... aquí no hay nadie más a quien llamar. Soy la única inspectora.

Hildur sabía que un agente de policía no debería investigar los delitos relacionados con sus allegados, pero Freysi y ella no estaban casados. Ni siquiera eran una pareja al uso.

—No teníamos una relación en sentido estricto. Quiero decir... que no éramos familia, por lo que no tengo impedimento legal para investigar este caso.

—No vas a seguir trabajando.

Beta hablaba de forma rotunda. Insistió en llevar a Hildur a casa y le dijo que iría por la noche a hacerle compañía.

—En cualquier caso, era tu amigo. Esto es algo gordo.

Hildur miró a su jefa y le empezó a hervir la sangre. No sabía qué era exactamente. Una oleada de injusticia y de odio. Su amigo había muerto, así que ella misma decidiría lo que iba a hacer a continuación.

—Por supuesto que voy a seguir trabajando.

Beta no quería ceder; se veía en sus gestos. Había deslizado la mirada hacia el mar, hacia las casas de la orilla que buscaban cobijo entre ellas y hacia las calles silenciosas por las que sólo transitaba algún coche de forma ocasional. Apretaba los brazos con fuerza

contra los costados. La capucha del abrigo de invierno enfatizaba su aspecto de crisálida. Miraba furtivamente hacia el pueblo, como buscando una respuesta.

Hildur tenía la respuesta lista.

—Descansaré mañana, hoy no.

No sabía si su decisión era o no razonable, pero tampoco le importaba. Sencillamente, no tenía alternativa. Freysi estaba muerto. Lo único que Hildur podía hacer ahora era esclarecer lo que acababa de suceder allí.

El peso de las piernas se había desvanecido y se sentía más enérgica.

—Cuéntame todo lo que sepas.

Beta pareció evaluar la situación, pero decidió continuar. Levantó la mirada hacia la barrera antiavalanchas que se erguía ante ellas y le dijo a Hildur que habían retirado un tramo de la valla de seguridad.

—Estuvimos corriendo por aquí juntos hace unos días. La valla todavía estaba en su sitio.

Es decir, que alguien había tenido que hacer un agujero en la valla y empujar a Freysi montaña abajo.

—Freysi usaba siempre crampones cuando salía a correr en invierno. Estoy segura de que no ha caído de forma accidental.

Hildur miró a su jefa. Sabía que Beta estaba sopesando la probabilidad del suicidio. En Islandia se cometían muy pocos homicidios, pero había muchos casos de suicidio. Por lo general, estaban relacionados con las drogas o con problemas de salud mental para los que las personas no habían recibido ayuda. Los afectados salían de su callejón sin salida particular quitándose la

vida: se ahorcaban, provocaban un accidente intencionado o tomaban una sobredosis de medicamentos. La mayoría de los islandeses que cometían suicidio eran hombres de unos treinta años. Hombres de la edad de Freysi. A lo largo de su carrera, Hildur había tenido que llevar la triste noticia de un suicidio a los allegados en varias ocasiones. Todas habían sido igual de horribles. Algunos familiares se figuraban por qué había una agente de policía detrás de la puerta. A otros, la noticia del suicidio de un ser querido los pillaba completamente por sorpresa. Sin embargo, en la mirada de todos ellos se reflejaba el mismo horror infinito, al que seguían la pena y la decepción o, en ocasiones, el odio y el resentimiento.

—Sé que esto no ha sido un suicidio. Iba a salir a correr con Freysi, pero tuve que cancelarlo por motivos de trabajo.

Los homicidios cometidos en un arrebato de ira solían suceder en lugares privados y, con frecuencia, tanto la víctima como el autor estaban bastante borrachos. En otras ocasiones, algún yonqui con comportamiento agresivo y un arma blanca perdía los nervios porque alguien trataba de saltarse la cola para entrar en algún bar. Este caso era muy diferente. La valla de protección cortada y el lugar aislado eran claros signos de planificación.

—Ha tenido que ser alguien que conocía sus rutinas de entrenamiento. Por esta colina oscura no pasan viandantes ocasionales.

Hildur no tenía ni idea de por qué alguien habría querido matar a Freysi. Un profesor de educación física de mediana edad cuyo único vicio era el tabaco. A Freysi no lo perseguían ex novias celosas ni tenía deudas por drogas; tampoco le había hablado nunca a nadie de problemas mayores que sus dolores lumbares.

Cierto pensamiento se hizo paso en la mente de Hildur. Sintió un escalofrío.

—En las últimas semanas se han producido tres homicidios excepcionalmente extraños...

Hildur miró a Beta, que estaba pensando exactamente lo mismo.

—... que no parecen tener ninguna relación entre ellos.

Eso implicaría un pánico creciente, una gran atención mediática y el temor totalmente justificado a que pudieran darse más casos. La prensa todavía no sabía nada de los mechones de pelo en las cavidades bucales de las víctimas de la avalancha y del aparcamiento. Sólo era cuestión de tiempo que la información se filtrase por alguna parte. ¿Qué diablos estaba pasando en realidad?

El equipo de investigación forense acababa de salir de Reikiavik. El tiempo era propicio para el vuelo, por lo que su helicóptero aterrizaría en el aeropuerto de Ísafjörður en menos de una hora. Beta también había pedido que acudiera el perro de búsqueda con su adiestrador. Había pasado tan poco tiempo desde el homicidio que quizá fuera posible obtener rastros de olor del autor.

—He llamado a una patrulla para que venga a vigilar el lugar hasta que llegue el equipo forense —informó Beta.

—Cancélalo. Yo me quedo.

Beta se encogió de hombros en señal de rendición.

—Muy bien; eso haremos. Yo regreso a la comisaría. El vecino que encontró el cuerpo estaba paseando con su perro: dijo que iba a llevar al perro a casa y después se pasaría por allí.

Hildur asintió. Su jefa empezó a bajar hacia el aparcamiento. Hildur se quedó observando cómo su espalda se alejaba. Cuando Beta se hubo marchado, se volvió hacia Freysi, que yacía en el suelo.

Le habría gustado acercarse más. Mirarlo y tocarlo una vez más. Despedirse de él. Pero, por supuesto, no lo hizo. Eso habría podido destruir las huellas y dificultar la investigación.

Aquel día tendrían que haber ido los dos juntos a ver una película después de salir a correr, enroscarse en el sofá bajo la manta blanca de lana y beber unas cervezas. En lugar de eso, estaba mirando su cadáver, y todo a su alrededor parecía una escena sacada de una película con un guión incomprensible.

Varias lágrimas se le deslizaron por las mejillas. Eran las primeras lágrimas de la noche, que el viento frío se apresuró a borrar. La lluvia había cesado. La montaña que se erguía a su lado le pareció excepcionalmente grande, como si hubiera extendido los hombros para proteger a un caminante solitario en mitad de la noche.

Hildur nunca había tenido a nadie. No había contado con ninguna persona cercana, como les ocurría a la mayoría de los adultos en alguna fase de su vida. Todos tenían mujeres, maridos e hijos o, al menos, parejas sentimentales. Ella no tenía a nadie y lo cierto era que tampoco lo había echado de menos hasta entonces. En aquel momento, sentía que le habían arrebatado algo que nunca había tenido.

30

Desde el aparcamiento, apoyado en el coche con los brazos cruzados, Jakob miraba la pista de aterrizaje del aeropuerto de Ísafjörður. El helicóptero estaba a punto de llegar.

Hacía apenas media hora que le habían pedido que fuera a trabajar. La llamada lo había pillado en la ducha con Guðrún. Se habían pasado la noche retozando. Primero, en el sofá del cuarto de estar, y de allí al dormitorio. Al rato les había entrado hambre y se habían preparado unas tostadas en la cocina. Guðrún se había sentado sobre la mesa y le había pedido que untara mantequilla en...

Jakob se reía solo. ¡Menuda mujer! Guðrún era una caja de sorpresas. No se habían separado desde el episodio de la tienda de lanas, y de eso hacía ya varios días. No salían de casa de Guðrún más que para ir a trabajar y a comprar comida, el resto del tiempo estaban pegados como lapas. Esto era nuevo para Jakob. Por supuesto, había tenido más relaciones aparte de Lena: dos parejas serias y rollos de una noche. Los alumnos de la academia de policía no tenían problemas para ligar en los bares de Tampere. Pero nunca había sentido nada semejante, como si hubiera caído en mitad del paraíso.

Sin embargo, también le resultaba contradictorio. Era extraño ser feliz en aquellas circunstancias, mientras en la comisaría se investigaba un complejo caso de homicidio.

Como policía en prácticas, él no tenía muchas responsabilidades, y debido a sus limitaciones lingüísticas tampoco podía asumir tanto trabajo como Hildur y Beta. Sin embargo, intentaba hacer lo posible por resultar útil en esa situación tan excepcional. Había fregado las celdas, organizado el almacén y sustituido a un agente que llevaba varios días de baja por enfermedad. A bordo del coche patrulla, Jakob había podido conocer un poco más las costumbres de aquel pueblecito. «Me va a costar familiarizarme con todo esto», pensó. Un día, durante un control de alcoholemia, su pareja de patrulla hizo parar y soplar a todos los conductores excepto a un hombre de pelo gris que conducía un Toyota rojo. Al final del turno, cuando Jakob le preguntó por esa excepción, él lo miró extrañado. El conductor del Toyota era su tío y su tío, nunca conducía borracho.

Por si esto fuera poco, tras la llamada de esa noche, la situación había empeorado. Había un segundo homicidio y, si Jakob lo había comprendido bien por teléfono, esta vez la víctima era un amigo de Hildur. ¡Qué injusto! Mientras él estaba en la gloria, su compañera de trabajo más cercana sufría una tremenda pérdida. Su compañera más cercana. Jakob se quedó pensando en aquellas palabras. Hildur era más que una simple compañera de trabajo. Hacía poco que se conocían, pero ya la consideraba su amiga. Jakob no tenía muchos amigos, y no había hablado con nadie sobre Lena y Matias como lo había hecho con Hildur.

El ruido del helicóptero que se acercaba desde el mar hizo que Jakob volviera al presente. El día no podía haber terminado peor. Se

había encontrado un cadáver en la zona de senderismo del centro de Ísafjörður. Beta le había pedido que fuera al aeropuerto a recibir al equipo de investigación forense de Reikiavik y los llevara al lugar del crimen.

Jakob miraba hacia el mar. El ruido aumentaba a medida que el helicóptero se aproximaba al pueblo. Al cabo de unos minutos, el aparato viró hacia el aeropuerto, que se encontraba entre el fiordo y la montaña de Kirkjubólsfjall. Jakob tuvo que taparse los oídos durante el aterrizaje. Las palas del rotor levantaban remolinos de nieve en todas direcciones. Por unos instantes, se vio en medio de una densa tormenta de nieve.

Una vez efectuado el aterrizaje, bajaron tres hombres con aspecto taciturno. Cada uno llevaba una gran bolsa negra. Jakob les saludó con la mano y les invitó a acercarse.

Después de presentarse en inglés, abrió el maletero del coche para que los hombres metieran su equipaje. Las dos primeras bolsas entraron de forma holgada. Con la tercera, Jakob tuvo que jugar un poco al Tetris. Cuando consiguió cerrar el maletero, miró a los recién llegados con más detenimiento. El de mayor envergadura fue el primero en abrir la boca.

—Soy Jónas Ingimarsson. Éstos son Sveinn Þórsson y Hörður Arnarsson, del departamento de investigación forense de la policía. Estuvieron aquí hace unos días examinando al hombre enterrado en la nieve.

Jakob los recordaba de la semana anterior; ellos también parecieron reconocerlo. Habían intercambiado algunas palabras en la escena del crimen. Uno de los hombres practicaba krav magá y el

otro trabajaba como entrenador infantil de balonmano en su tiempo libre.

Sveinn y Hörður se sentaron en la parte trasera del coche mientras que Jónas, de mayor rango, se sentó delante.

—¿Qué cojones pasa en este pueblo de mala muerte para que necesitéis otra vez a los forenses? —exclamó Jónas.

Jakob percibió su soberbia, pero no dejó que eso lo incomodase. Parecía un claro caso del síndrome «mayor presupuesto y mejor equipo». El urbanita que llegaba a casa de su primo en el campo para ayudarle con un problema que el pueblerino no sabía solucionar por sí mismo. Jakob había observado el mismo fenómeno en Finlandia. Los expertos que llegaban del sur solían tener la misma actitud de salvadores del mundo que aquel individuo sentado a su lado.

—Lo mejor será que vayamos a averiguarlo —se limitó a contestar antes de arrancar el coche.

Ese colega debía de ser el tipo desagradable del que Beta y Hildur habían estado hablando en la comisaría. Jónas confirmó las sospechas de Jakob con su largo monólogo.

—Bueno, yo no soy de ningún departamento forense. Soy el inspector jefe de la policía judicial de Reikiavik. He venido a supervisar a los chavales, pero me gustaría saber qué diablos está pasando aquí. ¡Es la segunda víctima de homicidio en dos semanas! ¿Es que en este pueblo los criminales son más listos que la policía? —dijo Jónas, que se golpeó el muslo y soltó una ruidosa carcajada.

En el asiento de atrás, Hörður y Sveinn no podían ocultar su agobio. Un turno de noche por sorpresa en el fiordo más remoto del país no era como para gritar de alegría. A todas luces, lo último que

les apetecía hacer en ese momento era salir a recoger pruebas en bolsas *minigrip*. O quizá los tres estaban sufriendo el mismo dolor de cabeza: ese fanfarrón vocinglero que iba de copiloto.

Jakob dirigió el coche hacia la carretera que llevaba del aeropuerto al pueblo. El monólogo de Jónas no cesaba ni por un momento.

—*Jæjja*, chico. ¿Cómo has venido a parar al quinto coño?

Jakob no se sentía con fuerzas para mantener esa conversación, pero no tenía alternativa. Aquel tipo continuaría sentado a su lado durante los siguientes kilómetros, así que le repetiría la misma historia que ya había contado en las últimas semanas al vigilante de la piscina, al trabajador de correos y a sus compañeros de trabajo. Era un aspirante a policía de Finlandia, cautivado por la naturaleza y el silencio de Islandia, que hacía prácticas en la comisaría local de Ísafjörður.

—Pues tu plan no parece haber tenido mucho éxito. Mira, yo hacía años que no venía por estos parajes, y desde que has llegado ya he estado aquí dos veces. ¿No serás tú el asesino?

Jónas estalló en una escandalosa risotada. Sveinn y Hörður no le rieron la broma. No habían dicho absolutamente nada; se limitaban a mirar en silencio la oscuridad. Jónas giró la cabeza para ver a sus colegas y los exhortó a que se soltaran un poco.

—Cuando terminemos el trabajo, nos vamos al bar del pueblo a tomar un par de copas y relajarnos. Estos lugares pequeños también tienen su encanto. Los hombres de la capital somos una buena alternativa a los carretilleros de la piscifactoría. Creedme, chicos, que yo ya me recorrí estos fiordos en su día.

La irritante risa de Jónas volvió a llenar el coche. Jakob estaba exasperado. ¿Es que ese hombre no podía estar ni un minuto

callado?

—Voy a aparcar ahí, junto a las barreras antiavalanchas —dijo Jakob mientras señalaba en dirección al pueblo.

Esperaba que hablar de trabajo hiciera callar a aquel bocachancla. Les contó lo que sabía del caso: un hombre de unos cuarenta años que vivía en el pueblo había salido por la noche a correr por el camino que serpenteaba junto a la barrera antiavalanchas y se había caído. Alguien había hecho un agujero en la valla protectora.

El irritante policía de Reikiavik se mesó los pocos milímetros de barba incipiente que le decoraban la barbilla.

—¿Estáis completamente seguros de que ese tipo no quería liberarse de este mundo? Muchos caen como moscas cuando empieza la temporada de oscuridad —dijo con tono de suficiencia.

Jakob comprendía que la muerte de Freysi pudiera tomarse por un suicido. Pero también sabía que no era el caso. Sobre todo por el agujero en la valla protectora. Un suicida habría escalado fácilmente el metro de valla para pasar al otro lado.

—Además, lo conocíamos. La víctima había quedado con nuestra inspectora después de la carrera.

Jónas se enderezó y volvió a estallar en carcajadas.

—Vaya, vaya. Así que la ha palmado el chorbo de Hildur —dijo como para sí mismo, encajándose el gorro negro aún más en la cabeza.

Jakob miró por el retrovisor a los jóvenes forenses de atrás, que escuchaban con cara de circunstancias. Parecían avergonzados por

el comportamiento de su colega, pero no dijeron nada. Jakob negó con la cabeza sin disimular su enfado.

—Espero que terminéis el trabajo con rapidez y sin demoras —dijo secamente, dispuesto a continuar en silencio el resto del trayecto.

Jakob aparcó en el patio del bloque de pisos, salió del coche y abrió el maletero. Jónas sacó una de las maletas y se marchó a grandes zancadas hacia la zona acordonada. Hörður y Sveinn cogieron sus maletas y le dieron las gracias a Jakob por el trayecto.

—Ese tío es un auténtico gilipollas. Nos jode mucho que se haya autoinvitado a venir con nosotros —dijo Sveinn a modo de disculpa —. Pero Jónas está convencido de que hay alguna relación entre el abogado al que atropellaron en el aparcamiento, el pedófilo que quedó enterrado en su cabaña de verano y este corredor.

Jakob ya había caído en la cuenta durante el trayecto en coche. Al detective del departamento de delitos violentos de Reikiavik no le interesaba un profesor de educación física que se había resbalado en un pueblo de mala muerte. Había viajado con los técnicos forenses para ser de los primeros en ver la nueva escena del crimen. Quería ser él quien atrapara al asesino en serie.

31

El viento del norte se intensificó al anochecer. Por la tarde, con las suaves rachas que llegaban desde el mar hasta el desértico centro del pueblo, la nieve revoloteaba delicadamente de un lado a otro de la calle. Al caer la noche, cuando hubo recabado suficiente fuerza, el viento golpeaba de forma despiadada, como una maza, los cristales de las ventanas. Las farolas temblaban y la nieve se alzaba de los tejados. La impredecibilidad del viento era la culpable de las duras condiciones meteorológicas de esa zona.

Hildur movía las piernas y los brazos para mantenerse en calor. Llevaba casi una hora de pie en el mismo lugar esperando la llegada del equipo forense. La barrera antiavalanchas la cobijaba del viento, pero contra la helada no podía hacer nada. El frío se le había ido metiendo lentamente en el cuerpo.

Oyó el ruido de un coche y se movió un poco para ver el aparcamiento del bloque de pisos de abajo. El vehículo le resultaba familiar. La comisaría había alquilado varios coches a largo plazo a una agencia local. Todos eran Škoda Octavias blancos.

Hildur vio a Jakob, que bajaba del coche y se dirigía hacia la barrera antiavalanchas. Las tres personas que iban con él estaban sacando cosas de sus bolsas. Se pusieron los trajes protectores, de

uso obligatorio entre los técnicos forenses para evitar la contaminación de pruebas.

Los tres se agruparon en torno a la víctima con la intención de reunir el máximo número de muestras. Éstas se analizarían en el laboratorio forense de Reikiavik. Una de las muestras fundamentales en una escena del crimen son las fibras: los forenses buscan puntos en los que pueda haberse producido un roce entre los textiles del asesino y de la víctima. Lo más probable era que el asesino hubiera empujado a la víctima, por lo que la ropa de ambos habría estado en contacto. Como, en general, las fibras no se podían distinguir a simple vista, lo más probable era que los técnicos forenses enviasen el abrigo de Freysi al laboratorio.

Jakob saludó a Hildur con un discreto movimiento de cabeza. Se detuvo a observar el paisaje nevado. Cuando sus ojos se posaron sobre el cadáver, tuvo un escalofrío. Luego volvió a mirar a Hildur, que se volvió un poco en otra dirección. Jakob se quedó allí de pie, mirándola.

—Lo siento —dijo al final.

Hildur se encogió de hombros.

—Beta me ha dicho que erais amigos.

Hildur volvió a encogerse de hombros.

Los dos se quedaron de pie en silencio. Ambos comprendían que nada de lo que pudieran decir en aquel momento tenía importancia. Lo único que importaba era que estaban allí los dos juntos. Hildur se levantó el cuello del abrigo y se obligó a quedarse un rato más. Unas horas más.

Sabía que corría el riesgo de derrumbarse más tarde.

Observaba esa posibilidad de manera analítica, preguntándose cuándo ocurriría y si conseguiría demorar un poco más su caída en el abismo. Le habría gustado meter sus sentimientos en una bolsa de papel y dejarla en una estantería, esperando un momento más oportuno. Ahora tenía que concentrarse en su trabajo.

Hildur reparó en las tres personas que se acercaban con sus trajes protectores blancos y sus bolsas de equipamiento. «No me jodas.»

—¿Por qué diablos ha tenido que venir Jónas? No es técnico forense.

—Jónas se acopló a sus colegas en el aeropuerto de Reikiavik y se metió en el helicóptero —explicó Jakob.

«Por supuesto. Nunca perdería la oportunidad de impulsar su carrera», pensó Hildur.

Estaba segura de que Jónas no haría horas extra para viajar a un fiordo remoto si no considerase que eso lo iba a beneficiar en algo. Era un urbanita de pura cepa y desdeñaba todo lo que sucedía en las zonas rurales. Desde que Hildur era capaz de recordar, Jónas había contado la misma historia sobre sus planes de jubilación en todos los eventos de la policía: se iría a vivir a Florida para pasar el día jugando al golf y no volvería jamás a esas tierras heladas.

«Ojalá se hubiera ido ya a perseguir bolas», pensó Hildur. En voz alta se limitó a pronunciar un saludo neutral.

Hildur les explicó los acontecimientos de la tarde mientras iba de un punto a otro de forma organizada y serena. Les mostró el presunto lugar de la caída, el agujero en la valla protectora y la ubicación del cuerpo. Avanzaba con precaución, como si caminara por una fina capa de hielo, tratando de no perder la firmeza mental.

—A juzgar por las huellas, sólo tres personas se han acercado a la víctima: el primer agente que llegó tras recibir la alerta y el médico que vino a certificar su muerte.

Señaló con la cabeza unas huellas más grandes e hizo una pausa breve. Tenía ganas de vomitar. Se le llenó la boca de saliva y los ácidos gástricos le burbujeaban en el esófago. Se sacó un chicle del bolsillo y se lo metió en la boca.

—Las terceras huellas, ésas más grandes, puede que pertenezcan al autor del crimen.

Las huellas en la nieve se veían con toda claridad. Cuando el pie presionaba contra una superficie suave y moldeable, creaba hundimientos en tres dimensiones. Los forenses fotografiarían las huellas y harían moldes de ellas.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó Jónas.

—Un vecino que estaba paseando al perro. El tipo no se acercó al cuerpo, sino que llamó inmediatamente a la policía. Ahora mismo está prestando declaración —respondió Hildur sin mirarlo.

—Vale, vamos a dejar que el chucho lo intente primero —dijo Jónas, y miró con suspicacia al adiestrador canino, que acababa de llegar, y al perro sentado dócilmente a su lado.

Hildur estaba rabiosa. En Islandia la policía no estaba limitada a actuar en el área de su circunscripción, pero eso tampoco significaba que pudiera llegar dando órdenes al lugar de trabajo de otro. Vestfirðir era su territorio y ella era la única inspectora de la zona.

Lo cierto era que la rabia era una emoción muy bienvenida en aquel momento, pues desviaba su atención y la ayudaba a centrarse en la tarea.

—Yo diré lo que vamos a hacer.

Hildur mantuvo un tono de voz frío y tranquilo que sacó a Jónas de sus casillas. Hildur vio cómo se le achinaban los ojos y se le tensaba la mandíbula. Sin perder la calma, dio instrucciones mientras miraba al perro y a su adiestrador.

Lo más probable era que el asesino hubiera bajado por la barrera antiavalanchas hacia el patio del bloque de pisos y, de ahí, hubiera seguido por el camino en alguna dirección. Las huellas se distinguían bien en la nieve; sin embargo, al llegar a la carretera, se mezclaban con otras huellas. Hildur no estaba segura de si el perro aún podría rastrear el olor, pero merecía la pena intentarlo.

—Magnús, vamos a dejar que el perro lo intente primero. Imagino que el asesino se habrá marchado de aquí hará un par de horas a lo sumo.

—Ven, *Molli*, vamos —dijo Magnús acercando a la perra a las huellas grandes mientras le hablaba con voz suave y calma.

Molli dio un par de vueltas en su sitio y movió la cabeza de un lado a otro en actitud de alerta. Entonces, entró en júbilo. Parecía haber atrapado el extremo de un hilo invisible y empezó a seguirlo totalmente concentrada.

—¡Llámame cuando averigües algo! —gritó Hildur a la espalda de Magnús mientras se alejaba.

El adiestrador respondió agitando la mano en señal de asentimiento.

La perra salió corriendo hacia el bloque de pisos con el hocico pegado a la nieve.

Los técnicos forenses y Jónas habían empezado a instalar focos por la escena del crimen para iluminar la valla agujereada y el lugar de la caída. Comenzaron a fotografiar el lugar, analizar las huellas de

pisadas y las huellas dactilares. Moldearon masa de silicona para capturar posibles huellas de herramientas en la valla y cualquier otra cosa que pudiera revelarles algo sobre el asesino.

Hildur observaba el trabajo del equipo forense desde una distancia prudencial para dejar que hicieran en paz su trabajo. No la necesitaban, y ella tampoco habría querido acercarse más. Vio cómo los hombres se agachaban sobre el cuerpo desfigurado, tocaban la cabeza de la víctima y hablaban entre ellos. Lo primero que hicieron fue buscar rastros de pelo rubio. A partir de los retazos que llegaban hasta ella, Hildur fue reuniendo los detalles más importantes, a la vez que intentaba dejar fuera todo lo personal, como si hablaran de un cadáver anónimo en lugar del de Freysi. Aun así, le resultaba durísimo.

—El cuerpo aún está blando. Han pasado menos de tres horas desde la muerte —estimó Hörður.

—Sí, la boca se abre sin problema. Dame más luz en la cavidad. Voy a levantar la lengua.

Una mano cubierta por un guante desechable se introdujo en la boca del cadáver. Con dedos ágiles, palpó la cavidad bucal, el paladar y la base de la lengua. Durante unos segundos, nadie dijo nada. Sólo se oía el silbido del viento y el crepitar de las luces. Los instrumentos tintineaban al chocar unos con otros.

Entonces, como por arte de magia, la preocupación de la cara de Sveinn se transformó en una sonrisilla del todo inapropiada.

—Aquí hay un pequeño mechón rubio —dijo, y lo levantó en el aire antes de meterlo en una bolsa hermética.

Analizarían los cabellos en el laboratorio.

Hildur sintió un dolor agudo en el pecho, como si una roca inmensa le golpease las entrañas. Una idea espantosa se estaba apoderando de ella. Le dolía, pero era la verdad. Era su culpa. Había fracasado. El asesino ya había actuado en tres ocasiones y, esta vez, en su entorno más cercano. Si lo hubiera cazado, Freysi seguiría vivo.

Le sonó el teléfono. Era Magnús.

—*Molli* ha venido directamente al puerto. El rastro acaba aquí, en el borde de la dársena situada junto al embarcadero de veleros.

32

El puerto estaba desierto. No había luz en los camarotes de los barcos. Las enormes embarcaciones de pesca aguardaban la próxima salida. Las barcas más pequeñas se mecían al ritmo de las olas. Unos cuantos veleros, majestuosos, descansaban en su amarre alzando sus mástiles desnudos.

Magnús se encontraba en el borde de la dársena con las manos en los bolsillos. La *border collie* esperaba órdenes sentada a su lado.

Esta raza era muy popular en la isla. Estos perros pastores, enérgicos, vigilantes e inteligentes, se utilizaban en las granjas islandesas casi tanto como los perros pastores autóctonos. De hecho, muchos perros pastores de la isla eran un cruce de pastor islandés y *border collie*. Hildur pensó que *Molli* debía de ser de pura raza, aunque no habría puesto la mano en el fuego; en realidad, era algo que le traía sin cuidado.

La cálida luz de la farola teñía de naranja la nieve a su alrededor. Un transeúnte habría podido pensar que se trataba de un hombre normal y corriente que estaba paseando al perro y se había parado a admirar las luces del puerto. Los puertos por la noche tenían algo fascinante. A lo largo del día, un sinnúmero de personas iba y venía, se agarraba al pasamanos, traía cosas consigo y se llevaba recuerdos. Durante la noche, todo se detenía y la calma se

apoderaba del puerto; únicamente el mar continuaba su movimiento eterno.

Hildur no sabía si a *Molli* le gustaría que una extraña le rascara la cabeza, así que se conformó con elogiarla. La perra la miró con indiferencia y continuó mirando hacia el mar.

—¿Usas el mismo perro para rastrear en tierra y nieve?

Magnús asintió, visiblemente complacido por el hecho de que, a juzgar por su pregunta, Hildur parecía saber algo de perros de rescate. Los perros de avalanchas se usaban para buscar a las personas desaparecidas bajo la nieve. Los perros rastreadores se guiaban por su olfato para seguir el recorrido de una persona que hubiera dejado su rastro en el terreno. Los perros bombero rastreaban y localizaban a los heridos atrapados en lugares de difícil acceso, como entre las ruinas después de un terremoto. Algunos perros de rescate y sus adiestradores dominaban una modalidad, mientras que otros controlaban varias a la vez.

—*Molli* tiene un olfato muy preciso y yo trato de mantenerme siempre al día. En este trabajo, lo más difícil no es el adiestramiento del perro, sino la formación del adiestrador —explicó Magnús, y le dio a la perra unos tiernos golpecitos en el lomo.

La policía de Islandia tenía sus propios perros policía, pero en Vestfirðir no había ninguno. Allí, como en el resto de las zonas escasamente pobladas, las actividades de búsqueda y rescate con perros quedaban en manos de profanos en la materia.

Hildur miró al mar, fijándose en las pequeñas olas que golpeaban el embarcadero en la negrura de la noche. «Así que el asesino de Freysi ha pasado por aquí», pensó. Allí terminaban las huellas. En

línea directa desde la barrera de avalanchas hacia el borde del puerto.

—La persona rastreada o ha caído al mar por aquí, o tenía una embarcación esperando —dijo Magnús mientras acariciaba el cuello de *Molli*.

La perra estiró la cabeza, complacida.

—Voy a llamar a los buzos y a hablar con el capitán del puerto. Vigilaremos el tráfico marino —murmuró Hildur para sí misma.

Magnús se masajeó el gorro, que se había hundido hasta casi cubrirle los ojos. La perra se quedó mirando a su amo, como si le preguntara cuándo se irían a casa.

—Mañana toca madrugar. Por la mañana temprano, voy al norte a adiestrar perros de avalanchas —explicó Magnús, como si eso justificara su deseo de marcharse.

—Por supuesto. Gracias por venir —respondió Hildur, y trató de forzar una sonrisa antes de continuar —: Oye, Magnús. Antes de que te vayas, me gustaría hacerte una pregunta sobre un caso antiguo.

El adiestrador se inquietó, como si le urgiera desaparecer. El agobio se reflejó en su cara, de pronto parecía muy cansado.

—Ah, sí... Lo sé, esa multa por exceso de velocidad. Es que no he tenido tiempo de pagarla.

Hildur sacudió la mano.

—No te estoy hablando de ninguna multa; yo de eso no sé nada. Me refería a un caso mucho más antiguo.

Le habló de sus hermanas, que habían desaparecido hacía más de veinte años durante el camino de vuelta a casa después del colegio. Magnús recordaba el caso, naturalmente. Todo el mundo lo

recordaba. Era imposible que alguien no se hubiera enterado de la desaparición de dos niñas pequeñas.

—Mi tía recordó que tú participaste en las tareas de búsqueda y dijo que, en aquella época, tenías un perro con aspecto triste.

Magnús asintió y una sonrisa se le dibujó en el rostro al recordar a la perra.

—*Lísa*. Era una perra apacible y trabajadora. *Molli* es familia de *Lísa*. Se parecen mucho —dijo Magnús mirando con orgullo a la *border collie*, fielmente sentada a su lado —. Fue una tragedia horrible para todo el pueblo que nunca se encontrara a las niñas. No me puedo imaginar lo que fue para tus padres. Y para ti.

Hildur asintió. Magnús le dirigió una mirada bondadosa mientras acariciaba a *Molli* con movimientos suaves y controlados. El adiestrador irradiaba calma y tranquilidad. Aunque hubiera tenido prisa en ese momento, no se le hubiera notado. La ausencia de cabello, cejas y pestañas lo hacían parecer, de algún modo, eterno. Perpetuamente viejo.

—¿No recordarás dónde terminaba el rastro de las niñas exactamente?

Magnús estuvo un rato pensando en silencio. Miraba el velero que se mecía suavemente en el embarcadero.

—Lo recuerdo muy bien porque me pareció muy extraño.

Algo se movió en el interior de Hildur. Fue como si recibiera un montón de pequeñas descargas eléctricas mientras escuchaba el relato de Magnús. Quería saber todos y cada uno de los detalles que no hubiera oído o visto antes.

Magnús le contó que *Lísa* había seguido el rastro hasta el interior del túnel. La perra había olfateado el rastro desde el centro del

pueblo hasta la abertura del túnel, donde terminaba abruptamente, como cortado de un hachazo.

—¿A qué profundidad del túnel os encontrabais?

A Hildur ese detalle le parecía de vital importancia, porque en los informes policiales no había hallado ninguna mención al respecto.

La perra se había detenido justo al lado de la boca del túnel. Magnús estimó que no habrían avanzado más de diez metros.

—¿Hacía algún tipo de giro el rastro?

—Eso es lo que me pareció extraño. El rastro no continuaba hacia ninguna parte; simplemente, terminaba. Recuerdo que *Lísa* se sentó en el suelo y se miró las patas con la cabeza gacha. Siempre lo hacía cuando estaba desconcertada.

Hildur le preguntó si las niñas habrían podido dar media vuelta y salir de nuevo del túnel. Magnús miró el mar mientras pensaba seriamente su respuesta.

—La perra habría olido el rastro. Simplemente... terminó —dijo con gran seguridad.

Molli se agitaba inquieta. Hildur propuso continuar la conversación de camino al coche de Magnús. El frío no tardaba en calar hasta los huesos cuando uno se quedaba de pie sin moverse.

Pasaron por delante de un montón de contenedores de plástico de varios metros de altura. El aire olía a pescado. Los contenedores cuadrados de color marrón claro apilados delante de las oficinas del puerto se usaban para conservar en hielo el pescado fresco.

—Si quieres mi opinión, era muy extraño que un rastro tan evidente terminase de pronto.

Hildur dejó que continuara. A Magnús parecía agradarle que alguien lo escuchara con tanta atención.

—El rastro de olor que llevaba hasta la boca del túnel no tardó en olvidarse, porque la mayoría de los que participaron en la búsqueda creían que las niñas habían echado a andar por el paso de montaña en dirección a casa.

Hildur observó que había usado la palabra «mayoría». Se aferró a ella. «La mayoría.» «La mayoría creían.»

—¿Tú no lo creías?

—No. Pero lo que dijera una sola persona no tenía ninguna importancia. Los demás querían enviar al equipo de búsqueda a la meseta, así que allí fueron. El túnel no les interesaba porque todavía no se había abierto al tráfico. Todo el mundo daba por sentado que nadie deambulaba por él, pero yo eso tampoco lo creía. Los trabajadores que habían participado en los trabajos de construcción se movían por el túnel.

Lo habían terminado de excavar el verano anterior y en otoño la carretera ya estaba lista. Sin embargo, todavía no lo habían abierto al tráfico porque aún estaba pendiente la inspección final. Unos grandes portones de metal impedían el paso de los coches.

—¿Qué trabajadores? Los trabajos de construcción del túnel habían terminado hacía tiempo —dijo Hildur.

—No del todo. Había una cascada de la que tenían que hacerse cargo.

A Hildur empezaron a escocerle las puntas de los dedos, quizá por el frío. ¿De qué cascada estaba hablando? Sabía que el agua potable del pueblo procedía de un manantial que brotaba del interior de la montaña, pero nunca había oído hablar de ninguna cascada.

Magnús continuó su relato. Al empezar a extraer piedra para abrir el túnel, se habían topado con una increíble cantidad de agua: una

cascada que fluía en el interior de la montaña. La fuerza del caudal había sorprendido a todos los ingenieros del proyecto. Se tuvo que reparar la pared cavada en la roca para evitar que el agua fluyera a lo largo de los varios kilómetros de túnel.

—Los que se habían encargado de los trabajos de movimiento de tierras no montaron mucho alboroto por los daños causados por el agua para no hundir todo el proyecto. Proyecto que, por lo demás, no estaba exento de otros muchos problemas.

El proyecto del túnel se había enfrentado a una fuerte oposición. Los ecologistas alegaban que los trabajos de voladura producirían daños irreparables en el entorno. Se sospechaba que el contratista encargado del movimiento de tierras pagaba en negro a sus trabajadores; más adelante, el sindicato local había demandado a varios subcontratistas por horas extra no remuneradas.

—El contratista principal hizo arreglar las paredes y eso nunca quedó registrado en ninguna parte —dijo Magnús negando con la cabeza.

Habían actuado siguiendo el tradicional método de trabajo islandés: no habían solicitado permisos, habían terminado de forma apresurada y, después, habían dejado que el episodio se sumiera en las tinieblas de la historia.

Llegaron al coche de Magnús, que estaba aparcado en el patio del hospital del pueblo. El adiestrador abrió el maletero y *Molli* subió de un salto a su jaula de transporte. Magnús arrancó el coche y empezó a rascar el hielo de las ventanas.

—¿Cómo sabes tú todo esto? —preguntó Hildur.

Magnús interrumpió la limpieza de la ventana delantera, enderezó el cuerpo y la miró a los ojos.

Más de veinte años atrás, el adiestrador llevaba una vida muy diferente. Se había bebido todo su dinero y había perdido su casa en el pueblo por no pagar el alquiler. Un amigo de un amigo lo había rescatado de la calle y lo había dejado vivir en la cabaña de su familia durante una temporada. Por eso Magnús vivía en Ögurvík el mismo invierno en el que se había producido el incidente en los trabajos de excavación del túnel. Ögurvík se encontraba a poco más de una hora en coche de Ísafjörður, en dirección a Reikiavik.

«Justo el invierno en el que mis hermanas desaparecieron», pensó Hildur mientras la melancolía se apoderaba de ella. No estaba del todo segura de a qué debía atribuirla. A Freysi, muerto ese mismo día, o a sus hermanas, desaparecidas hacía casi un cuarto de siglo. Las personas cercanas a Hildur la abandonaban y ella se sentía de algún modo culpable, aunque no era capaz de explicar la razón. No sabía de dónde salía esa culpabilidad, pero no podía evitarla.

Trató de centrarse en la historia de Magnús.

El entonces dueño de una granja vecina a la cabaña de Ögurvík regentaba en esa época un pequeño negocio de albañilería. El albañil salía de la granja cada mañana antes de las seis en dirección a Ísafjörður.

Magnús explicó que recordaba este tipo de historias porque no había otros habitantes en cien kilómetros a la redonda.

—Una mañana de octubre, la camioneta del vecino quedó atrapada en la nieve justo a la altura de mi cabaña.

Siguiendo el acuerdo no escrito de que siempre había que ayudar al vecino y a quienquiera que estuviera en apuros, Magnús había ido a sacar de la nieve el coche de ese hombre con ayuda del tractor que tenía en el patio.

—Me agradeció muchísimo la ayuda y alardeó de estar haciendo un importante trabajo secreto de reparación en el túnel de la carretera. Al parecer, había un agujero en la pared del túnel que podía ocasionar daños por agua. Me dijo que estaba trabajando en la reparación. Entonces, se fue a trabajar y creo que nunca volvimos a vernos en persona —dijo Magnús, y limpió con la manga el retrovisor del lado del conductor.

Eso significaba que alguien había estado deambulando por el túnel. Alguien a quien habían contratado para arreglar un error del que nadie debía enterarse jamás. Hildur sintió un escalofrío. Estaba muy enfadada. ¿Por qué diablos todo aquello no había salido a la luz en su día?

Magnús suspiró profundamente; parecía comprender la ira de Hildur.

—A nadie le interesaba. Al fin y al cabo, dos niñas del pueblo habían desaparecido sin dejar rastro, así que los trabajos de albañilería de una pared agujereada no estaban muy arriba en la escala de importancia. En el túnel no había nadie y punto. En aquella época, yo bebía demasiado y estaba en deuda con todo el mundo: nadie se creería los delirios de un alcohólico.

Magnús se sentó en el coche y se puso el cinturón de seguridad. Hildur tenía frío, pero quería saber más. Teóricamente el túnel estaba vacío. No obstante, un individuo no identificado había estado

haciendo tareas de reparación en la pared. Hildur se quedó esperando a que Magnús le contara más cosas sobre aquel albañil.

Cuando dos islandeses se conocían, inmediatamente trataban de averiguar qué cosas tenían en común. Comparaban parientes, centros de estudios o trabajos de verano. Siempre encontraban algún vínculo que los unía y que convertía a un forastero en un conocido. En uno de ellos. Los conocidos en común creaban un contexto en el que ambos eran capaces de sentirse como en casa.

Hildur, al igual que todos los islandeses, había hecho esta misma pregunta decenas, si no cientos de veces anteriormente. Nunca hasta entonces le había parecido tan importante la respuesta:

—¿De dónde era su familia?

Magnús parecía desconcertado. No sabía cómo responder a la pregunta, pero trató de describir al hombre en cuestión.

—Era un tipo un poco extraño. Desaliñado y bastante callado. Nunca nos habíamos visto antes.

Magnús seguía teniendo en la mano el rascador de hielo. Se lo acercó a la cabeza y se dio con él dos leves golpecitos en la frente.

—Tenía una enorme cicatriz aquí.

33

En el cielo descansan las estrellas, como relucientes diamantes contra una tela negra. Todas centellean, aunque algunas ya se han apagado. En cierto modo, es hermoso que se sigan viendo, aunque ya no existan. Una estrella no se apaga en un instante, igual que un diente de león no desaparece al romperlo: es necesario arrancarlos de raíz.

Sacar las raíces es el trabajo más arduo.

Muchos alardean de todo lo que están dispuestos a hacer por otras personas. De la gran trascendencia que tiene en su vida el hecho de ayudar a los demás. No son más que mentiras. La verborrea de los perezosos. No tienen lo que hay que tener. La mayoría no tiene lo que hay que tener.

Yo se lo he demostrado a mis seres más queridos y he ayudado a muchos. A todos. Los he ayudado a todos. He hecho mucho.

Mi plan ha funcionado. Ha sido un éxito casi completo. Me entró prisa en la playa mientras rompían las olas porque tuve que arreglármelas por mi cuenta. Sin que nadie me ayudara. Excepto esos dos. En mi corazón, ahora y siempre.

¡Ay, si la gente lo supiera todo, lo comprendería! Si sintieran la misma llama abrasándoles el pecho y el viento soplando en la

meseta desierta, me comprenderían. Me alentarían. Me aclamarían. No querrían que me atrapasen.

Depredador y salvador. Son la misma cosa.

Según la palabra de Dios, el que es negligente en su trabajo es hermano del destructor. Yo tampoco tolero semejante negligencia. Eso les he demostrado a todos. Se lo he demostrado a ellos dos, los más importantes para mí. Los amo. Os amo.

Todavía me queda una tarea por completar. Es la más difícil de todas, porque es la última. Pero no tengo miedo.

34

Noviembre de 2019, Ísafjörður

Reinaba tal silencio que se podía oír con toda claridad el débil soplo de viento que se colaba por la ventana entornada del recibidor y que llegaba como un leve murmullo hasta el rincón más remoto de la casa. En aquel rincón se encontraba Hildur. Llevaba un buen rato observando la larga cortina del salón que oscilaba al compás del viento. Puede que llevara allí media hora, probablemente más. La cortina ondulaba hinchándose en el centro y extendiéndose hacia los bordes. Los trajes de neopreno ya llevaban varios días esperando en una bolsa negra de basura. Allí seguían, con su olor a agua del mar. Al principio, Hildur no había tenido tiempo de colgarlos para secar. Ahora no tenía fuerzas. Se puso en pie y llevó la bolsa de basura al cuarto de baño. El pesado paquete hizo un fuerte ruido chapoteante al golpear contra los azulejos del suelo.

Hildur echó un vistazo al desorden de su casa y se sintió satisfecha con la luz grisácea del día invernal. Era una luz indulgente. Revelaba algunas manchas de café en la encimera y el paquete de queso abierto sobre la mesa, pero no los mostraba en todo su esplendor.

Abrió el grifo y llenó una taza de café que había encontrado en la encimera. Echó una ojeada a la nevera; no tenía hambre, pero sabía que debía comer algo.

El sonido del microondas rompió el silencio. Hildur encogió los hombros y tembló de repulsión. Ese chirrido agudo le producía una grima terrible. Las paredes interiores del microondas tenían suciedad incrustada y el borde del plato giratorio estaba descascarillado.

Se sentó a comer en su vieja silla. El tapizado de cuero estaba desgastado en la parte de atrás y podía sentir la gruesa cinta que cubría el agujero a través de los finos pantalones. Hildur había reparado el agujero del asiento hacía unos meses con cinta atlética. «Con cinta atlética puedes repararlo todo menos la resaca, el corazón roto y las meteduras de pata», había dicho uno de sus profesores de artes marciales en la academia de policía mientras se protegían los dedos y las muñecas con cinta atlética antes de un entrenamiento. Hildur se deslizó hacia el borde de la silla, más suave y menos desgastado.

Se quedó mirando el pollo del microondas. Aquel momento pasaría pronto. Lo sabía porque había sufrido muchos golpes similares en el transcurso de su vida. Sólo tenía que soportar la pena.

Luego acostumbraba a quedarse como un dolor leve que se pasaba con otro tipo de dolor. Castigar el cuerpo entre las olas o en el gimnasio solía serle de ayuda. Sin embargo, a veces la pena era tan fuerte que la paralizaba.

La última vez que tuvo un momento tan sombrío fue unos años atrás, antes de un accidente ocurrido en el puerto. Hildur llevaba

unos días en casa; sin fuerzas y con mucha ansiedad. Tenía las piernas pesadas y veía borroso. Entonces había recibido la noticia.

Una familia islandesa que vivía en la isla de Heimaey había viajado en coche a Reikiavik para hacer algunos trámites. En el viaje de vuelta, cuando el coche familiar trataba de subir al ferry que conectaba las islas, estaba haciendo un tiempo horrible. El viento azotaba la isla desde hacía días, el suelo estaba completamente helado y las ráfagas de nieve eran incesantes. El conductor perdió el control del coche en el puerto y fueron a parar al fondo del gélido mar. Los buzos de rescate habían encontrado en el coche a los padres y a un bebé en su sillita de seguridad. Cuando llegó la ayuda, todos estaban muertos.

Tras el suceso del puerto, entró en una fase depresiva. Cuando leyó los artículos de la prensa sobre el accidente, comprendió por qué le había afectado tanto. No toda la familia había ido de viaje a Reikiavik. Un hijo en edad preescolar se había quedado en el pueblo a cargo de unos amigos de sus padres. La historia del superviviente le resultaba demasiado familiar. El hijo que se había librado del accidente al mismo tiempo lo había perdido todo. Ese niño había tenido su mismo destino.

Hildur aceptaba esa parte de sí misma, pero comprendía que fuera extraño para los demás. Por tanto, la única persona que estaba al corriente de sus premoniciones era su tía Tinna, quien le había explicado que era una especie de defecto hereditario. Hildur nunca se lo había contado a nadie; no era algo fácil de explicar. Ella no era vidente ni adivina, pero cuando estaba a punto de ocurrir una desgracia, sentía que se quedaba sin fuerzas.

Hildur sabía mucho sobre enfermedades mentales. Leía libros sobre el tema y seguía blogs en formato de diario. El pico del malestar nunca duraba demasiado. Una vez que había sucedido el accidente o se había producido el delito, su crisis mejoraba; entonces, recuperaba las fuerzas y era capaz de concentrarse para resolver casos y ayudar a los demás.

El día anterior, al volver del puerto, se había encontrado muy mal. Había empezado como un dolor de cabeza que se había ido extendiendo al pecho y el estómago. Jakob la había ayudado a entrar en casa y se ofreció a hacerle compañía, pero ella prefería estar sola. Le quitó el sonido al móvil, apagó el portátil y le dijo a Beta de que se tomaría un día libre. Sabía que saldría adelante. Ya lo había hecho antes.

La comida desaparecía del plato a un ritmo constante. No tenía otra alternativa. Si no comía, no recobraría las fuerzas. Cuanto más rápido comiera, más rápido podría irse a dormir y antes lograría recuperarse.

Hildur quería controlar sus pensamientos y empezar a moverse. Lo deseaba más que nunca; tenía que ponerse a investigar. ¿Qué le había pasado a Freysi? ¿Qué les había pasado a sus hermanas? Hildur había reconocido a Jón en la descripción de Magnús. La cicatriz de la cara era un rasgo definitivo. ¿Quién había sido ese Jón en realidad, con su cicatriz y sus camiones de hormigón?

Echó un vistazo por la ventana y después miró el enorme cuadro de punto de cruz de la pared de la cocina. Había sido un regalo de su tía Tinna por su decimoctavo cumpleaños. Era su nombre bordado en punto de cruz, acompañado de su significado en la mitología nórdica.

«Hildur. Batalla. Valkiria al servicio de Odín. Espíritu de guerra y doncella de la muerte encargada de decidir a quién le tocaba ganar y a quién morir en las batallas.»

Un vientecillo empujó la cortina hacia la labor de punto de cruz. Hildur se echó a reír. Conque una valkiria.

35

La pequeña sala de reuniones de la comisaría, que no solía sentar a más de dos o tres personas, ese día estaba abarrotada. Alrededor de su mesa redonda se apretujaban cinco policías. La ventana estaba abierta para que corriera un poco de aire fresco.

Jakob se había sentado junto la ventana, y tenía delante a Sveinn y Hörður, los técnicos forenses que habían llegado de Reikiavik la noche anterior. Jónas, despanzurrado en su silla, ocupaba el lugar de dos personas. Beta llevó una bandeja con cinco tazas de café que dejó sobre la mesa, pero ni se molestó en tratar de hacerse hueco. Quería sacarse de encima aquella reunión lo antes posible, así que cogió un taburete y se sentó al lado del rotafolio.

Jakob puso encima de la mesa dos bolsas de papel llenas de cruasanes y bocadillos de queso de la panadería. Sveinn y Hörður se mostraron encantados con el desayuno que había proporcionado su colega, pero Jónas seguía igual de agrio que el día anterior. Llevaba toda la mañana amorrado a la pantalla, pero cuando Jakob empezó a preparar su café, no fue capaz de callarse.

—¿Se puede saber quién le echa azúcar al café?

Sin borrar su sonrisa, Jakob le ofreció la bolsa de cruasanes.

—Soy un tipo muy dulce.

Jónas negó con la cabeza y murmuró algo. No obstante, metió la mano en la bolsa y no tardó en hincarle el diente a un cruasán.

Beta había querido celebrar la reunión antes de que los colegas de Reikiavik volvieran a la capital, por lo que Jakob y ella tendrían que arreglárselas sin Hildur, que se había tomado el día libre.

Beta dio un sorbo de café. Ese día no toleraría ninguna chorrada. Tenían que centrar toda su atención en el caso. A esas alturas, era más que evidente que una sola persona había asesinado a Heiðar, Jón y Freysi. Era una situación excepcional. Beta escribió los nombres de las tres víctimas en el rotafolio.

—Freysi. Retiraron la barrera protectora y lo tiraron de un empujón. El rastro del asesino llevaba hacia el puerto. ¿Hemos encontrado algo en el puerto?

Jakob había sacado su labor y empezado a tejer. Tiraba del hilo de la bolsa que tenía bajo la mesa mientras miraba el cuaderno.

El día anterior, Hildur había llamado a los buzos, pero éstos no habían encontrado nada interesante en el fondo del mar. Por la mañana, Jakob había ido a hablar con el supervisor del puerto; desde la sala de control tampoco habían observado nada fuera de lo normal.

—Eso sí, me explicaron que los movimientos de las embarcaciones más pequeñas no siempre se ven desde la sala de control. El sospechoso habría podido desplazarse en una embarcación pequeña sin que nadie se diera cuenta —añadió Jakob mirando al resto de los presentes.

Con la cara arrebolada, Jónas miraba fijamente cómo tejía su colega, sin poder ocultar su mal humor.

—Estamos investigando un asesinato y tú te dedicas a hilar lana.

—Es la manga de un jersey. —Jakob no iba a permitir que aquel tipo lo sacara de sus casillas —. Puedo hacer dos cosas al mismo tiempo.

Beta asintió con aprobación mirando a Jakob y cambió hábilmente de tema.

—¿Qué encontrasteis en el lugar del crimen?

Sveinn negó con la cabeza con descontento. Los resultados habían sido mínimos. La valla tenía un corte limpio, realizado con unas tenazas de gran tamaño. Habían fotografiado la valla cortada y habían hecho moldes con masa de silicona. En Reikiavik, compararían las huellas con las de las herramientas más comunes. Era posible que pudieran identificar la herramienta utilizada a partir de las marcas que había dejado. Huellas dactilares tampoco habían encontrado. El autor había llevado guantes o había borrado sus huellas, porque la valla estaba limpia.

—A estas alturas, las pruebas más importantes que tenemos son las pisadas. El autor de los crímenes es una persona de gran envergadura. Tiene un 44 de pie. Lo más probable es que sean botas de senderismo. Haré una comparación más precisa cuando volvamos a la ciudad.

—¿Y qué hay de las fibras? —preguntó Beta.

—Nos hemos llevado la ropa de abrigo para analizarla en el laboratorio.

Sveinn también explicó que habían ido por la mañana a casa de Freysi para recoger muestras de todos los textiles y de su ropa para poder hacer comparaciones.

Beta escribió en el rotafolio: «Persona grande, pie 44.» Los datos eran escasos, pero respaldaban las declaraciones del pizzero Siggi.

—¿Ha habido alguna novedad en el caso del abogado? —preguntó Beta, y señaló el nombre de Heiðar en el rotafolio.

Jónas negó con la cabeza. En el coche habían encontrado fibras oscuras que no procedían de la ropa de Heiðar, ni de su mujer, ni de su casa, ni del hotel, ni de su oficina. No habían encontrado más huellas dactilares que las del propio Heiðar. Las cámaras de seguridad del aparcamiento estaban estropeadas ese día. También habían revisado el material de las cámaras de seguridad de la zona, pero no habían visto ninguna persona sospechosa o que se desplazara en solitario.

Por último, Beta señaló el nombre de Jón en el rotafolio y contó lo que sabía.

El caso de Jón, asesinado en su cabaña, era igual de confuso que los otros: no había arma del crimen, no había huellas dactilares, nada. De los tres casos, sólo tenían una declaración vaga de un testigo acerca de una figura de gran tamaño vestida con ropa oscura y el pelo rubio que habían encontrado en la boca de todas las víctimas.

—Tenemos un viejo pedófilo, un abogado gilipollas y un profesor de gimnasia encantador —dijo Jónas mirando a los demás.

Todos en la sala estaban pensando lo mismo. ¿Cuál era la conexión?

—Vamos a analizar todas las posibilidades. Aficiones, escuelas, campamentos infantiles y ubicación de las cabañas familiares. Tiene que haber un factor común entre todas las víctimas. Sólo tenemos que seguir escarbando hasta que lo encontremos —dijo Jónas golpeando la mesa con el dedo.

Jakob dejó la labor sobre la mesa. Miró a Jónas y luego a Beta.

—¿El factor común podría ser la familia? Corregidme si me equivoco, pero tengo la impresión de que casi todos los islandeses están emparentados de alguna manera.

Beta hizo girar el rotulador entre los dedos. La idea de Jakob no era descabellada. Ella había pensado lo mismo. Les dijo que ya había analizado los antecedentes familiares de Jón y de Heiðar y no había encontrado ningún elemento en común.

—Vamos a hacer las pruebas de ADN y así lo aclararemos —dijo Hörður, que había seguido la conversación en silencio hasta entonces.

Jónas separó la silla de la mesa y se inclinó hacia atrás. Parecía impaciente.

—Sí, por qué no. Pero los resultados tardarán mucho en llegar.

Beta ya contaba con ello. En el laboratorio forense estaban siempre muy ocupados y, aunque no fuera así, la preparación de las pruebas de ADN les llevaría varios días. Se puso en pie y se estiró. Prolongar la reunión no los haría más inteligentes; tendrían que seguir sacando piedras y continuar con la búsqueda.

—Compartamos todo lo que vayamos descubriendo, ¿de acuerdo? —dijo Beta, y fue a cerrar la ventana.

Ahora hacía frío en la sala de reuniones.

Tras intercambiar algunas palabras más sobre los pasos a seguir los próximos días, los forenses de Reikiavik se dispusieron a marcharse. Su vuelo salía en una hora. El cadáver de Freysi viajaría con ellos en la bodega y esa misma tarde se haría la autopsia en Reikiavik.

Beta, apoyada en el vano de la puerta, se ofreció a acompañarlos a la salida.

—Creo que podemos encontrar solos la salida de esta... ejem... comisaría —dijo Jónas mirando el espacio de trabajo con gesto irónico —. Supongo que tendréis váter cubierto en esta mansión campestre, ¿no?

Beta señaló una puerta entornada en el pasillo. Esa mañana había recibido un mensaje de la oficina de correos: ya podía ir a recoger la lámpara de techo que había comprado por internet. La oficina estaba a la vuelta de la esquina, así que decidió pasarse por allí inmediatamente. Salió de la comisaría con los forenses.

Una vez fuera, se despidieron con desgana y prometieron mantenerse al tanto de sus respectivas investigaciones. Los forenses cruzaron el patio de la comisaría en dirección al aparcamiento, donde uno de los oficiales de patrulla los esperaba con el coche en marcha para llevarlos al aeropuerto.

Beta observó que iban a atajar por el lavacoches. En ese punto, la nieve cubría un bloque de hielo que todos los locales tenían la precaución de esquivar. El encargado de la gasolinera incluso había puesto un cartel de advertencia en el patio, pero los de Reikiavik habían pasado de largo sin leerlo.

—¡Caminad por el borde, que la zona del lavacoches es muy resbaladiza! —gritó Beta haciendo aspavientos.

Jónas giró la cabeza con una sonrisa burlona.

—Vale, vale, profe.

«¡Menudo cernícalo!», pensó Beta, que no tragaba a Jónas. Lo conocía desde hacía años, y el trato siempre había sido igual de complicado. Era un tipo irritante. Le daba mucha rabia que en su gremio también hubiera cabida para este tipo de gente.

Se quedó observando al trío a medida que se alejaba. «Ese tío pasa de los consejos de los pueblerinos, ¿no?, pues allá él», murmuró Beta, y se quedó esperando lo inevitable.

Con pasos largos y rápidos, Jónas se dispuso a atravesar la zona de lavado en dirección al coche patrulla. Parecía tener mucha prisa por subir al avión que lo llevaría de vuelta a la capital. Cuando estaba a medio camino cayó estrepitosamente al suelo sobre el costado izquierdo. La caída parecía dolorosa. La nieve que había levantado volvió a descender lentamente sobre él.

Beta dio un respingo. Ese aterrizaje había sido extremadamente forzoso.

Jónas yacía en el suelo y no parecía capaz de levantarse por sus propios medios. Sveinn y Hörður se habían acercado corriendo, pero Jónas les indicó que se alejaran. Por su mueca agónica, estaba claro que le dolía mucho.

Beta se sacó el móvil y llamó a emergencias.

—Un hombre mayor acaba de sufrir una caída delante de la comisaría de Ísafjörður. Ha sido una mala caída de costado y no parece capaz de levantarse por sí mismo. Espero que no se haya roto la cadera.

Beta dio las gracias y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo. Miró a Jónas, que seguía tirado en el suelo. Aunque trataba de mantener una expresión seria, Beta no podía disimular una secreta satisfacción.

36

Noviembre de 2019, Reikiavik-Ísafjörður

Lian era un manojo de nervios. Con el móvil fuertemente presionado contra la oreja, fue a rascar una mancha de yogur de la mesa. Pero la mancha aún estaba pringosa y el líquido se extendió. Contrariada, Lian se limpió el pulgar en los vaqueros mientras esperaba a que alguien contestara al teléfono.

Hacía días que quería llamar a la policía, pero el turno de noche había desbaratado sus planes. Uno de los pacientes se había resbalado de camino al cuarto de baño y se le había caído encima. Lian se había golpeado la cabeza contra el suelo. Por suerte, el accidente no había pasado a mayores. Sufrió una conmoción cerebral leve y sólo había necesitado reposar un par de días. Como siempre, por las tardes había mucho alboroto en casa con las niñas, pero durante el día necesitó de la tranquilidad del hogar. El descanso le había sentado bien. Esa mañana volvía a sentirse fuerte y ya había informado a su jefa de que haría el turno de día.

Durante los días de baja, había desconectado completamente y olvidado todo lo relacionado con el trabajo, también de Jón Jónsson y Heiðar Arason, los protagonistas del artículo que había leído días atrás durante la pausa de la comida. Al volver al hospital, se había

acordado de todo aquel asunto. Tenía que contarle a la policía lo que sabía de inmediato. Quizá el detalle que recordaba era una tontería. Quizá el agente se limitaría a resoplar y le daría las gracias por ser una buena ciudadana antes de colgar el teléfono.

Finalmente, respondieron. Lian se presentó al estilo islandés: empezó deseando los buenos días, explicó desde dónde llamaba y dijo su nombre. Nada más mudarse a Islandia, Lian se dio cuenta de que allí todos se presentaban con el nombre de pila. No se usaban apellidos tradicionales, sino que todos los islandeses eran hijos o hijas de alguien. Al principio, le había parecido extraño pedir cita en la peluquería o presentarse ante el funcionario de turno con un tono tan familiar, pero ahora le resultaba algo de lo más normal.

Lian explicó el motivo de su llamada. Todavía tenía algo de acento, pero consideraba que tenía un dominio bastante bueno del islandés. Evitaba usar palabras difíciles y se conformaba con expresarse con perífrasis. Le contó al agente que trabajaba como enfermera en Kleppur. Su cargo real era de enfermera psiquiátrica, pero «enfermera» a secas era más sencillo de pronunciar, y además, al decir «Kleppur» todos comprendían a qué se refería. En Islandia no había otros hospitales psiquiátricos.

Explicó que había leído las noticias de las muertes de Jón en Ísafjörður y de Heiðar en Reikiavik. El agente no decía nada.

—Disculpe, ¿ha oído lo que le he dicho?

De la voz de hombre al otro lado del teléfono, Lian no pudo entender más que «*in English*».

Lian trató de hablar más despacio y preguntó a su interlocutor si sabía islandés. Ella hablaba filipino, español e islandés, pero no sabía

una palabra de inglés. Nunca lo había llegado a aprender. El agente al teléfono no parecía comprender el islandés.

—¿Hablas español?

Se oyó un profundo suspiro. Lian lo interpretó como una respuesta negativa. No tenían una lengua en común.

Trató de explicarle que volvería a llamar un poco más tarde. Se imaginó que el agente estaría solo durante ese turno. El asunto de Lian tendría que esperar hasta que llegara a la comisaría un agente que supiera hablar islandés. Al fin y al cabo, nadie estaba en peligro de muerte. Aunque ¿qué sabía ella? En cualquier caso, tenía que continuar con su jornada de trabajo. Los pacientes la estaban esperando. Lian se despidió de manera informal y sonriendo, para darle un poco de benevolencia a su voz.

Jakob se quedó mirando la pared, contrariado. Le frustraba no haber entendido nada. Había quedado como un idiota al teléfono, además de haber puesto a la otra persona en una situación igual de incómoda.

En su día, había tenido la misma sensación de impotencia en Noruega, cuando los amigos de Lena, su ex mujer, tras los primeros saludos e intercambios breves en inglés, pasaban al noruego y seguían hablando entre ellos. Jakob se había sentido muy pequeño en aquellas situaciones, como un niño al que los adultos no le contaran las cosas. Al aprender el idioma, dejó de sentirse como un extraño. Ahora tenía por delante la misma odisea. Había un largo

camino desde las frases de dos palabras a los serpenteantes diálogos. Sabía que aprendería islandés, pero le llevaría su tiempo.

La mujer que acababa de llamar le había parecido muy agradable. También le había dado la impresión de que le hablaba de un asunto importante, aunque ella no pareciera tener prisa. En aquel momento, Beta se encontraba en una reunión. E Hildur había salido: iba a pasarse por el museo del piso superior de la biblioteca para recoger unos papeles.

Jakob miró lo que había escrito tras la conversación con la mujer. El número de móvil, que había visto en la pantalla del teléfono, y las palabras «Kleppyr», «Jón», «Heiðar», «Satán» y «bendición». Se echó a reír: «La bendición de Satán.» Hildur tendría que devolverle la llamada a la mujer.

Jakob continuó revisando los registros del teléfono de Jón. Ya había revisado los mismos datos, pero volvería a comprobar los números una vez más. Quizá aún lograra encontrar algo fuera de lo normal. Además, podía tejer mientras observaba las cifras; el movimiento pausado y repetitivo lo ayudaba a concentrarse en el análisis de las largas filas de números.

Guðrún se había marchado a Reikiavik el día anterior. Jakob había pasado la tarde solo en casa y había tenido tiempo de avanzar con el jersey. Había unido las mangas a la pieza del cuerpo en las mismas agujas circulares. Ahora tenía por delante la parte más divertida: tejer el diseño de colores. En el patrón que había diseñado, en lugar de estrechar el canesú con vueltas de dos colores, todos los estrechamientos iban con un solo color. Eso agilizaba la labor y ayudaba a reducir los errores.

Casi había terminado la primera fila del canesú cuando volvió a sonar el teléfono. La persona que llamaba reconoció a Jakob en seguida, ya que cambió al inglés en cuanto oyó su nombre. Era Hlín, la reportera de Radio Nacional de Islandia en Vestfirðir. Se habían visto de pasada en la zona de la avalancha, entre las ruinas de la cabaña de Jón.

—Informasteis sobre la muerte de ese corredor hace un par de días.

La reportera hablaba en un tono amable, pero por su afilada voz era evidente que no llamaba para ver cómo estaba. Jakob le preguntó cómo podía ayudarla.

—Tengo entendido que no se trata de un accidente ni de un suicidio. ¿Puedes confirmar esta información?

Jakob organizó rápidamente sus pensamientos. No iba a mentirle, pero tampoco tenía intención de contarle nada. Había acordado con Beta y Hildur que todavía no harían público que se trataba de un asesinato. La muerte de Heiðar había sido un caso de homicidio tan evidente que la información se había hecho pública casi de inmediato. Lo mismo había sucedido con Jón, a quien le habían rebanado el cuello. Si los reporteros supieran que los tres casos estaban conectados entre sí y empezasen a escribir artículos sensacionalistas sobre un asesino en serie que andaba al acecho... Jakob no quería ni pensar en el caos que se podría desatar. La policía quería recabar más información sobre el caso antes de dejarlo en manos de los reporteros.

—Se cayó por el borde la barrera antiavalanchas y falleció a causa de las lesiones provocadas por la caída. La investigación sigue en

curso, por lo que en este momento no disponemos de más información.

Hlín respiró hondo.

—La gente tiene derecho a saber —añadió con énfasis.

Jakob le dijo en tono conciliador que se le practicaría una autopsia, igual que a todas las personas que no fallecían en el hospital.

—Te llamaré en cuanto tenga algo que contar, ¿de acuerdo? —propuso Jakob.

Anotó el número de móvil de Hlín.

—*Jæjja*. De acuerdo, quedamos en eso. Pero no te olvides de llamarme. Yo no voy a olvidarlo —insistió Hlín antes de colgar.

37

Noviembre de 2019, Ísafjörður

Hildur se enfundó los calcetines de lana y apoyó un pie en la silla. Puso la barbilla sobre la rodilla doblada y abrió las carpetas en la pantalla de su ordenador portátil. Gracias a la simpática trabajadora del museo, no había tardado en encontrar un montón de material.

El Archivo Municipal de Ísafjörður era uno de sus edificios preferidos del pueblo. Desde las grandes ventanas de aquel edificio blanco de piedra se veían el mar, las montañas y el cementerio. En verano era muy luminoso; en invierno, acogedoramente oscuro. Bajo sus altos techos, se distribuían salas amplias y espaciosas que invitaban a pensar. El edificio más bonito del pueblo había sido construido como hospital en la década de 1920. Cuando los pacientes y el personal sanitario se trasladaron a unas instalaciones más modernas, en la década de 1980, las dependencias del antiguo edificio del hospital pasaron a ser un museo y un centro cultural. Además del archivo municipal, el edificio albergaba una biblioteca y un museo de fotografía.

Hildur habría podido abrir los documentos digitales en la comisaría, pero prefería trabajar allí, rodeada de libros antiguos, montones de papeles, el tenue zumbido de los ordenadores, el tictac

del reloj en la pared y los tranquilos pasos de los trabajadores del museo.

Le resultaba más agradable trabajar allí que en la comisaría. Con los calcetines de lana y las salas de techos altos con sus ventanales, se sentía más cómoda para pensar. Era el lugar idóneo para descubrir los lazos que unían el presente con el pasado. Hildur estaba convencida de que sólo comprendiendo las historias que había detrás de los delitos, podía llegar a resolver un caso. «Si no se conoce la historia, no se puede entender la actualidad.» Nunca hablaba de este método en los retiros corporativos ni en las jornadas de formación de los detectives de policía. Era su método particular y no quería compartirlo. Por suerte, al ser la única inspectora de la región, no tenía que esforzarse por encajar en ningún grupo.

Ya estaba familiarizada con esa moqueta amarillo claro y los muebles de madera de los años sesenta. Había pasado seguramente cientos de horas sentada en el archivo municipal. Había descubierto el móvil de muchos delitos escarbando en el pasado de la gente. La mayoría de estos detalles, incluso los más interesantes o escabrosos, no acostumbraban a incidir directamente en la resolución de los casos, pero siempre ayudaban a comprender el móvil. Aunque alguna vez sí que había resuelto casos complejos gracias a estos documentos antiguos.

Recordaba un caso de extorsión sucedido años atrás. La policía se había enterado de que un granjero de ovejas chantajeaba a su anciano vecino. La hija del anciano había contactado con la policía al ver que su padre empezaba a sufrir graves problemas económicos, pero el hombre no había accedido a decir una sola palabra sobre el caso. La investigación había estado a punto de caer en dique seco,

hasta que Hildur, al consultar las actas de reuniones del concejo municipal de hacía veinte años, encontró información sobre unas transacciones internas. Así había descubierto por qué estaban extorsionando al vecino. Veinte años atrás, éste había sido miembro del concejo y había conseguido que el municipio vendiera un inmueble a su propia esposa. La mujer lo había comprado a un precio irrisorio, lo reformó y se lo alquiló al municipio como parque de bomberos. El matrimonio se había embolsado decenas de millones de coronas islandesas de los contribuyentes.

Este intercambio de favores no era extraordinario en la política municipal islandesa. Por lo general, los favores se escondían bajo la alfombra y nadie se enteraba de nada. Sin embargo, en aquella ocasión, el granjero, cuando el hijo del vecino había anunciado su candidatura a la alcaldía, había amenazado con sacar ese antiguo fraude a la luz y embarrar la reputación de la familia, a menos que el vecino le pagase.

No se habían presentado cargos porque el delito había prescrito, pero el granjero fue condenado a una pena de varios meses de prisión condicional por extorsión.

Hildur volvió a mirar la pantalla del ordenador y se centró en los documentos abiertos. Quería leer todo lo que pudiera sobre Jón, Heiðar y Freysi. Su objetivo era encontrar al menos un pequeño indicio del móvil del asesinato.

La archivista la había ayudado a buscar todos los materiales en los que aparecían los nombres de las víctimas. Noticias de periódico,

papeles oficiales y obituarios. En las viejas noticias relacionadas con los delitos de Jón, no encontró nada nuevo. El nombre de Heiðar aparecía constantemente, casi siempre en su papel de abogado. Hildur hacía comentarios en voz baja. Recordaba muchos de esos casos. ¡Ese hombre había representado a todo tipo de delincuentes financieros durante su carrera!

A continuación, se encontró con un retrato de Freysi publicado en el periódico local. El artículo había sido escrito al principio de su etapa como profesor de educación física en el colegio. «Me gusta madrugar», rezaba el titular. Hildur se permitió mirar la foto un poco más de la cuenta. ¡Qué joven y simpático! Al parecer, la foto debía de haberse tomado un día de viento: tenía el flequillo de punta. Hildur sintió un nudo en la garganta. Se lo tragó y, con determinación, cerró el archivo. Ahora no podía dejarse llevar por los recuerdos.

Hildur se levantó y fue a la ventana. Apoyó la frente en el bastidor y miró fuera. Los niños de la guardería habían salido a jugar. Vestidos con sus monos de nieve, los pequeños se tambaleaban por el patio como diminutas embarcaciones a merced de las olas. No se frustraban con las caídas. Al contrario, la polvareda de nieve los hacía corretear aún más descontrolados. Tras las gruesas paredes del museo, Hildur sólo podía imaginarse sus agudos gritos de regocijo. Los niños no seguían ningún plan, ninguna lógica, se limitaban a hacer lo que les divertía en cada momento. A Hildur le encantaba observar los espontáneos juegos infantiles. Le gustaban los niños, aunque ella no quería tener hijos. La maternidad no iba con ella.

Volvió a sentarse frente al ordenador. Tenía que revisar los obituarios. Por lo general, contenían mucha más información que los documentos oficiales o los artículos redactados por profesionales.

Los obituarios que publicaban los periódicos islandeses eran auténticas cornucopias de historias. No relataban sólo las hazañas de islandeses famosos y profesionales de éxito, sino que también narraban las vidas de personas normales y corrientes. Los textos mencionaban el lugar de residencia del difunto, su infancia, sus aficiones, sus amigos y, en ocasiones, incluso su equipo de fútbol o su destino de vacaciones preferido.

Los obituarios se escribían desde el punto de vista del autor del texto. Por eso mismo, un difunto podía tener varios obituarios, cuando los hermanos, los padres, los hijos, sus amigos o los compañeros de trabajo querían compartir sus propios recuerdos. Al comparar estos textos de carácter informal, se obtenía una imagen muy completa de la persona.

A Hildur le interesaba averiguar si Jón, Heiðar y Freysi habían escrito alguna vez un obituario, o si se los nombraba en el de alguna otra persona. Había transcurrido tan poco tiempo desde los homicidios que aún no se habían publicado textos sobre ellos. Los obituarios no solían aparecer hasta después del entierro.

En ocasiones, el anexo de obituarios del periódico se extendía durante veinte páginas, ya que se publicaban absolutamente todos los textos recibidos, incluso los que podían clasificarse como chapuza literaria. La muerte era más poderosa que la gramática. Los obituarios resaltaban la esencia de la islandicidad: la vida de cada persona era digna de narración y cada narración era importante. Las historias sobre los habitantes de la isla se relataban desde el primer

asentamiento, allá por el siglo IX. De las primeras aventuras de los vikingos nacieron las sagas islandesas, joyas de la corona de la literatura medieval.

Hildur ojeaba los obituarios que le había seleccionado el buscador. Muchos los descartaba ya a primera vista; al fin y al cabo, Jón Jónsson era uno de los nombres más comunes en Islandia. Había un solo obituario en el que aparecía el nombre de Freysi: hablaba un compañero de estudios llamado Rúnar. El chico, que también había estudiado para ser profesor de educación física, había muerto en un accidente de tráfico en la carretera a Grindavík. Freysi, junto con otros compañeros de clase, firmaba el obituario, en el que describían a Rúnar como un amigo en quien podías confiar, un estudiante que caía bien a todo el mundo y un jugador de vóleibol competitivo. Rúnar había conocido a Helga en el trabajo, y desde entonces había dejado de tener tiempo para jugar al vóleibol. Ese dato hizo sonreír a Hildur. Los amigos de Rúnar, conscientes de que habían quedado en segundo plano, se lo seguían echando en cara en el obituario.

Hildur abrió el siguiente enlace. Otro obituario dedicado a un Jón Jónsson que había muerto de cáncer a los noventa y seis años en Egilsstaðir, en el este de Islandia. Sin embargo, al final de esa misma página había algo más. Un texto muy breve que llamó la atención de Hildur. Los obituarios solían ocupar como mínimo un cuarto de página. Éste no tenía más de dos párrafos y ni siquiera incluía foto.

Mis ojos, tus ojos
oh, piedras preciosas
lo mío es tuyo y lo tuyo es mío
sabes a qué me refiero.

Lo siento, por todo. Ni siquiera llegamos a conocernos.
Heiðar.

Hildur conocía esos versos. Igual que la mayoría de los islandeses. Era uno de los poemas de amor más famosos en islandés: la primera estrofa del poema escrito por la poetisa Rósa Guðmundsdóttir en el siglo XIX. La poeta le decía cosas bonitas a su amado.

El final del obituario era tan misterioso que despertó el interés de Hildur. ¿Por qué lo firmaba como Heiðar a secas? Los obituarios nunca se firmaban sólo con el nombre de pila, sino que se incluía el nombre completo y el título o la relación con el difunto. Sin embargo, en aquel obituario no había ningún dato. Era como si el redactor no hubiera querido revelar más que su nombre de pila.

Los datos relacionados con el difunto eran escuetos. No había foto. El obituario había sido escrito en octubre de 2012. La mujer se llamaba Valgerður Indriðadóttir y había fallecido muy joven, a los veintiún años. No se indicaba el motivo de la muerte, aunque eso tampoco era nada extraño. Algunas veces se incluía y otras no. La vida era más importante que la muerte. Lo relevante era lo que el difunto y el redactor del obituario habían vivido juntos.

Hildur se sacó del bolsillo una pequeña libreta en la que acostumbraba a tomar notas de todo tipo. Sobre todo, cosas que no estaban directamente relacionadas con ninguna investigación en curso, pero que parecían envueltas en un espeso velo de niebla que había que entreabrir. Hildur escribió el nombre de Valgerður, así como las fechas de su nacimiento y de su muerte.

Guardó el obituario en su ordenador, deslizó la libreta en el bolsillo y decidió volver a la comisaría.

Acababan de despejar el patio del museo y la nieve crujía bajo sus zapatos. La brisa le enredaba el pelo y le daba con él en la cara. Eran casi las doce, pero el día seguía bastante oscuro. Las nubes eran tan densas que ni siquiera la poca luz que aún quedaba en el cielo lograba llegar hasta ellos. Hildur se protegió con la capucha y aceleró el paso.

No podía sacarse de la cabeza el texto que acababa de leer. Le inquietaba el firmante de aquel obituario. Hildur sabía que en Islandia había muchos Heiðar, además del abogado atropellado. Eso no tenía por qué significar nada.

Más que el nombre, lo que la extrañaba era la contradicción del texto. ¿Por qué el redactor del obituario decía que nunca había conocido a la difunta? Al fin y al cabo, los obituarios se escribían sobre familiares, amigos y otros seres queridos. ¿Qué había querido decir aquel Heiðar exactamente? Hildur no tenía intención de olvidar el asunto. Tenía que seguir escarbando.

38

Hildur le hincó el diente a la sabrosa pizza. Queso a la pimienta con pepperoni picante era una combinación insuperable. Dejó el borde en el plato y cogió otro trozo. Habían sucedido tantas cosas durante los dos últimos días que su cuerpo le pedía constantemente comida. Era insaciable.

La comida de la pizzería de debajo de la comisaría no era la más sana del mundo, pero estaba buena y quitaba el hambre. Hildur miró por la ventana del establecimiento. Al final del pueblo, detrás de la última calle de casas, las montañas de cima plana se elevaban hacia el cielo. A esas horas, el sol apenas alcanzaba a rozar la cumbre de las montañas y hacía resplandecer la parte superior de las laderas. El cielo era azul y el mar estaba liso como un espejo. Hacía el tiempo perfecto para disfrutar al aire libre. Si tuviera un trabajo normal de ocho a cuatro, podría salir a correr al terminar la jornada. Sin embargo, en ese preciso momento, una carrera recreativa vespertina le parecía una aspiración tan lejana como unas vacaciones de surf en Marruecos.

La jornada de Hildur no estaba siendo tan bonita como el tiempo. El día anterior se lo había cogido libre para recuperar fuerzas. Había pasado la mañana leyendo documentos antiguos, y, al volver a la

comisaría, les había pedido a todos que no le preguntaran cómo lo llevaba. Quería seguir trabajando y punto.

Jónas, tras su resbalón del día anterior, había acabado en el hospital. Se había roto la cadera y no iría a ninguna parte durante las siguientes semanas. El equipo forense había volado a Reikiavik con el cadáver de Freysi.

Hildur se quedó mirando las montañas. Mucho tiempo atrás, aquel trozo de lava nacido de la unión de dos placas tectónicas había estado cubierto por una capa de hielo de varios kilómetros de grosor. El nuevo territorio era fruto de la actividad volcánica. Cuando los volcanes entraban en erupción bajo la masa de hielo, se formaban montañas con la cima plana. Pensar en las montañas aplanadas por el hielo le resultaba reconfortante. Las montañas nacían con un peso, pero nacían, a pesar de todo. Simplemente, eran diferentes al resto.

—Hildur, ¿me estás escuchando?

Jakob la miraba desde el otro lado de la mesa.

—Lo siento, no estaba escuchando.

Hildur apartó el plato de pizza vacío.

—Te preguntaba si me podías ayudar un poco —dijo Jakob, y le contó la extraña llamada que había recibido por la mañana, de la que no había entendido absolutamente nada, a excepción de las palabras «Satán» y «bendición».

Le enseñó a Hildur el papel en el que había escrito las palabras: *Kleppyr*, *Jón*, *Heiðar*, *seitna* y *bles.*

Hildur estalló en carcajadas. El arrebato de júbilo le sentó bien y la risa la tranquilizó. Cuando logró estabilizar la respiración, cogió el papel y volvió a mirarlo.

—*Bless* no significa «bendición». Se usa para despedirse. «Seitna», escrito *seinna*, no tiene nada que ver con Satán, sino que significa «más tarde». Kleppur es un hospital psiquiátrico en Reikiavik —le explicó —. ¿Quién te ha llamado? ¿Algún paciente del hospital?

—No sabría decirte. Parecía una persona bastante razonable. El problema es que no entendí nada de lo que me decía.

Los dos sabían que la policía a menudo recibía llamadas de broma. Algunas personas sólo querían charlar un rato y, si no tenían con quién hablar, sabían que la policía siempre respondía al teléfono. Otras llamadas eran de chiflados. Las personas telefoneaban porque habían visto ovnis o porque habían sido testigos de un asesinato que había salido en la prensa el día anterior.

—¿Puedes devolverle la llamada para no dejar el asunto pendiente?

Jakob le mostró el número al final de la hoja, que había copiado de la pantalla de su propio teléfono.

Hildur sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó el número. Tras el sexto tono, se dio por vencida. Volvería a intentarlo más tarde.

Los dos policías salieron de la pizzería con los abrigos de invierno bajo el brazo y se dirigieron hacia el patio trasero del mismo edificio, por el que se entraba en las dependencias de la comisaría. Beta estaba sentada en su despacho hablando por teléfono. Sobre el escritorio había un paquete de galletas a medias. Se oía la voz monótona del locutor de las noticias de la radio.

Hildur y Jakob estaban sentados frente a sus ordenadores a su mesa de trabajo. Hildur anotaba sus observaciones sobre los

acontecimientos de los últimos días, mientras que Jakob se centraba en los datos telefónicos. Comparaba las llamadas entrantes y salientes de Jón y de Freysi; trataba de encontrar números en común y comprobaba las horas.

Hildur cerró el portátil de golpe y se puso en pie.

—Oye. He estado pensando en una cosa relacionada con Heiðar. Vámonos un par de días a Reikiavik. Tenemos que encontrar más información sobre ese abogado muerto.

Hildur no podía parar de pensar en ese inquietante obituario firmado por el misterioso Heiðar. Tenía un presentimiento. Además, era muy raro lo que les había contado el inspector Jónas sobre la viuda de Heiðar: al parecer, la muerte de su marido no le había causado ninguna consternación. Hildur quería hablar con ella. Por fuerza tenía que saber algo acerca de las actividades de su difunto marido, algo que a nadie se le hubiera ocurrido preguntarle. Además, Jónas estaba en el hospital, por lo que la investigación en Reikiavik avanzaría a un ritmo más lento durante los siguientes días.

—También tienes que hacer algo de turismo por Reikiavik durante tu periodo de prácticas. Si el viaje resulta ser inútil en el aspecto laboral, al menos podrás decir que has visitado la capital más septentrional del mundo.

Jakob no tenía ninguna objeción al respecto. Enrolló de forma ordenada el cable del cargador del portátil, cogió las cosas más importantes del escritorio y las metió en el bolso.

—Te recogeré dentro de media hora. Ve al baño antes de que nos vayamos. Hay dos horas y media de viaje hasta el área de descanso más cercana —dijo Hildur mirando por la ventana: empezaban a

formarse nubes oscuras —. O más bien tres. Va a caer una buena y no me apetece correr por el aguanieve.

Le contó a Beta que se iban de excursión a Reikiavik. Ella aprobó la idea: era importante investigar la vida de las víctimas. A Hildur le gustaba su forma de dirigir la comisaría. Beta los consideraba unos expertos: sólo ellos sabían lo que era esencial para su trabajo, por lo que les daba mucha libertad para decidir las acciones que debían tomarse en cada caso. No tenían que informar a la jefa de cada cosa que hacían: lo que importaba eran los resultados.

Hildur fue de la comisaría a casa. Tenía que poner el coche a calentar, meter en la maleta la ropa de correr, el cepillo de dientes, la crema facial y una muda, además de preparar el termo de café para el viaje. Al mirar las zapatillas de correr de invierno, de caña alta y desgastadas en los bordes, decidió incluir los botines de otoño, más elegantes, en su equipaje. En Reikiavik no habría tanta nieve como allí. Se las arreglaría con ropa más ligera.

No les había contado ni a Beta ni a Jakob toda la verdad sobre el viaje, pero no tenía remordimientos de conciencia. No había mentido; se había limitado a omitir un detalle. Tenía que hacer una parada a medio camino.

No dejaba de pensar en las palabras de Magnús sobre aquel ambiguo albañil. Magnús no había sido capaz de recordar su nombre, pero ella lo había reconocido por su descripción. Jón había estado en el mismo túnel en el que había terminado el rastro de sus hermanas. Jón había vivido en la granja vecina de la de Magnús. Hildur quería ir allí.

39

Noviembre de 2019, Ísafjörður-Reikiavik

Hildur había acertado con su predicción: el tiempo había empeorado. Caía tanta aguanieve que el efecto de los limpiaparabrisas era mínimo. En cuanto los brazos la despejaban, el cristal volvía a cubrirse de una pasta húmeda y pegajosa de inmediato. Había muy mala visibilidad, por lo que Hildur conducía con extrema precaución: mantenía la velocidad por debajo de ochenta sin apartar la vista de las rayas de la carretera.

La muñequita de la falda de paja temblaba con los vaivenes del vehículo. Iban en el coche de Hildur. Las condiciones de tráfico eran complicadas y estaba empezando a helar en las carreteras de montaña que atravesaban la meseta. Allí la cellisca dificultaría que las máquinas quitanieves de la Administración de Carreteras mantuvieran las vías despejadas a esas horas del día. En condiciones tan desfavorables, Hildur prefería confiar en *Brenda*. La había adaptado con neumáticos de cuarenta pulgadas y tendría que haber mucha nieve para que se quedara atascada en la carretera. Además, si usaba su propio vehículo, podía reclamar una compensación por los kilómetros recorridos durante el viaje. Esos ingresos libres de impuestos eran un extra muy bienvenido.

—Por suerte, no tardará en oscurecer. —Hildur suspiró con las dos manos aferradas al volante.

—Ni que lo digas. Con esta lluvia torrencial, los reflectantes de las balizas de nieve se ven mejor en la oscuridad —dijo Jakob dándoles a las agujas de tejer.

La bolsa de las lanas estaba afianzada en el espacio entre el freno de mano y el asiento.

—¿En Finlandia suele hacer un tiempo tan horrible? —preguntó Hildur.

Miró de reojo la pieza de lana en el regazo de Jakob. Si había tenido tiempo de tejer, significaba que Guðrún seguía de viaje de trabajo. El jersey parecía casi terminado; le estaba quedando precioso, con largas líneas gráficas y colores terrosos. Era un diseño moderno, pero a Hildur le recordaba las viejas labores de punto de cruz que decoraban las paredes de la casa de su tía Tinna.

—Nieve, hielo y oscuridad. Rara vez tenemos un viento tan fuerte —respondió Jakob.

Pasaron el pueblo de Súðavík, que parecía más miserable si cabe en medio de aquel paisaje gris. Pequeñas casas, una junto a otra, como buscando cobijo entre ellas. Carreteras cubiertas de aguanieve. Ni un solo árbol a la vista. Una estación de servicio abandonada completaba aquel ambiente fantasmagórico. Sobre las ventanas rotas habían clavado paneles de contrachapado. Estaban hinchados por las lluvias caídas a lo largo de los años y no aguantarían mucho más en su sitio.

La serpenteante carretera rodeaba las montañas siguiendo la costa. En esa zona de Islandia, las autovías se habían construido junto a la costa de forma intencionada. En las montañas, el

mantenimiento de las carreteras resultaba muy caro durante el invierno, ya que en una noche podía caer tal cantidad de nieve que las máquinas de despeje no podrían circular por aquel terreno abrupto y lleno de curvas. Muchas de las carreteras más intransitables de la meseta se cerraban en invierno. Cerca de la costa, el terreno era más uniforme y era posible despejar la nieve.

Pasado Álftafjörður, había otro fiordo de apenas diez kilómetros. Después, la carretera giraba hacia Hestfjörður. Debía su nombre al monte de Hestur, «caballo» en islandés, que se erguía hasta los quinientos metros en el borde septentrional del fiordo, a merced de los embates del Atlántico.

—Ahí es adonde voy en otoño a buscar bayas de cuervo para hacer zumo —dijo Hildur señalando con la cabeza la montaña de cima plana que dominaba el paisaje.

Allí podía estar en completa tranquilidad. Hildur nunca había visto a otros recolectores de bayas en la zona porque no había ninguna carretera que llevara hasta la montaña. Era necesario caminar durante varios kilómetros cargando con los cubos y pocos tenían la condición física o el tiempo para hacerlo.

Cada año, durante el mes de septiembre, Hildur dedicaba un par de semanas a recolectar bayas. Hacía una pausa en los entrenamientos y, cuando tenía un rato libre, cogía los cubos y se iba para allá. A veces recogía arándanos silvestres o arándanos negros, pero le gustaban más las bayas de cuervo, algo ácidas y de piel dura. Una vez en casa, limpiaba las bayas de hojas y ramitas y hacía zumo. Solía preparar más botellas de la cuenta, por lo que muchos de sus conocidos recibían zumo de bayas de los fiordos como detalle o como regalo de Navidad. Axlar-Hákon, el patólogo de

Reikiavik, era el mayor fan del zumo de bayas de cuervo de Hildur. En esa ocasión también había metido en el maletero varias botellas para Hákon envueltas en hojas de periódico. Cada vez que visitaba Reikiavik, le llevaba alguna botella de zumo. Lo hacía para darle una alegría a su colega, pero tampoco le venía mal que el único patólogo del país se sintiera en deuda con ella por unos cuantos litros de néctar.

Así funcionaban las cosas en Islandia. Alguien conocía a alguien que estaba dispuesto a ayudarte a saltarte la fila. Se hacían favores y se intercambiaban servicios unos a otros.

Jakob miró hacia la montaña y asintió en señal de aprobación. Aún tenía mucho que aprender. Cuanto más circulaba por aquellas carreteras, más cortos le parecían los viajes. Los fiordos se volvían cada vez más familiares, las curvas más suaves y las montañas más impresionantes. Daban ganas de pararse a observar.

—Éste es el cuarto fiordo. ¿Cuántos quedan todavía?

—Tres fiordos profundos y una carretera de montaña hasta la primera estación de servicio. Entonces, estaremos a mitad de camino.

A los fiordos más remotos no llegaban la señal de radio ni la cobertura del móvil. Dentro del coche, el tintineo de las agujas de Jakob y el crujido de los limpiaparabrisas creaban un ambiente acogedor. Continuaron el camino en silencio.

Hildur puso el intermitente y acto seguido salió de la carretera principal asfaltada para adentrarse por un camino estrecho.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Jakob mirando a Hildur.

—Tengo que gestionar un pequeño asunto; seré rápida.

Redujo la velocidad al avanzar por los baches. Cuando llegaron al patio de una granja, Hildur detuvo el coche delante de un establo desvencijado. Hacía mucho que allí no se refugiaba ninguna oveja. Fuera del coche reinaba la oscuridad, pero las luces de *Brenda* iluminaban el establo. Las ventanas estaban selladas con láminas de madera y una esquina del tejado se había derrumbado.

Hildur miró el edificio principal. Parecía habitable, aunque el exterior estaba bastante deteriorado. La pintura se había desconchado y los aleros estaban colgando, pero las paredes seguían rectas y las ventanas tenían cristales. En el piso inferior se veía una luz encendida y había una furgoneta aparcada delante de la casa. Hildur había examinado el mapa a partir de la descripción de Magnús y estaba segura de que habían llegado al lugar correcto. Ésa era la granja en la que vivía Jón en la década de 1990.

Hildur necesitaba ver el lugar por sí misma. Había pasado por delante de aquella solitaria granja decenas, posiblemente cientos de veces en su camino entre Ísafjörður y Reikiavik. Ya había reparado en ella en alguna ocasión, pero nunca había entrado hasta el patio.

Hildur no había podido averiguar si la granja estaba habitada. No había nadie empadronado en esa dirección y no había ningún nombre o número de teléfono vinculado a ella. En cualquier caso, parecía que las luces estaban encendidas y eso le daba esperanzas.

«¿Esperanzas de qué?», pensó. Lo cierto era que no sabía qué esperaba. No le había contado nada de la parada a Jakob porque no habría sabido qué decirle sin sonar como una auténtica chiflada.

Jakob, aún con las agujas de tejer en la mano, seguía mirándola interrogativamente.

—Quédate en el coche. Luego te lo explico.

Hildur cerró de un portazo y fue dando zancadas hasta la puerta de la casa. Como era de esperar, no había timbre, por lo que dio unos golpecitos en el cristal de la puerta. La aguanieve le estaba empapando el pelo. Había tratado de ponerse la capucha, pero contra la cellisca islandesa no había nada que hacer. El viento la arrastraba a su antojo y le daba de pleno en la cara. Se secó con la manga del abrigo y volvió a golpear la puerta, esta vez un poco más fuerte. Percibió movimiento en el pasillo y alguien agarró el pomo desde el interior.

La puerta se abrió hacia dentro, como era costumbre en Islandia. En invierno se acumulaba tanta nieve delante de las puertas que no era posible abrirlas hacia fuera. Una puerta que se abría hacia dentro garantizaba que los habitantes pudieran salir de casa rápidamente en cualquier época del año.

Era una mujer de la edad de Hildur con aspecto amistoso.

—¿Problemas con el coche?

En aquellas regiones tan escasamente pobladas, los habitantes estaban acostumbrados a las visitas inesperadas de viajeros ocasionales en busca de ayuda. Si uno se quedaba sin gasolina o se le pinchaba un neumático, no era posible pedir ayuda por teléfono. Era necesario acudir a la casa más cercana, que podía encontrarse a varias decenas de kilómetros de distancia.

—No, nada de eso —se apresuró a responder Hildur. Explicó que era policía y que se dirigía a Reikiavik por cuestiones de trabajo —. Quería hacer una parada de camino en esta granja. Es que, eh... ¿Puedo pasar?

Al mencionarle que era policía, la mujer dio un paso atrás. Se envolvió aún más en la larga chaqueta de lana y metió las manos en

los bolsillos laterales. Hildur estaba acostumbrada a esas reacciones de la gente. Por lo general, un agente de policía en la puerta no presagiaba nada bueno.

—He venido por un asunto que no está relacionado contigo, sino con esta vieja granja.

La mujer se seguía mostrando algo escéptica, pero la invitó a pasar. Le pidió que se sentara a la mesa de la cocina y le ofreció una taza de café. Hildur la rechazó; quería que la visita fuera breve. Jakob estaba esperando en el coche e iban a pararse en el kiosco de Hólmavík para tomar un café. La mujer, en cualquier caso, se sirvió una taza. Se llamaba María Jónasdóttir; era una ceramista de Reikiavik. Le contó que había comprado la granja en una subasta notarial hacía un par de años. La estaba reformando para que fuera su estudio. El proyecto avanzaba muy despacio; trabajaba durante las vacaciones y los fines de semana largos. Debería estar terminado antes del verano.

María le contó que quería reacondicionar el viejo establo para montar un taller de cerámica. Su sueño era instalar un horno.

—Ahora todavía tengo que llevar las piezas a cocer a Reikiavik.

Hildur sonrió. María era justamente como ella se hubiera imaginado a una ceramista, con un colorido vestido de manga larga, una larga chaqueta de lana, un enorme broche y el pelo rizado atado con una cinta de seda.

Hildur fue directa al grano. Quería conseguir algún dato del pasado de la finca que no pudiera encontrar en las fuentes oficiales.

—¿Conocías a los anteriores propietarios?

—Lamentablemente, no. Compré la granja en una subasta tras una herencia conflictiva. El agente inmobiliario me dijo que la

herencia llevaba décadas sin repartirse. No la pusieron a la venta hasta que los más pendencieros de la familia no hubieron muerto. Puedo buscar la información sobre los antiguos propietarios, si quieres.

Hildur le dio las gracias, pero le dijo que no sería necesario. Esos datos podía encontrarlos en el registro con un par de clics.

—Pero cuéntame quién vivía aquí antes que tú.

María se encogió de hombros y se disculpó por no ser capaz de responder a la pregunta. No lo sabía.

—Si no entendí mal, lo tenían alquilado en negro.

A Hildur no le sorprendió este dato. Había encontrado la información del registro nacional en la comisaría y, según los datos oficiales, en esa dirección no había vivido nadie en los últimos treinta años.

—Cuando vine por primera vez, hace un par de años, el lugar parecía abandonado. Entraba agua por las ventanas y la casa estaba plagada de ratones. La reparación del tejado también me costó una fortuna —dijo María cogiendo la taza con ambas manos; en las casas antiguas hacía frío —. ¿Puedo saber por qué lo preguntas?

La ceramista parecía tener curiosidad. Hildur se preguntó si aquella visita serviría de algo.

—Está relacionado con un caso que se está investigando.

María arrugó la nariz. Parecía ofendida.

—Yo no he notado que haya ninguna ilegalidad aquí.

—Se trata de un caso muy antiguo —añadió Hildur; su voz ya no reflejaba tanta paciencia —. Cuando te mudaste a la granja, ¿qué hiciste con los trastos viejos?

María no tuvo que pensar mucho. Los herederos habían vaciado el patio y los edificios y se lo habían llevado todo. Fue una de las condiciones para la compraventa.

El lugar estaba plagado de cosas: viejas ruedas de tractor, maquinaria estropeada, bidones de aceite oxidados y grandes montones de redes de pesca que estropeaban el paisaje. La montaña de chatarra se veía desde la carretera principal.

Hildur sintió un leve pellizco en su interior. Era la llama de la esperanza que se apagaba. Se había encendido cuando el adiestrador de perros le había hablado del albañil de la cicatriz en la cara que había vivido en esa granja en la época de la desaparición de sus hermanas. Hildur había deseado encontrar algo en la granja que le arrojase un poco de luz sobre su desaparición. No dejó que se le notara la frustración. Le dio las gracias a María, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto, ¿qué tipo de bayas crecen por aquí?

—Ahí atrás crecen muchos arándanos silvestres. Este otoño recogí varios cubos. Son bastante pequeños, pero tienen un sabor excelente.

—Cuanto más pequeños, más sabrosos. Aunque recolectarlos es un trabajo arduo —dijo Hildur.

Se sentó en el taburete de la entrada. Las botas de invierno no dejaban entrar el agua, pero tampoco la dejaban salir. El sudor de los pies quedaba aprisionado en el calzado impermeable, lo que resultaba muy incómodo. Notó un olor agrio al ponerse las botas. Maldito tiempo invernal.

María se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta. Hildur tuvo la impresión de que el búho del broche de la chaqueta

de la ceramista la miraba fijamente. La mujer parecía haber recordado algo de pronto.

—En realidad, acabo de acordarme de un pequeño detalle. No creo que sea importante, pero...

Hildur se enderezó y su mirada pasó del búho a María.

—Cuéntamelo.

María se envolvió aún más en la chaqueta de lana. Le contó que el verano anterior había reformado el establo al otro lado del patio. Tenía planeado instalar allí el horno de cerámica cuando hubiera ahorrado dinero suficiente para comprarlo.

—Detrás del cobertizo había un montículo extraño. Llamaba bastante la atención en el terreno uniforme del patio. En aquel momento, pensé que quizá lo habían considerado una casa de elfos y por eso no lo habían tocado.

Algunos islandeses no tocaban los montículos y piedras de sus patios porque creían que en su interior vivía el pueblo oculto, es decir, los elfos. Le dejaban las placentas de las vacas y las yeguas como ofrenda y nunca cortaban la hierba ni segaban con ruidosas máquinas cortacésped.

Los elfos de los relatos folklóricos islandeses eran seres antropomorfos invisibles que podían hacerse visibles cuando lo necesitaban. Estos seres vivían ocultos en la naturaleza, pero de vez en cuando hacían visitas a la gente: castigaban a los que se portaban mal, con incendios misteriosos o rompiendo objetos, y hacían favores a las buenas personas. Si se perdían en la niebla, las ayudaban a volver a casa, por ejemplo, y si respetaban la naturaleza, les aseguraban una buena cosecha.

—¿Puedes enseñarme el lugar? —preguntó Hildur.

La cellisca se había convertido en lluvia. Las dos se habían puesto la capucha y caminaban con la cabeza gacha y pegada a los hombros. María fue hacia la parte trasera del establo y se detuvo junto a la pared para cobijarse bajo el tejado. Fue en vano: la lluvia era más astuta que ellas y llegaba allí donde no había protección.

—¡A esto me refería! —gritó María entre la lluvia mientras señalaba al otro lado de la esquina.

Encendió la linterna e indicó un punto al lado de la pared.

Hildur se colocó justo al lado de María y siguió el haz de luz con la mirada. Se estremeció. Era, ciertamente, un montículo de gran tamaño que se distinguía con toda claridad en aquel terreno uniforme.

Sintió que el suelo blando temblaba bajo sus pies. Olía a tierra mojada. La lluvia trepidaba contra el tejado del establo como las voces de un coro masculino en una iglesia. Bajo la luz de la linterna de María, las briznas de hierba parecían finos cabellos dorados.

Por la mente de Hildur desfilaron recuerdos de lugares en los que había estado con sus hermanas y de momentos que habían vivido juntas. No tenía más que unos pocos recuerdos de ellas y algunos se habían ido desvaneciendo. Se acordaba de una Navidad en la que las tres recibieron unos cochecitos de juguete que funcionaban con agua. Organizaron una carrera desde la puerta de la cocina hasta el sillón más alejado del salón. Ganó Rósa, y no paró de dar saltos de alegría.

Hildur recordaba la sonrisa de Rósa, pero no recordaba el año ni si aquella Navidad había nevado.

El haz de luz de la linterna de María hizo salir a Hildur de su ensimismamiento. Miró la formación del terreno que le señalaba la

ceramista. Parecía un montículo artificial. El terreno, de un par de metros de largo y un metro de ancho, se elevaba al lado del redil de las ovejas. Al principio Hildur pensó que podría ser una fosa de estiércol, pero rechazó la idea. Nadie pondría un estercolero tan cerca del establo por el riesgo de parásitos. Era fácil imaginarse que era un lugar sagrado para los elfos. Es decir, si se creía en los elfos. Para Hildur no eran más que viejas leyendas populares que la gente había inventado para divertirse y consolarse en una época en que no existían los ordenadores y los teléfonos inteligentes.

El agua le corría por la cara y le entraba por el cuello del abrigo. Era agua de lluvia, o quizá fueran lágrimas. Puede que fueran la misma cosa.

El montículo era demasiado simétrico. Dos metros de largo, metro y medio de ancho, medio metro de alto. Una vocecita temblorosa susurraba en su interior. En lo más profundo de su ser, sabía que tenía razón. Se encontraba delante de una tumba.

40

Después del último fiordo, la carretera ascendía hacia las montañas. La ruta de Steingrímsfjarðarheiði, de unos cuarenta kilómetros, conectaba la región de Strandir, al este de Vestfirðir, con Ísafjarðardjúp, puerta de entrada a Ísafjörður. La ruta no se había abierto al tráfico hasta mediados de la década de 1980. Hasta entonces, por allí sólo pasaba un insignificante sendero.

El punto más alto de la ruta se elevaba hasta los quinientos metros. No era una gran altitud para una carretera de montaña, pero las condiciones climáticas la convertían en un desafío. Durante el verano, por la cercanía del mar, quedaba cubierta de una bruma espesa. A lo largo de los años, se habían perdido muchas personas en la niebla, algunas para siempre.

La estrecha carretera de curvas requería mucho control del volante. Durante el invierno, el clima era más despiadado en la meseta que abajo, en los pueblos. Nevaba en abundancia y los fuertes vientos azotaban la nieve de un lado a otro. La carretera tenía que cerrarse al tráfico con frecuencia debido a las tormentas. Sin embargo, ese día habían retirado hacia un lado el gran portón de hierro y la carretera estaba abierta.

Hildur miró de reojo el panel de información meteorológica que había en el lado derecho de la carretera: indicaba que la

temperatura en la meseta era de dos grados bajo cero y que el viento soplaba a una velocidad máxima de veintidós metros por segundo. Trataba de mantener la calma, aunque hervía por dentro. Su cabeza estaba llena de pensamientos incompletos.

Existía una conexión entre sus hermanas desaparecidas y Jón. El albañil había vivido en la vieja granja y había trabajado en el túnel en la época de la desaparición de las niñas. Ahora acababa de ser asesinado. Igual que Freysi y que Heiðar. No parecía que hubiera ninguna lógica en todo aquel asunto. Aun así, Hildur estaba convencida de que eran piezas que formaban parte de un todo, aunque todavía no entendía cómo encajaban. Lamentaba no haber podido contarle todavía a Jakob el motivo de la visita a la granja. El finlandés se había quedado en el coche tejiendo su jersey. Hildur estaba agotada al volver al coche, y Jakob se había ofrecido a conducir el resto del viaje. Ella se había negado, alegando que era demasiado complicado conducir por la carretera de montaña.

—Vale.

Eso era lo único que había dicho Jakob. «Vale.» Y había seguido enfrascado en sus agujas.

La subida era muy empinada, así que Hildur le dio más gas al coche.

Jakob rompió el silencio.

—¿Aquí hay troles de ésos?

Por la ventanilla se podía ver un campo de lava cubierto de nieve que parecía no tener fin. Negras formaciones de lava emergían aquí y allá entre la nieve, donde habían quedado expuestas por el viento. El ondulante paisaje de lava se extendía hasta donde llegaban las luces largas del coche.

En la oscuridad era difícil saber dónde empezaba el cielo y dónde terminaba la tierra. El paisaje parecía una sábana estampada de negro y de gris.

Hildur soltó un bufido.

—Son historias inventadas. Trucos de marketing.

A los turistas les contaban historias de troles que vivían en el interior de las montañas. Cuando un volcán entraba en erupción, era porque estaban cocinando y sus gachas se desbordaban de la olla. Luego todo el mundo se reía. «¡Qué graciosos son estos islandeses!»

Sin embargo, algunas de esas historias se consideraban verdaderas en la época en que surgieron. Explicaban la formación de los accidentes geográficos y el origen del mundo.

—Las viejas leyendas cuentan que la ruta que atraviesa esta cadena de montañas surgió cuando un trol llamado Kleppa pasó por allí a lomos de su caballo Flóki.

—¿Todavía es posible ver al jinete y su corcel?

—Por supuesto. Tan probable como tomar buen café en el kiosco de Hólmavík.

El café del termo dispensador era tan horrible como siempre. A juzgar por el olor a quemado y la mancha de grasa que flotaba en la superficie, llevaba allí desde la hora de comer. Hildur y Jakob también habían comprado en el kiosco perritos calientes con todos sus complementos, dos tarros de *skyr* de vainilla y una enorme bolsa de chucherías. Se sentaron en el rincón más alejado de la sala y se comieron su modesta cena de viaje.

A la altura del pueblo de Hólmavík, los móviles tenían cobertura. Con una cucharada de *skyr* en la mano, Hildur llamó a su jefa con la intención de quitarse de encima el asunto más desagradable del día. Necesitaba su permiso para hacer excavaciones.

—Hola, soy Hildur. El viaje ha ido bien hasta ahora. Estamos en Hólmavík bebiendo café malo... Oye, necesito una excavadora en Ögurvík.

Hildur le explicó a Beta lo que le había contado el adiestrador de perros sobre el hombre de la cicatriz, la visita a la granja de Ögurvík y el montículo que parecía una tumba. Beta se mostró recelosa.

—Maldita sea, descuéntamelo del sueldo entonces —dijo Hildur, y cortó la llamada.

Ya se había imaginado que a Beta no le parecería bien poner en marcha la excavación. Qué se le iba a hacer. No sería la primera vez que actuaba en contra de las opiniones de su jefa.

Jakob la miraba impasible por encima de su perrito caliente, pero no dijo nada. Parecía estar esperando amablemente a que Hildur decidiera mencionar la parada en el camino.

—Tienes mayonesa en la barbilla —dijo Hildur, y le tendió una servilleta.

Jakob engulló el resto de su humeante perrito, se limpió la mayonesa de la barba y tiró el envoltorio a la basura.

Volvieron al coche, se pusieron los cinturones de seguridad y continuaron por la siguiente carretera de montaña en dirección a Þröskuldar. Apenas les quedaban tres horas de viaje para llegar a Reikiavik.

—¿Te molesta si uso la linterna?

Jakob se puso el frontal y redujo al mínimo la intensidad de la luz.

«Y esto es lo que pasa cuando uno se aficiona a tejer», pensó Hildur, riendo para sus adentros.

—Si no me apuntas con ella, no me molesta.

Hicieron el resto del viaje hasta Reikiavik en completo silencio. Cuando la carretera que cruzaba la montaña se unió a la carretera de circunvalación de Islandia, se recuperó la cobertura de radio y los teléfonos volvieron a funcionar con normalidad. Hildur escuchó primero el boletín de noticias de la tarde de Radio Nacional de Islandia, y luego el programa musical *Kvöldvaktin*, «turno de tarde». Después de la lectura de obituarios, era su programa de radio preferido. En cada episodio, los presentadores ponían música y conversaban sobre cada pieza y lo que significaba para ellos. A Hildur no le interesaba demasiado la música y se aburría como una ostra sentada en los conciertos. A los conciertos en los que el público está de pie frente al escenario y baila al ritmo de una música demasiado alta ni siquiera asistía. Hildur no podía imaginarse nada más incómodo que bailar en público. Sin embargo, el programa musical *Kvöldvaktin* le parecía excelente. Le relajaba seguir la conversación de aquellos melómanos mientras escuchaba canciones que, de otro modo, no habría conocido jamás.

Un par de horas más tarde, cuando las luces de ciudad de Reikiavik empezaban a vislumbrarse contra el cielo negro, Jakob había terminado de tejer su jersey.

41

Noviembre de 2019, Reikiavik-Garðabær

Al día siguiente, Hildur se despertó a las seis de la mañana. Habían reservado dos habitaciones individuales en el Grand Hotel, junto al Parque de Laugardalur, uno de los hoteles contractuales del Estado. Muchos funcionarios de las zonas rurales se alojaban allí durante sus viajes de trabajo a la capital. Jakob debía de estar aún durmiendo a pierna suelta, pero Hildur ya no tenía sueño. Se puso la ropa de correr y se ató los cordones de las zapatillas. En Reikiavik, estaban a varios grados sobre cero. No había nieve ni hielo en las calles, así que no necesitaba los crampones.

Hildur fue en dirección sur hacia la playa. La noche anterior habían acordado con Jakob que se verían a las ocho para desayunar. Hildur miró el reloj: faltaba una hora y media. Le daría tiempo a correr hasta el faro blanco de Seltjarnarnes y volver. El carril asfaltado para peatones y ciclistas estaba iluminado de principio a fin. Ella ya conocía la ruta. Cuando vivía en Reikiavik, salía a correr con frecuencia por las rutas de la costa y el trayecto que rodeaba el cabo de Seltjarnarnes era uno de sus preferidos.

El aire olía a mar; el viento jugaba con su pelo. Pasó por la escultura del barco vikingo, erigida para celebrar el centenario de la

fundación de la ciudad, por el magnífico centro de conciertos construido a orillas del mar y por el antiguo puerto, desde donde partían las embarcaciones de avistamiento de ballenas. De vez en cuando, Hildur se salía del carril. Odiaba el asfalto. El césped, ahora de color grisáceo por el invierno, era mucho más agradable para correr.

Cuanto más tiempo llevaba fuera de Reikiavik, menos ganas tenía de volver. Allí todo estaba demasiado organizado. Las calles eran rectas, todo estaba asfaltado, las zonas verdes se diseñaban al detalle y, en verano, las flores crecían exactamente donde las habían plantado. A la ciudad le faltaba un poco de caos y rebeldía. Hildur ya lo echaba de menos, aunque no llevaba ni doce horas fuera de casa.

Al faro de la península de Seltjarnarnes sólo se podía llegar a pie cuando había marea baja. No era el caso de esa mañana. La marea se había tragado la lengua de tierra del istmo, así que se tomó un descanso para admirar de lejos el maravilloso faro iluminado.

El reloj deportivo le confirmó que no era demasiado temprano para hacer la primera llamada del día. Sacó el móvil de la chaqueta, llamó a un conductor de excavadoras que conocía y le dio indicaciones para llegar a la granja de María. Hildur le hizo prometer que no empezaría hasta que ella llegara por la tarde.

Después, le envió un mensaje a Beta: «Siento haberte gritado, pero he pedido la excavadora. Hildur.»

Casi en el acto, recibió su respuesta: «*Jæjja.*»

Hildur decidió interpretarlo como una señal de aprobación.

Con los huevos revueltos y la mezcla de frutos rojos del desayuno del hotel en el estómago, Hildur llevó a Jakob al departamento de patología, en el centro de la ciudad, y dejó una bolsa con botellas de

zumo de bayas de cuervo en el despacho de Axlar-Hákon. Luego se dirigieron hacia la ciudad de Garðabær, al sur de Reikiavik.

El tráfico se encontraba en su hora punta. Todos los coches y todoterrenos de los doscientos mil habitantes de la región parecían estar apelotonados en la avenida Kringlumýrarbraut de camino al trabajo. Jakob y Hildur iban justo en dirección contraria.

Su destino era el exclusivo barrio de Arnarnes, en Garðabær, una zona residencial del área metropolitana de Reikiavik. Los millonarios que vivían allí todavía no lo habían cerrado al resto de Islandia, pero Hildur se imaginaba que sería cuestión de tiempo. Ya habían impedido la construcción de un carril para peatones y ciclistas, y algunos querían prohibir la circulación por sus calles a los no residentes.

Hildur aparcó delante de una mansión blanca de piedra. Aquel viejo todoterreno con los bajos oxidados llamaba la atención en el cuidado tramo de calle, donde no acostumbraban a verse más que Teslas y Range Rovers. Cerró el coche de un portazo y, con Jakob pisándole los talones, cruzó el primoroso jardín hasta una de las muchas puertas de la casa, la que parecía la principal. Era de madera de roble y tenía un interfono al lado.

Les abrió una mujer de aspecto cansado con una bata por las rodillas y unas zapatillas peludas de andar por casa.

—La empresa de limpieza no debía enviaros hasta la tarde. Estaba durmiendo —gruñó, e hizo ademán de cerrar la puerta.

Hildur detuvo la puerta con la mano.

—Me imagino que eres Kolfinna Daníelsdóttir. Somos de la policía. Soy la inspectora Hildur Rúnarsdóttir y éste es mi compañero Jakob Johanson. Nos gustaría hablar un poco sobre Heiðar.

—Ya he hablado de él. En realidad, estos últimos días he hablado con varios policías.

La mujer parecía enojada. Tampoco era extraño; a fin de cuentas, acababa de perder a su marido. Kolfinna apretaba el borde de la puerta con ambas manos. Hildur vio que tenía los nudillos blancos.

—Nos gustaría hacerte algunas preguntas.

—Creo que no entendéis lo que se siente cuando acabas de perder a tu pareja.

Kolfinna gimió. Mientras explicaba que, sencillamente, ya no le quedaban fuerzas para hablar con nadie más, se le quebró la voz.

A Hildur le hubiera gustado decirle que la comprendía bien. Aunque muchos pensaran que no era lo mismo perder a un buen amigo que a un cónyuge.

—Te acompaño en el sentimiento. Preferiría no haber tenido que venir a molestarte, pero hemos descubierto cosas sobre las que tenemos que preguntarte. Estamos haciendo todo lo posible por cerrar la investigación cuanto antes.

Kolfinna suspiró y se hizo a un lado. Con un vago movimiento de la mano, les indicó que pasaran. Hildur pasó vergüenza. Había olvidado los calcetines limpios en casa y los sudados calcetines de correr dejaban marcas de dedos en el parquet de espiga.

En medio de la enorme sala de estar, había varios sofás de cuero color coñac. Kolfinna se sentó en un sillón individual, y Jakob y Hildur, en el sofá de al lado, con vistas al mar. La pared de cristal que daba al norte ofrecía una panorámica espectacular. En el horizonte, se perfilaba la silueta del casco antiguo de Reikiavik. El salón tenía pocos muebles, pero Hildur imaginaba que una sola de aquellas piezas costaría más que todo el mobiliario de su casa. Las

paredes estaban llenas de valiosas obras de arte, entre las que reconoció un paisaje expresionista de Jóhannes Kjarval y un par de pinturas posmodernas de Ragnar Kjartansson. Hildur nunca había estado en una casa donde hubiera un Kjarval auténtico. Era el pintor islandés más conocido del siglo XIX; sólo había visto sus obras en los museos.

—¿Podrías contestar a algunas preguntas sobre de los movimientos de tu marido en las últimas semanas?

Kolfinna miró a Hildur unos segundos antes de responder.

—¿Te crees que a mí me hablaba de sus actividades?

Hildur ya había oído que la relación de pareja se había enfriado, pero no se esperaba esta respuesta. Al abrir la puerta, Kolfinna parecía transida por la pena, pero se había recompuesto rápidamente. En este momento, parecía más bien frustrada.

—En cualquier caso, los dos vivíais aquí. ¿Hizo algo fuera de lo normal?

—Si lo hizo, yo no me enteré.

Le explicó que su familia tenía mucho dinero y que por eso su marido nunca la había dejado. Kolfinna hablaba con voz neutra, como una directora financiera anunciando los resultados trimestrales de su empresa.

—Sólo le interesaba el dinero. A mí no me quería. Hacía años que había dejado de quererme.

La viuda describió a su difunto marido como un trepa con nervios de acero y sin empatía. Dos buenas cualidades para un abogado.

—Por supuesto, es una tragedia que haya muerto de esa manera. Para nuestros hijos, que están estudiando en el extranjero, ha supuesto una gran pérdida, y a mí me está causando muchos

dolores de cabeza. Pero no lo echo de menos, en absoluto. No sé a qué se dedicaba cuando no estaba en casa. Y tampoco es que pasara mucho tiempo aquí.

Hildur se limitó a asentir y dejó que continuara hablando.

—Nunca me hablaba de sus mujeres —añadió Kolfinna, mirando al vacío.

—¿Alguna vez os causaron algún problema? ¿Venían aquí, o llamaban por teléfono?

—¿Crees que una de sus amantes habría podido matarlo por celos?

—Todavía no tenemos ningún sospechoso.

Hildur evitó responder directamente a la pregunta. Aunque era cierto: todavía no tenían ningún sospechoso. Hildur quería investigar el entorno de Heiðar para hacerse una idea sobre su vida. Había oído decir a sus colegas de Reikiavik que, la noche de su muerte, Heiðar había estado en un hotel con una de sus novias. Tenían las huellas dactilares y muestras de ADN de la chica. Hildur trató de elegir con cuidado sus palabras.

—¿Sabes si tu marido tenía relaciones extramatrimoniales largas? Es decir, ¿relaciones más serias?

—Era una persona muy impulsiva. No creo que quisiera a nadie más que a sí mismo, pero se dejaba llevar por la pasión. Disfrutaba del momento del enamoramiento. Por lo general, sus relaciones duraban unas pocas semanas. Cuando tenía a una chica nueva, estaba de buen humor en casa. Luego se aburría y cortaba la relación.

Kolfinna se revolvió en su asiento, como si de pronto hubiera recordado algo. Se retorcía el dobladillo de la bata con sus manos de

manicura impecable.

—Recuerdo a una chica. Hace mucho tiempo de esto. Heiðar estuvo excepcionalmente contento desde el otoño hasta la primavera. Luego, de pronto, se encerró en sí mismo y se lo veía de mal humor.

Kolfinna le había preguntado qué le preocupaba, pero él no le había contado nada. Se quedaba sentado en silencio en el sofá, bebiendo calvados y mirando por la ventana.

—Pasó más de un año. Un día llevé varias prendas de ropa a la tintorería y encontré el programa de un funeral en el bolsillo de su traje negro. Se alteró mucho cuando le pregunté por el funeral. Nunca lo había visto reaccionar así. Estaba fuera de sí.

Hildur se puso en alerta.

—¿De quién era el funeral?

—De una mujer llamada Valgerður. En la portada del programa aparecía su foto. Era una mujer rubia, muy guapa.

Cuando Kolfinna pronunció el nombre de Valgerður, una especie de descarga eléctrica sacudió el cuerpo de Hildur. Sentía presión en la cabeza y hormigueo en las manos. Valgerður. Hildur no había podido olvidar aquel extraño obituario, descubierto durante su minuciosa investigación sobre las personas asesinadas. Ya entonces tuvo el presentimiento de que se trataba de algo importante, pero no había logrado encontrarle sentido. Hasta ahora. Como una pieza de puzle, que al principio no encajaba en ninguna parte. Una mujer joven. Valgerður.

«Mis ojos, tus ojos. ¡Oh, piedras preciosas!»

La mujer que tenía delante era la viuda del hombre que había escrito el obituario. Heiðar lo había escrito para su novia secreta; por

eso sólo había firmado con su nombre de pila. Heiðar no había querido que nadie lo supiera.

—¿Qué explicación te dio sobre el programa del funeral?

—Mintió, como hacía siempre que se enfrentaba a una situación desagradable. Dijo que le había prestado el traje a un amigo para el funeral de su prima. Yo sabía que estaba mintiendo, pero no tenía ganas de discutir. Nunca volví a ver el programa del funeral. Supongo que lo destruyó.

Hildur estaba deseando marcharse. No le gustaba la atmósfera que se respiraba en aquella casa, pero quería averiguar si Heiðar había hecho algún viaje o recibido visitas en casa últimamente.

—En agosto fuimos a comprar vino al sur de Francia; después de eso, no hubo más viajes. Al menos, no que yo sepa. De vez en cuando invitaba a cenar a sus amigos, casi todos hombres de negocios.

Kolfinna les contó en qué consistían esas cenas. Primero llegaba la asistenta, y después, el chef. Los colegas de Heiðar, sobrios y elegantes, junto a sus esposas, vestidas con sus mejores galas, se sentaban a la mesa para degustar una cena de varios platos creada especialmente por el chef. Los temas de conversación variaban, desde coches a cabañas de verano, pasando por inversiones en criptomoneda. Al final de la velada, se tomaban unas copas de whisky.

—¿Sabes si tenía enemigos?

—¿Que si tenía enemigos? La mitad de Reikiavik lo odiaba y la otra mitad le lamía el culo mientras en secreto deseaba su ruina. En esta ciudad lo difícil es encontrar a alguien que lo apreciara.

Hildur tuvo un escalofrío. Sin duda, no era el yerno ideal.

—Pero no sé si alguno de ellos habría sido capaz de matarlo.

Hildur miró a Kolfinna. Sentada en el sofá, con su bata blanca y sus pantuflas rojas, envejecida de puro agotamiento, le recordaba a una actriz secundaria venida a menos, olvidada por el director en un ostentoso escenario.

—¿Vuestras familias tenían una relación cercana?

Kolfinna se apresuró a negar con la cabeza.

—Mi padre sabía que Heiðar era un trepa y no podía soportarlo, y mi madre siempre está de acuerdo con mi padre, en todo. Sólo nos reuníamos en Navidad, aunque ellos viven en Hafnarfjörður.

Su familia vivía a diez kilómetros, pero sólo se veían el día de Navidad. «Las relaciones familiares pueden ser muy complicadas», pensó Hildur.

—¿Y qué hay de la familia de Heiðar?

—Bueno, eso también es extraño. Nunca llegué a conocerlos.

Hildur no dijo nada. Hizo una pausa larga para que Kolfinna continuase hablando.

—Le pregunté muchas veces por su familia, pero se limitaba a decir que no tenía familia. Que había salido adelante solo. Siempre acabábamos discutiendo cuando le insistía con este tema. No quería hablar de esto.

Hildur asintió. Había encontrado dos fisuras en la fachada del exitoso abogado: la rubia Valgerður y sus misteriosas relaciones familiares. Tendría que seguir investigando.

Hildur se sacó una tarjeta de visita doblada del bolsillo. Antes de dejar la tarjeta sobre la mesita de caoba, miró a Kolfinna y se aclaró la voz.

—Esto no tiene relación con nuestra investigación, así que no estás obligada a contestar. ¿Por qué no pediste el divorcio?

Kolfinna se rió fríamente y se estiró el dobladillo de la bata.

—Porque fui tan estúpida que no exigí un acuerdo prematrimonial cuando nos casamos. Él no quería divorciarse y a mí no me salía a cuenta. Vivíamos bajo el mismo techo, pero éramos como dos extraños. Yo no estaba dispuesta a darle ni un solo céntimo de mi dinero.

Kolfinna cogió la tarjeta de visita entre sus uñas lila y la miró con detenimiento.

—¿Vestfirðir? ¿Por qué investigáis este caso?

—Éste es el tipo de política regional a la que aspira el gobierno —respondió Hildur encogiéndose de hombros.

Jakob, que había permanecido sentado en completo silencio en el sofá, se despidió de Kolfinna con un apretón de manos.

Hildur dio media vuelta con el coche y estuvo a punto de derribar una estatua dorada de una jirafa colocada delante de la casa de enfrente. La esquivó en el último momento y pisó el acelerador para salir cuanto antes de aquella urbanización de ricos. El tubo de escape de *Brenda* escupió una densa humareda negra sobre la jirafa dorada. Era hora de cambiar el filtro del aire.

—La riqueza y el buen gusto no van de la mano —dijo Hildur, y giró para salir de la rotonda hacia la carretera principal que llevaba a Reikiavik.

Le explicó la conversación a Jakob y también le habló del extraño obituario. Jakob se tomó un momento para digerir la información. Los limpiaparabrisas despejaban el paisaje mientras el aire acondicionado a máxima potencia evitaba que se empañaran las ventanillas.

—Quizá esté pecando de ingenuo, pero todo apunta a que el desalmado abogado se había enamorado por una vez en su vida.

Hildur sonrió. Ella había pensado lo mismo. Aquella ola de homicidios era demasiado extraña para justificarse como el cobro de una deuda que se había ido de las manos o un ajuste de cuentas por temas de drogas. Las tres víctimas no pertenecían al mismo grupo de amigos ni a bandas criminales rivales del inframundo. Los motivos del asesino tenían que encontrarse en alguna otra parte. En realidad, ya sólo les quedaban dos posibilidades: odio y amor. Y a veces no era posible separarlos.

Hildur redujo la velocidad y se metió en el carril derecho. Se incorporó a la Ruta 1, la carretera de circunvalación de Islandia, rumbo al norte. Una vez pasada la zona urbana de Reikiavik, el paisaje cambiaba de forma radical. En apenas un cuarto de hora, habían dejado atrás los pequeños bloques de pisos, las filas de casas adosadas y las carreteras que conectaban los distintos barrios. Por las ventanillas, veían campos húmedos y caballos islandeses de largas crines buscando cobijo y calor entre ellos. Miraban todos en la misma dirección, con sus redondos traseros y sus gruesas colas ondeando al viento.

Jakob se había puesto la bolsa de las lanas en el regazo. Tenía que desenredar los extremos de las lanas y volver a enrollar los ovillos. Luego, colocó el hilo de lana negra en las agujas. Ya sólo le

faltaban el cuello y las últimas hileras de la espalda. Los jerséis de lana tradicionales islandeses eran iguales por delante y por detrás, es decir, que se podían poner indistintamente de uno u otro lado. Sin embargo, la línea del cuello de una persona solía ser más baja por delante que por detrás y a Jakob no le gustaba que, si el jersey tenía la longitud adecuada en la nuca, resultara demasiado alto por delante. Para lograr que el jersey quedara bien por ambos lados, había decidido tomarse ciertas libertades, y tejía la parte trasera un par de centímetros más alta que la delantera.

—Tengo que preguntarte algo.

Hildur bajó el volumen de la radio del coche. Miró la gasolinera que se acercaba y el indicador del combustible. Quedaba suficiente diésel para llegar al siguiente pueblo, así que pasó la gasolinera de largo.

—Esa granja de ayer. ¿Por qué paramos allí?

Hildur imaginaba que Jakob había estado dándole vueltas. Era consciente de que se había mostrado ausente y más callada de lo normal después de la parada. No era que quisiera seguir ocultándoselo; simplemente, el día anterior no había tenido fuerzas para hablar de eso con nadie. Mucha gente sabía que sus hermanas habían desaparecido, pero la única que vivía con ese trauma era ella.

—Quería ir a comprobar una cosa que me habían contado.

Empezaba a hacer calor dentro del coche. Hildur se bajó la cremallera del abrigo y apagó el calentador del asiento. Le habló a Jakob de Magnús, el adiestrador de perros, de los trabajos clandestinos de albañilería en el túnel de Ísafjörður y de la granja.

Cuando Hildur terminó de contar su historia, Jakob dejó las agujas en la bolsa y se quedó mirando por la ventana sin decir nada.

—Es decir, ¿crees que Jón, que fue asesinado en su cabaña, está de algún modo relacionado con la desaparición de tus hermanas?

Hildur se encogió de hombros. Tenía un presentimiento, aunque, desde luego, no podía estar segura. No existía ninguna prueba, sólo las palabras del adiestrador de perros que, en la época de la desaparición de las niñas, había llevado una vida llena de excesos y alcohol.

—Quería ver la casa donde había vivido Jón. Tenía la esperanza de encontrar allí algo que tuviera alguna trascendencia.

Hildur le habló del montículo y de la excavadora que había contratado para que removiera el patio de la granja.

—Si crees que estoy loca por dedicarme a excavar en patios ajenos, lo entiendo —dijo, y pisó el acelerador, a noventa kilómetros por hora.

En el sur de Islandia, la carretera discurre a poca elevación sobre el nivel del mar. Rodea las montañas gigantes de color marrón oscuro, bordea la costa y, a la altura de Hvalfjörður, el Fiordo de la Ballena, se sumerge en el túnel que recorre los seis kilómetros de una orilla a otra del fiordo.

Jakob se estiró para cerrar la rejilla de ventilación del salpicadero.

—No considero loco a nadie. El problema que tenemos la mayoría de nosotros es que nos esforzamos por parecer normales. Damos por hecho que todos a nuestro alrededor son personas reflexivas y racionales, aunque no sea cierto. En realidad, todos estamos constantemente pensando en cosas de lo más peculiares, pero la

mayoría no se atreve a hacer nada con esas ideas y se conforma con... o pretende ser... bueno, normal.

Hildur miraba fijamente la carretera y tuvo que pestañear varias veces. Jakob la había conmovido.

Al cabo de poco más de una hora, llegaron a la aldea de Búðardalur. Casi todos sus habitantes trabajaban en la enorme central lechera del pueblo, donde se preparaban todos los quesos azules que se comían en Islandia.

—Tengo que ir a mear. Aprovecho para comprar café y bollos para la comida —dijo Hildur, entrando en una amplia zona de aparcamiento.

El centro del pueblo era muy pequeño. Todo se concentraba en dos edificios contiguos que albergaban una pequeña tienda de ultramarinos, un restaurante, un kiosco de helados y una gasolinera.

Hildur cogió dos bollos de chocolate del mostrador de autoservicio de la tienda. Encontró una máquina de café y llenó dos vasos hasta el borde. Echó tres terrones de azúcar en el de Jakob. Fue hasta el coche con los vasos de café en las manos y la bolsa de bollos entre los dientes.

—Con esto sobreviviremos hasta llegar a casa, pero antes tenemos que hacer otra parada. El conductor de la excavadora me acaba de llamar. Ha abierto el montículo y dice que ha encontrado algo.

42

Noviembre de 2019, Ögurvík

Con la nieve derretida, el patio de la granja se había convertido en un campo de lodo inmenso y desolador. No hacía tanto que las nevadas habían cubierto el paisaje con un manto de claridad y contornos nítidos. Nieve, hielo, un cielo azul. Luego, el viento del sur, húmedo y cálido por la corriente del Golfo, había barrido la isla, como todos los inviernos. Con un par de soplidos, había fundido la nieve, arrastrándola por los ríos al mar.

El motor de la excavadora estaba apagado, pero las potentes luces de trabajo seguían encendidas, enfocando el patio y el establo en medio de la oscuridad. La amarillenta luz artificial resaltaba el deterioro del establo, y sus haces temblaban en los charcos de barro que salpicaban el terreno.

Le entraba agua en los ojos, pero Hildur no podía sentirla. Tenía la piel entumecida. Caminaba inclinada y con los puños cerrados dentro de los bolsillos del abrigo.

Se sentía pequeña y frágil mientras se dirigía hacia el montículo. Recordó una leyenda popular sobre una mujer miedosa que lo había perdido todo. Le daba la impresión de que caminaba tan encorvada como esa mujer, que había dado a luz a un niño, lo había envuelto

en trapos y lo había abandonado en las montañas. Eso era lo que solían hacer las mujeres antiguamente cuando no podían mantener a sus hijos. Más tarde, la mujer de la leyenda, sentada en el establo en compañía de sus animales, lamentándose de su pobreza y de no haber podido acudir al baile de la granja vecina porque no tenía nada que ponerse, oía a un niño susurrar desde la pared.

Mamá, en el establo, en el establo
no te aflijas;
yo te prestaré mis trapos
para que puedas bailar,
para que puedas bailar.

Hildur trató de sacarse aquella horrible historia de la cabeza. ¿Por qué recordaba aquellos versos precisamente ahora?

El conductor de la excavadora estaba sentado en la cabina fumando un cigarro. El humo revoloteaba unos instantes por el habitáculo antes de encontrar la vía de salida. El hombre miraba al frente con aspecto aburrido. No se bajó de la cabina para saludar a los recién llegados.

—Llevo un par de horas esperando.

—Había mala visibilidad en la meseta —dijo Hildur sin disculparse; todo el mundo sabía que la baja visibilidad implicaba una conducción más lenta.

Se fijó en la cara surcada de arrugas del conductor. Parecía cansado.

—Pues ahí hay algo.

El hombre tiró el cigarro al suelo. La colilla cayó al lado de Jakob, que la apagó de un pisotón.

Hildur se acercó al borde del hoyo y miró abajo. Sólo oscuridad. Dentro del puño, en el bolsillo, apretaba una linterna que se encendía presionando uno de los lados.

—¡No llevaba más de un cuarto de hora excavando cuando me topé con unas bolsas de plástico. Dejé de cavar para no romperlas con la pala! —gritó el hombre desde la cabina mientras se liaba otro cigarro.

Hildur apuntó con la linterna al fondo del hoyo. Se había acumulado agua de lluvia y bajo el lodo parduzco se veían trozos de plástico amarillo. Las bolsas de plástico que había mencionado el conductor de la excavadora. Se puso los guantes, se cubrió con la capucha y entró en el hoyo. Por suerte, la superficie cavada era amplia y tenía una pendiente suave. El último paso, sin embargo, era muy abrupto. Se apoyó con una mano mientras con la otra sujetaba la linterna. Le pidió a Jakob que se quedara en el borde y la alumbrara.

Hildur se quedó un instante allí inmóvil. El miedo se había volatilizado nada más pisar el fondo. Ya no la asustaba lo desconocido. Sólo tenía que cavar, pasar a la acción.

Empezó a limpiar la tierra embarrada que cubría el plástico. Poco a poco, se hizo medio visible una bolsa de supermercado con el logotipo de un cerdo rosa. Hildur se puso la linterna entre los dientes y levantó la deteriorada bolsa con las dos manos para que no se desintegrase. Al lado de la primera bolsa había otra; la levantó también con cuidado, como si fuera un recién nacido.

El plástico se notaba quebradizo, pero no estaba roto. Aunque se había desteñido el color amarillo, el logotipo rosa se veía perfectamente. Todos los islandeses conocían la icónica imagen del cerdo. Se trataba del logotipo de la primera cadena de supermercados del país, fundada a finales de la década de 1980, y que, en la actualidad, era la mayor cadena de Islandia.

Con las manos enguantadas y algo temblorosas, hizo un agujero en la primera bolsa. Sabía que quizá debería dejar que los forenses fueran los primeros en registrar el lugar, pero no podía esperar ni un segundo más. Abrió la bolsa de plástico por un costado, como si fuera un pez, y la levantó para ver su contenido.

—Jakob, dame más luz —murmuró con la linterna en la boca.

Jakob se acercó con su propia linterna.

Hildur sacó un pequeño abrigo que en otro tiempo había sido rosa. Estaba mojado y olía mal. La tela estaba llena de manchas negras y en el borde de la capucha se veían restos del forro de pelo. No quedaba gran cosa de la prenda original, pero Hildur lo reconoció al instante.

Fue su abrigo de invierno durante el primer curso escolar. El abrigo con cuello de pelo del que estaba tan orgullosa. Su familia nunca había tenido demasiado dinero, y ese abrigo había costado una fortuna. Como toda la ropa la heredaban sus hermanas pequeñas, después de ella lo habían usado Rósa y Björk.

El abrigo de Björk.

Se lo puso bajo el brazo y volvió a mirar dentro de la bolsa. Había una mochila roja de My Little Pony.

Hildur se quitó la linterna de la boca y alumbró el fondo del hoyo, el lugar del que acababa de sacar las bolsas amarillas. Le había

parecido ver algo, pero quería estar segura. Más segura. Sacó el barro con la mano y palpó algo duro y blanco. Eran huesos, pequeños y delicados.

43

Noviembre de 2019, Ísafjörður

El fin de semana siguiente se celebraba el Día del Padre en Finlandia. Para Jakob, era el día más duro del año. Ese año tampoco iba a recibir esa divertida tarjeta que les hacían dibujar a los niños en la guardería.

¿Cómo estaría viviendo Matias todo aquello? Jakob se lo preguntaba a menudo. ¿Iría desapareciendo de la vida de su hijo hasta que ya no tendría sentido ni preguntar por él? ¿Se estaba convirtiendo en el hombre al que pronto nadie recordaría? ¿En un extraño que le resultaría familiar, pero que siempre veía fuera de casa? Un señor sin dirección ni número de teléfono. Un señor que le daba un regalo aparte el día de su cumpleaños.

Jakob tenía derecho a ver a su hijo y Matias debería tener derecho a estar con su padre.

Jakob abrió Skype en el teléfono. La ese blanca sobre el fondo azul tardó un rato en cargar. Sólo tenía un contacto: Lena.

Deslizó el dedo sobre la imagen de su ex mujer y seleccionó el icono de la cámara violeta.

El sonido de la llamada resonó en la vivienda vacía. Después del cuarto tono, se oyó un ruido áspero y Lena salió en la pantalla. Por un instante, le había parecido relajada y alegre, pero su cara se endureció al ver quién estaba llamando. No era nuevo para Jakob. Últimamente sus conversaciones siempre empezaban así: Lena levantaba un muro entre ellos y se negaba a dialogar.

—¿Qué pasa ahora?

—Hola, Lena. Tenía ganas de llamar. La última conversación nos dejó a medias.

Justo después del divorcio, Jakob se quedó en estado de shock. Luego, se dejó llevar por el miedo y el odio. A medida que avanzaba el proceso de separación, se sentía cada vez más impotente. Desde su punto de vista, la sociedad noruega le había dado la espalda. Era un hombre y, además, extranjero. Todo había favorecido a Lena. Ella había recibido la custodia y Jakob se había visto obligado a ceder. Y aunque tenía derecho de visitas, tampoco se estaban cumpliendo. Lena siempre le ponía excusas para que Matias no pudiera coger el teléfono o no pudiera verlo en las fechas establecidas por la resolución judicial.

En los últimos tiempos, Jakob se había esforzado en comprender a su ex pareja. ¿Y si Lena tenía alguna enfermedad? ¿Y si estaba enfadada con él por algún motivo que desconocía?

—Ah, tenías ganas de llamar —repitió Lena sin mirar a la cámara —. No puedes llamar sin más. Las llamadas tienen que acordarse con antelación. Lo sabes muy bien. Tengo una resolución judicial según la cual todas...

—Lo sé. Y la última llamada la hice en función de esa resolución judicial. Teníamos una hora acordada para la llamada, pero tú la interrumpiste. Ni siquiera pude hablar con Matias —dijo Jakob, tratando de mantener la calma, aunque sabía que al cortarla se estaba metiendo en un terreno aún más pantanoso.

—¿Te das cuenta de que me estás presionando de nuevo?

«¿Cómo diantres ha vuelto la conversación otra vez al mismo punto?», se preguntó Jakob. Era una situación desesperante. Le dieron ganas de gritarle que estaba separando a su hijo de su padre, pero sabía que, si entraba en ese juego, tendría las de perder. Lo más seguro era que Lena grabase las llamadas. Si Jakob gritaba, Lena obtendría más pruebas contra él para presentar en los próximos juicios. «Los próximos juicios...» A Jakob le asustaron sus pensamientos. ¿Realmente había pensado eso? Se había prometido que no continuaría con la destructiva batalla judicial. Ni siquiera tenía dinero para ello.

¿Y si no quedaba otro remedio? Si las cosas seguían así, lo perdería todo. Pronto su figura habría desaparecido de la vida de Matias y Lena tendría autoridad sobre todo. Quizá oponer resistencia y buscar un abogado fuera el único medio de cambiar el rumbo de las cosas.

—Lena, no te ofendas por lo que te voy a preguntar. —Jakob puso su mejor cara de póker y trató de sonar lo más tranquilo y neutral posible —: ¿Va todo bien? Aunque las cosas entre nosotros sean tan desastrosas, sigo preocupándome por ti. Por el bien de Matias, quiero que seas feliz.

Durante unos segundos, no se oyó nada al otro lado del teléfono. La cara de Lena desapareció. Al parecer, había dejado el teléfono en

la encimera; en la pantalla sólo se veía la campana extractora. Jakob oyó cómo se abría la puerta del frigorífico y, finalmente, se oyó a lo lejos la voz de Lena.

—Deja de hacer eso. Das pena.

Jakob cerró los ojos unos instantes. Las palabras crueles de Lena ya no lo afectaban. Sólo necesitaba concentrarse para hacer acopio de paciencia.

—¿Podría hablar con Matias? Este fin de semana también es el Día del Padre. ¿Está Matias por ahí? ¿Podrías al menos enfocarlo un poco? —le pidió Jakob, odiándose a sí mismo por suplicar de ese modo.

Lena suspiró y, con un movimiento rápido, giró la cámara del móvil. Un niño rubio con un pijama azul de camiones de bomberos estaba jugando con unos dinosaurios en el suelo del cuarto de estar.

Al oír la voz de Lena, el niño interrumpió su juego y miró a su madre. Se acercó a ella con un Tyrannosaurus rex sin cola en la mano.

—¿Quién es? —oyó Jakob que preguntaba el niño en noruego.

Vio a su hijo estirarse para ver la pantalla. Ya no tenía la mano pequeña y regordeta. Los dedos también le habían crecido. Parecían más finos que la última vez.

«Los dedos de un niño mayor», pensó Jakob.

Su ausencia le provocaba un dolor físico. Le habría gustado abrazarlo, soplarle en la nuca y salir a lanzar bolas de nieve contra los troncos de los árboles. Su hijo estaba ahí, pero en realidad no estaba.

—No es nadie, cariño. No es nadie. Era un señor que se había equivocado de número —le dijo Lena a su hijo con voz dulce antes

de cortar la llamada.

Jakob se pellizcó el muslo con fuerza. Focalizar el dolor en una parte de su cuerpo lo ayudaba a no desmoronarse. No podía hundirse ahora. Tecleó un mensaje por Skype: «Cuidaos los dos. Nos vemos en Navidad; iré a ver a Matias. Tengo tres días de visita estas Navidades, según la resolución judicial.»

Jakob apagó el teléfono y lo dejó en el suelo del salón, al lado de la cesta de lanas. Había tomado una decisión. No iba a rendirse, desde luego que no.

44

El lunes llegó el informe de la autopsia. No hubo sorpresas: Freysi había muerto a causa de la caída. Se rompió el cuello al golpear contra el suelo. El pelo de la boca era el mismo que tenían las otras víctimas.

Los investigadores forenses habían encontrado fibras de lana negra en su chaqueta de deporte. Con toda probabilidad, se le habían adherido cuando el asesino lo empujó, ya que no pertenecían ni a su ropa ni a los textiles de su casa. Los forenses no habían encontrado nada interesante en la vivienda de Freysi, excepto numerosas huellas dactilares de Hildur, que había tenido que dar explicaciones a la policía de Reikiavik. Las pruebas de ADN todavía estaban inconclusas.

Jakob se hizo un café en la cafetera de cápsulas de la cocina de la comisaría. Se puso un montón de azúcar y lo tapó con una tapa biodegradable. Les había prometido a Hildur y Beta que iría a hablar con los compañeros de trabajo de Freysi. Ellas tenían trabajo en la comisaría.

Se abrigó, cogió su vaso de café, salió de la comisaría y puso rumbo al colegio del pueblo. Era un edificio amarillo con muchas entradas. Se dirigió a una con el cubículo de cristal del conserje.

Detrás del mostrador, dormitaba un hombre inmenso y bigotudo que a Jakob le recordó a una morsa.

El conserje levantó la cabeza al oír su voz.

—¿La sala de profesores? Sube las escaleras y sigue el olor a pescado.

—¿A pescado?

—A pescado. La sala de profesores está al lado del comedor y hoy hay bacalao.

—Entiendo. Gracias —dijo Jakob, y fue hacia la escalera.

El hombre morsa se levantó y sacó la cabeza por la ventanilla de su cubículo.

—¿Es que no sabes leer? Descálzate y deja los zapatos en ese estante, como indica el cartel. No queremos barro por el suelo.

Jakob dio media vuelta, puso las botas de invierno en el estante de arriba y subió la escalera en calcetines.

De la sala de profesores salía un murmullo de voces. Jakob golpeó la puerta y entró en la sala. Unas veinte personas de distintas edades se volvieron hacia el recién llegado. El ambiente estaba cargado y olía a café. Las cortinas marrón claro de las ventanas parecían llevar décadas allí.

—Buenos días. Soy Jakob Johanson, de la policía.

La mención a la policía siempre electrizaba la atmósfera y la sala de profesores no fue una excepción. Los profesores irguieron la espalda mientras trataban de ocultar la curiosidad que siempre despertaba la presencia de la autoridad.

—Estamos investigando la muerte de Freysi Gunnarsson. Supongo que ya os habréis enterado.

Jakob miró la estancia y se dio cuenta de que todos lo observaban con un interés amistoso. Ya había salido en los medios que la muerte de Freysi había sido un homicidio.

—Es horrible; lo leí en el periódico —dijo una mujer con gafas y una larga falda de cuadros escoceses.

Jakob se imaginó que sería la profesora de arte.

Un hombre mayor dejó el periódico sobre la mesita de centro.

—¿Cómo puede suceder aquí algo semejante? Jamás lo habría creído —dijo con cara de desconcierto.

—¿Hay alguien aquí que tuviera más relación con Freysi? Me gustaría charlar un poco, de forma extraoficial —dijo Jakob.

Los profesores se miraron sorprendidos unos a otros y murmuraron algo que Jakob no logró comprender. Pero no tenía ninguna prisa. Se terminó el café y tiró el vaso vacío a una papelera.

Un hombre bastante joven levantó la mano y se aclaró la voz.

—Bueno, tampoco es que fuéramos íntimos, pero jugábamos al bádminton.

El hombre se acercó y lo saludó con un apretón de manos. Se llamaba Anton y era el profesor de matemáticas y de química. Jakob le propuso que fueran a charlar a un lugar más tranquilo.

—Tengo una hora libre. Podemos ir a mi clase.

De la pared del aula de Anton colgaba una tabla periódica. En lugar de pupitres había largas mesas de trabajo y taburetes de altura ajustable.

—Estamos investigando la muerte de Freysi, pero esto no es más que una conversación extraoficial. Quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre él. Cualquier detalle puede ser de gran ayuda —explicó Jakob con voz tranquila.

Anton parecía una persona agradable, pero se notaba que le alteraba hablar con un agente de policía. Jakob pensó que, si le contaba primero algo sobre sí mismo, crearía un ambiente más distendido.

—Por cierto, supongo que no habrá problema con que mantengamos la conversación en inglés. He venido aquí gracias un programa de intercambio de la policía y aún no me ha dado tiempo a aprender islandés.

Anton le sonrió amablemente desde el extremo de la mesa.

—He vivido muchos años en Estados Unidos, así que el inglés es para mí como una segunda lengua materna.

Anton respiró profundamente, como si pensara en lo que iba a decir. Se retorció las manos, visiblemente incómodo.

—No sé cómo decir esto sin sonar demasiado dramático... Creo que Freysi tenía algún tipo de... mmm... secreto.

Jakob se sorprendió: el profesor iba directo al grano.

—¿Un secreto?

—Bueno, no estoy completamente seguro y creo que me lo contó sin querer. Me llamó la atención porque tenía una condición física tremenda. Casi siempre me ganaba al bádminton.

Jakob instó a Anton a que continuara.

—Iba a reservar el turno de bádminton del curso que viene para los dos, pero Freysi dijo que no merecía la pena: que ya no estaría en condiciones de jugar. Me contó que padecía una enfermedad rara.

Anton ya no recordaba el nombre de la enfermedad, pero tenía que ver con el cerebro y, en cuestión de poco tiempo, sufriría una parálisis.

Jakob lo escuchaba atónito. ¿El amigo de Hildur estaba a punto de quedar paralizado? Según lo que le había contado Hildur, Freysi era un corredor de larga distancia con un físico de acero.

Anton se dio cuenta de que Jakob dudaba de sus palabras.

—Creo que nadie sabía nada. Freysi no quería poner en riesgo su puesto de trabajo. Yo le prometí que no se lo contaría a nadie.

Freysi le había explicado que la enfermedad podía avanzar con gran rapidez o con mucha lentitud. Lo único que sabía con seguridad era que estaba enfermo y que le quedaban poco años de vida. La última vez que habían estado jugando al bádminton, Freysi le había contado a Anton que estaba saliendo con una mujer increíble. Al parecer, Freysi tenía la intención de hablarlo con ella, pero no se lo había querido contar a nadie más.

—Al principio, pensé que había sido un suicidio. Que no había soportado la idea de quedarse paralizado.

—No fue un suicidio —respondió Jakob —. Por motivos de la investigación, no te puedo dar más detalles, pero estamos completamente seguros de que no ha sido un suicidio.

Anton asintió. Entonces, pareció recordar algo y miró una puerta que había al fondo del aula.

—Compartíamos ese despacho de ahí atrás. Preparábamos allí las clases para no tener que llevarnos el trabajo a casa. Freysi también tenía un proyecto personal entre manos. ¿Quieres echarle un vistazo?

Jakob asintió y Anton abrió la puerta de un pequeño despacho de menos de diez metros cuadrados sin ventanas. La luz procedía de un pequeño fluorescente en el techo y de un par de lámparas sobre el

escritorio. Todas las paredes estaban llenas de libros, archivadores y montones de papeles.

—Todos esos libros son míos. Los archivos de Freysi están aquí —dijo Anton señalando una estantería blanca de Ikea, llena a rebosar de papeles y cuadernos de notas.

Jakob reparó en un par de libros de biología entre los papeles. El lomo de un tomo naranja rezaba en grandes letras de imprenta: *Genetics.* Jakob cogió el libro y lo hojeó.

—Si quieres, puedo dejarte que revises sus cosas tranquilamente. Si necesitas algo, estaré en la sala de profesores —dijo Anton.

Jakob empezó con los papeles que había esparcidos por el escritorio de Freysi. Exámenes por corregir, informes de gastos de viaje y varias revistas de atletismo. En una esquina de la mesa había un organizador lleno de fajos de papeles y documentos en fundas de plástico. Jakob cogió el fajo de arriba y supo al instante de qué se trataba; al fin y al cabo, había sido profesor de biología antes de ingresar en la academia de policía. Las notas escritas a mano hablaban de la herencia genética. Siguió leyendo las anotaciones y arrugó la frente. Líneas de parentesco y frases sueltas sobre una enfermedad hereditaria. Era todo muy extraño.

Reunió los papeles y los metió en su bolso bandolera; quería estudiarlos con más detalle en la comisaría.

A continuación, empezó registrar la estantería esquinera. Muchos papeles vacíos, recibos y notas sobre las clases. En el fondo del estante inferior había un cuaderno cuadriculado tamaño folio. Tenía las esquinas enrolladas y parecía haberse leído mucho. En la portada sólo había escrita una palabra: *dagbók*, «diario». Jakob dejó el cuaderno en el escritorio y encendió la lámpara de mesa. Las

primeras páginas del cuaderno estaban escritas con bolígrafo, pero todo estaba en islandés. Jakob metió el diario en su bolso con los demás papeles. Tendría que dárselo a Hildur para que lo leyera.

45

Los niños habían estado haciendo muñecos de nieve en el patio del colegio durante el recreo. Uno llevaba un gorro rojo y un lápiz de nariz. Jakob cruzó el patio mientras observaba a los niños, que se habían trasladado a los columpios. Con la nieve recién caída, no podían hacer bolas. Por la mañana, la nieve se le pegaba a la suela de los zapatos; ahora parecía mucho más dura. La helada estaba arreciando.

Anton lo había invitado a quedarse a comer en el colegio, pero Jakob había tenido que rechazar la invitación. Debía hablar con Hildur lo antes posible, así que, para matar el hambre, se conformó con un perrito caliente del restaurante de al lado de la comisaría. Con el último trozo en la boca, entró por la puerta de la comisaría. En el espejo del vestíbulo comprobó que no tuviera restos de mayonesa en la barba.

Aún no había llegado al despacho cuando Hildur salió a su encuentro; a juzgar por su expresión, se trataba de un asunto urgente. Jakob colgó el abrigo en el perchero y se cambió los pesados zapatos de invierno por unas ligeras zapatillas de interior.

—Esa enfermera que no sabía inglés ha vuelto a llamar hace un momento. Tenía algo interesante que contar —dijo Hildur una vez que se hubieron sentado a los escritorios.

La mesa de Hildur estaba cubierta de papeles. Jakob vio que eran periódicos antiguos.

Lian lamentaba no haber podido responder antes al teléfono. Le había contado a Hildur que una de sus hijas, que era gimnasta, se había caído durante un entrenamiento y la habían operado de urgencia en el hospital. Lian había tenido que tomarse unos días libres para poder cuidarla.

—Lian es enfermera de salud mental en el hospital psiquiátrico. Me ha hablado de una paciente que tuvo hace varios años.

Jakob escuchaba las palabras de Hildur mientras miraba furtivamente los antiguos artículos de periódico esparcidos sobre la mesa. Cuanto más hablaba Hildur, más convencido estaba Jakob de que había cometido un grave error.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Habríamos podido avanzar mucho más en la investigación si hubiera comprendido enseguida de qué se trataba.

Hildur puso las manos en la mesa y miró a Jakob con semblante serio.

—Ya basta. Si hay algún culpable, somos Beta o yo por no haber estado aquí. No tendríamos que haberte dejado solo en la comisaría. Además, recibimos continuamente todo tipo de llamadas sobre casos dudosos y estamos entrenados para no hacerles caso.

Hildur le pidió a Jakob que la dejase terminar.

Lian llevaba mucho tiempo trabajando en hospital psiquiátrico. Hacía varios años, habían tenido una paciente llamada Marta, una señora pasada la mediana edad. Un suceso traumático la había hecho perder la cabeza y había tenido que ser ingresada para un tratamiento de larga duración. Lian no había dado más detalles

sobre lo que sucedió porque estaba sometida al deber de confidencialidad profesional. No podía ceder historias de pacientes a personas externas sin permiso oficial, y la policía aún no disponía de dicho permiso. La enfermera había dudado si contactar con ellos, pero había considerado que era importante compartir esa información después de ver las noticias sobre las muertes de Heiðar y Jón.

—Le prometí a la enfermera que nuestra conversación nunca había tenido lugar —añadió Hildur.

Marta había pasado varios años ingresada en el hospital psiquiátrico. El personal médico estaba seguro de que nunca llegaría a recuperarse, hasta que, hacía un par de años, se había producido una repentina mejoría. Lian era entonces su enfermera personal. Marta había abrazado la fe. Había empezado a participar en el círculo bíblico del hospital y todos los domingos asistía al oficio religioso. Al parecer, la mujer no se había perdido un solo servicio. Había empezado a mejorar de forma evidente; abrazar la fe le había sentado bien. Finalmente, consideraron que su condición había mejorado tanto que ya no requería hospitalización. Marta había recibido el alta hacía aproximadamente un año.

Hildur estaba a punto de pasar al punto de la narración en el que explicaba el motivo de la llamada de Lian.

—El personal del hospital está acostumbrado a ver todo tipo de cosas en su trabajo. Limpian con mucho cuidado las habitaciones de los pacientes, pero nunca tocan sus objetos personales.

Algunos pacientes tenían la costumbre de recoger piedras del patio y las guardaban dentro del colchón, mientras que otros recortaban anuncios de revistas y los organizaban en sobres. Lian

había limpiado concienzudamente la habitación de Marta cuando ésta se marchó. En una esquina del armario, encontró una bolsa de basura llena de lo que parecían ser papeles para reciclar.

Lian le había contado que los papeles estaban revueltos en una gran bolsa de basura negra, pero había decidido echarles un vistazo por simple curiosidad. Esos papeles estaban llenos de anotaciones con información muy detallada: nombres, direcciones, árboles genealógicos, mapas, fechas, horas. Lian los había considerado garabatos inútiles y había acabado por tirarlo todo en el contenedor de reciclaje de papel que había en el patio del hospital.

—Sin embargo, recordaba muy bien un papel en concreto. Estaba relacionado con esto —dijo Hildur.

Se estiró para coger uno de los documentos que había imprimido y se lo entregó a Jakob.

En el armario ropero de la paciente, Lian había encontrado un antiguo artículo de periódico en el que había un gran primer plano de Heiðar junto con otro hombre. Lian recordaba el artículo con claridad porque hablaba sobre el antiguo director financiero de la Federación Islandesa de Gimnasia, que había sido imputado por delitos económicos. Sus hijas practicaban gimnasia, por lo que ella seguía escrupulosamente las noticias relacionadas con la Federación. Heiðar había sido el abogado de la defensa en el caso.

—Lian me dijo que Marta había guardado copias de este artículo en el armario y había escrito en los márgenes, en letras de imprenta, «Jón» y, debajo, «Heiðar». Era una señal difícil de malinterpretar.

Jakob no comprendía lo que Hildur quería decir.

—Un árbol genealógico. Era un árbol genealógico. Según las notas de Marta, Jón era el padre de Heiðar.

—No lo entiendo. Ya estuvimos comprobándolo en el registro de la población. Según el censo, no había ninguna relación de parentesco entre ellos.

Hildur soltó un bufido.

—¿Crees que todo lo que dicen los papeles oficiales es verdad? Las pruebas de ADN bien pueden decir lo contrario.

La imagen del exitoso y adinerado abogado no concordaba con la del acosador que vivía en una cabaña cochambrosa.

—A mí al principio me parecía igual de incomprensible —dijo Hildur, y golpeteó con las uñas la mesa de madera.

Jakob recordó lo que Kolfinna, la viuda de Heiðar, les había contado desde el lujoso sofá de cuero de su casa de Garðabær. Su marido nunca le había hablado de sus padres. Heiðar había querido mantenerlos lo más lejos posible.

—Así que alguien ha asesinado al padre y al hijo. No puede tratarse de una casualidad.

Hildur miró de pasada los artículos de periódico que había imprimido por la mañana y que ahora estaban sobre la mesa. Cogió una página de un periódico de octubre de 2012 y se la tendió a Jakob.

—Las piezas del puzle empiezan a encajar. Lo único que aún no tengo claro es dónde está Marta o si también la han asesinado.

Jakob miró el pequeño anuncio que Hildur había enmarcado con rotulador rojo. No entendía el texto, pero, por la cruz y las fechas, debía de tratarse de un obituario. La mujer de la foto parecía joven y

alegre. Llena de vida. Su melena rubia tenía un corte de estilo moderno, ligeramente más corto en la parte delantera. Jakob comparó las fechas del nacimiento y la muerte de la mujer: había fallecido con apenas veintiún años.

—Valgerður es la hija de Marta. Murió hace siete años —dijo Jakob, con el recorte de periódico en la mano.

46

El Nuevo Testamento dice que, si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.

Perdí mi vida, pero salvé a todos los que quedaban. Rechacé a algunas personas, pero salvé a las que habrían venido detrás de ellas.

Detecté el error y le puse fin.

Ahora tengo que marcharme.

47

Noviembre de 2019, Ísafjörður

En el despacho de la comisaría se respiraba un ambiente de nerviosismo. Después de establecer la conexión entre Jón, Heiðar y Valgerður, las piezas habían empezado a encajar.

Mientras Jakob hablaba con los colegas de Freysi, Hildur había contactado con los padres adoptivos de Heiðar, que llevaban mucho tiempo viviendo en Boston. La madre le había contado que su marido y ella habían adoptado a Heiðar cuando era un bebé. Cuando Heiðar cumplió los dieciocho años, se habían mudado al extranjero por trabajo y el chico se había quedado en Reikiavik. Después de eso, la relación entre ellos se había ido enfriando, hasta el punto de que, según había declarado la madre por teléfono, hacía al menos cinco años que no hablaban. Tras enterarse de la muerte de Heiðar por la policía, el matrimonio viajaría a Islandia la semana siguiente para asistir al funeral.

Durante el proceso de adopción, la madre no había sabido nada sobre los progenitores. Ese tipo de información era confidencial. Sin embargo, en un país del tamaño de Islandia, nada permanecía en secreto mucho tiempo y esto no había sido la excepción. Al cabo de poco tiempo, se enteró de que la madre biológica, una chica

toxicómana de unos veinte años, había dejado al bebé en la puerta del hospital después de haber dado a luz. Unas semanas más tarde, la encontraron muerta en el parque de Kjarvalsstaðir, en el centro de Reikiavik. Luego supieron que había vivido de forma esporádica en una casa de la calle Hverfisgata con un tal Jón, alcohólico, que era el padre biológico del niño. Heiðar ingresó en un hogar infantil y, poco después, lo adoptaron.

Hildur lo había comprobado: en los años ochenta, Jón estuvo empadronado en la misma dirección que la madre biológica de Heiðar.

Hildur volvió al despacho con dos tazas de café. Le dio una a Jakob, que se apresuró a remover los terrones de azúcar del fondo. Beta se había unido a la reunión.

Analizaron los diagramas dibujados en el rotafolio.

—Es decir, que Marta ha averiguado todo esto —dijo Beta.

Jón había sido el padre de Heiðar. Valgerður había sido la novia de Heiðar. Marta había sido la madre de Valgerður.

En realidad para desenmarañarlo no se necesitaba más que una conexión a internet. Todos los islandeses con número de la seguridad social están listados en el árbol genealógico digital del país, *El libro de los islandeses*, en el que cualquier persona puede encontrar información sobre los padres y las relaciones de parentesco de todos los islandeses. Si uno introduce su propio número de la seguridad social, la pantalla muestra su árbol genealógico, remontándose hasta el primer islandés. Con un par de clics, puedes conseguir el árbol genealógico del presidente de Islandia, del granjero de ovejas del fiordo vecino o de tu propio cónyuge. Es decir, de cualquier islandés.

—Seguro que al haber una adopción de por medio ha sido un poco más peliagudo —dijo Jakob.

Hildur negó con la cabeza.

—En media hora tenía toda la información. La madre adoptiva no fue muy discreta que digamos. Con el tiempo, ya te darás cuenta de lo cotillas que somos los islandeses. Tenemos incluso un refrán: «Secreto de tres, secreto no es.» —Se volvió hacia el diagrama del rotafolio y dijo —: Aquí tenemos a los suegros y a los amantes. Sabemos con seguridad que todos están muertos, excepto Marta. ¿Dónde está Marta? ¿Y qué relación tiene Freysi con todo esto?

Jakob les contó que había hablado con un colega de Freysi en el colegio. Puso encima de la mesa el cuaderno azul y las hojas sueltas que llevaba en la bandolera.

—¿Sabías que Freysi estaba enfermo?

—¿Enfermo? ¿Qué quieres decir? —dijo Hildur, que estaba acariciando la tapa del cuaderno.

Al confirmar que, efectivamente, ella no lo sabía, Jakob se tomó unos segundos para medir bien sus palabras.

—Freysi no había querido renovar su abono para los partidos de bádminton del año que viene porque sospechaba que, debido a su enfermedad, no estaría en condiciones de jugar. Al parecer, tenía intención de contártelo, pero no le dio tiempo...

Hildur apretó el cuaderno. Con un crujido, arrastró la silla para acercarse a la mesa. Abrió el cuaderno y, con los codos en la mesa y las manos en las mejillas, empezó a leer.

Las primeras páginas estaban escritas con bolígrafo. Eran simples anotaciones de su vida cotidiana: programas de entrenamiento, registros de comidas y observaciones sobre el tiempo. Más adelante, las anotaciones se convertían en algo más parecido a entradas de diario. Comentarios sobre cómo había dormido, sobre sus niveles de energía. Reflexiones sobre la enfermedad. Hildur reconoció la curiosa caligrafía de Freysi: mitad cursiva, mitad letra de imprenta.

La entrada más reciente era de hacía varios meses. Hildur leyó algunos fragmentos. Cuanto más avanzaba en la lectura, más increíble le parecía el texto.

Ya no me queda mucho tiempo de vida. Cuando lo escribo, parece algo definitivo. El final de mi vida. Por fin he podido ponerles nombre a mis síntomas, cada vez más fuertes.

Esta hemorragia cerebral hereditaria es muy traicionera. La posibilidad de desarrollar la enfermedad ha existido desde mi nacimiento, aunque los síntomas no se habían manifestado hasta ahora. ¿Cuál era la probabilidad de que yo desarrollara la enfermedad? ¡Era irrisoria! Pero esto no me hace ninguna gracia.

En Islandia sólo hay unas pocas familias portadoras del gen y, al parecer, esta enfermedad no se conoce en ningún otro lugar del mundo. El neurólogo me ha dicho que la enfermedad se desarrolló hace unas diez generaciones, en el siglo XVI*, cuando se fusionaron los genomas del sur y del*

oeste de Islandia. Entonces se produjo una peligrosa mutación genética.

En la antigüedad, la enfermedad no se transmitía porque las personas morían muy jóvenes. Las enfermedades genéticas no se propagaban por Islandia como enfermedades comunes puesto que hace cientos de años la esperanza de vida era mucho más corta que ahora. Los que vivieron más tiempo propagaron el gen sin saberlo.

El gen pasa de padres a hijos con una probabilidad del cincuenta por ciento...
En la actualidad, hay más información sobre la enfermedad...

No todos los portadores del gen desarrollan la enfermedad...

Le iba más rápido la cabeza que los ojos y paró de leer un momento. ¿Una mutación genética? ¿Un neurólogo? ¿Freysi había estado yendo al neurólogo? Hildur no asimilaba lo que estaba leyendo.

Ella lo superaba en levantamiento de pesas, pero en velocidad y resistencia Freysi le habría dado una buena paliza. Corría y jugaba al bádminton, entrenaba y tomaba compuestos vitamínicos cada mañana. ¿Cómo diantres había podido estar gravemente enfermo?

Las anotaciones del diario de Freysi le parecían irreales. ¿Por qué no le había contado nada? Ella pensaba que tenían una relación

bastante íntima. Salían a correr y se veían a menudo. Estaban a gusto juntos. Aunque, siendo honesta, ella tampoco se lo contaba todo a Freysi. Siempre pasaba lo mismo en las parejas: crees conocer al otro, pero, en realidad, sólo ves lo que quieres ver y lo que el otro decide mostrarte.

No sé si debería estar contento por haber vivido tanto tiempo, o dejarme llevar por la tristeza y lamentarme por ser portador de esta enfermedad. No sé si la heredé de mi madre o de mi padre; los dos murieron hace mucho tiempo. Eso tampoco tiene importancia. En cualquier caso, me siento como una bomba de relojería andante. Lo único bueno es que no he tenido hijos. Me alegro de no haber querido tener hijos hasta ahora.

Por suerte, no conocí a Hildur cuando era más joven. Hildur es especial; con ella, todo habría sido diferente. Incluso el tema de los hijos. ¡Joder, qué injusta es la vida! Tengo que contárselo cuanto antes.

Ahí terminaban las anotaciones. Hildur hojeó el resto del diario, pero no había nada más escrito. Estaba azorada; de pronto, sentía algo muy extraño, dadas las circunstancias. Era un ramalazo de felicidad. Se asustó. Su alegría estaba totalmente fuera de lugar. ¿Cómo podía emocionarse con una declaración de amor *post mortem*? ¿Era normal sentirse feliz por algo así?

Hildur se quedó mirando fijamente la pared, incapaz de pronunciar una palabra.

—También encontré esto —dijo Jakob, y le mostró los papeles que se había llevado del despacho.

Hildur revisó por encima el fajo de papeles. Reconoció las notas. Eran los papeles que había estado fisgoneando en la cocina de Freysi hacía un par de semanas. Lo cierto era que, en esa ocasión, Freysi había intentado contarle algo sobre genealogía, pero les interrumpió la llamada de Beta y la alerta de Súðavík.

Beta miraba las notas por encima del hombro de Hildur. Eran esquemas complejos; no era capaz de descifrarlos.

—Es un diagrama de herencia genética —explicó Jakob sin darles tiempo a que preguntaran —. Fui profesor de biología antes de entrar en la academia de policía. Entiendo de estas cosas.

Según su interpretación, Freysi sabía que el gen se transmitía de padres a hijos con una probabilidad del cincuenta por ciento. Él mismo lo había heredado de uno de sus progenitores.

Jakob no era genetista, pero como biólogo tenía una base suficiente para entender cómo funcionan este tipo de enfermedades hereditarias.

—En Finlandia también hay enfermedades hereditarias concentradas en determinadas regiones, asociadas a mutaciones como ésta.

Las mutaciones genéticas siempre habían existido, pero en países como Finlandia e Islandia, donde algunas poblaciones habían sido relativamente homogéneas y aisladas, resultaba más fácil estudiarlas. Cuando una comunidad desciende de un número reducido de antepasados, es más sencillo rastrear el origen de una mutación y seguir su transmisión. Durante siglos, la población de

ambos países había vivido dispersa en grupos pequeños y con poco contacto exterior.

—En el norte de Finlandia hay regiones donde ciertas variantes genéticas son más frecuentes y se han asociado a un mayor riesgo de esquizofrenia. Si un niño hereda una de esas variantes de uno de sus padres, el riesgo puede aumentar de forma significativa, incluso llegar a duplicarse. Freysi tenía una enfermedad que afectaba al riego sanguíneo del cerebro.

Hildur estaba nerviosa. Se levantó y fue hasta la ventana. Observaba el paisaje azulado que se extendía ante ella. Fuera reinaba la calma. Las montañas que se alzaban al borde del fiordo se reflejaban en la superficie lisa del mar, que duplicaba sus formas y los matices del cielo. Hildur veía al mismo tiempo dos realidades idénticas.

—Freysi murió de forma prematura. ¿Ha sido por sus genes? —dijo pensando en voz alta.

48

Noviembre de 2019, Bolungarvík

Era como si un gigante estuviera haciendo agujeros en la montaña con un mazo enorme. Primero se oía un leve crujido, que se iba acelerando e intensificando. Luego se imponía un silencio absoluto y... ¡PAM! Un ruido seco resonaba contra las rocas de la costa para después disminuir y desaparecer en el océano. Al cabo de unos diez segundos, volvía a oírse el leve crujido.

Hildur sintió la fuerza de la ola en todo su cuerpo. Si se desviara hacia el punto equivocado y quedara atrapada en el remolino de la ola, acabaría aplastada contra el peñascal oculto bajo el agua. Pero no le daba miedo. No tenía nada que temer en el gélido mar porque sabía que lo dominaba. Conocía las olas, las corrientes, los movimientos del viento y de su tabla de surf.

El día anterior, Jakob, Beta y Hildur habían trabajado hasta bien entrada la noche buscando información sobre Marta. Querían ponerse en contacto con ella. Era posible que supiera algo sobre los asesinatos, o que ella misma estuviera en peligro. Al fin y al cabo, su hija, el ex novio de su hija y el padre del novio estaban muertos. Sin embargo, se vieron obligados a interrumpir sus pesquisas al recibir

una llamada por una pelea a puñetazos en el bar del pueblo. Tenían que ir los tres porque no había ninguna patrulla disponible.

Llegaron a sus respectivas casas casi a las dos de la madrugada. Antes de despedirse, acordaron que seguirían con la investigación a la mañana siguiente.

Hildur había salido al mar para despejarse un poco. No podía evitar los pensamientos agoreros. Tres personas habían muerto de forma violenta. Ella había perdido a su amigo. Pero, a la vez, en su interior se había despertado un destello de esperanza por sus hermanas. Era apenas una llama minúscula, pero flameaba y Hildur quería mantenerla viva. Todo apuntaba a que la fosa del patio de Ögurvík era una tumba. Beta se había mostrado consternada. Era un caso de hacía más de veinte años y no era una prioridad en la comisaría, pero Hildur tenía permiso para dedicarle parte de su tiempo de trabajo. Además, le había garantizado que la financiación no sería un problema. Tras hablar con Beta, Hildur había enviado los huesos y la ropa de las bolsas de plástico a Reikiavik para que Axlar-Hákon las analizase.

Lo primero que había hecho Hildur al despertar había sido comprobar el pronóstico del tiempo y la página de la Administración de Carreteras de Islandia, que recopilaba información sobre el oleaje. Según la predicción, habría olas de poco más de un metro de

altura. Cuando las olas eran demasiado altas, rompían más lejos de la costa y no era posible surfear. En los fiordos, las condiciones ideales para el surf se daban cuando el viento estaba en calma y las olas eran pequeñas, así que Hildur había atado la tabla al capó de *Brenda* y había puesto rumbo al oeste. Nada más mitigar la oscuridad y empezar a distinguirse las sombras, había cogido la tabla y se había lanzado al mar.

No debería haber salido sola a hacer surf. Era una imprudencia. Podía suceder cualquier cosa. Podía golpearse la cabeza con la tabla, tragar demasiada agua o recibir el embate de una ola. Si le pasara algo, no habría nadie para ayudarla. Era un deporte de riesgo, y quizá por eso le gustaba tanto. Cuando lograba dominaba el peligro, sentía que era capaz de dominarse a sí misma.

Ya se veían luces en las ventanas del pueblo de pescadores de la caleta más cercana. Unos cuervos inmensos miraban en dirección a Hildur desde las rocas. Más a lo lejos, dos barcos pesqueros se adentraban en el mar. Oía el murmullo del agua a través del neopreno. La capucha le mantenía la cabeza caliente.

Hildur vio la ola perfecta. No tendría más de un metro de altura, pero era maravillosamente larga. Giró la tabla hacia la orilla y empezó a remar con vigor ayudándose de las manos. Al acercarse la cresta, se levantó de un salto. Sólo pensaba en dominar aquella ola.

La pierna derecha delante, la izquierda detrás. Siempre adoptaba la misma postura. Mientras cabalgaba la ola, viraba con suavidad hacia delante, avanzando casi paralela a la orilla. A pesar de la fuerza del mar, sentía que por un instante lo dominaba. Durante algunos segundos, condujo su tabla en la dirección deseada.

Hildur sabía que, si entraba en conflicto con el mar, tendría las de perder. Si una ola se la tragaba, lo único que podía hacer era no perder los nervios. Mantener la calma siempre era la mejor estrategia.

El sol de noviembre salió unos instantes por el horizonte y sus rayos iluminaron la nevada región montañosa. En invierno, los rayos que asomaban detrás del mar daban un resplandor inusual a las montañas de Hornstrandir, que parecían un gran espectro blanco en medio del paisaje oscuro.

En ese momento, una idea la golpeó como el embate de una ola. Giró la tabla y empezó a remar con furia. Miró hacia atrás para ver la ola que se acercaba. Era pequeña, pero la llevaría rápidamente hasta la orilla. Se levantó sobre la tabla. Tenía que llegar al coche cuanto antes.

Había recordado algo importante.

49

Noviembre de 2019, Ísafjörður

Tras cambiarse el traje de neopreno por una muda seca en el asiento trasero del coche, Hildur tomó el camino más directo desde Bolungarvík hasta la comisaría. Encendió el ordenador, inició sesión y no tardó en encontrar lo que buscaba.

En efecto, la memoria no le había fallado.

Una chica había muerto el verano anterior en la reserva natural de Hornstrandir. En su día leyó una noticia sobre el caso, pero no le había prestado mayor atención. La buscó para volver a leerla. Era una noticia muy breve: una mujer que había salido sola de ruta había muerto mientras dormía en una vieja cabaña para excursionistas de la región de Hesteyri. Se sospechaba que había muerto por un problema de riego sanguíneo en el cerebro, quizá relacionado con su apnea del sueño. El cadáver había sido trasladado en helicóptero a Reikiavik.

Hildur cerró la noticia y buscó el informe de la autopsia en la base de datos de la policía nacional. Antes de llegar al final, ya sabía lo que iba a encontrar. En la boca de la mujer se había encontrado un mechón de pelo rubio. Hildur comprobó los datos del médico forense

que había realizado la autopsia. No había sido Axlar-Hákon. No reconocía el nombre del forense.

Daníel Hilmarsson. Al ver que la fecha de la autopsia era de mediados de julio, Hildur dedujo que se trataría de un suplente de verano. La mayor parte de los islandeses hacía las vacaciones de verano durante el mes de julio. Hildur llamó a Axlar-Hákon.

—Hola, Hildur. Todavía no me ha dado tiempo a mirar lo que me has enviado —se apresuró a decir, tras el quinto tono de llamada.

—No te llamo por eso, tranquilo.

—Gracias por el zumo de bayas de cuervo. Estaba delicioso, como siempre.

A Hildur le habría gustado charlar un rato con Hákon, pero esta vez llamaba por un asunto urgente.

—¿Te sustituyó un tipo llamado Daníel el pasado mes de julio?

—Ciertamente. Un forense en prácticas muy agradable y entusiasta. Espero que él sea mi sucesor cuando me concedan la libertad.

—Acabo de releer uno de sus informes y no te lo vas a creer: encontró un mechón de pelo rubio en la boca de una mujer.

—No jodas, ¿en serio?

Axlar-Hákon se había quedado de piedra: ¡habían encontrado otra víctima! Le dijo que hablaría de forma inmediata con su suplente y volvería a llamarla.

Hildur se quedó esperando con la frente apoyada en la ventana del despacho. El cristal estaba congelado; el tiempo había dado un giro

de ciento ochenta grados desde la mañana. Ahora el viento del sur arreciaba con fuerza, y habían empezado a acumularse densas nubes grises en el cielo. Pronto comenzaría a lloviznar de nuevo.

Hildur se puso de puntillas mientras contaba hasta tres. Se detuvo en esa posición y volvió a contar hasta tres mientras bajaba los talones. Repitió el movimiento unas veinte veces.

Jakob se volvió en la silla.

—¿Va todo bien?

—Estoy ejercitando los gemelos —dijo Hildur.

Le gustaba aprovechar cualquier momento libre. Tres series diarias de veinte repeticiones del movimiento de gemelos estimulaban la circulación de la sangre en las piernas y fortalecían los músculos.

Jakob negó con la cabeza y volvió a su pantalla. Hildur terminó sus series de gemelos y fue a por más café. Le sonó el teléfono.

—He localizado a Daníel. Recordaba bien el caso. Lísa fue el único cadáver de un adulto joven al que le hizo una autopsia el verano pasado.

Daníel no había prestado atención a los cabellos que había encontrado en la boca de la mujer. Como Lísa era rubia, pensó que se trataba de sus propios cabellos, que se le habrían metido en la boca antes de morir, mientras dormía. Nada más colgar, Hildur compartió la información con su compañero.

Jakob había terminado el jersey y lo estaba doblando sobre el escritorio. A Hildur le encantaba. Parecía una prenda fina, pero el diseño tenía una fuerza extraordinaria. De pronto, Jakob recordó algo. Se levantó y le hizo señas a Hildur para que lo siguiera. Recorrieron el corto pasillo que unía el despacho con el vestíbulo de

la comisaría. En el mapa de Vestfirðir de la pared, Jakob buscó Hesteyri y lo golpeó con el dedo.

—Recuerdo que alguna vez mencionaste esta zona de pasada. Habías ido con tu tía de vacaciones o algo así. Sólo estaba pensando que... —Se remangó la camisa y volvió a mirar el mapa, esta vez más de cerca — la única forma de llegar allí es en barca.

Hildur asintió. No se podía acceder a la reserva natural en coche y tampoco estaba permitido llegar en avioneta o helicóptero, excepto en situaciones extremas.

Hildur comprendió lo que Jakob quería decir.

—¡Bien visto!

Lísa había dormido en una cabaña. En la reserva natural había pocos albergues para excursionistas y en pleno verano estaban siempre llenos de islandeses, que huían hasta allí para pasar las vacaciones. Seguro que se había alojado más gente en esa cabaña. Debían encontrarlos y hablar con ellos.

—El Club de Vela, Barco-taxi Gunnar, Cruceros y Aurora Boreal. Estas cuatro empresas operan los barcos que navegan entre el pueblo y la reserva natural —dijo Hildur, que anotó de memoria los números de las compañías en su cuaderno, arrancó la hoja y se la entregó a Jakob —: Pide todas las listas de pasajeros de los días anteriores a la muerte de Lísa. Vamos a llamarlos. Alguno de ellos tiene que haberla visto.

Pasaron la siguiente hora y media sentados al teléfono. Según las listas de viajeros de las cuatro empresas, aquel día de julio unas cincuenta personas habían pasado la noche en la reserva natural. Hildur y Jakob los llamaron a todos. La mayoría confirmó que había hecho el mismo trayecto que Lísa: habían tomado el barco a la costa

de Fljótavík y habían cruzado a pie el desfiladero hasta Hesteyri, donde se encontraba la mayor concentración de casas de la zona. Aquellas casitas llevaban décadas deshabitadas. Los últimos habitantes habían abandonado Hesteyri en la década de 1950. En la actualidad, las pequeñas casas de madera funcionaban como cabañas de verano. Allí no había electricidad, ni red de alcantarillado, ni cobertura de móvil.

Casi todos los excursionistas con los que hablaron Jakob y Hildur recordaban el caso. Sin embargo, la mayoría había dormido en tiendas de campaña y no recordaba haber visto a Lísa.

El teléfono del escritorio de Jakob empezó a sonar. Hildur cogió el auricular.

—Policía de Ísafjörður.

—Hola, soy Margrét. ¿Dices que eres de la policía? ¿Me acabas de llamar? —De fondo se oía una suave voz infantil —. Estoy en casa y tengo a los niños enfermos, por eso no he podido responder de inmediato.

Hildur se presentó. Le explicó que estaban investigando el caso de la mujer que había fallecido en Hornstrandir el verano anterior.

—Según las listas de viajeros, estuviste por la zona en esas fechas.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea. Al parecer, la mujer había ido a otra habitación para poder hablar sin que los niños la oyeran. Dijo que había estado con sus hermanas en su ya tradicional excursión de senderismo de cada verano.

—Queríamos ver los acantilados —explicó Margrét.

—¿Os cruzasteis durante el viaje con Lísa, la mujer fallecida?

—Sí. Nos alojamos en la misma cabaña, mis hermanas y yo. Estuvimos con ella cenando sopa de pescado. Bueno, ella ya había comido cuando llegamos allí. Recuerdo la sopa porque estaba deliciosa —dijo Margrét.

Las hermanas se habían marchado por la mañana temprano para continuar su caminata hacia el siguiente fiordo. Más tarde, se habían enterado de que la chica había muerto durante la noche. En un principio, las cuatro mujeres iban a compartir la habitación para cuatro personas, con dos literas, una pequeña mesilla de noche y un armario. Sin embargo, al caer la noche la propietaria se presentó en el dormitorio para decirle que había chinches en una de las camas y que no les aconsejaba dormir en ella. Era la cama de Lísa.

—Nos pareció un poco extraño, pero tampoco supimos cómo reaccionar.

—¿Qué fue lo que os pareció extraño? —le preguntó Hildur.

—Bueno, que la mujer le ofreciera a Lísa una cama en su propio dormitorio. Ella estaba agradecida de que la hubiera alertado de las chinches, pero a nosotras nos pareció un poco raro.

Lísa siguió a la mujer hasta su dormitorio en el otro extremo de la cabaña y las tres hermanas no la volvieron a ver.

—¿Recuerdas qué aspecto tenía la dueña?

Margrét asintió e hizo una pausa. Trataba de recordar el episodio de aquel verano con el máximo detalle.

—Tenía una fuerza sorprendente para su edad. Arrastró sola la barca hacia la orilla y estaba construyendo un muro con piedras grandes alrededor de la cabaña. Mis hermanas y yo estuvimos

comentando su fortaleza. Creo que tenía más o menos la edad de mi madre, unos sesenta años. Corpulenta y un poco... bueno, desaliñada. Con el pelo revuelto y la ropa algo andrajosa.

—¿Recuerdas su nombre?

—Sí. Se llamaba Marta.

50

Hildur notaba cómo el viento hacía oscilar el coche en la carretera. El capitán que había accedido a llevarlos en su embarcación les había asegurado que el viento amainaría hacia las dos de la tarde. Entonces podrían cruzar la hondonada y poner rumbo a Hesteyri. La travesía duraba poco más de una hora.

Hildur, Beta y Jakob habían intentado localizar a Marta, pero la mujer no había tenido ninguna dirección habitual después de su estancia en el hospital. No había hecho ningún contrato de electricidad y tampoco había registrado ningún vehículo a su nombre. No tenía tarjetas de crédito, cuenta de banca electrónica, ni teléfono móvil. Era como si Marta hubiera desaparecido al salir del hospital.

Margrét les había hablado de un albergue para cuatro personas. Tenían que ir allí lo antes posible, pero el capitán no saldría antes de dos horas. Habrían podido pedir ayuda a la patrulla costera de Islandia, pero les había parecido un poco exagerado, al no tener sospechas de que hubiera alguien en peligro de muerte. Por tanto, debían tener paciencia. Las condiciones meteorológicas siempre tenían la última palabra.

Mientras esperaban a que mejorase el tiempo, Hildur había ido con Jakob a casa de su tía Tinna.

Tinna conocía bien Hesteyri. A los trece años, Hildur fue con su tía por primera vez a la reserva natural de Hornstrandir. No olvidaría aquel verano en su vida. Fue el primero después de la desaparición de sus hermanas. A partir de entonces, Hildur y su tía hicieron una excursión cada verano, y esa tradición se mantuvo hasta que Hildur entró en la universidad.

Hildur se rindió a la belleza de Hornstrandir aquella semana de vacaciones. En aquel exuberante valle, entre el rumor de la hierba y la presencia de aquellas majestuosas montañas, se sintió en comunión con la naturaleza. En medio de aquellos paisajes melancólicos, ya no se sentía sola ni desgraciada. Se sentía poderosa y en paz, todo lo demás parecía secundario.

Tinna y Hildur habían viajado en barco desde Ísafjörður a la reserva natural. Allí se habían alojado en casa de una buena amiga de Tinna que tenía una vieja cabaña de madera a la orilla del mar. Tinna conocía las casas de la reserva mejor que Hildur.

—Hola, tía, ya hemos llegado —anunció Hildur.

Un olor a café recién molido llenaba el vestíbulo.

—Pasad. Estaba poniendo la mesa.

Tinna puso en marcha la cafetera y abrazó a su sobrina. Después, abrazó a Jakob y le agarró las dos mejillas.

—Pareces un chico muy guapo —declaró Tinna, sin disimular su entusiasmo.

—Éste es Jakob, mi compañero de trabajo, el finlandés del que te hablé.

—Ya lo sé, mujer. Sólo estaba bromeando. Vamos a sentarnos.

Hildur se fijó en que su tía había sacado el juego de café bueno. Tinna sirvió el café en las tazas y les ofreció pastel de navidad, un

bizcocho de canela cubierto de azúcar glas y relleno de nata. Antes, sólo podían encontrarse en pleno invierno en los supermercados, pero ahora ya se vendían desde noviembre. Con su envoltorio verde, el pastel era la señal de que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina.

—¿Qué os ha traído hasta aquí?

Hildur le dijo que querían hablar de Hesteyri.

—Oye, ¿no recordarás por casualidad a una mujer llamada Marta?

La tía Tinna tanteó la mesa. Jakob la ayudó empujando la espátula del pastel hacia ella. Tinna se cortó un grueso trozo de pastel con olor a canela y se quedó pensativa unos segundos.

—Es por un asunto de trabajo. Nos gustaría contactar con ella.

—Marta... Sí, claro que la recuerdo. La casa de su familia se encontraba justo al lado de la de mi amiga. Compartían una cañería.

Cuando los últimos habitantes abandonaron Hornstrandir en la década de 1950, las casas quedaron como cabañas de verano. La mayoría no tenía agua corriente, por lo que algunos propietarios construyeron una red de cañerías que llevaba el agua de los arroyos de la montaña hasta las casas.

—Cuando murieron sus padres, Marta heredó la cabaña. Vivía allí en verano y ya de joven empezó a alquilar camas a los excursionistas.

Tinna recordaba que había sido un lugar de pernocta popular entre los islandeses. El albergue nunca había estado anunciado en ninguna parte, pero todos lo conocían y hacían la reserva a través de las empresas de transporte en barco.

Tinna se levantó y fue al cuarto de estar. En la televisión estaban dando un programa de telerrealidad ambientado en una isla tropical.

Abrió el cajón inferior del mueble de la tele y se agachó a buscar algo.

Jakob se estiró hacia Hildur.

—¿Por qué no me habías dicho que tu tía es ciega? —le susurró.

Hildur no comprendía la pregunta. ¿Por qué habría tenido que decírselo? Ella ya había normalizado que su tía fuera invidente. La visión de su tía había empeorado abruptamente hacía unos veinte años, y en poco tiempo la había perdido por completo.

—Pues no lo sé. ¿Debería haberte contado que tiene el pelo castaño?

Jakob lo captó de inmediato. Miró a Hildur con una sonrisa conciliadora, sirvió más café en las tazas y dio el tema por zanjado.

—Quizá os interese echarle un vistazo a esto —dijo Tinna desde la puerta.

Llevaba en la mano un álbum de fotos marrón con una rosa plateada y el año 2000 en la cubierta.

Tinna volvió a sentarse, le dio el álbum a Hildur y le pidió que buscara las fotos del verano de aquel año.

Con el tiempo, las hojas del álbum se habían quedado pegadas unas a otras. Hildur las separó con cuidado para no romper las membranas protectoras. Hacía mucho que no miraba fotografías antiguas.

Las fotos del verano estaban al final. Hildur se acercó el álbum para verlas de cerca. En ellas se reflejaba la despreocupación del verano. Brillaba el sol, el mar era azul, la gente estaba relajada y de buen humor. Algunas fotos estaban sobreexpuestas, pero distinguía fácilmente a la tía Tinna y a ella misma.

—Guau, ¿ésa eres tú? —preguntó Jakob.

En la foto que le señaló, Hildur iba vestida con unas bermudas vaqueras y una camisa de franela a cuadros blancos y azules atada con un nudo a la altura del ombligo. Llevaba el pelo recogido en dos moños.

Hildur dio un bufido.

—Se nota que me gustaban las Spice Girls, ¿no?

Continuó mirando las fotos. Tinna y ella en el barco de camino a Hesteyri; Tinna y ella tomando el sol en camiseta delante de la cabaña.

—Debería haber una foto en la que salimos cuatro mujeres en el patio. Estábamos recogiendo ruibarbo y un excursionista que pasaba se ofreció a hacernos una foto.

Hildur encontró la fotografía. Estaban sentadas en un banco que habían sacado al patio y tenían delante dos enormes cubos de plástico llenos de trozos de ruibarbo. Las enormes y gruesas hojas de ruibarbo estaban apiladas al lado del banco. Hildur se había arremangado la camisa y estaba arrancando una hoja de un tallo de ruibarbo. Tinna estaba sentada a su lado con una mano en la frente para protegerse los ojos del sol.

—¿Quiénes son estas dos que están con nosotras? —preguntó Hildur.

Había una mujer de la edad de Tinna que reía a la cámara. Una camiseta sin mangas dejaba al descubierto unos brazos musculosos. En una mano tenía dos largos tallos de ruibarbo; en la otra, un cuchillo que parecía afilado. Con sus enormes manos, la mujer tenía un aspecto fuerte y afable al mismo tiempo. A sus pies, sentada en la hierba, había una niña en edad escolar. Sujetaba una hoja de

ruibarbo sobre su cabeza a modo de sombrilla y también estaba riendo.

—Ahí están Marta y su hija, Valgerður. Coincidieron con nosotras un verano en Hesteyri. Fueron unos días muy felices para todas —dijo Tinna, y se llevó la taza de café a los labios.

Hildur se quedó pensando. No recordaba a las personas de la foto, pero tampoco era raro, porque cada verano pasaban por Hesteyri muchos viajeros. Tinna les dijo que Marta y Valgerður tenían una relación muy estrecha.

—En cierto modo, eran algo más que madre e hija. Tenían una relación muy intensa. Andaban siempre juntas, se terminaban las frases una a la otra. Era como si hubieran crecido del mismo tallo.

A Hildur le llamó la atención el magnífico cabello de la niña de la foto. La melena le caía como una cascada hasta mitad de la espalda. Tenía los cabellos gruesos y rubios como la avena madura.

Tinna dejó la taza de café en el platillo con un tintineo y se puso seria.

—Más tarde, pasó una cosa horrible. Creo que tú estabas viviendo en Reikiavik. Supongo que no lo recordarás.

Sucedieron muchas cosas aquel año. Valgerður había tenido una niña con un hombre de Reikiavik. El hombre estaba casado, pero había prometido que dejaría a su mujer cuando Valgerður diera a luz a su hija. Sin embargo, la niña murió antes de cumplir los dos años. Le habían diagnosticado una enfermedad genética muy rara que afectaba al cerebro. La muerte de la niña fue un golpe muy duro para la joven madre, que nunca llegó a recuperarse. Valgerður acabó suicidándose.

—Marta perdió el norte tras la muerte de su nieta y el suicidio de su hija. Pasó mucho tiempo en el hospital psiquiátrico. No he vuelto a saber nada de ella. Su casa de Hesteyri quedó vacía.

Se quedaron en silencio alrededor de la mesa. Sólo se oía el tictac del reloj. El programa de la isla tropical había terminado y en la televisión daban el parte meteorológico de la tarde. Había alerta de tormenta en las regiones marítimas del noroeste.

«A la niña le diagnosticaron una enfermedad genética muy rara que afectaba al cerebro», repitió Hildur mentalmente. La hija de Valgerður y Heiðar. En ese instante, el obituario que llevaba tanto tiempo quitándole el sueño cobró sentido.

Mis ojos, tus ojos
oh, piedras preciosas
lo mío es tuyo y lo tuyo es mío
sabes a qué me refiero.
Lo siento, por todo. Ni siquiera llegamos a conocernos.

Hildur acababa de comprender la extraña formulación del obituario. Heiðar no se estaba dirigiendo a Valgerður. ¡Hablaba de su hija! Heiðar no había llegado a conocer a su hija. En el obituario pedía perdón por haber sido el culpable de su muerte, por haberla matado con sus propios genes.

Hildur se levantó y se puso el abrigo. Era hora de ir a Hesteyri.

51

Noviembre de 2019, Hesteyri

El capitán entreabrió la ventana varios centímetros para que entrara aire fresco en la cabina y las ventanas no se empañasen con el vapor de la respiración. Era una embarcación muy pequeña. Hildur, Jakob y Beta iban apretujados en un banco de piel sintética contra la pared del camarote. Entre el banco y el capitán había una pequeña mesa con la carta náutica del fiordo de Ísafjörður pegada con plástico adhesivo.

Hildur se abrió el abrigo para aliviar el calor. Beta les contó que en verano solía hacer caminatas con su familia en la reserva natural de Hornstrandir. Su marido era aficionado a la fotografía y le encantaba hacer fotos a los zorros polares que habitaban en la reserva.

En la cabina del capitán hacía demasiado calor, pero la cubierta del barco no era una alternativa muy seductora. La pequeña embarcación avanzaba a contraviento y las olas salpicaban agua helada sobre la cubierta.

—Calculo que disponemos de unas cuatro horas antes de que vuelva a arreciar el viento —indicó el capitán desde el timón, vestido con un grueso jersey de lana, vaqueros y una gorra.

Cuanto más se alejaba el barco del puerto, más se tambaleaba. El oscilante movimiento lateral hacía que se les revolviera el estómago; por suerte, el traqueteante trayecto sólo duraría tres cuartos de hora.

—Ojalá nos hubiéramos dado cuenta antes de este patrón —dijo Hildur, pensando en voz alta: al final, las pistas de todas las víctimas los habían llevado hasta Jón —. Lo que más rabia me da es no haber comprendido enseguida el papel de Freysi en todo esto.

Hildur sabía que sus padres habían fallecido mucho antes de que ellos empezaran a salir. Él era hijo único y lo habían tenido ya mayores. Eso era todo lo que Freysi le había contado sobre su familia. Hildur se maldijo por no haber descubierto antes que Gunnar, el padre de Freysi, y Jón eran hermanos. Al fin y al cabo, era bastante común que los habitantes de un mismo pueblo pequeño estuvieran emparentados. Lo extraño era que la gente no lo supiera.

—No te machaques. Ha sido un caso complicado. Seguramente los padres de Freysi no querían tener ninguna relación con Jón. Todos sabían que era un tipo raro.

La empatía de Jakob la reconfortaba. Hildur lo miró; estaba pálido.

—En los informes médicos de Lísa, leí que tenía apnea del sueño. Leyendo sobre infarto cerebral, he encontrado un estudio que las relaciona. Lo más probable es que Lísa fuera portadora del mismo gen que Freysi —dijo Jakob —. Es decir, el mismo gen del que eran portadores Heiðar y la hija de Valgerður.

De pronto, se quedó blanco como el papel. Sacó una bolsa de la caja de la mesa y vomitó. El movimiento oscilante del barco

resultaba demasiado brusco para alguien que no acostumbraba a navegar.

Poco después, se acercaron a la orilla y el barco aminoró la marcha.

—Final de trayecto —informó el capitán de forma lacónica, y se encajó aún más la gorra.

Querían ver la vieja cabaña de Marta, la que aparecía en la fotografía de Tinna y en la que Lísa había muerto el verano anterior.

Hildur y Jakob bajaron del barco detrás de Beta. La madera del embarcadero se había vuelto gris. Las algas colgaban como melenas de su estructura. A un lado del embarcadero había una pequeña barca motora. Alguien la había arrastrado por la orilla y amarrado a las enormes rocas con una cuerda.

Se quedaron un instante en el lugar para observar el entorno. Entre la costa y las montañas nevadas que se alzaban al fondo, sólo había una franja de unos pocos cientos de metros de terreno llano. Era un paisaje raso y sin árboles. El viento había formado dunas de nieve; algunas cabañas habían quedado enterradas bajo el manto blanco y asomaban como pequeñas protuberancias.

Las cabañas estaban diseminadas de forma aleatoria a lo largo de la costa. La mayoría eran blancas de madera con tejado rojo de chapa. Se calentaban con aceite, ya que la madera era muy cara y llevarla hasta allí en barco era muy complicado.

Tinna les había dicho que la cabaña de Marta era negra y estaba situada en una ladera de pendiente suave. Hildur observó el terreno

con detenimiento hasta dar con ella.

—La tercera por la derecha —dijo, y encabezó la comitiva a través de la nieve.

Cuando estaban cerca de la cabaña, dos grandes cuervos salieron volando desde el otro lado. Habían estado mordisqueando restos de comida; entre la nieve había pieles de patata y trozos de zanahoria.

Junto a la entrada todavía se distinguían las huellas de unas enormes botas de montaña. Ninguno de ellos había cogido armas, convencidos de que no las necesitarían. En cualquier caso, aunque hubiera alguien en la cabaña, ellos eran tres. Hildur sabía que allí un arma no les serviría de nada.

Hildur agarró el grueso picaporte de madera y miró a sus colegas antes de tirar hacia abajo con fuerza. La puerta crujió. La entrada era pequeña y estrecha. Una red de pesca cubría la pared. Unas botas de vadeo de talle alto estaban colgadas de un clavo por los tirantes. Encima de un taburete amarillo, alguien había colocado, a modo de bienvenida para los huéspedes, una fotografía, una caja de latón y una Biblia.

La foto estaba descolorida y estropeada por los años y la humedad. Hildur la cogió para mirarla de cerca. Una mujer de unos veinte años sonreía a la cámara con los ojos entornados. Era verano y el sol brillaba con fuerza. El fondo de la fotografía era negro; lo más seguro era que la hubieran tomado contra la pared de la parte sur de la cabaña. Una mujer de pelo rubio llevaba en brazos a una niña de aproximadamente un año de edad. Las dos tenían la misma mirada y la misma melena rubia y larga. La niña tenía el pelo extraordinariamente largo para su edad y lo llevaba recogido en una cola de caballo alta con un lazo rojo. Las dos estaban riendo.

Hildur reconoció a la mujer al instante. Era la misma foto que había visto en el obituario de Valgerður, aunque para la necrológica habían recortado la cara de la mujer.

Le dio la foto a Jakob y cogió la cajita de metal. Dentro encontró una tarjeta blanca del hospital de maternidad. La comadrona había escrito a mano el sexo, la fecha de nacimiento, el peso y la longitud del bebé. En la parte delantera, se había estampado la huella del pie de la recién nacida. Era una huella diminuta y delicada, pero se distinguían todos los dedos. En el fondo de la cajita había un mechón de niña atado con un lazo rojo. Era pelo rubio y fino.

Hildur cogió la Biblia y la hojeó rápidamente. Entre las páginas del libro había varios marcapáginas. Abrió el libro por el último marcador y leyó el texto. Era del Evangelio de san Mateo. Después de leer las últimas líneas, supo que lo que había presentido durante el trayecto en barco era cierto: allí no había nadie que pudiera suponer un peligro para ellos.

«Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.»

Hildur supo lo que había pasado antes de mirar hacia la estancia principal de la cabaña por el cristal de la puerta del pasillo. Al salir del hospital psiquiátrico, Marta había regresado a su cabaña. A su antigua casa de verano. Unas pesadas botas de montaña colgaban a la altura de los ojos de Hildur. En su día habían sido negras y brillantes; ahora estaban rayadas, con las punteras grises y la suela desgastada. Era evidente que les habían dado uso. Se mecían

suavemente como plantas de altramuz en la brisa veraniega. Una escalera de aluminio estaba tirada de lado en el suelo.

Hildur abrió la puerta y entró en la estancia principal. Los golpeó un hedor espantoso. El cadáver debía de llevar bastante tiempo colgado de la viga del techo. Hildur avanzó a oscuras. Había oído un leve crujido.

Por una pequeña ventana de ventilación del techo, entraba una suave corriente de aire que hacía oscilar unas hojas de papel de la pared. Hildur oyó cómo Beta salía de la cabaña. Probablemente volvía a la barca. Se necesitaría ayuda para mover el cadáver.

Todos los muebles del pequeño cuarto de estar se habían amontonado a la pared de la izquierda. Hildur se quedó paralizada. Todo el largo de la pared estaba cubierto de una línea de folios A4 colocados en vertical. Los papeles, fijados con chinchetas, estaban llenos de dibujos y textos escritos en letra diminuta. Hildur intuyó que aquellas frases, horas y fechas conformaban una especie de cronología.

Freysi sale a correr por las tardes a las 20 h. En solitario
¿cuándo?
Garaje de Hverfisgata, Reikiavik + llaves
17 h Ísafjörður en coche
Pizza a domicilio (¡comprobar fecha y hora!)
22 h llegada a Reikiavik
Cámaras (hecho)

Debajo de aquella línea temporal había un montón de hojas con nombres. De cada una de las etiquetas salía una flecha que señalaba hacia otra etiqueta. Hildur recordó lo que le había dicho Lian por teléfono: Marta se había dedicado a hacer estudios genealógicos en su habitación del hospital. Lo que Hildur tenía delante era eso: un árbol genealógico.

Se concentró en analizar el diagrama.

Del nombre de Jón salían dos flechas y el texto «dos hijos». Heiðar y Lísa. El padre y sus hijos. Todos muertos.

Al lado de Jón estaba su hermano Gunnar y, debajo de Gunnar, una etiqueta que leyó con un escalofrío: Freysi. Los hermanos y el sobrino. Muertos, todos y cada uno de ellos.

En el diagrama, Heiðar estaba conectado a Valgerður y de los dos salía una flecha hacia un niño pequeño. «El padre y la madre.» Valgerður había tenido una hija con Heiðar que había muerto siendo un bebé por una enfermedad cerebrovascular hereditaria. Valgerður se había suicidado y Heiðar, que portaba el gen, había sido asesinado.

Mientras estudiaba el detallado árbol genealógico, Hildur se dio cuenta de que toda la familia, desde Jón en adelante, había sido aniquilada. Uno a uno, Marta había ido asesinando a todos los que sabía que eran parientes de Jón: a todo aquel que tuviera un cincuenta por ciento de probabilidades de ser portador del gen. Marta se había asegurado de que nadie volviera a tener que sufrir lo mismo que había sufrido ella: la muerte prematura de su propia hija y de su nieta.

Jakob, que había entrado en la habitación sin hacer ruido, estaba al lado de Hildur observando las notas de la pared. Hildur tragó

saliva.

—Al final, todo esto no era tan complicado. Al contrario, era bastante simple, ¿lo ves? Érase una vez una mujer que había sido despojada de todo y que acabó perdiendo la razón —dijo poniendo punto final a la historia de Marta.

52

Noviembre de 2019, Ísafjörður

El líquido marrón amarillento llenó las jarras hasta formarse un centímetro de espuma suave en la superficie. La nueva cerveza de la cervecería local, una rubia oscura con sabor a naranja, acababa de llegar. La habían pedido por recomendación del camarero.

—Yo invito —dijo Beta en la barra antes de pasar la visa por el terminal de pago.

Jakob llevó las jarras a la mesa más apartada del bar. Hildur contribuyó con una cesta de nachos con salsa.

El local se encontraba en un edificio blanco de madera de la calle principal. Era el único bar-restaurante del pueblo que abría los siete días de la semana. La carta anunciaba pescado fresco, hamburguesas y ensaladas. Los fines de semana, las bandas locales daban conciertos en la sala de la parte trasera. Esa noche sonaban las canciones del tercer álbum de Sigur Rós por los altavoces. En los restaurantes de los pueblos pequeños, a menudo se dejaba encendida la televisión para que los aficionados al sillonbol pudieran ver los partidos mientras se tomaban una cerveza. Sin embargo, el ambiente en aquel restaurante era bastante tranquilo; sobre todo porque los televisores estaban en un edificio anexo del patio trasero.

Allí, en una gran pantalla, se emitían partidos de fútbol constantemente, y quien quisiera podía disfrutar de ellos con toda la intensidad que fuera necesaria.

Los tres policías colgaron los abrigos en un perchero de herraduras viejas que tenían junto a la mesa.

—Salud —dijo Hildur antes de levantar su vaso.

Las tres jarras tintinearon al chocar entre sí.

La cerveza de invierno estaba buena; la naranja amarga dejaba un buen regusto. Se quedaron un rato en silencio saboreando la cerveza mientras miraban por la ventana la oscura noche de noviembre. Fuera estaba lloviendo; la nieve de las calles se había derretido. La nieve iba y venía. Ese mismo vaivén se repetiría durante todo el invierno.

Hildur miró a su alrededor. Allí estaban sus personas más cercanas, con las que pasaba más tiempo. Sólo faltaba su tía Tinna. Freysi ya no estaba.

Beta se tomaría como mucho dos cervezas antes de volver a casa. Su marido viajaba mucho por trabajo, por lo que a menudo era ella quien se encargaba de preparar la cena a los niños y de leerles un cuento antes de dormir. A Beta no parecía molestarle demasiado; decía que le gustaba pasar tiempo en casa. Era ambiciosa y le apasionaba su trabajo, pero nunca hacía horas extra, salvo en situaciones extraordinarias. Ella vivía según predicaba, así que sus subordinados tampoco tenían necesidad de demostrar su valía haciendo jornadas interminables.

Los tres estaban agotados. El viaje a Hesteyri de hacía apenas unos días había durado más de veinticuatro horas. El helicóptero que debía trasladar el cadáver estaba ocupado transportando a dos

pacientes que iban a ser operados de urgencia. Al ver que tendrían que esperar, habían cortado la cuerda y bajado a Marta entre los tres para hacer un examen preliminar antes de cubrir el cadáver con una sábana.

Marta no quería que nadie volviera a sufrir tanto como ella. Lo había planeado todo hasta el último detalle para que nadie pasara por el mismo duelo.

Cuando el helicóptero se llevó su cuerpo, la tormenta era tan fuerte que el trayecto en barco habría resultado demasiado peligroso, así que los cuatro, ellos y el capitán, decidieron pasar la noche en la cabaña. Para cenar, se calentaron en un hornillo de gas unas albóndigas de pescado en conserva que encontraron en los armarios de la cocina.

Los papeles de la cabaña habían confirmado la conexión entre Lísa, la chica que había muerto en Hesteyri el verano anterior, y las otras víctimas. Su certificado de nacimiento indicaba que Jón también había sido su padre biológico. La madre de Lísa la había tenido siendo una cría, con apenas dieciséis años. Lo que no sabían era cómo había conseguido Marta su certificado de nacimiento. También era un misterio en qué momento Jón, que había engendrado a dos criaturas, se había convertido en un pedófilo que acosaba a adolescentes. Lísa y Heiðar eran medio hermanos, pero habían muerto sin saber la existencia uno del otro.

Algunas cosas serían un misterio para siempre. A veces no se podía saber todo, y había preguntas que ya no tenían respuesta.

Todo el material relevante que se habían llevado de la cabaña de Marta, incluso los clips que sujetaban los papeles, lo separaron en varios grupos en la sala de reuniones de la comisaría. Pasarían los siguientes días revisándolo todo y escribiendo los informes relacionados con el caso. Beta había recibido una llamada del laboratorio forense de Reikiavik esa mañana. Los resultados de las pruebas de ADN confirmaban lo que ya sabían: Jón, Heiðar y Freysi eran de la misma familia.

Aunque no estaban de humor para celebraciones, salir a tomar unas cervezas al único tugurio del pueblo les había parecido a los tres una idea estupenda.

Hildur pensaba en el funeral que tendría lugar el sábado siguiente. Freysi sería enterrado en la capilla del pueblo. Beta se había ofrecido a acompañarla, pero Hildur, que había agradecido el gesto, prefería ir sola, aunque sabía que no iba a ser fácil. Tenía previsto sentarse en la última fila. Desde allí podría verlo todo, pero no tendría que soportar las miradas de los demás. Eso lo haría un poco más soportable.

Hildur tiró el cuenco de los nachos hacia ella y untó uno con la salsa de queso. Había salido a correr un rato por la tarde y después no había tenido tiempo de cenar. Los nachos y la cerveza serían un buen sustituto.

Jakob se había terminado su cerveza y se ofreció a pedir otra ronda para todos. Antes de ir a la barra, sacó un paquete envuelto en papel de su bandolera.

—Ayer terminé las axilas. He bautizado el diseño como Hildur, así que esta primera pieza de prueba es para ti. Creo que encaja bien con tu estilo.

Hildur cogió el paquete y se apresuró a abrirlo. Se puso muy contenta. Era el jersey de lana marrón claro, con ese jacquard vistoso y detallado, que había estado tejiendo Jakob. Era magnífico. Hildur lo desplegó y lo acarició con suavidad.

—Gracias, es maravilloso —dijo emocionada, y se lo puso de inmediato.

Jakob volvió poco después con la segunda ronda de cervezas. Hildur miró a su colega. Hacía muy poco que se conocían, pero ya lo consideraba un buen amigo. Le gustaba su compañía. Era como un vaso de agua fresca: sin malentendidos, sin mensajes ambiguos, sin sorpresas. Jakob no trataba de hacer bromas todo el rato ni de ser el centro de atención. La tranquilidad que irradiaba quizá se debía seguramente a todo lo que había vivido. Cuando uno es consciente de lo que puede llegar a pasar, es capaz de relativizar y poner las cosas en su sitio. Hildur esperaba que no regresara a Finlandia tan pronto.

—¿Ya tienes planes para las vacaciones de Navidad?

—La verdad es que sí. Voy a Noruega.

Según la resolución del tribunal noruego, le correspondían visitas supervisadas con su hijo los días comprendidos entre Navidad y Año Nuevo.

—No sé si podré verlo, pero voy a intentarlo —dijo Jakob, y bebió un sorbo de cerveza —. Por supuesto, después volveré a Ísafjörður. Todavía me quedan varios meses de prácticas.

En ese momento, la puerta del restaurante se abrió de golpe. Guðrún. La melena rubia le asomaba bajo el gorro revuelta por el viento. Llevaba una larga chaqueta de lana desabrochada y el tono perfecto de pintalabios. Cerró la puerta y se quitó el gorro empapado.

—Iba de camino a la tienda y he visto caras conocidas por la ventana. No os molestará que me una, ¿verdad? —preguntó, y se sentó en el sofá al lado de Jakob sin darles tiempo a contestar.

Guðrún colocó el trasero pegado a Jakob y le acarició la barba con gesto posesivo. Él la besó ligeramente en los labios.

Guðrún no molestaba a nadie, al contrario. A Jakob le brillaban los ojos, y a Hildur le alegraba verlo tan feliz.

—Por cierto, ese jersey te queda como una astilla en el culo —dijo Guðrún.

Era una vieja expresión que se usaba cuando dos cosas quedaban perfectas.

Hildur le dio las gracias y señaló a Jakob con la cabeza.

—Es muy habilidoso con la aguja.

—Es una auténtica joya —dijo Guðrún, y le pellizcó el muslo a Jakob.

Hildur se rió, se remangó el jersey que llevaba su nombre y se acercó a la barra. Al apoyarse, se vio en el espejo de la pared. Volvió a mirarse, satisfecha de lo que veía. Llamó al camarero: la siguiente ronda corría de su cuenta.

53

Noviembre de 2019, Ísafjörður-Hnífsdalur

Hildur no podía abrir los ojos. Los músculos circundantes funcionaban, pero tenía las pestañas pegadas. Buscó a tientas el vaso de agua de la mesilla, metió dos dedos en el agua y se limpió las legañas más grandes. Consiguió abrir un ojo para ver la pantalla del móvil. Las siete y cuarto. ¡Qué rabia! Le habría gustado dormir hasta las nueve.

Sentía el cansancio en el cuerpo, pero sabía por experiencia que no conseguiría volver a dormirse. Cuando el cerebro se despertaba, ya no era posible volver a callarlo. Soltó un resoplido y la colcha salió volando hacia el suelo. Con la mirada en el techo, trató de determinar cómo se encontraba: le dolía un poco la cabeza y aún tenía en la boca un regusto a nachos y salsa de queso.

El jersey que le había regalado Jakob estaba enrollado debajo de su cabeza. Podía oler la lana de oveja. Era un olor que conocía bien. Le reconfortaba y le daba seguridad.

Como era de esperar, Beta había rechazado la tercera ronda y se había ido a casa a preparar la cena. Hildur se había quedado un rato más con Jakob y Guðrún. Después de probar todas las cervezas que ofrecían en el bar (por suerte, sólo eran cinco), los dos se fueron

hechos un nudo a la casa de alquiler de Jakob. Hildur había llegado a casa y se había quedado dormida en la cama sin desmaquillarse ni lavarse los dientes.

Se pasó el cepillo de dientes eléctrico, bebió un gran vaso de agua fría y se comió un plátano. Faltaban tres horas para entrar a trabajar, así que aún tenía tiempo de salir a correr un rato. Cuando se dio cuenta de que su mano buscaba el teléfono móvil de forma automática, sintió una punzada de dolor. ¿A quién pretendía mandarle un mensaje? Tendría que salir a correr sola.

En la oscuridad del recibidor, se puso la ropa de deporte, los crampones en las zapatillas y el frontal en la cabeza. Una larga carrera a ritmo lento al aire fresco le sentaría bien. Diez kilómetros no borrarían los acontecimientos de las últimas semanas, pero lo harían más soportable. Si no podía evitar la caída, tendría que asegurarse de que fuera lo más suave posible.

Hildur tenía un poco de resaca y sabía que no era buena idea hacer deporte así. Pero si había que elegir entre el pequeño riesgo de sufrir un infarto o una depresión de caballo, prefería lo primero.

Al salir de casa, miró hacia la casa de Freysi. Estaba vacía. Hildur aceleró y miró, con determinación, hacia el otro lado. Hacia delante.

«No puedo hacer nada para cambiar las cosas. Tengo que dejar de pensar en ello.»

Los crampones se clavaban en el hielo y la ayudaban a no resbalar. Las pequeñas bolas metálicas despejaban el hielo del

camino. Poco a poco se fue acelerando el ritmo del crujido bajo sus pies.

La pista para las bicis y los peatones, iluminada por farolas, transcurría paralela a la carretera. A la izquierda, se erguía el monte Eyrarfjall, con su cima plana. No había elegido su lugar; simplemente, estaba allí, expuesto a los vientos, las lluvias y las tormentas de nieve. Al otro lado, se extendía el oscuro mar embravecido. Hildur no podía ver las olas, pero las oía romper contra el dique de piedra que protegía la carretera. Distinguió dos luces temblorosas en el mar. Barcos. Veinte años atrás, habrían sido humildes embarcaciones de pesca que habrían salido de madrugada para ver si el mar tenía algo que ofrecerles. Hoy en día, eran repartidores de comida: llevaban alimento a los peces que nadaban en círculos en la piscifactoría del centro del fiordo.

Se le aceleró el pulso. Tras varios kilómetros de subida tenía las piernas pesadas, pero la mente más ligera. Completaría los cinco kilómetros rodeando el pueblo de Hnífsdalur, el Valle del Cuchillo, hasta la puerta del pequeño cementerio. Allí daría media vuelta y así le daría tiempo a llegar a la comisaría antes de las diez.

Al cabo de poco más de un cuarto de hora, llegó al cementerio. Todavía no había claridad y no podía ver dónde terminaban las tumbas de piedra y dónde empezaba el mar. Un foco muy potente apuntaba a una estatua erigida en el borde del camposanto en memoria de todos los marineros islandeses que habían muerto ahogados en el mar. La escultura representaba a un marinero que le daba la espalda al mar y miraba a todo aquel que visitara el cementerio. El rostro surcado de arrugas bajo el gorro de pescador destacaba en la oscuridad.

Hildur se quedó un rato mirando la sombría expresión del marinero antes de emprender el camino de vuelta. Le vibró el teléfono en el bolsillo.

—Buenos días. ¿Te he despertado? —preguntó la apacible voz de Axlar-Hákon.

—Me pillas de camino al trabajo —respondió Hildur afrontando la cuesta que la llevaría al camino de regreso al pueblo.

—Te llamo por esas bolsas que me enviaste.

Hildur se sintió ingrávida unos instantes. Le había hecho llegar por mensajería las bolsas de plástico y los huesos que había encontrado en la fosa de Ögurvík para que las analizaran en Reikiavik. Aunque no estaban relacionadas con ninguna investigación en curso, Axlar-Hákon le había prometido echarles un vistazo lo antes posible. Hildur lo oía hojear papeles mientras le explicaba los resultados del análisis.

En las bolsas había encontrado una mochila y algunas prendas de ropa. Las fibras eran muy frágiles, pero se atrevía a suponer que se trataba de dos prendas diferentes. En la mochila había una vieja etiqueta en la que aún se leía la palabra «Rúnarsdóttir». La hija de Rúnar. Hildur escuchaba a su colega con los ojos cerrados.

Hákon hizo una breve pausa antes de continuar.

—Hildur. Me acuerdo bien de este caso, por supuesto. Rúnar. Así se llamaba tu padre, ¿verdad? —preguntó, aunque sin esperar respuesta.

—¿Y los huesos? ¿Qué me dices de los huesos? ¿Los has analizado? —preguntó Hildur con un tono de voz apenas audible. Apretaba el móvil con tanta fuerza que los bordes le hacían daño en los dedos.

—Sí, los he analizado. No son huesos humanos, sino trozos de tibia de un ternero. Creo que son muy antiguos. Por supuesto, habría que hacer un análisis mucho más detallado para determinar la fecha, pero, según mi estimación superficial, los huesos son bastante más antiguos que el contenido de las bolsas.

Axlar-Hákon continuó hablando, pero Hildur ya no oía nada. Dejó caer la mano que sujetaba el teléfono. Abrió los ojos y miró las montañas al este, más allá del mar. Detrás de ellas, el cielo negro se había vuelto violeta.

Agradecimientos

Huellas en los fiordos llegó a mi vida de forma inesperada. De forma tan inesperada como Islandia.

Me mudé a Islandia desde Finlandia hace veinte años. Estaba estudiando Economía en la Escuela de Negocios de Helsinki y se me presentó la oportunidad de viajar al extranjero como estudiante de intercambio. Elegí Islandia por razones puramente egoístas. ¡Quería bañarme en las aguas termales y montar a caballo! En lugar de macroeconomía, me dediqué a estudiar la cultura y el folklore de Islandia. Tuve que dar algunas explicaciones sobre mi peculiar elección de asignaturas a mi profesora de la universidad en Finlandia, pero, por suerte, era una mujer comprensiva y me dijo que la curiosidad era una virtud.

Aún sigo en ese peculiar camino. Conocí a un hombre muy atractivo en un bar de Reikiavik, lo convencí para tener una relación, me mudé con mis cosas a su casa y ahora vivimos aquí, en Islandia, con nuestras dos hijas. Me parece necesario puntualizar que no tengo a mi marido como rehén. Por suerte, a él también le gustó la idea de tener una relación.

Hace dos años conocí a una amiga imaginaria. Una mujer islandesa llamada Hildur empezó a tomar forma en mi mente. Sencillamente, vino de visita y ya no se quiso marchar. Me

imaginaba a Hildur surfeando las olas del Atlántico; la veía corriendo por las montañas. Se convirtió en una conocida con la que pasaba el tiempo cuando estaba sola. Era una persona cuya compañía me resultaba agradable. Al final, no me quedó más remedio que empezar a escribir su historia. A medida que avanzaba la escritura, comprendí que tenía tanto que contar sobre Hildur que un solo libro se quedaría muy corto. Tendría que escribir más.

Huellas en los fiordos es una obra de ficción. Aunque algunos lugares que se mencionan en este libro existen en la realidad, todos los sucesos y personajes de la historia son fruto de mi imaginación. Cualquier similitud entre la historia y la realidad es pura coincidencia.

Quiero dar las gracias a todas las amables personas que me han apoyado durante el proceso de escritura. Gracias, Ingibjörg Elín Magnúsdóttir y Aldís Hilmarsdóttir, por responder con tanta paciencia a mis preguntas sobre el trabajo policial. Gracias a mis seguidores de Instagram por ayudarme con las preguntas relacionadas con los perros de búsqueda. Gracias a mi compañera de despacho, la diseñadora Sigríður Sif Gylfadóttir, por ayudar a Jakob a tejerle a Hildur su propio jersey de lana. El resultado fue magnífico. Cualquier error que pueda haber en este libro es sólo mío.

Gracias a mi maravillosa editorial, WSOY. Anna-Riikka Carlson, editora de ficción finlandesa: gracias, gracias, gracias por tener el tiempo y la paciencia para escuchar mis interminables mensajes de audio, leer mis correos electrónicos y compartir mi entusiasmo por Hildur. Y a Hanna Pudas, directora editorial: ¡muchas gracias por

todo! No sé qué haría sin ti. Es cualquier caso, escribir no me resultaría tan placentero. A Lea Peuronpuro, editora, gracias por tu gran profesionalidad en los últimos metros del manuscrito. La cubierta de la edición finlandesa ha sido diseñada por el habilidoso Ville Laihonen. ¡Gracias, Ville! Es una cubierta maravillosa. Gracias a mi tocaya Satu Sirki, gerente de marca de WSOY, por el magnífico trabajo de marketing.

Dejo el agradecimiento más importante para el final: gracias a mis familiares y amigos.

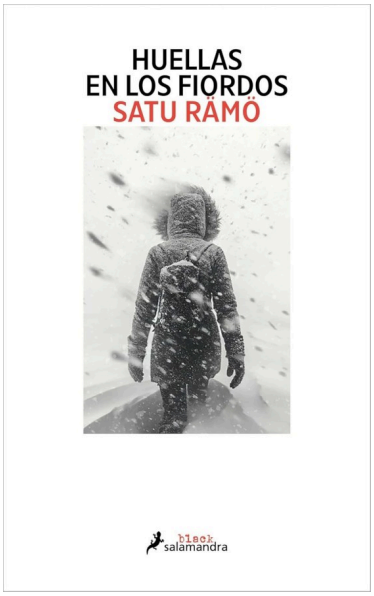
SATU RÄMÖ

Ísafjörður, abril de 2022

Más de un millón de ejemplares vendidos de la serie.

El nuevo fenómeno literario del momento en los países escandinavos.

«Hildur, la investigadora que desafía las gélidas olas de Islandia, irrumpe en la novela negra con la fuerza de un tsunami. Una historia que atrapa desde la primera página y se devora de un tirón.» Max Seeck



Veinticinco años después de la desaparición sin resolver de sus hermanas pequeñas, Rosa y Björk, Hildur sigue viviendo en Ísafjörður, una remota localidad en los fiordos occidentales de Islandia. Allí trabaja como inspectora de policía, tratando de sobrellevar el trauma de su pasado, mientras su única vía de escape es el surf en las frías aguas del Atlántico Norte.

Tras varios años en la unidad de niños desaparecidos en Reikiavik, Hildur ha regresado a la pequeña comisaría de su pueblo natal. Pronto se le une Jakob Johanson, un becario finlandés con un pasado complicado y heridas emocionales que aún no han sanado.

Cuando un hombre aparece asesinado, con la garganta cortada y enterrado bajo una avalancha que ha destruido la mayoría de las pruebas, Hildur y Jakob deberán dejar de lado sus propios fantasmas y enfrentarse a los oscuros secretos que se ocultan en la comunidad para descubrir al culpable.

Con más de un millón de libros vendidos, *Hildur*, de Satu Rämö, ha convertido a su autora en un fenómeno editorial en todo el mundo y ha puesto de moda el *nordic blue*, la versión más amable del thriller nórdico.

La crítica ha dicho:

«La serie *Hildur*, de Satu Rämö, es un fenómeno editorial de gran éxito que ha situado el *nordic blue* en el mapa literario europeo.»
The Guardian

«La autora aporta una mirada distinta y fresca sobre la cultura islandesa, logrando un efecto hipnótico, atmosférico y muy original.»

The Sunday Times

«Qué historia tan maravillosa, qué novela policíaca tan emocionante, qué auténtico placer de lectura.»
Krimi-Couch

«Una novela negra vibrante, ambientada en un paisaje islandés descrito con una belleza envolvente. Su estilo fluido y su poderosa ambientación la convierten en una delicia tanto para los aficionados al *thriller* como para los enamorados de Islandia.»
Süddeutsche Zeitung

Satu Rämö (Forssa, Finlandia, 1980) se trasladó hace más de veinte años a Islandia para estudiar durante un semestre la cultura y la literatura de la isla. En la actualidad vive en la pequeña ciudad de Ísafjörður, en el noroeste del país, junto a su marido islandés y sus dos hijos. Tras publicar numerosos libros de no ficción sobre su lugar adoptivo, debutó en la narrativa con *Huellas en los fiordos*, una novela negra que inaugura la serie Hildur y que obtuvo el premio Point par Points en 2026 y fue finalista del Crime Fiction in Translation Dagger Award 2025 de la CWA. La saga ha figurado en la lista de *best-sellers* de *Der Spiegel*, ha vendido más de un millón de ejemplares, se ha traducido a veintiséis idiomas y se ha adaptado al teatro y a la televisión.

Título original: *Hildur*

Primera edición: julio de 2026

© 2022, Satu Rämö
Publicado por primera vez en finlandés con el título de Hildur
por Werner Söderström Lts (WSOY), Helsinki, Finlandia.
Publicado en castellano por acuerdo con Bonnier Rights Finland, Helsinki, Finlandia.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Laura Pascual Antón, por la traducción

Con la ayuda para la traducción del Finnish Literature Exchange

Imagen de la cubierta: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-26-2

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Huellas en los fiordos

Pasado

1. Verano de 1550, Mosfellsheiði

2. Noviembre de 1994, Ísafjörður

Presente

1. Octubre de 2019, Ísafjörður

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

7. Noviembre de 2019, Ísafjörður

8. Julio de 2019, Hornstrandir

Capítulo 9

10. Noviembre de 2019, Ísafjörður

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

14. Noviembre de 2019, Ísafjörður

Capítulo 15

16. Noviembre de 2019, Reikiavik

17. Noviembre de 2019, Ísafjörður

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

23. Noviembre de 2019, Reikiavik

24. Noviembre de 2019, Ísafjörður

Capítulo 25

26. Noviembre de 2019, Ísafjörður

Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
34. Noviembre de 2019, Ísafjörður
Capítulo 35
36. Noviembre de 2019, Reikiavik-Ísafjörður
37. Noviembre de 2019, Ísafjörður
Capítulo 38
39. Noviembre de 2019, Ísafjörður-Reikiavik
Capítulo 40
41. Noviembre de 2019, Reikiavik-Garðabær
42. Noviembre de 2019, Ögurvík
43. Noviembre de 2019, Ísafjörður
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
47. Noviembre de 2019, Ísafjörður
48. Noviembre de 2019, Bolungarvík
Capítulo 49
Capítulo 50
51. Noviembre de 2019, Hesteyri
52. Noviembre de 2019, Ísafjörður
53. Noviembre de 2019, Ísafjörður-Hnífsdalur
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Satu Rämö
Créditos